

LA

ARGENTINA,

Ó LA

CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA,

POEMA HISTORICO

POR EL

ARCEDIANO D. MARTIN DEL BARCO

CENTENERA.

LA

ARGENTINA,

Ó LA

CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA,

POEMA HISTORICO

POR EL

ARCEDIANO D. MARTIN DEL BARCO

CENTENERA.

AL MARQUES DE CASTEL RODRIGO,

*Virey, Gobernador y Capitan General de Portugal,
por el Rey D. Felipe III, Nuestro Señor.*

D. MARTIN DEL BARCO CENTENERA,
ARCEDIANO DEL RIO DE LA PLATA.

Habiendo considerado y revuelto muchas veces en mi memoria el gran gusto que recibe el humano entendimiento con la lectura de los varios y diversos acaecimientos de cosas, que aun pór su variedad es la naturaleza bella; y que aquellas amplísimas provincias del Rio de la Plata estaban casi puestas en olvido, y su memoria sin razon obscurecida, procuré poner en escrito algo de lo que supe, entendí y ví en ellas, en veinticuatro años que en aquel nuevo orbe peregriné:— lo primero, por no parecer al malo é inútil siervo que abscondió el talento recibido de su señor:—lo segundo, porque el mundo tenga entera noticia y verdadera relacion del Rio de la Plata, cuyas provincias son tan grandes, con gentes tan belicosas, animales y fieras tan bravas, aves tan diferentes, víboras y serpientes que han tenido con hombres conflicto y pelea, peces de humana forma, y cosas tan exquisitas, que dejan en éxtasis á los ánimos de los que con alguna atencion las consideran.

He escrito, pues, aunque en estilo poco pulido y menos limado, este libro, á quien intitulo y nombro *Ar-*

gentina, tomando el nombre del sujeto principal que es el Rio de la Plata; para que V. E., si acaso pudiera tener algun rato como que hurtado á los necesarísimos y graves negocios de tan grande gobierno como sus hombros tienen, pueda con facilidad leerle, sin que le dé el disgusto y fastidio que de las largas y prolijas historias se suele recibir; y héme dispuesto á presentarla y ofrecerla á V. E., como propia suya; pues, segun derecho, los bienes del siervo son vistos ser del señor.

Y asi confio que, puesto en la posesion del amparo de V. E., cobrará nuevo ser y perpetuo renombre mi trabajo; y pido á Dios se siga solo haber acertado á dar á V. E. algun pequeño contento con este mi paupérrimo servicio: lo que será para mi muy aventajado premio, y crecerán en mí las alas de mi flaco y débil entendimiento para volar, aspirando siempre á cosas más altas y mayores: enderezadas todas á su fin debido, que es el servicio de Dios, de S. M. y de V. E., á quien Dios nos guarde por largos y felicísimos tiempos, para el buen gobierno y amparo de este reino, y como yo siervo y perpetuo capellan de V. E. deseo.

De LISBOA, 10 de Mayo de 1601.



LA ARGENTINA.



CANTO PRIMERO.

*En que se trata del origen de los Chiriguanas ó
Guaranís, gente que come carne humana, y del
descubrimiento del Rio de la Plata.*



Del indio Chiriguana encarnizado
En carne humana; origen canto solo.
Por descubrir el ser tan olvidado
Del Argentine reino, ¡gran Apolo!
Envíame del monte consagrado
Ayuda con que pueda aquí, sin dolo,
Al mundo publicar, en nueva historia,
De cosas admirable la memoria.

Mas ¡qué digo de Apolo, Dios eterno!
A vos solo favor pido y demando.
Qué mal lo puede dar en el infierno
El que en continuo fuego está penando.
Haré con vuestra ayuda este cuaderno,
Del Argentino reino recontando
Diversas aventuras y estrañezas,
Prodigios, hambre, guerras y proezas.

Tratar quiero tambien de sucedidos
 Y estraños casos que iba yo notando.
 De vista muchos son, otros oidos,
 Que vine á descubrir yo preguntando.
 De personas me fueron referidos
 Con quien comunicaba, conversando
 De cosas admirables codicioso,
 Saber por escribirlas deseoso.

Perú de fama eterna y estendida
 Por sus ricos metales por el mundo;
 La Potosí imperial cunoblecida,
 Por tener aquel cerro tan rotundo; (1)
 La tucumana tierra bastecida (2)
 De cosas de comer, con el jocundo
 Estado del Brasil, darán subiecto
 A mi pluma que escriba yo prometo.

Que aunque en esta obra el fundamento
 Primero y principal, Rio de la Plata,
 Y así es primero su descubrimiento;
 Con todo no será mi pluma ingrata;
 Que aquí pintará al vivo lo que siento
 Del nuevo orbe al Marques Mora: y si trata
 Contraio á la verdad, yo sea borrado
 De su libro, y á olvido condenado.

Tambien diré de aquel duro flagelo,
 Que Dios al mundo dió por su pecado,
 El Drake que cubrió con crudo duelo (3)
 Al un polo y al otro en sumo grado.
 Trataré de castigos, que del Cielo
 Pareçe nuestro Dios nos ha enviado:
 Temblores, terremotos y señales
 Que bien pueden juzgarse por finales.

En todo hallará bien si lo quisiere,
 A su gusto el lector, gusto sabroso.
 Y guste lo que mas gusto tuviere,
 Y deje lo sin gusto y disgustoso,
 Hará al fin lo que mas gusto le diere:
 Qué esto de escribir es azaroso.
 En nombre de Jesus comienzo agora,
 Y de la Virgen para Emperadora.

Despues del gran castigo y gran justicia,
 Que hizo nuestro Dios Omnipotente
 Por ver como crecia la malicia
 Del hombre que compuso sabiamente,
 Habiendo recibido la propicia
 Señal del amistad, Noé prudente,
 De Japhet, hijo suyo, asi llamado,
 Tubal nació valiente y esforzado. (4)

Aqueste fué el primero que en España
 Pobló: pero despues viniendo gentes
 Con la de aqueste Tubal y otra estraña
 Mas, del mismo Noé remanecientes,
 España se pobló, y tanta saña
 Creció entre unos hombres muy valientes
 Tupis que por costumbre muy tirana
 Tomaron á comer de carne humana.

Creciendo en multitud por esta tierra
 Estremadura bella, aquesta gente
 De tan bestial designio y suerte perra,
 Por atajar tal mal de incontinente
 Hicieron los Ricinos grande guerra (5)
 Contra aquestos caribes fuertemente;
 En tiempo que no estaba edificada
 La torre de Mambros tan afamada. (6)

Ni menos el alcázar trujillano,
 En que vive la gente trujillana:
 Ni la puente hermosa, que el Romano
 En Mérida nos puso á Guadiana.
 Ni habia comenzado el Lusitano, (7)
 Que habita en la provincia comarcana.
 Empero habia Ricinos en la tierra,
 Muy fuertes y valientes para guerra.

Aquestos son nombrados Trujillanos;
 Cual pueblo *Castrum Julii* fué llamado: (8)
 Qué cuando le poblaron los Romanos
 El nombre de su César le fué dado.
 Fronteros de estas tierras los profanos
 De aquel designio pérfido, malvado,
 Caribes inhumanos habitaban,
 Y toda la comarca maltrataban.

Corriendo las riberas del gran Tajo,
 Y á veces por las sierras de Altamira, (9)
 Ponian en angustia y en trabajo
 La gente con su rabia cruda y dura.
 No dejan cosa viva: que de quajo,
 Cuanto puede el Caribe, roba y tira;
 A cual quitan el hijo y los haberes,
 Y á otros con sus vidas las mugeres.

Vistos por los Ricinos trujillanos,
 Con ánimo invencible belicoso,
 Contra aquellos caribes inhumanos
 Formaron campo grande y poderoso.
 Venido este negocio ya á las manos,
 De entre ámbas partes fue muy sanguíñoso:
 Mas siendo los caribes de vencida,
 Las reliquias se ponen en huida.

Espulsos de la tierra, fabricaron
Las barcas y bateles que pudieron,
Y á priesa muchos de estos se embarcaron
Y sin aguja al viento velas dieron.
A las furiosas aguas se entregaron,
Y así de Estremadura se salieron;
Y á las islas, que dicen Fortunadas,
Aportan con sus barcas destrozadas.

Platon escribe y dice, que solia
El mar del norte, Atlántico llamado,
Ser islas lo mas de él, y se extendia
La tierra desde España en sumo grado.
Y que en tiempos pasados se venia
Por tierra mucha gente; y se han llamado
Las islas Fortunadas que quedaron,
Cuando otras del mar Norte se anegaron. (10)

Y así á muchos pilotos yo he oido,
Que navegando han visto las señales
Y muestras de edificios que han habido, (11)
(Cosas son todas estas naturales,
Que bien pueden haber acontecido)
Por donde los Tupis descomunales,
Irian facilmente á aquellas partes,
Buscando para ello maña y artes. (12)

Llegando, pues, allí ya reformadas
Sus barcas y bateles, con gran pio,
Tornáronse á entregar á las hinchadas
Ondas del bravo mar á su albedrío.
Las barcas iban rotas, destrozadas,
Cuando tomaron tierra en Cabo Frio,
Que es tierra del Brasil yendo derecho
Al Rio de la Plata y al Estrecho.

Comienzan á poblar toda la tierra,
 Entre ellos dos hermanos han venido.
 Mas presto se comienzan á dar guerra,
 Que sobre un papagayo ha sucedido.
 Dejando el uno al otro, se destierra
 Del Brasil, y á los llanos se ha salido.
 Aquel que queda ya Tupí se llama,
 Estotro Guaraní de grande fama. (13)

Tupí era el mayor y mas valiente,
 Y al Guaraní menor dice que vaya
 Con todos sus soldados y su gente,
 Y que él se quedará allí en la playa.
 Con la gente que tiene incontinente
 El Guaraní se parte y no desmaya:
 Que habiendo con su gente ya partido,
 La tierra adentro y sierras ha subido.

Pues estos dos hermanos divididos,
 La lengua guaraní han conservado:
 Y muchos que con ellos son venidos,
 En partes diferentes se han poblado,
 Y han sido en los lenguages discernidos,
 Que por distancia nadie ha olvidado.
 Tambien con estos otros, aportaron,
 Que por oro viage allá pasaron.

Mahomas, Epuaes y Calchines,
 Timbues, Cherandies y Beguaes,
 Agaces, y Nogoés, y Sanafines,
 Maures, Tecos, Sansoues, Mogozaes.
 El Paraná abajo, y á los fines
 Habitan los malditos Charruaes,
 Naues y Mepenes, Chiloazas:
 A pesca todos dados y á las cazas.

Los nuestros Guaranís, como señores,
 Toda la tierra cùasi dominando,
 Por todo el Paraná, y alrededores
 Andaban crudamente conquistando.
 Los brutos, animales, moradores
 Del Paraguay, sugetan á su mando.
 Poblaron mucha parte de esta tierra,
 Con fin de dar al mundo cruda guerra.

Poblando y conquistando han alcanzado
 Del Perú las nevadas cordilleras;
 A cuyo pié ya tienen subyugudo
 El rio Pilcomayo y sus riberas. (14)
 Muy cerca de la sierra han sugetado,
 A gente muy valientes y guerreras
 En el rio Condorillo y Yesuí,
 Y en el grande y famoso Guapaí.

Una canina rabia les forzaba
 A no cesar jamas de su contienda.
 Qué el Guaraní en la guerra se hartaba,
 (Y así lo haria hoy, sin la rienda,
 Que le tenemos puesta), y conquistaba,
 Sin pretender mas oro, ni hacienda,
 Que hacerse como vivas sepulturas
 De símiles y humanas criaturas.

Que si mirar aquestos bien queremos,
 • Caribe dice, y suena sepultura
 De carne: que en latin *caro* sabemos
 Que carne significa en la lectura.
 Y en lengua guaraní decir podemos
Ibi, que significa compostura
 De tierra, dó se encierra carne humana:
 Caribe es esta gente tan tirana.

Teniendo, pues, la gente conquistada,
 En mil parages se poblaron de hecho.
 El Guaraní con ansia acelerada
 A los Charcas camina muy derecho.
 La cordillera y sierra es endiablada
 Parece le scrá de gran provecho
 Parar aquí, y hacer asiento y alto,
 Con fin de allí al Perú hacer asalto.

Muy largos tiempos y años se gastaron,
 Y muchos descendientes sucedieron,
 Desde que los hermanos se apartaron.
 De Tupí en el Brasil permanecieron
 Tupíes, y destotros que pasaron
 Guaraníes se nombran, y así fueron
 Guerreros siempre aquestos en la tierra,
 Que el nombre suena tanto como guerra. (15)

Aquestos Guaraníes se han mestizado
 Y envuelto con mil gentes diferentes,
 Y el nombre Guaraúí han renunciado,
 Tomando otro por casos y accidentes.
 Allá en las cordilleras, mal pecado,
 Chiriguanaes se dicen estas gentes,
 Que por la poca ropa que tenian,
 De frio muchos de ellos perecian.

La costa del Brasil es muy caliente,
 Y el Paraguay y toda aquella tierra.
 Camina aquesta gente del oriente,
 Y para en las montañas y la sierra,
 Caminando derechos al poniente,
 Haciéndoles el frio cruda guerra
 Que mal puede el desnudo en desafio
 Entrar y combatirse con el frio.

Llegaron, pues, al fin á aquel parage
 Dó el frio les hizo guerra encarnizada,
 Y frio *chiri* suena en el language
 Del Inga, que es la lengua mas usada;
Guana es escarmiento de tal trage.
 Aquesta gente iba mal parada,
 Y el frio que tomaron, escarmiento
 Fué para el Chiriguana y cognomento. (16)

En este tiempo ya habian venido
 Por otra parte y via al Perú gentes:
 Por ser tan exquisitos, no he querido
 Sus nombres referir tan diferentes,
 En una lengua muchos se han unido,
 Que es *quichua*, y los hidalgos y valientes,
 De aqueste nombre Inca se han jactado,
 Y á todos los demos ban sujetado.

Estando de esta suerte apoderados
 Los Incas, los Pizarros allegaron,
 Y siendo del Perú bien enterados,
 La tierra en breve tiempo conquistaron.
 Los Guaranís sus dientes acerados
 Alegres con tal nueva aparejaron,
 Pensando que hartarian sus vientres fieros,
 De la sangre de aquellos caballeros.

El corazon pedia la venganza
 De sus pasados padres, que habian sido
 De la tierra Estremeña á espada y lanza
 Expulsos, como arriba habeis oido.
 Mas viendo de Pizarro la pujanza, (17)
 Temieron de pasar; y asi han tenido
 Por seguros los montes despoblados,
 Sin ser á gente humana sujetados.

De allí hacen hazañas espantosas,
 Asaltos, hurtos, robos y rapiñas,
 Contra generaciones belicosas,
 Que están al rededor circunvecinas.
 En sus casas están muy temerosas,
 Como unas humillísimas gallinas,
 Con sobrado temor noche y mañ na,
 Temiendo de que venga el Chiriguana.

Usan embustes, fraudes y marañ
 Tambien tienen esfuerzo y osadía,
 Y asi suelen hacer grandes hazañas,
 Que arguyen gran valor y valentia.
 A aquestos ví hacer cosas estrañas
 En tiempo que yo entre ellos residia:
 Y el que no me quisiere á mi escuchallo,
 Al de Toledo vaya á preguntallo.

Dejemos esto agora:—navegando
 Magallanes tambien vino derecho,
 La costa del Brasil atras dejando
 En busca fué y demanda del Estrecho,
 Salio del mar del sur atravesando,
 Y hállase contento y satisfecho,
 Y al mundo dá una vuelta con Victoria,
 Ganandó en este caso fama y gloria.

Despues á los quinientos y trece añ
 Contados sobre mil del nacimiento
 De aquel que padeció por nuestros daños,
 Dió Juan Diaz de Solis la vela al viento,
 Al Paraná aportó, dó los engaños,
 Del Timbú le causaron finamiento,
 En un pequeño rio de grande fama,
 Que á causa suya de *Traicion* se llama.

Por piloto mayor de Magallanes
 Al Estrecho venido aqieste habia;
 No harto de pasar penas y afaues,
 La conquista á D. Carlos le pedia.
 Entró el rio arriba con desmanes,
 Hasta que ya el postrero le venia,
 En que su alma del cuerpo se desata,
 Poniendo al Paraná nombre del Plata. (19)

No fué sin causa, creo, de secreto,
 Y señal de misterio y buen agüero. (20)
 Aunque es así que todo está sugeto
 Al alto divino juicio verdadero,
 Y aunque usó este nombre por respeto,
 Que vido cierta plata allí primero,
 Yo entiendo que ha de haber grande tesoro
 Algun tiempo de plata allí y de oro.

La muerte pues de aqieste ya sabida,
 El gran Carlos envia el buen Gaboto, (21)
 Con una flota al gusto proveida,
 Como hombre que lo entiende y que es piloto.
 Entró en el Paraná, y ya sabida
 La mas fuerza del rio le ha sido roto
 Del Guaraní, dejando fabricada
 La torre de Gaboto bien nombrada.

Algunos de los suyos se escaparon
 De aquel rio Timbus dó fué la guerra,
 Al rio de San Salvador despues bajaron,
 Donde la demas gente estaba en tierra.
 A nuestra dulce España se tornaron,
 Huyendo de esta gente infiel y perra.
 Mas no pone temor esta destroza
 A D. Pedro Guadix y de Mendoza.

**D. Pedro de Guadix, como diremos,
Despues de haber de Roma malvenido,
Cuando hubo disencion en los supremos,
El gobierno Argentino hubo pedido.
Empero algun tanto ahora descansemos,
Que no le dejaremos por olvido,
Pues su hambre rabiosa y grande ruina
Ayuda á lamentar á la Argentina.**

**De nuestro rio Argentino y su grandeza
Tratar quiero en el canto venidero,
De sus islas y bosques y belleza,
Epílogo haré muy verdadero.
Ñinguno en lo léer tenga pereza,
Que espero dar en él placer entero,
De cosas apacibles y graciosas,
Y dignas de tenerse por curiosas.**



CANTO SEGUNDO.

En este canto se trata de la grandeza del Rio de la Plata, del Paraguay, y de las islas, peces, aves que hay en ellos.

La obra excelentísima y grandiosa
Arguye grande artífice y maestro;
Que no puede hacer obra preciosa
El hombre que en el arte no está diestro.
Como la creacion maravillosa
Enseña, Señor mio, el poder vuestro,
En su tanto tambien aqúeste rio
Muestra grande saber y poderio.

Inmensas gracias, Dios Señor, os damos,
Pues todo á nuestra causa lo criastes;
Y á nosotros que mal os lo pagamos,
Para yuestro servicio nos formastes.
Cuanto sois, mi Señor, si bien miramos
Las cosas que en el mundo vos plantastes,
Nos da bien á entender, y la grandeza
De vuestro gran saber y la riqueza.

El rio que llamamos Argentino, (22)
Del indio *Paraná* ó mar llamado,
De norte á sur corriendo su camino
En nuestro mar del norte entra hinchado.
Parece en su corriente un torbellino,
O tiro de arcabuz apresurado.
Mas con el viento sur plácidamente
Se vence navegando su corriente.

De mas de treinta leguas es su boca,
 Y dos cabos y puntas hace llanas.
 Al tiempo que en la mar brava se emboca,
 Al un cabo dos islas, como hermanas,
 Están, que cada cual parece roca.
 Los Castillos se dicen, muy cercanas
 Al cabo que nombré Santa Maria,
 Que poco de estas islas se desvía.

Al otro cabo, Blanco le llamamos,
 El cual en la mar entra mas derecho
 Y mas bajo, y por esto navegamos,
 Por mas seguro este otro, un poco trecho.
 Despues al otro cabo nos tornamos,
 El cual está á la banda del estrecho:
 Entrambas costas son muy peligrosas,
 Y de futuros casos portentosas.

Pasadas estas islas de Castillos,
 Adelante están dos algo mayores:
 De los Lobos se dicen, que lobillos
 Como becerros hay poco menores,
 Un poco mas arriba dos islillos
 Están, nombrados islas de las Flores,
 Y habiendo treinta leguas caminado,
 Al puerto San Gabriel hemos llegado.

Siete islas hay en el, altas, graciosas, (23)
 Un poco de la tierra desviadas,
 De palmas y laureles muy copiosas,
 Están aquestas islas bien pobladas.
 Aquí llegan las naves poderosas,
 Como salen de España despachadas,
 Frontero es Buenos Aires ya poblado,

De ancho nueve leguas ó mas tiene
 El rio por aquí, y muy hondable.
 La nave hasta aquí segura viene:
 Que como el ancho mar es navegable,
 Pasado este parage le conviene
 Al piloto mirar el gobernable,
 En la mano llevando siempre sonda,
 O seguir la canal que va bien honda.

•Doce leguas de aquí Martín Garcia, (24)
 Una isla de este nombre está llamada:
 Una legua de tierra se desvía,
 Y mas de legua y media es prolongada.
 A partes por el bosque está sombría,
 Y á partes tierra alta y asombrada,
 Don Pedro, y Juan Ortiz allí poblaron,
 Y de hambre mucha gente sepultaron.

Aquí llegó Eduardo de Fontano,
 El año sobre mil y los quinientos
 De ochenta con mas dos, con viento sano,
 Mas no supo de pueblos ni de asientos:
 Que si acaso supiera el luterano
 Que allí habia poblados y cimientos,
 Sin duda en pesadumbre nos pusiera,
 Que habia el aparejo en gran manera.

Cuatro leguas de aquí ya navegadas
 Las islas de San Lázaro están juntas,
 De tierra media legua desviadas
 A dó enderezan ámbas sendas puntas.
 están aquestas islas separadas,
 Aunque al parecer no están disjuntas.
 Y habiendo media legua navegado,
 Está el Uruguay, rio afamado.

Es rio de caudal y poderoso:
 Su boca legua y media casi tiene.
 Entra en este parage muy furioso,
 Que de peñas y riscos altos viene.
 En él entra otro rio con reposo,
 Que al parecer entrando se detiene;
 Al cual San Salvador llamó Gaboto,
 Antes que de los indios fuese roto.

A dos leguas entre otro, que es nombrado
 El rio negro, que *Hum* tenia por nombre.
 Aquí en nuestro tiempo se han hallado
 Pescados semejantes muchos al hombre, (25)
 Aquesto de pasada lo he tocado,
 Ninguno de leerlo aquí se asombre,
 Que, siendo Dios servido, en otro canto
 Diré cosas de vista y mas espanto.

Dejemos este rio, que corriendo
 De allá hácia el Brasil viene derecho;
 Y en él se vieuen otros mil metiendo,
 Que le tienen famoso y grande hecho.
 Al nuestro de la Plata revolviendo,
 Desde aquí él comienza á ser deshecho,
 Y en once brazas grandes se reparte,
 Tirando cada cual su larga parte.

Del rio Nilo refieren escritores
 Lo mismo: pero es tanta la grandeza
 De aqueste y de sus brazos, que mayores
 Los juzgo, que no estiman la braveza
 Del Nilo en tanto grado los autores.
 Y si del Nilo fuera la estrañza
 Tan grande como este, y se escribiera,
 Al mundo admiracion mayor pusiera.

En el nuestro se forman muy hermosas
 Islas, de á doce leguas y mayores:
 En sus tiempos muy frescas y frondosas,
 Pobladas de mil rosas y de flores:
 De caza y bastimentos abundosas;
 En ellas Guaranís son pobladores,
 Sin que alguna nacion otra se atreva
 En él poblar, en ella hacer prueba.

Pasadas estas islas, torna el rio
 A su primera madre acostumbrada.
 De una y otra parte gran gentio
 La tierra firme tiene bien poblada.
 El Guaraní les manda con gran brio,
 Que tiene la mas tierra sugetada:
 Entre ellos Yamandú, gran hablador,
 Que se titula y nombra Emperador.

Este malvado y perro como artero,
 A todos los mas indios comarcanos
 Los trae á su opinion al retortero:
 Y como son los indios tan livianos,
 Y el pica su poquillo en hechicero,
 Donde el pone los pies ponen las manos:
 De suerte que si quiere hacer la guerra,
 Al punto le vereis juntar la tierra.

Y no piense el que lea aquesta historia
 Que al falso Yamandú percedero
 Le falta quien levante su memoria,
 Que en mi tiempo murió: mas su heredero
 Levantar procuró su fama y gloria:
 Y lo hizo en mas grado que el primero.
 Así que Yamandú es el dictado,
 Y nombre que se pone al que ha heredado.

De aquella trataremos adelante,
 De sus enbustes, falsos y marañas. —
 De cuerpo y parcer era gigante,
 Y así le demostraban sus hazañas,
 Un poco tiempo fùí su doctrinante,
 Teniéndole en prision á dó sus sañ
 Procuré doctrinar: trabajé en vano,
 Porque era muy malvado este pagano.

De aquí el rio arriba, navegadas
 Ciento y veinte leguas ya del rio,
 Otras islas están tan bien pobladas
 De gentiles naciones y gentio.
 Timbues las mas de ellas son llamadas,
 Que muy poco temór tienen al frio.
 La torre de Gaboto está cercana
 Y la gente llamada Cherandiana.

De allí á veinte leguas, otro asiento,
 Que Santa Fé se dice, está poblado:
 Garay le dió principio y fundamento,
 Cuando Martin Suarez ha mandado.
 Tratarse ha en otra parte aqueste cuento:
 Volvamos al negocio comenzando.
 El rio hace aquí muchos islones,
 Poblados de onsas, tigres, y leones.

Al pié de ochenta leguas adelante
 El grande Paraguay entra famoso,
 Con mas quietud se muestra, y mas semblante
 A este rio corriendo con reposo.
 El Paraná se aparta allá á levante,
 De á dó corre con fuerza muy furioso;
 Del norte corre el otro, consumiendo
 Las aguas que el Perú viene virtiendo.

Entrando el Parauá está Santa Ana,
 De Guaranís provincia bien poblada.
 És tierra aquesta firme buena y llana,
 Que mucha de la dicha es anegada.
 Empero esta enjuta es muy galana,
 De nuestros españoles conquistada;
 Y así tienen aquí repartimiento
 Los que en el Paraguay tienen asiento.

La peña pobre está mas adelante:
 Es alta como roca muy crecida.
 Aquí han visto muchos un gigante
 De gran disposicion y muy crecida.
 No está, segun yo supe, el aquí estante:
 Que allá la tierra adentro es su guarida;
 Mas viene aquí á pescar muy á menudo,
 De sus redes cargado, mas desnudo.

Arriba de aquí están los remolinos,
 Que es cosa de admirar y gran espanto.
 En el medio del agua hay torbellinos,
 Como suele acá en tierra: y esto tanto,
 Que navegando algunos, los vecinos
 Celebran sus exequias con gran planto,
 Diciendo que Caribdis está á punto,
 Para lo que viniere tragar junto.

Aquí muchas canoas se han perdido,
 Y muchos en mi tiempo se anegaron.
 Muy mal al de la Puente ha sucedido,
 Y á aquellos que con él aquí bajaron.
 Que habiéndoles Caribdis sumergido,
 Las vidas y haciendas trabucaron,
 Y aquellos, que mejor les fué en la féria,
 Aun lloran todavia su miseria.

El Salto ya me está gran priesa dando,
 Diciendo este lugar ser propio suyo:
 Y yo, solo en lo estar imaginando,
 De miedo, y de pensarlo de mi huyo.
 Decir aqueste cuento procurando
 La mauo está temblando, y lo rebuyo;
 Por ser la cosa horrible y espantosa,
 Y en todo el Paraná maravillosa.

Por aquí el Paraná dos leguas tiene,
 Y peñascos y sierras hasta el cielo:
 Y al pié de una gran legua de aquí viene
 Con ímpetu furioso y crudo vuelo.
 Cualquiera que navega le conviene
 Con tiempo tomar tierra, que en el suelo
 De mil picas en alto dará cierto:
 Por tanto muy de atras se toma puerto.

De legua mas atras en canalado
 El Paraná descende poderoso:
 Un peñasco terrible está tajado
 De á dó se arroja y cae muy furioso.
 El estruendo que hace es muy sobrado,
 Y el humo al aire tiene tenebroso,
 Una noche dormí en una sábana,
 Dos leguas de él, mas fué la Toledana.

Yo propio lo he oido à naturales,
 Tratando de este salto y su grandeza,
 Que estaban con temores desiguales,
 A oír aquel sonido y su braveza.
 Las aves huyen de él; los animales,
 Oyendo su estruendo, sin pereza
 Caminan, no parando apresuradas,
 Y con temor las colas enroscadas.

Despues està Guaira, ciudad enferma,
 Y que por Malgarejo fué poblada.
 Mas él, podrá decir cierto Belerma,
 De mi para mi mal fué engendada.
 Es causa que Rui Diaz nunca duerma,
 La gente Chriguana levantada,
 Por donde el pobre viejo anda á la guerra
 Con tino por tener en paz la tierra.

Poblada está tambien otra ciudad,
 Cuarenta leguas mas arriba de esta.
 En ella hay de metales cantidad,
 Empero aunque los haya ¿de que presta?—
 Hablando como es justo la verdad,
 Que el hombre es lo que solo allá les resta,
 Pues vemos plomo saca Melgarejo,
 Y hierro, con tener poco aparejo.

Al Paraná es ya tiempo que dejemos,
 Y al Paraguay ameno revolvamos;
 En el cual á la clara bien veremos,
 Que está cifrado el bien que deseamos,
 El bien, digo, que en tierra pretendemos,
 Que agora del divino no hablamos;
 Que aquese solo y sumo bien supreno,
 Está solo en gozar de Dios eterno.

Entrando al Paraguay á izquierda man ,
 El Ipití se vé, que es rio famoso;
 Muy plácido descende por un llano
 De palmas y laureles muy copioso.
 El Paraná-miri está cercano,
 Que al Paraná traviesa caudaloso,
 haciendo triangular una isla llana,
 De doce leguas casi de sabána.

Si en este riachuelo el otro fuera,
 Que dicen á buscar su muger iba
 El rio arriba espanto no pusiera;
 Pues vemos que este corre hácia arriba
 Algunas veces, y es de esta manera,
 Que es justo la razon aquí se escriba:
 Está euando uno crece el otro bajo,
 Y el chico corre arriba y corre abajo.

No corre el Paraguay tanto furioso,
 Y es un rio mayor que él de Sevilla,
 De vista y parecer es muy gracioso,
 Con ribera vistosa y linda orilla.
 De frescas arboledas muy copioso,
 Y en partes prado verde á maravilla.
 Tambien tiene los valles mas cercanos
 Lagunas, negadizos y pantanos.

Una laguna tiene de gran fama
 Llegada al Ipití que dicho habemos.
 De los Mahomas es, y así se llama,
 Que aquesta gente habita sus extremos.
 En el rio Bermejo se derrama,
 Y que esta tenga perlas lo sabemos,
 El Mahoma, Señor de esta laguna,
 Estando en la Asumpcion me dió mas de una.

En gran precio las perlas estos tienen;
 Empero ellos no saben horadarlas.
 Si en su asiento españoles se detienen,
 De los hostiones procuran de sacarlas
 Y al español con ellas luego vienen.
 El orden pues que tienen en pescarlas
 Es facil; que en pequeños redejones,
 A veces sacan veinte y mas hostiones.

Antes de la Asumpcion hay angostura
 Del rio, y así corre allí furioso.
 Alegre es por allí y de frescura,
 De muchas arboledas muy umbroso:
 Con islas que hay en él de hermosura
 Extraña, y parecer muy deleitoso.
 Entra aquí Pilcomayo que, vertiendo
 Sus aguas, del Perú viene corriendo.

Cuatro leguas arriba está situada
 La gran ciudad, antigua y populosa,
 Que es dicha la Asumpcion, que fué poblada,
 Por Salazar en era muy famosa.
 Es aquesta ciudad tan regalada,
 Que mi pluma escribirlo aquí no osa:
 Algunos, por baldon con mal aviso,
 La llaman de Mahoma paraiso.

Poblóse de muy buena y noble gente,
 En tiempo de D. Pedro de Mendoza,
 Aunque hay, como sabemos, al presente
 En abundancia ya de toda broza.
 La causa de este mal inconveniente.
 Paréceme será la gente moza,
 Que, aunque salen valientes y esforzados,
 Al mal y no al bien son muy inclinados.

Gran copia de mestizos hay en ella,
 Pero mas abundancia de mugeres
 Porque la guerra hace en ellos mella,
 La cual sin interes y sin haberes,
 Con solo el fin la siguen de tenella.
 Y así, lector curioso, si quisieres
 El número saber de las doneellas
 De cuatro mil ya pasan como estrellas.

De frutos de la tierra y de Castilla.
 De pan, y vino, y carnes y pescado
 Hay copia; pero oid la maravilla,
 Que sé que aconteció un dia pasado.
 Un peje palometa, que freilla
 Pensaba una muger enharinado,
 De la sartén saltó muy derrepente,
 Y el dedo le cortó redondamente.

Un palmo y mas tendrá la palometa,
 Y mayor en el ancho que una mano.
 A donde hace presa fuerte aprieta,
 Como suele hacer el crudo alano.
 Es cosa de notar ver que acometa
 Este pequeño pez á todo humano,
 Del río vi salir un día un soldado
 Gritando, y en el muslo un gran bocado.

Juzgóse allí al presente que faltaba
 De carne media libra al desdichado,
 Y el peje palometa lo llevaba
 En la boca redondo aquel bocado.
 Mas de otro oí decir que lamentaba
 Su suerte desastrosa y triste hado,
 Que en la boca de un pez perdido habia,
 Lo que el pez le cortó con gran porfia.

Dorados hay enormes y crecidos,
 Mandís, rayas, pacues amarillos:
 Muchos pescados hay desconocidos,
 Por tanto determino no escribillos.
 Los indios naturales mantenidos
 Los mas son de pescado y venadillos,
 Los Guaranis son solo labradores,
 Los mas dados á caza y pescadores.

Aves la tierra cria diferentes,
 Que habitan por las islas de este río,
 Pavas y avestruces muy valientes,
 Neblies y falcones de gran brio.
 Culebras hay y vívoras, serpientes,
 Que han tenido con líombres desafío:
 En otro canto aquesto contaremos,
 Y cosas admirables trataremos.

Que aquesto ahora tocamos de pasada;
 Y cierto que en pensar yo la estrañeza
 De las cosas que he visto, embelesada
 Me queda la memoria, y mi rudeza
 En éxtasis se pone enagenada,
 De toda la humana naturaleza:
 Y habiendo de escribirlo todo en suma
 La mano está temblando con la pluma.

Dejemos, pues, ya el río, que corriendo
 Por él quinientas leguas sin contento,
 Del enemigo á veces yo huyendo,
 Jamás pude hallarle nacimiento,
 De otros con porfia les siguiendo,
 He hallado el principio y fundamento;
 Y quiero darle ya al canto tercero,
 Que cosas espantosas cantar quieró.



CANTO TERCERO.



En que se trata de la calidad de la tierra, animales reptiles, y espantosísimas víboras y serpientes; de la sirena, del carbunco, de unas mariposas, que se tornan en gusanos, y despues en ratones, y otras maravillas.



Demas de que en nosotros señalada
La lumbré está de Dios oomo creemos,
Y el alma por él mismo fué criada
A su bendita imagen, lo leemos.
Para que de esta suerte doctrinada
En bien fuese así mismo; si queremos
Mirar las corporales criaturas,
Veremos que son vivas escripturas.

La flor de la granada ó granadilla
De Indias, y misterios encerrados,
• ¿A quien no causará gran maravilla?
Figúranse los doce consagrados,
De nna color verde y amarilla:
La corona y los clavos tresmorados
Tan natural están, y casi al vivo,
Que yo me admiro agora que lo escribo.

Un árbol hay pequeño de la tierra
 Que tiene rama y hoja menudita:
 En tocando la hoja ella se cierra,
 Y en el punto se pone muy marchita.
 Yo he visto yendo veces á la guerra
 Por los campos aquesta yerbecita,
Caycobé se llama, y es tenida
 Por yerba viva, y nómbnanla *de vida*. (26)

Quién no se admirará luego en oyendo
 Que hay un papagallo muy hermoso,
 La hembra cuando huevos va poniendo,
 Tres pone, que es el número gracioso.
 Al punto que los pollos van saliendo
 Conoce el papagallo-el que es vicioso
 Y sobra; y así le mata en aquel día,
 Dejando macho y hembra para cria.

Al *Micuren* dió Dios una bolsilla (27)
 Por medio de los pechos, en que encierra
 Siete ú ocho hijuelos: si seguilla
 Procura otro animal, le hace guerra
 A quien le sigue; y guarda su cuadrilla
 Como suele hacer la brava perra:
 Y en viéndose de mal libre y de duelos,
 Abre la bolsa y salen los hijuelos.

El *Yumirí*, que es oso hormiguero,
 ¿A quien no espantará su compostura?
 Por boca tiene un muy chico agujero,
 Como un novillo grande, y de hechura
 Del oso acá comun: no es carnicero,
 Y prívale de serlo el angostura
 De la boca: mas vence al tigre fuerte,
 Causándole por hambre cruda muerte. (28)

El instinto de un vil animalejo,
Eyra ha por nombre, me ha admirado;
 De suerte es y de forma de un conejo,
 Mas mata, como vemos, un venado,
 Salta y aferra firme en el pellejo,
 Y en el seseso dá fiero bocado,
 Haciendo con las uñas tal camino,
 Que saca al animal el intestino.

Lo mismo hace al hombre y otra cosa
 Una horrenda culebra, que es nombrada
Curiyú; muy grande y espantosa, (29)
 De largo, y de grosor descompasada,
 Lo que ha comido y traga no lo bosu,
 Ni echa por abajo: más posada
 En tierra la barriga, se abre y echa
 Aquello que de nada le aprovecha.

Las víboras que son mas ponzoñosas,
 Cascabel en la cola tienen puesto,
 De diversas colores son vistosas,
 Saltando de la tierra, y de su puesto,
 Arremeten al hombre muy furiosas.
 Hasta morder con rabia el rostro y gesto.
 A dó las hay crió Dios una yerba,
 Que es dicha por su nombre contrayerba.

El hombre ó animal á quien le hiera
 Algunas de estas víboras malvadas,
 En un día natural, sin falta, muere,
 Y en él son medicinas escusadas.
 Empero si la yerba el taí bebiere,
 Antes que doce horas sean pasadas,
 Escapa. Aquesta yerba Dios le ha dado
 El mismo cascabel muy apropiado.

¡A quien no admirarán las cosas tales!
 Pues mas he de decir en este canto;
 Que contaré en el cosas desiguales,
 Muy raras, peregrinas y de espanto.
 Agora de la tierra y naturales
 De la Asumpcion digamos tanto cuanto;
 Y luego escribiremos mil coşillas,
 Que bien podré llamarlas maravillas.

El temple la Asumpcion tiene gracioso,
 Apacible, sereno y claro cielo;
 Invierno frio; estio caloroso,
 Algunas veces nieve, tambien yelo.
 De invierno y de verano está hermoso
 El campo todo el año, verde el suelo,
 Porque de cuando en cuando bien se moja,
 Y casi siempre está de verde hoja.

La gente natural y comarcana,
 Es de muchas naciones diferentes.
 Empero la mas es la Chiriguana,
 Que están á los cristianos obedientes.
 Ya no comen aquestos carne humana,
 Si no es por exquisitos accidentes
 En guerras y conquistas con paganos,
 Empero no de carne de cristianos.

Una pestilencia grande hubo venido,
 De que muchos Guaranís se murieron,
 Que carne de cristianos han comido,
 La peste les sucede atribuyeron.
 Tambien por desabrida aborrecido
 La tienen, segun muchos me dijeron:
 Que mas les sabe carne de un pagano,
 Que no la de español ó castellano.

Los **Guyeurús** habitan la otra banda:
 Es gente muy valiente y belicosa,
 Cuando nuestro español en guerras auda,
 Alquila Guaycurús por donde osa
 Al Guaraní seguir, que le dán tanda
 Aquestos de tal suerte, que medrosa
 La gente Guaraní queda y deshecha,
 Que el Guaycurú jamas teme su flecha.

Los **Agaces** estaban bien poblados
 En tiempo de **D. Pedro de Mendoza**,
 Y aun eran muy valientes y esforzados.
 Los cristianos hicieron tal destroza
 En ellos, que los indios y soldados
 Mataban sin piedad á toda broza:
 Y así vino la cosa á tal estado
 Que no hay hoy del Aguz pueblo poblado.

Tambien habia muchos **Guatataes**,
 Que es gente muy amiga de cristianos.
 Y otros que se llaman **Mogolaes**,
 Que viven en esteras por los llanos;
 Aquestos y tambien, **Coñamequaes**,
 Están de la ciudad algo cercanos:
 Acuden á servir con gran contento,
 Aunque de ellos no hay repartimiento.

Los **Guaraníes** solos repartidos
 Están, que las demas generaciones,
 Aunque lo están, y han sido sometidos
 Al español, mas son por ocasiones,
 Que tienen los que mandan eximidos
 Del servicio, y acuden con mil dones;
 De suerte que hablando mas de vero,
 Es de estos el que manda encomendero.

Junto á la Asumpcion está una sierra,
 Nombrada Lambaré, sierra afamada;
 En gran parte de toda aquesta tierra,
 Ninguna tan alta hay, tan encumbrada.
 Allí dió Salazar muy cruda guerra
 A Lambaré, y su gente rebelada.
 Y muy cerca de allí, bajando al rio,
 Oid una batalla y desafio.

Habiendo Salazar aquí vencido
 El bravo Lambaré y toda su gente;
 A los pies de alta sierra le ha salido
 Una terribilísima serpiente.
 Con ánimo gallardo y muy crecido
 Embraza la rodela diligente,
 Y comenzando á darla con la espada,
 En tierra echa una mano destroncada.

La sierpe con la cola revolviendo,
 Al buen Capitan diera muy airada
 Un golpe tan terrible, que cayendo
 Venia el Capitan, y con la espada,
 En el suelo se tuvo, y acudiendo
 Con una venturosa cuchillada,
 Tal golpe de revés dá con destreza,
 Que ahí la sierpe queda sin cabeza.

La del tigre no fué tan grande hazaña,
 Aunque era muy terrible y espantoso:
 Matólo antes que fuese á nuestra Españ
 Aqueste Capitan tan valeroso.
 Y habiendo ido, volvió, cosa estraña,
 Que siendo tan valiente y poderoso,
 Murió pobre, dejando muchos hijos,²
 Con pleitos y demandas y litijos.

Por armas le dió el Rey el tigre fiero
 Con Lambaré, la sierra que he contado,
 Y un hábito y señal de caballero,
 Con que á las Indias vuelve muy honrado.
 Mas como nunca dió en tener dinero,
 Murió sin dejar solo ni un cornado:
 Que aquesto de tener la plata á sobra,
 Yo tengo firmemente que Dios obra.

De que me sirve á mi querer riqueza,
 Y andar aperreado por habella,
 Si Dios por me azotar me dá pobreza.
 ¿A quién presentaré yo mi querella,
 Si la Suprema Causa y Suma Alteza
 Dispone que no haya de tenella?
 De arriba, de lo alto todo viene:
 Dejadlo al que poder en todo tiene.

Volviendo á nuestra historia: rio arriba
 Una laguna está muy afamada:
 Itapuá se llama una peña viva;
 Está en medio de aquella levantada.
 Compéleme el temor que no lo escriba,
 Mas no lo dejaré: es prolongada
 De cien codos la piedra, y muy derecha
 Y arriba en lo supremo una vesecha.

Es como el ave Fenix muy graciosa,
 Que pintan los autores y su nido,
 Compuesto es de especiosa y olorosa
 Madera, que en mis manos la he tenido;
 La Sirena tambien bella, y hermosa
 Como una bella dama, ha parecido
 En medio esta laguna, y aun gemiendo,
 Y sus doradas crines esparciendo.

Otra laguna grande mas crecida,
 De mas admiracion que aquesta vemos,
 Que está la tierra adentro algo metida;
 Los indios del Acay en sus extremos (30)
 Habitan, y ellos dicen que fundida
 Antiguamente fué gente, y creemos,
 Nos dicen, está el diablo atormentando
 Aquellos que pecaron en nefando.

Gran grita y alarido y gran estruendo
 Allá dentro parece que resuena:
 Cuando se allega junto, estremeciendo
 El cuerpo queda todo con gran pena.
 Algunos de temor vuelven huyendo;
 Pajas, se les antoja, y el arena
 Que son diablos que vienen en pos de ellos,
 Y vuelven erizados los cabellos.

Y no lejos de aquí, por propios ojos,
 El Carbunclo animal veces he visto: (31)
 Ninguno me lo juzgue por antojos,
 Que por cazar alguno anduve listo.
 Mil penas padecí, y mil enojos
 En seguimiento de él; ¡Mas cuan bien quisto,
 Y rico y venturoso se hallára
 Aquel que Auagpitan vivo cazára!

Un animalejo es, algo pequeño,
 Con espejo en la frente reluciente,
 Como la brasa ignita en recio leño,
 Corre y salta veloz y diligente:
 Así como le hirieren echa el ceño,
 Y entúrbiase el espejo de repente:
 Pues para que el Carbunclo de algo preste
 En vida el espejuelo sacan de este.

¡Cuan triste se halló, y cuan penoso
 Rui Diaz Melgarejo! que hallado
 Habia, á mi me dijo, de uno hermoso;
 Perdiólo por habérsele volcado
 Una canoa en que iba muy gozoso.
 Yo le ví lamentar su suerte y hado,
 Diciendo—“si el carbunclo no perdiera,
 Con él al Gran Philipo yo sirviera.”

Andando por la guerra, y escuadrones,
 De mí fueron mil cosas conocidas,
 Trataré de una forma de ratones,
 Y de vista hablaré y no de oidas.
 Unas cañas he visto, y cañutones
 Tan gruesos como piernas muy crecidas;
 Catorce y quince tiene pocos menos
 Cada caña, y de agua todos llenos.

El agua es muy sabrosa, clara y fria,
 Mas yendo ya la caña madurando,
 Un gusano se engendra adentro y cria,
 Y al cañuto el gusano horadando
 Afuera mariposa parecia,
 Con las alas comienza de ir volando,
 Y por tiempo las pierde, y queda hecho
 De forma de raton hecho y derecho.

Al tiempo que en la caña están metidos,
 A gente natural son nutrimento.
 Frutos sabrosos son: mas ya salidos
 A luz, causan dolor, pena y tormento,
 Porque tornados ya y convertidos
 En ratones, consumen el sustento;
 Y privan muchas veces de la vida
 Al natural, quitando su comida.

De veinte mil pasaron, naturales,
 Que murieron á causa del estrago
 Que hicieron aquestos animales:
 Que en todo el Ubay dejaron pago
 De planta, ni maiz, ni sementalès,
 Sin pasar par aquel tan crudo trago.
 Dejando desta vez tan asolada
 La tierra, que tardò de ser poblada.

No hay bruco, ni langosta pernicioso,
 Ni erugo, ni otra plaga que yo entienda,
 Que iguale á esta maldita mariposa,
 Terrible, si comienza su contienda.
 Así está desta plaga tan medrosa
 La gente del Ubaŷ, que viendo senda
 Por do huir su tierra y nacimiento,
 La dejan por tener algún contento.

Tambien hay otras cañas muy mayores,
 (Del grueso son de un roble bien crecido)
 En que se crian gusanos, y mejores,
 De los unos y de otros he comido;
 En muy poco defieren sus sabores.
 Estando el uno y otro derrefido,
 Manteca fresca á mi me parecia,
 ¡Mas sabe Dios el hambre que tenia!

En los mojos de aquestas cañas vimos,
 Con agua bien sabrosa, mas gusanos,
 Ni dentro ni de fuera los sentimos
 En toda la montaña ni en los llan
 Las cañas por cubreras las pusimos,
 Con tener otros palos muy cercanos,
 Mas no habia que temer, que la corteza
 Tenian de terrible fortaleza.

Es tanta la espesura de las cañas,
 A dó las hay, que es cosa de gran grima;
 Y aunque dentro se crían alimañas,
 Están tan encerradas como encima.
 Quien á cortar va cañas, por mil mañas
 Que tenga, á las veces se lastima,
 Con puas, con espinas, con abrojos,
 Y el mal sale mil veces á los ojos.

Mas ya estoy enfadado en éste canto,
 ¡Cuanto mas lo estará quien le leyere!
 Degemos de contar cosas de espanto,
 Volver quiero á D. Pedro. Quien quisiere
 Las mudanzas saber y crudo llanto
 De fortuaa, y de aquel que las siguiere,
 Con mucha atencion lea diligente
 El canto lastimoso aquí presente.



CANTO CUARTO.



En que se trata de la mas cruda hambre que se ha visto entre los cristianos, la cual padecieron los de D. Pedro de Mendoza en Buenos Aires, y como se pobló el Argentino.



Lo que ha sido muy justo y bien ganado
Muchas veces se pierde, como vemos:
Pues de lo que con mal se ha grangeado,
Que se pierda y el dueño esperaremos.
Don Pedro de Mendoza fué soldado
Cuando hubo disencion entre Supremos,
Y al tiempo de pillar hinchó la mano;
Mas todo su trabajo salió en vano.

Borbon perdió la vida; Juan de Urbina
Entró en Roma cantando la victoria:
De aqueste asalto y saco, y grande ruina
D. Pedro enriquecido, en vana gloria,
A D. Carlos pedía la Argentina
Provincia, pretendiendo su memoria
Levantar en conquista de paganos,
Con dinero robado entre romanos.

Como fuese de suyo gran guerrero,
 Viéndose de riquezas abastado,
 Ofrecióse á gustar mucho dinero,
 Y el Río de la Plata ha demandado.
 Don Carlos, en valor claro lucero,
 El título le da de Adelantado;
 Y así hizo una gruesa y rica armada,
 De gente muy lucida y extremada.

Dos mil soldados salen de Castilla,
 Sin gente de la mar y marineros.
 Juntáronse en alarde allá en Sevilla,
 Y viendo tan lucidos caballeros,
 Salian á los ver á maravilla
 Tan apuestos á punto de guerreros:
 Mas dicen: "pues se van estos soldados,
 Recemos los oficios de finados."

Al fin salió de España aquesta armada
 Muy rica, muy hermosa y muy lucida;
 De todos adherentes abastada,
 Aunque hubo despues hambre muy crecida.
 La gente que embarcó era extremada,
 De gran valor, y suerte muy subida,
 Mayorazgos é hijos de Señores,
 De Santiago y San Juan comendadores.

Es Maestre de Campo un caballero
 Juan Osorio, que es hombre muy valiente,
 Tambien va Juan de Oyolas el guerrero,
 Medrano, Salazar, Lujan prudente.
 Otros muchos que van decir no quiero,
 Que cada cual bien puede ser regente:
 Mas Osorio entre todos se señala,
 Y en todo lleva á todos palma y gala.

A Neptuno y sus ondas carniceras,
 Se entregan invocando á Santiago.
 Las naves van corriendo muy ligeras,
 Rompiendo con gran furia el ancho lago.
 ¡O Kástina, y angustias lastimeras,
 Horrendo, y gran temor, ó crudo trago!
 Que tan brava tormenta se levanta,
 Que el mas fuerte y bizarro mas se espanta.

D. Pedro con buen celo y pecho pio,
 En Dios pongamos, dice, la esperauza,
 Y pues es para mas su poderío,
 El nos dará muy breve mar bonanza,
 Los pilotos con grande desvario,
 Dicen que la tormenta va en pujanza:
 El triste marinero con gran pena,
 No acierta al aparejo ni á la antena.

Iza el trinquete, amaina la mesana,
 Aferra ese timon que imos perdidos;
 A la bomba, á la bomba muy de gana,
 Que seremos de presto sumergidos,
 Cual llama San Lorenzo, cual Santa Ana,
 San Telmo dicen otros afligidos,
 Otros San Nicolas, que puso quilla
 Y costado, de nos tenga mancilla.

El sexo feminil y lacrimoso
 Levanta hácia el cielo voceria.
 Con la furia del viento tan furioso
 La una nave de otra se desvía;
 Mas volviendo la mar en su reposo
 Conviértese el dolor en alegría,
 Y llegan á Canária muy ufanos,
 Dó toman tierra, y salen muy galanos.

Despues de haberse aquí ya refrescado,
 A proseguir tornaron su viage.
 Habiendo ya diez dias navegado,
 Halláronse muy cerca del parage
 De las islas, y Cabo que es llamado
Verde: enfermo asiento y estalage;
 Cansados del sañoso y largo lago,
 Tomaron la que dicen de Santiago.

No estaba en este tiempo tan poblada,
 Como al presente está de Lusitanos:
 No está mucho la costa desviada,
 Poblada de valientes Africanos:
 De color negra y son muy tismada,
 Los que mas á Cabo Verde son cercanos.
 Y tienen en comun carniceria,
 De los negros haciendo anotomía.

Tomóse de estas islas bastimento,
 Tambien se refrescaron los soldados,
 Y dióse con presteza vela al viento,
 Los ánimos de todos bien osados.
 Mas ¡Ay dolor! cuan presto á was de ciento
 De poco prestará ser esforzados
 Que la hambre pasando de la zona
 A roso ni velloso no perdona.

Con próspero nordeste favorable
 Camina alegremente nuestra armada,
 Y el mar mas sosegado navegable,
 La línea en breve tiempo fué pasada
 Con viento en popa próspero y amigable,
 De Cabo Frio la punta ya doblada,
 En costa del Brasil tierra tomaron,
 Y aun isla Santa Bárbara nombraron.

Del gran Carlos las armas le pusieron
 Y posesion por él allí tomando,
 Y luego su viage prosiguieron,
 Y en el puerto de Vera le encerrando,
 Bien comiendo alegres estuvieron.
 Continúo por la playa mariscando,
 Que hay en aquel puerto grande suma
 De hermosos pescados como espuma.

Estando pues aquí, ha comenzado
 El demonio sus cosas tan usadas;
 Salazar que con otros se ha juntado
 A Juan de Osorio dan de puñaladas.
 Envidia y cobardia lo han causado, (32)
 Por ser las obras del tan señaladas:
 A don Pedro, hicieron que creyese
 Que le iba en esta muerte el interese.

Al principio el error, aunque pequeño,
 Grandísimo se hace al fin y cabo.
 Era este caballero halagüeño
 Con todos; y en aquesto mas le alabo,
 Que en verle sacudido y zahareño
 Con nobles, de lo cual le desalabo:
 Que al mas pobre soldado en mas tenia,
 Que diez de presumpcion de hidalguia:

Fué causa, segun dicen, esta muerte
 Tan fuera de razon, contra justicia,
 • Del funesto suceso, horrible, y fuerte
 Del infeliz D. Pedro y su milicia.
 Que echada esta envidiosa y cruda suerte
 Con tanta cobardía y gran malicia,
 Comenzó á castigar Dios el armada,
 Con un grave flagelo y cruda espada.

Desde que empieza el mundo está sabido
 El castigo que hace Dios eterno;
 Por vista de los ojos conocido,
 Está cuando la estima el Sempiterno:
 La muerte del que es justo y bien creído.
 Tenemos la castiga con infierno:
 Que la sangre de Abel el inocente
 Clamando está ante Dios omnipotente,

Al fin de aquesta isla se ha pasado,
 Con algunos descuentos que no digo.
 Y el Rio de la Plata se ha tomado,
 Y el puerto San Gabriel de desabrigo.
 De allí luego pasóse al otro lado,
 A Buenos Aires que es de mas abrigo,
 A dó fué el lastimoso acabamiento,
 De tanta bizzarria, cual yo cuento.

De ver era salir en aquel llano,
 Al soldado valiente y caballero.
 De sedas y brocado muy galano.
 A guisa y parecer de perulero,
 Salia con conténto muy ufano,
 Y hasta el pobrecito marinero
 Aquella bella tierra contemplaba,
 Y á España no volver jamas juraba.

A Juan de Oyolas hubo despachado
 Don Pedro el rio arriba, porque asombre,
 Al indio. Va con él un buen soldado,
 Llamado Salazar valiente y hombre.
 Don Pedro en este tiempo hubo enfermado
 Del morbo que de Galia tiene nombre:
 Con miedo de morirse en aquel rio,
 A Castilla se vuelve en un navio.

Volvia, pues, D. Pedro en su viage
A España sin haber puerto tomado:
Empero á vueltas ya de aquel parage,
Que llaman las Terceras ha acabado.
Así no gozó bien ni su linage,
El tesoro que en Roma habia pillado
Dichoso el que atesora allá en el cielo,
Que es burla atesorar acá en el suelo.

Qnedó por capitan y por teniente,
Y en muerte sucesor de aquella tierra,
Oyolas que fué arriba con la gente:
Acá Francisco Ruiz hace la guerra
En Buenos Aires y anda diligente,
Mas poco le aprovecha, que la perra
Pestífera cruel hambre canina,
A todos abandona y los arruina.

La gente ya comienza á enflaquecerse,
Las raciones se acortan cada dia,
No puede el padre al hijo socorrerse,
Que cada cual su muerte mas temia;
Y aunque es muy natural el condolerse,
Y cada cual del otro se dolia,
Empero mas su vida procuraba,
Y caridad de si la comenzaba.

Un hecho horrendo digo lastimoso,
Aquí sucede: estaban dos hermanos;
De hambre el uno muere, y el rabioso
Que vivo está, le saca los livianos
Y bofes y asadura, y muy gozoso
Los cuece en una olla por sus manos,
Y cómelos; y cuerpo se comiera,
Si la muerte del muerto se encubriera,

Comienzan á morir todos rabiando,
 Los rostros y los ojos consumidos:
 A los niños que mueren sollozando
 Las madres les responden con gemidos.
 El pueblo sin ventura lamentando,
 A Dios envia suspiros doloridos:
 Gritan viejos y mozos, damas bellas,
 Perturban con clamores las estrellas.

Es hambre enfermedad la mas rabiosa
 Que puede imaginar ningun cristiano:
 La mano está temblando temerosa,
 No quisiera de tal ser escribano.
 Mi Dios, por vuestra sangre tan preciosa,
 Libradme de este azôte, que el tirano
 Que llegaba á tentaros, bien sabia
 Que es grave mal la hambre en demasia.

Fué cierto celebrada allí su saña,
 De aquesta matadora sin medida,
 Con tanta crueldad y tan estraña,
 Que no podrá de alguno ser creida,
 No hizo ella jamás tal otra hazaña
 En Roma, ni en Judea referida,
 Como esta: de dos mil que se contaron,
 Con la vida doscientos no escaparon.

No quiero referir estrañas cosas
 Causadas de esta perra y vil tirana,
 Que bien pudiera yo muy dolorosas.
 Una muger habia, llamada Ana,
 Entre otras damas bellas y hermosas;
 Tomó paga del cuerpo una mañana,
 Forzada de la hambre. y hecha iguala,
 Al pretensor cavia en hora mala.

Era el galan pretense un marinero,
 El precio una cabeza de pescado;
 Acude á la posada muy ligero,
 Y viendo que la Dama le ha burlado,
 Al capitán Ruiz, buen justiciero,
 De la dama se habia querellado;
 El cual juzga que cumpla el prometido,
 O vuelva lo que tiene recibido.

Maldito seas, juez, si no quisieras
 Mirar á nuestro Dios omnipotente,
 Y de esto á buen juzgar te conmovieras,
 Y á quitar el pecado subsecuente
 Por evitar la muerte, lo hicieras.
 Que claro está que el casto y continente
 Mejor pasa la hambre que el vicioso,
 Y dado al vicio y acto lujurioso.

Sabemos, semejante á esta bajeza,
 Que causa otras dos mil esta traidora,
 Que aunque dice el refran, que no es vileza,
 Y ser con nuestro Dios merecedora
 Creemos la virtud de la pobreza: (33)
 Sin su favor la perra es causadora,
 De hambre, que es un mal tan sin medida,
 Que dará el padre al hijo por la vida.

Mas volvamos á Oyolas y su gente,
 Que sube el río arriba muy gozoso.
 El puerto Paraguay, que es al presente,
 Hallaron del caribe belicoso.
 Poblado estaba aquí el fuerte y valiente,
 Yanduazubí, en la tierra poderoso
 Capitán, y cabeza que regía,
 Y toda la comarca le temía.

Aqueste fué en favor de los cristianos,
 Y hizo á Salazar que allí poblase.
 Oyolas pasó el rio y los pantanos,
 Diciendo á Salazar que le aguardase.
 Llegó donde hinchó muy bien las manos,
 Mas dios no fué servido que tornase;
 Que Salazar no cumple el prometido,
 Por dó el pobre de Oyolas se ha perdido.

El Paraguay arriba poco trecho
 Habia Juan de Oyolas navegado;
 Saltó en tierra, y camina bien derecho
 La vuelta del Perú, y bien cargado
 De plata, y á su gusto satisfecho,
 Volvió dó á Salazar habia dejado
 Con barcos y navios esperando,
 En tanto que la tierra iba talando.

Salazar como viese que tardaba,
 Bajóse al Paraguay dó ya dijimos,
 El gran Yanduazubí—Rubicha estaba (34)
 Con el gran Lambaré; y entrambos primos
 Le dicen, de lo cual mucho gustaba,
 “En tanto que nosotros dos vivimos,
 Ayuda te daremos como á hermano,
 A tí y todo nombre de cristiano.”

En esto vuelve Oyolas diligente
 Con plata, mas no halla los navios.
 El hecho viendo el indio derrepente,
 La carga de la plata deja y lios,
 Y acude contra Oyolas y su gente,
 No puede escabullirse, que los rios
 Están delante de él, y así murieron
 El pobre, y los demas que con él fueron.

Los indios, que esta gente aquí mataron,
 Payaguaes se dicen belicosos:
 A muchos en mi tiempo cautivaron,
 Y yo tambien lo fuí de estos furiosos,
 Salazar, y los otros que bajaron
 Poblaron en el puerto muy gozosos.
 Las familias aumentan con sus hijos,
 Y se entregan á dulces regocigos.

El guaraní se huelga en gran manera
 De verse emparentar con los cristianos:
 A cada cual le dan su compañera
 Los padres, y parientes mas cercanos.
 ¡O lástima de ver muy lastimera,
 Que de aquestas mancebas los hermanos,
 A todos los que están amancebados,
 Les llaman hoy en día sus cuñados.

A tal término llega aquesta cosa,
 Que cada cual vivia á su albedrio:
 Aquel que india tenia mas hermosa,
 Se juzga por mejor, y de mas brio.
 Y en siéndole la india enfadosa
 Libello de repudio con desvio
 Concede, y toma á otra *mazacára*,
 Que manceba la llama á la clara.

Mazacára es un pece muy sabroso,
 Y tanto que los indios cosa rica
 Le dicen, por ser pece tan gustoso;
 Y el nombre de este pece el indio aplica
 Al amiga que tiene, deseoso
 De siempre la gozar, que significa
Mazacára la cosa que es amada,
 Que no enfada por ser muy estimada.

No habia en este caso alguna enmienda,
 Por ser en general costumbre mala,
 Que aquel que convenia poner la rienda,
 Sin guarda de excepcion todo lo tala;
 Aprenden de la escuela y de la tienda
 En esto los demas todos de Irala;
 Que aunque en muchas cosas concertado,
 En esto de la carne desfrenado.

Y el mal era mayor y mas crecido:
 Que los gobernadores se han jactado
 De tener mazacáras; y ha venido
 A términos la cosa, que tratado
 Con ellas han, é hijos han tenido
 En público, y por suÿos los han criado.
 ¡Vedlos pequeños tal que documento
 Habian de tomar de tal descuento!

Cuanto convenga en tierra, cuando es nueva,
 Sembrar buena semilla, labradores,
 Era en los principios à dar prueba
 De virtud y bondad, predicadores.
 El dicho del poeta lo comprueba;
 Que el vaso en que una vez echan licores
 Guarda bien el sabor siendo reciente:
 Así ni mas ni menos es la gente.

Estando pues el pueblo muy ufano
 Al gusto, y paladar de su medida,
 Juzgaron por consejo bueno y sano
 A Irala obedecer toda su vida.
 Sobre esto muchos dicen ser tirano:
 Será bien esta cosa conocida
 De todo aquel curioso que leyere
 El canto que tras este se siguiere.

Que yo no he de juzgar aqui sus hechos:
 Decir lo bueno y malo me conviene.
 Confieso que hizo Irala mil provechos, (35)
 Por dó en aquella tierra fama tiene.
 Algunos perseguidos y desechos
 Por él fueron, y quiera Dios no pene
 En pago de sus culpas, y los males
 Que hizo á Diego de Abreu y leales.

Mandando, pues, la tierra como digo
 Irala, y Buenos Aires despoblado, (36)
 Cesado habia la hambre, y mucho trigo
 Tenian, y otras cosas que han sembrado.
 A la Asumpcion se suben al abrigo,
 Los unos y los otros se han juntado:
 Que la virtud estando bien unida
 Mas fuerte vemos que es que desparcida.

Estando así, cualquiera procuraba
 Hacer casas, estancias y hacienda:
 Y aunque la dulce España deseaba,
 Y mas el que tenia alguna prenda,
 El imposible visto, trabajaba
 Cualquiera, por no haber plaza ni tienda:
 Por donde todos eran labradores,
 Monteros, hortelanos, pescadores.

D. Carlos V. en esto ha proveido
 Por su Gogernador y Adelantado,
 A Cabeza de Vaca, que ha salido
 De allá de la Florida donde ha estado
 Cautivo de los indios, y metido
 La tierra adentro á fuerza de su grado.
 Diremos de él despues, en entretanto
 Cesemos hasta ver el quinto canto.

CANTO QUINTO.



En este canto se dice como vino Alvar Nuñez Cabeza de Vaca al Rio de la Plata, y de su prision y trabajos que de ella sucedieron, y del gran Moxo, Sr. del Paytiti.



Segura vida llaman la pobreza, (37)
Y de santos, de santas es amada;
Tambien la Magestad y sacra Alteza
Amándola le dió suerte estimada.
Aquel que en poco tiene la riqueza
Por cierto vive vida sosegada;
Y el que con su pobreza se contenta
Mas rico es que el que tiene mucha renta.

- Las guerras y las grandes disensiones
- El interes la causa, como vemos.
Motines y revueltas, rebeliones,
¡Qué de mal por la plata padecemos!
Autores de las santas religiones,
Que amastes la pobreza por extremos,
Decid, ¿no es mas segura la pobreza,
Pues por ella gozais de la riqueza?

Cualquiera en la Asumpcion está gozoso,
 Con solo su comer vive contento:
 No andaba por la plata codicioso:
 Metido en su morada y aposento
 Labrado, muy pulido, muy costoso,
 Sin curar de tapiz ó paramento.
 Y al fin por interes la furia ingrata,
 Discordia, su contento desbarata.

¡Qué fuera si tuvieran plata y oro!
 Que aquesto mas conmueve en esta vida.
 Que al fin aquel que tiene gran tesoro
 Procura su contento sin medida,
 Aqueste fin le fuerza el triste lloro,
 Y llanto al navegante en su corrida,
 Y aquesta á veces causa en este mundo
 A muchos que desciendan al profundo.

Mas oro, y plata es lo que lo vale: (38)
 Y bien es honra, mando, poderío,
 Cualquiera de estas cosas equivale,
 Y trae al retortero, al albedrío.
 Que aunque no sea forzada, empero sale
 La voluntad de madre como río,
 Y lleva á la razon tras sí rendida,
 Y á su dicion y gusto sometida.

Al fin, pues, interes les fuerza tanto
 En la Asumpcion sin plata ni dinero,
 Que su placer se vuelve en triste llanto,
 Los cuellos entregando al carnicero.
 Pensaron de salir de uu gran quebranto,
 Y dieron en un hondo sumidero:
 Como verá cualquiera que esté atento,
 A la historia presente que yo cuento.

Habiendo aquel que al mundo dió de mano
 En trueco del eterno y gran reposo;
 Dejándole primero todo llano
 Y en paz, al heredero muy dichoso, (39)
 Juzgado por consejo bueno y sauo,
 De dar hombre valiente y belicoso,
 Al Argentino envia Adelantado,
 Que Cabeza de Vaca fué nombrado.

Del cual su armada á prisa abastecida
 De todo el necesario, y sus pertrechos,
 De la ciudad de Cádiz fué partida,
 Y á las Canarias llegan bien derechos.
 Los mas de todos es gente lucida,
 Algunos con insignias en los pechos,
 De nobles y lustrosas encomiendas,
 Y muchos de valor y grandes prendas.

Pasada la famosa y gran Canaria,
 En Cabo Verde, que es de Lusitanos,
 Entraron; y aunque era tan contraria
 Entonces su nacion á Castellanos,
 No le fué la nuestra allí adversaria,
 Que á todos los reciben como á hermanos:
 Que al fin la diferencia es de tal guisa,
 Que para las mas veces todo en risa.

Despues de haberse aquí ya refrescado,
 La gente de la armada muy gozosa,
 Con algun bastimento que ha tomado
 Se embarca, por le ser muy deseosa
 La fin de su viage comenzado,
 Juzgándole por cosa provechosa:
 Que vemos que cualquier descubrimiento
 Es el tono de boda ó casamiento. [40]

La Tórrida, que alguno inhabitable
 Escribe, traspasaron derrepente.
 No ser en todo tiempo navegable
 Sabemos, que el sol hiere crudamente.
 Un viento hace á veces amigable,
 Navégase con él al occidente:
 Despues de aquesta tórrida doblada,
 Está casi ya hecha la jornada. [41]

La costa del Brasil reconocida,
 Y un isla, Santa Bárbara, tomada.
 Por la insignia imperial que de corrida
 Allí fué por D. Pedro bien fijada,
 Conocen que su armada fué surgida
 En ella, mas tocando de pasada,
 El rumbo enderezaron muy aína
 Al isla dicha Santa Catalina.

De aquí el gobernador ha despachado
 Con gente que descubran el camino,
 A Dorantes de Bejar, buen soldado;
 El cual fué, y con presteza mucha vino.
 Noticia del camino cierta ha dado;
 Por donde caminando con buen tino,
 La tierra adentro entraron muy gozosos,
 Mas de los naturales recelosos.

No quiero referir la gran miseria,
 Trabajos, intortunios que sufrieron
 En aqueste camino, y su lazeria,
 Y hambre y sed que todos padecieron.
 Pues vemos no murió en aquella feria
 Alguno de trecientos que allá fueron.
 Que aquesto de las hambres y su queja
 Solo á Mendoza y á Zárate se deja.

En tanto que Alvar Nuñez caminaba
 Al Paraguay con guias muy derecho,
 Su gente con salud toda llevaba
 A manos el camino de indios hecho.
 Sabido por Irala que llegaba,
 Con maña, que la usaba en su provecho,
 Envía á cierta gente de corrida,
 Que el parabien le dén de su venida.

Sobre cuarenta el quinto año corria,
 Cuando el buen Alvar Nuñez ha llegado,
 Y no el cuarenta y siete se cumplía,
 Cuando se vé de grillos rodeado.
 La causa de este mal y tiranía,
 Y de caer el pobre de su estado,
 Envidia fué, que suele, dó se ofrece, [42]
 Aquello combatir que mas florece.

Llegado al Paraguay se determina
 De ir el rio arriba descubriendo,
 Y sin hallar noticia de oro ó mina,
 Con barcos y navíos fué subiendo. •
 Trecientas y mas leguas pues camina
 Hasta saber de plata: pero viendo
 Que la rabiosa muerte andaba suelta,
 Por no perder su gente dió la vuelta.

San Fernando se dice este parage,
 Dó se tuvo noticia de riqueza:
 Mas era tan enfermo el estalage,
 Que cobran los soldados gran tibieza.
 Dejaron á esta causa su viage,
 Que promete sacarlos de pobreza:
 Que la piel por la piel el mentiroso,
 Nos dijo, que dá el hombre y el reposo.

Si la muerte no teme aquesta gente,
 El Argentino fuera mas somoso
 El día de hoy, que nueva ciertamente,
 Se tuvo aqui de un indio belicoso.
 La plata y oro bello reluciente
 Se ha visto, no es negocio fabuloso,
 Que cántaros de oro á maravilla
 Tenia aqueste indio y gran vajilla.

En una gran laguna este habitaba,
 Entorno de la cual están poblados
 Los indios, que á su mano él sugetaba
 En pueblos por gran orden bien formados.
 En medio la laguna se rormaba
 Un isla, de edificios fabricados,
 Con tal belleza y tanta hermosura,
 Que exceden á la humana compostura.

Una casa el Señor tenia labrada (43)
 De piedra blanca toda hasta el techo,
 Con dos torres muy altas á la entrada,
 Habia del una al otra poco trecho.
 Y estaba en medio de ellas una grada
 Y un poste en la mitad della derecho,
 Y dos vivos leones á sus lados,
 Con sus cadenas de oro aherrojados.

Encima de este poste y gran coluna,
 Que de alto veinte y cinco pies tenia,
 De plata estaba puesta una gran luna,
 Que en toda la laguna relucía.
 La sombra, que hacia en la laguna,
 Muy clara desde aparte parecia.
 ¡Quien hay que no tomára una tajada
 De la luna, aunque fuera de menguada?

**Pasadas estas torres, se formaba
 Una pequeña plaza bien cuadrada;
 En el mayor estío fresca estaba,
 Que de árboles está toda poblada,
 Los cuales una fuente los regaba,
 Que en medio de la plaza está sitiada,
 Con cuatro caños de oro gruesos, bellos,
 Que yo sé quien holgára de tenellos.**

**La pila de la fuente mas tenia
 De tres pasos en cuadra su hechura:
 De mas que de hombre mortal parecia
 En talle, perfección y compostura.
 En extremo la plata relucia
 Mostrando su fineza y hermosura.
 El agua diferencia no mostraba
 De la fuente y pilar dó se arrojaba.**

**La puerta del palacio era pequeña,
 De cobre, pero fuerte y muy fornida:
 El quicio puesto, y firme en dura peña,
 Con fuertes edificios guarnecida.
 Seguro que del pelo y de la greña,
 Del viejo del portero, que es crecida,
 Pudiéramos hacer un gran cabestro:
 Oid pues del viejazo el mal siniestro.**

**Aquellos que por dicha ya han pasado
 Por medio de las torres y coluna,
 •Habiendo las rodillas ya postrado,
 Levantando los ojos á la luna,
 Aqueste viejo asi les ha hablado
 Con una muy feroz voz importuna
 Y dice: "A este adorad, que es solo uno
 El Sol, y fuera dél otro ninguno."**

En alto está un altar de fina plata
 Con cuatro lamparillas á los lados
 Encendidas, y alguna no se mata,
 Que están cuatro ministros diputados.
 Un sol bermejo mas que una escarlata,
 Allí está con sus rayos señalados:
 Es de oro fino el sol allí adorado,
 ¡Mas hay de quien él sea deshechado?

Aqueste gran Señor de esta riqueza
 El gran Mojo se dice, y es sabido
 Muy cierto su valor y su nobleza:
 Su ser, y señorío enriquecido
 De sus vasallos, fuerzas, y destreza,
 Por nuestro mal habernos conocido:
 Que pocos tiempos ha que en cortas trechas,
 Probamos la fiereza de sus flechas.

¡A que no fuerzas, hambre detestada
 Del oro, que los ánimos perdidos
 Tras tí llevas con ánsia tan nefanda,
 Que ciega las potencias y sentidos!
 Con todo désque ven que la muerte anda .
 De priesa, con temor los doloridos,
 Que habian emprendido este viaje,
 Se vuelven para atrás de este parage.

Volviendo pues la gente de su entrada,
 Sucede en la Asumpcion una tormenta:
 Dos hombres la levantan, que escusada
 La tal ó motin es, si no lo inventa
 El pecado, que cosa es muy usada.
 Lebron el uno es, el otro Armenta:
 Desde que el Gobernador preso tenia,
 Muy bueno ha andado Armenta, les decia.

Sucede á prima noche el desbaratè:
 El pobre caballero está durmiendo.
 Entrégales la puerta Juan Oñate,
 Y así de golpe entraron con estruendo.
 A voces dicen todos ser dislate
 Que con la vida quede, que viviendo.
 Habrá de causar mal, pues está cierto
 El hombre no hablará despues de muerto.

Rasquin con un arpon enarbolado
 Le apunta amenazando que se diese.
 De la cama se ha el pobre levantado,
 Sin saber de este caso como fuese.
 La espada con gran ánimo ha empuñado;
 Mas ¡quien era posible resistiese
 A tantos, pues que Hércules el griego
 No pudo contra dos entrar en juego?

Irala astuto, sabio, cauteloso,
 Del enfermo se hizo en este punto,
 Y por quedar él libre y ganancioso,
 Segun pude saber, y lo barrunto
 A Cáceres agudo y bullicioso,
 Le dice, con Venegas vaya junto,
 Y Cabrera, del Rey tres oficiales,
 Principio y causadores de estos males.

El paeble conmovieron ignorante,
 Y en odio le encendieron como brasa.
 Acude á la prision, y en un instante
 Le sacan muy asido de su casa.
 Irala se ha hallado muy triunfante,
 Que cierne, hiñe, y masa aquesta masa,
 Y siendo el preso puesto eu tal aprieto,
 Por caudillo de todos es electo.

Comienza gobernando pues Irala
 Su negocio á entablar, y aficionaba
 A todos, y en mil cosas se señala,
 Y al pobre con mas veras ayudaba.
 Empero corta, abrasa, hiende, tala
 Al que el contrario bando acompañaba:
 De suerte, que el leal era tenido
 Por hombre vil, infame y abatido.

A muchos ahorcó de los leales,
 Diciendo que la tierra perturbaban.
 A tal punto se vino, que los tales
 En los montes y bosques habitaban.
 Los que eran causadores de estos males,
 Lo bueno de la tierra se gozaban;
 Los otros hambreaban suspirando,
 Y á Dios justa venganza suspirando.

Entre otros que prendió fuera Vergara,
 Hermano de Ruy Diaz Melgarejo:
 Y á aqueste sino huye le ahorcára,
 Que voluntad no falta y aparejo.
 Al otro con su hija le casára;
 Ruy Diaz nunca fué de tal consejo,
 Y así con los leales se ha huido,
 Andando por los bosques escondido.

Habia Diego de Abreu tomado
 La mano en señalarse con cuadrilla,
 Contradiendo á Irala por alzado.
 Son Abrego y Ruy Diaz de Sevilla:
 Consigo mucha gente han congregado;
 Irala ha procurado de seguilla,
 Y algunos los conmueve por regalo,
 Y á muchos cuelga y pónelos de un palo,

Irala sale en esto con armada,
 Y el río arriba yendo bien se aleja;
 Y porque la ciudad sea gobernada,
 A D. Francisco de Mendoza deja.
 Lazcano muy malvado de celada,
 Con ánimo endiablado se le queja,
 Diciendo no conviene que tuviese
 Por un tirano el mando, y desistiese.

Y que él con los leales trataría,
 Que en nombre del Gran Carlos se eligiese,
 Y aquesto fácilmente lo haría,
 Sin que persona alguna lo impidiese.
 Tratólo de tal suerte, que hacia
 Qué el triste D. Francisco le creyese:
 Con este engaño y falso compellido,
 Mendoza de su mando ha desistido.

Al punto que desiste luego viene
 La gente de leales de los sotos,
 Y el Abrego leal no se detiene,
 Que espera de tener aquí mas votos:
 El Lazcano malvado pues no tiene
 Los filos del intento, malos votos,
 Que con presteza á muchos sobornando,
 Al Abrego procura délo el mando.

Malvado llamo á Lazcano yo en mi verso
 Por ser causa primera de un gran daño,
 Que nunca se perdiera el universo,
 Por Mendoza mandar siquiera un año:
 Que si buen celo tuvo al fin fué adverso
 A Mendoza causando un mal tamaño,
 Y al Abrego de muerte, y gran fatiga
 A todos cuantos eran de la liga.

El Abrego por votos fué elegido,
 Que cédula real dispone de esto:
 Y siendo ya del pueblo recibido,
 Comienza de envidar todo su resto.
 El Mendoza se vé tan afligido,
 Y acaso le fué Abrego muy molesto,
 Que no pudo sufrir verse burlado;
 Y oid en lo que para este nublado.

Con sus pocos amigos, dicen, quiso
 Tratar de recobrar con nueva traza
 Él mando. Mas este otro tiene aviso
 Del caso, y con presteza dále caza:
 Y préndele al punto de improviso,
 Y la cabeza córtanle en la plaza. (44)
 Al tiempo que cortar se la querian,
 A sus hijos habló que allí venian.

A D. Diego el mayor habló primero,
 Diciendo en alta voz: "Mira que seas
 Vasallo de tu Rey, muy verdadero,
 Porque en aqueste trance no te veas:
 Y pues, hijo, tú ves como yo muero,
 Así la gloria eterna tu poseas,
 Que cures de vivir siempre de suerte,
 Que no mueras tambien de aquesta muerte."

El presagio del padre, que moria,
 Dejado por postrero testamento,
 Al D. Diego de poco le servia,
 Pues tuvo en Santa Cruz atrevimiento,
 Y pagó en Potosí su tirania.
 Diré en otro lugar este alzamiento:
 Al Abrego volvamos, que sabiendo
 Que Irala vuelvè, al monte va huyendo.

Irala habiendo tiempo navegado
 El Paraguay arriba con su gente,
 Y al buen Nuffo de Chaves despachado
 A que salga al Perú muy diligente,
 Se vuelva á la Asumpcion, que el que ha pecado
 No puede asegurar jamás la mente:
 Que no puede hallarse mejor ciencia,
 Ni prueba que le iguale á la conciencia.

Llegando á la ciudad al fin Irala,
 Con grande regocigo es recibido;
 De Mendoza la muerte le desala
 El corazon, y entrañas le ha rompido.
 Tras Abrego con priesa el monte tala,
 Y á Escaso aquesta causa ha cometido:
 Mas no le fué en el tiro de su mano,
 Que un tiro que tiró no sale vano.

Al Abrego á prender Irala envia,
 Porque él con los leales retirado
 Andaba por los bosques á porfia,
 Del remedio de España confiado.
 El Escaso, que supo dó dormia,
 Una noche le halla descuidado,
 Y al blanco pecho apunta, y fué tan cierto,
 Que el corazon le parte, y deja muerto.

Muchos de los leales desmayaron,
 Por verse sin cabeza y perseguidos,
 Y algunos al Irala se pasaron,
 Y fueron con amor dél recibidos.
 Los otros, que mas tiempo porfiaron,
 Vinieron con dolor muy aflijidos:
 Que el nombre de leal era nefando,
 Y en trisca le nombraban, y burlando.

A tal punto llegó el atrevimiento,
 Del bando del Irala, que casando
 Su hija con Vergara, por contento
 Y placer, un soldado suspirando
 En una farsa sale descontento,
 Y roto y pobre, y otro preguntando,
 Y él responde, diciéndole ¿quien era?
 De los leales soy, que no debiera.

¿Qué, de leales sois, le dice luego:
 Mirad pues bien el pago que sacado
 Habeis de esa contienda y triste juego,
 Que tan contra razon habeis jugado?
 Hermano, por ventura estais tan ciego,
 Que no veis que es andar de pié quebrado:
 El triste del leal dice temblando,
 Hermano, lo que sé que estoy penando.

El valeroso Chaves caminaba
 La vuelta del Perú donde ha salido,
 Con trabajo sobrado que pasaba,
 De gente que el camino le ha impedido.
 A muchos fuertemente conquistaba,
 Y á su dición y mando ha sometido,
 Rompiendo fuertes y altas palizadas,
 Con obras muy heróicas y afamadas:

Conquistó los Chiquitos, que es frontera
 Del gran Mojo, Señor de la Laguna:
 Y entiendo que si mas adentro fuera,
 A cuestras nos sacára la coluna;
 Y Hércules segundo Chaves fuera,
 Y por mas le imitar, el sol y luna
 A cuestras sustentára, como al cielo
 El otro, por le dar á Atlas consuelo.

Al fin salió al Perú, donde ha hallado
 Al licenciado Gasca el venturoso.
 Despues de su negocio relatado,
 Procura de volverse muy gozoso.
 Un pueblo en el camino hubo poblado,
 Por extender su fama deseoso,
 Santa Cruz de la Sierra le nombraba,
 Que el sitio al de su tierra semejaba.

A Cabeza de Vaca ya volviendo,
 Lleváronle á Castilla aherrojado.
 Agora que lo estoy aquí escribiendo
 Me admiro, como nunca castigado
 Aqueste caso fué, atroz y horrendo,
 Y el gran levantamiento confirmado.
 En mi tiempo yo víse recelaba
 El pueblo del castigo que esperaba.

Venegas y Cabrera, pues, al preso
 Llevaron á Castilla, y lo entregaron
 Al Consejo Real con gran proceso,
 Y causas, què á su gusto fulminaron.
 De aquestos dos el uno pierde el seso,
 Al otro en breve tiempo lo enterraron,
 El preso por sentencia fué privado
 Del título y blason de Adelantado.

En su lugar habiendo proveido
 • A Sanabria el gobierno, va á Sevilla, (45)
 Casóse, y el casamiento le ha impedido
 Que no pueda salir ya de Castilla:
 Que en breve se murió; y ha partido
 Con el resto de gente y la cuadrilla
 Que en armada Sanabria puesto habi ,
 • Entregada á la mar, Doña Mencía.

Tomaron de la costa á San Vicente
Despues á San Francisco, dó estuvieron
Algun tiempo viviéndo alegremente.
Por tierra al Paraguay despues vinieron.
La mas de toda aquesta poca gente,
Que nombre del Socorro les pusieron,
De Estremadura son, dó influye Marte
De sus sacros tesoros tan gran parte.

Sanabria en Medellin uacido habia,
Con hijos y muger alli ha vivido,
Viudo ya una vez, Doña Mencía
En Sevilla por suerte le ha cabido.
Movida de su vana fantasía,
Con sus hijas de España se ha partido,
Con fin de las casar; y asi sucede,
Que en la muger la honra vale y puede.

Tambien Diego Sanabria, el heredero,
Despues salió con gente en mala extrema;
Que erraron dos pilotos su rotero,
Y dieron en el puerto Cartagena.
En Potosí le ví hecho minero,
Mas nunca tuvo el pobre mina buena:
Busquemos una agora en otro canto,
Que ya cansa decir en este tanto.



CANTO SEXTO.



Viene Obispo al Paraguay. Muere Domingo de Irala. Eligen por Gobernador á Francisco Ortiz de Vergara, y sale con el Obispo al Perú.



Los hijos de este siglo, la Sapiencia
Nos enseña, que son muy mas prudentes,
Que no los muy dotados de inocencia,
Para el vivir y trato de las gentes.
Aquellos que no tienen tal prudencia
Perecen con dos mil inconvenientes,
Llevándoles ventaja los osados,
Astutos y sagaces y treznados.

Tan sábio era, y astuto y cauteloso
En su trato y vivienda nuestro Irala,
Que no tiene algun hombre dél quejoso,
Que á todos en amor parece iguala.
Con esto y con su pecho valeroso,
Contrata cualquier mal, y suerte mala,
Y á su diction y mando muy rendidos,
A sus contrarios tiene y sometidos.

En paz tiene la tierra, gobernando
 Con gran sagacidad y señorío,
 La gente rebelada castigando
 Con fuerza, maña, y arte y poderío.
 Los leales su causa ya juzgando
 Por vana presumpcion y desvarío,
 Por no tener de España nueva cierta,
 Se le entran cada dia por la puerta.

Filipo el Sábio, rey muy poderoso,
 Que en suerte el Nuevo Mundo le ha cabido,
 Del aumento cristiano codicioso,
 Al Paraguy obispo ha proveido,
 Del orden Franciscano religioso,
 D. Pedro de la Torre es su apellido:
 Urue por General vá de la armada,
 Que fué para este efecto congregada.

Apréstase el armada muy hermosa,
 Y sale de San Lucar, y se entrega
 A las ondas del mar brava y sañosa;
 Y con un viento próspero navega.
 Ha sido en su viage tan dichosa,
 Que al Rio de la Plata presto llega,
 Sin refriega de mar y sin tormenta,
 Que al bueno Dios le ayuda y le sustenta,

Desde Castilla al Rio de la Plata,
 Cuarenta dias solòs se gastaban,
 Y no echaba el piloto en ello cata,
 Y el rio los navios embocaban.
 El General, llegando, desbarata
 De dos navios las obras que sobrañan,
 Hermosos bergantines quedan hechos,
 Y en breve á la Asumpcion fueron derechos.

No quiero aquí tratar el gran contento
 Que toda la ciudad ha recibido,
 Ni menos la tristeza y el lameato
 Del malo, que se vé ya sometido.
 Y aunque esto de pasada yo lo cuento,
 Muy bien fué en el suceso conocido,
 Pues cualquiera rehusa ser mandado;
 Que el bney suelto se lame por el prado.

Irala como vé que está con miedo
 El triste del Obispo, y que la féria
 Por él corre, contento, alegre y ledo,
 Mudando muy en breve la materia,
 Le dice, mi Señor, en cuanto puedo
 Trabajo, que salgamos de lacéria,
 Buscando si hay riquezas en la tierra,
 Mas tengo gran trabajo con la guerra.

El santo del Obispo sonriendo,
 Con un blando semblante respondía
 A lo que Irala iba repartiendo,
 Que ya su condicion bien conocía:
 Bien á la propia suya resistiendo,
 Porque de Irala mucho se temía,
 Procura de sufrir, pues se vé solo,
 Y todos contra él con fraude y dolo.

En esto de Castilla, ¡Dios eterno,
 ¡Cuan grande es, y cuan alta tu sapiencia!
 Al Irala le envían el gobierno;
 Mas sobreviene luego una dolencia,
 Y no pudo durar solo un invierno:
 Que el qué con fraude obtuvo la potencia
 Los veinticuatro años con tal daño,
 No dura con dolo solo un año.

Despues de Irala muerto, se juntaron
 En una iglesia todos, y eligieron,
 De doce caballeros que nombraron,
 Los cuatro, cuyos nombres escribieron:
 Por opuestos aquestos señalaron,
 Los vecinos sus votos aquí dieron.
 Salió Francisco Ortiz, el de Vergara,
 Que con hija de Irala se casára.

Su hermano, que es Rui Diaz, habitaba
 En Guayra en este tiempo, retirado
 De Irala, que con él mal se llevaba:
 Allí poblado se ha fortificado,
 Y de allí con su gente conquistaba
 Los indios, y en la tierra apoderado
 Procura atravesar á San Vicente,
 Con ánimo crecido y poca gente.

La costa del Brasil está temblando,
 Sabiendo de Rui Diaz la venida,
 Que piensan que se viene apoderando
 De todo lo que halla de corrida:
 Pues saben como ha andado conquistando,
 Y que tiene la tierra así rendida;
 Y no sabe que quiere Melgarejo:
 Mas ved en que ha parado su consejo.

Allega á San Vicente, dó Cupido
 Desembraza cruel su flecha dira,
 Y hácele quedar preso y rendido
 Al rostro angelical de Doña Elvira.
 Quien indios y españoles ha vencido,
 Vencido y muerto queda, porque mira.
 ;Y piensas tú, Cupido, no lo fueras,
 Mirando á Doña Elvira de Contreras!

De Mendellin salió la dama bella,
 De conocida, casta y gente clara:
 Y aunque fué en hermosura linda estrella,
 Fortuna se mostró con ella avara.
 Procura el capitan luego con ella
 Casarse, mas la muerte la llevára
 Entonces, y no diera mala cuenta,
 Causándose á sí misma tanta afrenta.

Casóse en mal punto, y en hora mala,
 Dios sabe lo que siento en escribillo.
 Amor, que con lo bajo lo alto iguala,
 La hace aficionarse á Juan Carrillo.
 Cojélos Melgarejo en una sala,
 Y como no es el caso de sufrillo,
 Aunque la dama es tal, y el galan viejo,
 A entrambos los ha muerto Melgarejo.

Entrando el capitan en su aposento,
 Al adúltero mató de una estocada:
 La dama viene al grito con lamento,
 La gente viene al grito alborotada:
 Ayúdanla á matar, ó crudo cuento,
 ¡Qué no hay quien te defienda, desdichada!
 Fenece la extremada hermosura
 En el colmo de extrema desventura.

Vergara y el Obispo se han movido,
 En esto de salir, que no debieran,
 Al Perú: pero habiendo ya venido
 A Santa Cruz, dó nunca ellos vinieran;
 Allí les fué por Chaves impedido
 El camino: yo creo que si pudieran
 Pasar, ellos pasáran; mas yo hallo
 Que en propio muladar bien canta el gallo.

El Chaves á los Charcas va y camina,
 Dejándose á los pobres muy llorosos.
 Tras él salen despues, y de una mina
 Llevaron grandes muestras muy gozosos.
 Ensáyase el metal, y plata fina
 Se saca, que movió á los codiciosos;
 Y entre ellos Juan Ortiz Pica, pensando
 Ganar honra y dinero gobernando.

El licenciado Castro gobernaba;
 Y vista la intencion del perulero,
 Y que en aqueste caso el importaba
 Por tener abundancia de dinero.
 El gobierno argentino le encargaba
 Quitándosele al pobre caballero:
 El cual como se vido descompuesto
 A Castilla se vino muy dispuesto. (46)

Matienzo el Presidente no repugna
 En esto; que formando una quimera,
 En el cuerno le pone de la luna
 Al Argentino reino y su ribera:
 Y dice, que no puede haber alguna
 Provincia de riqueza en tal manera,
 Cual esta; aunque rodeen todo el mundo
 Entre el polo primero y el segundo.

Y aun dice un dicho necio, y he de decillo,
 Pues ví con juramento yo afirmar lo,
 Y prometí yo à muchos de escribillo,
 Ni quiere mi Argentina aqui callarlo.
 "Si fuera yo Filipino, à ese Turquillo (47)
 Habia con España de dejallo,
 Decia, por gozar de tanta tierra,
 Tan bella y apacible, y tan sin guerra."

Con estos desatinos que decia,
 Que muy grande aficion al Argentino
 Mostraba el Presidente que tenia,
 Procuran de volverse en su camino
 El Obispo, y teniente que ponía
 En su lugar Ortiz el zaratino ;
 Que es Cáceres, un hombre bullicioso,
 Amigo de mandar y sedicioso.

El Juan Ortiz se parte para Lima.
 Con título y blason de Adelantado
 De barras lleva hecha grande rima,
 Que sabe Dios cual él las ha juntado.
 Aquesto le causaba gran estima,
 Y ser de todo él mundo respetado:
 Que tanto de valor cualquiera abarca,
 Cuanto tiene dineros en el arca.

De Lima se partió muy placentero
 Por ver que le es fortuna favorable;
 A Panamá camina muy ligero,
 Con viento en popa suave y amigable
 Allega á Panamá con su dinero,
 Y en breve lo vereis muy miserable:
 Que fé ninguna tengo, ni confianza
 En fortuna, que es cierta su mudanza.

En nombre de Dios parte á Cartagena,
 Y entrega su fortuna á una fragata.
 El Francés esto tiene á dicha buena,
 Que le ha sido la presa muy barata.
 Encuéntrale, “y amaina vela, antena,
 Le dice, y deja, amigo, aqui la plata,
 Sino quieres dejar tambien la vida,
 A vueltas de la plata aquí perdida.”

Amainan á pesar vela y trinquete,
 Rendidos del Frances y su pujanza,
 Ni queda marinero ni grumete,
 Que no pierda del todo la esperanza.
 La vida á Juan Ortiz alli promete,
 Mas pierde de la plata la confianza.
 La vela dá el Frances, desde que le quita
 La plata, y con placer picando grita.

Quien vido á Juan Ortiz lo que hacia,
 Pudiera no moverse á crudo duelo.
 Los suspiros que daba los ponía
 Con gran sentimiento allá en el suelo:
 Sus carnes tan heladas las tenía
 Como la pura nieve y duro yelo,
 Y dice: “¡Cuan en breve aqui he perdido,
 Lo que en tan largos años he adquirido!”

De mas de ochenta mil pesos pasaron
 Los que el Frances sacó de aquesta feria.
 En Cartagena amigos ayudaron
 A Zarate á salir de su laceria:]
 Que muchos de su mal se constitaron,
 Por verle haber venido á tal miseria:
 Que para asar, cocer, freir, decia,
 Que en mucha cantidad barras tenía..

Con esté desastrado desbarate,
 Y desdichado fin y mal suceso,
 A Castilla se viene el de Zarate,
 Sin sacar de su plata un solo peso.
 No teme que el Frances le desbarate:
 Que el pobre del ladron jamas es lesos;
 Mas antes caminando á su albedrio,
 Delante del ladron canta vacio.

Llegado á España, el Rey le ha confirmado
 Lo que Castro le dió, y por mas pago
 A Zarate vereis ya señalado
 En los pechos con cruz de Santiago.
 Habiendo mucha gente congregado,
 Se entregan al feroz y hondo lago.
 Diráse en su lugar de aquesta armada,
 Volvamos á la historia comenzada.

Al Cáceres y Obispo revolviendo,
 Llegan á Santa Cruz, que de la Sierra
 Se llama; dó discordia, descogendo
 Sus velas, ha causado tanta guerra
 Entre los dos, que el ódio ya creciendo,
 Los huesos uno al otro desentierra,
 Y mas que unas berceras en cantillo
 Se tratan, que es vergüenza de escribillo.

De Santa Cruz salieron, procurando
 Llegar al Paraguay con gran presteza;
 Y aunque las dos cabezas caminando
 Van juntos por la tierra de aspereza,
 No van cosa ninguna conversando,
 Que en mala voluntad tienen firmeza.
 Llegando á la Asumpcion muy brevemente
 Lo que pasó dirá el canto siguiente.



CANTO SEPTIMO.



Llegan à la Asumpcion el Obispo y General. Prende el General al Obispo, y despues el Obispo al General, y llevàndole á Castilla, muere el Obispo.



Sentencia es celebrada, llana y clara,
Que todo hombre que anda en malos pasos
Al fin de la jornada siempre pára
En mal con desastrado fin y casos. (48)
Con el mando, poder, y con la vara,
El Cáceres echaba contrapaso,
Al santo del Obispo: mas teni
Un provisor que mal los recibia.

Aunque el Obispo era mal sufrido,
No era codicioso de venganza.
Segovia, el provisor, no ha consentido
A Cáceres crecer en su pujanza;
Mas antes con un ódio enrudecido
Le mete, como dicen, bien la lanza,
Tomando informaciones y testigos:
A Cáceres lo dicen sus amigos.

Un hombre, que Daroca se llamaba,
 Que del Perú sacó en su compañía,
 El Obispo, en el pueblo publicaba
 Contra el Obispo mal en demasía:
 Mil cosas en escrito denunciaba
 Al Cáceres, que bien las recibía:
 Con que publican todos por estenso,
 Que el bueno del Obispo está suspenso.

Al provisor metió en un aposento
 El General, con grillos remachados,
 El comer al Obispo y el sustento
 Le quita; que no son hombres osados
 A darle un jarro de agua, que al momento
 El servicio y los indios son quitados:
 Y por mayor baldon y mas afrenta,
 Al Obispo le priva de su renta.

A Pedro de Esquivel, un caballero
 De bella compostura y bella traza,
 Amigo del Obispo y compañero,
 (Por sola su pasión) le prende y caza.
 Con el Obispo ser particionero
 En su prision afirma, y en la plaza
 Le corta la cabeza, y en picota
 La fija, y de traidor le reta y nota.

La traicion de Esquivel está fundada
 En una informacion que ha fulminado,
 En que el Obispo y él, de mano armada
 Conciertan de prenderle: ha concertado
 Que el triste del Obispo en su posada
 Esté sobre fianzas encerrado.
 En la iglesia el Obispo está rezando,
 Y oid lo que está el malo publicando.

En pregon dice: "Pena de la vida,
 A la iglesia mayor nadie se atreva
 Por hoy ir porque es cosa conocida,
 Que el Obispo intencion muy mala lleva.
 Y pues que la tenemos ya sabida,
 No habemos menester, dice, mas prueba.
 Ayala su alguacil va prestamente
 Al templo para echar fuera la gente.

¡O Marques! destes casos escribano,
 En dó toda maldad pura se encierra,
 Sacaríase primero aquesta mano,
 Que escribiera escriptura mala y perra.
 Mas ¡ay! como el juicio soberano
 Para castigo tuyo envía á Guerra
 Obispo, que poniéndote en cadena (49)
 A tí, y tu hacienda lleva pena.

Al fin, pues, ya del templo consagrado,
 Diciendo mil oprobios y baldones,
 Y falsos testimonios del Prelado,
 Por solos sus rencores y pasiones,
 Expelen al cristiano arrodillado,
 Haciéndole que salga á repujones.
 Forzándola á salir la puerta afuera,
 Una dama habló de esta manera.

¡Pues no son poderosos los maridos!
 Pidámosles las armas, y volvamos
 Por la honra de Dios. Y con gemidos
 Decia:—no conviene consintamos
 Aquestos maleficios conocidos;
 Y todas al prelado defendamos. [50]
 Que mas vale morir honrosa muerte,
 Que un mal disimular de aquesta suerte.

Poblado está de mártires el cielo
 Que por honra de Dios han padecido;
 De su sangre está lleno todo el suelo,
 Que infieles y tiranos han vertido:
 Tomemos pues con esto gran consuelo,
 Que Dios dá gloria á aquel que ha merecido.
 Y pues sabemos que este es un tirano,
 Volvamos por el nombre de cristiano.

Con sobrado valor y pecho osado,
 Otra dama habló de esta manera:—
 De aqueste lugar santo consagrado,
 Nadie me hará salir de aquí afuera;
 Ni consentir yo tengo que al Prelado
 Agravien, sin que yo primero muera:
 Que á mí, que soy su oveja, su fatiga,
 A condolerme de ello bien me obliga.

A mis padres, hablando de Castilla
 Y de santas histórias, tengo oido
 De la sábia Judith, si sé decilla,
 Que bien veis que en la tierra soy nacida;
 Aquella grande hazaña y maravilla
 que hizo, por dó nombre ha merecido
 Tan alto, que la Iglesia la pregona
 Por dechado de fuertes y corona.

Holofernes soberbio, crudo, altivo,
 Tenia la ciudad desta cercada;
 Al nombre hebraico era muy nocivo
 Con su fuerza, poder y cruda espada:
 Estaba al punto ya de ser cautivo
 El pueblo, y la ciudad desconsolada;
 Judith de remediarla deseosa
 Salió por el ejército animosa.

La gente de Holofernes que la vido,
 Al punto se la hubo presentado,
 Diciendo, á buena parte hemos venido,
 ¿Quién hay que no pelee muy de grado?
 Al Holofernes bien le ha parecido,
 Y cenando y bebiendo, se ha embriagado:
 La noche sobreviene, y se dormía
 Con el vino abundante que bebía.

Judith, que esta ocasion consideraba,
 La cabeza le corta, y con secreto
 Salió con la criada que llevaba:
 Librando de esta suerte del aprieto
 A su pueblo, en que vió ella que estaba.
 El premio ha recibido, mas perfecto;
 Y pues vemos que el premio ya nos llama,
 Dejemos de nosotras grande fama.

El triste doloroso del Prelado
 A su casa se vuelve, no cesando
 De gemir y llorar muy congojado,
 Por ver su oveja irse condenando.
 Allí le hace estar emparedado;
 Con barro las ventanas le tapando:
 Fianzas dá el Obispo que estaria
 En su casa, y que de ella no saldria.

Mas teniendo noticia que querian
 Echarle de la tierra, se ha salido
 Huyendo á media noche, y acudian
 Algunos en su busca, dó escondido
 Estaba, y los mosquitos le comian,
 Que en toda aquella noche no ha dormido.
 A su casa le vuelven, dó se queda,
 En tanto que fortuna vuelve y rueda.

El Cáceres estaba tan furioso,
 Tan altivo, soberbio y endiablado,
 Que no tiene en sí mismo algun reposo,
 Ni puede estar momento reposado.
 Del Provisor estando receloso,
 Por verque era sagaz y redoblado,
 Acuerda de embarcarle en un navío,
 Y él bajase así mismo por el río.

Bajó con intencion de despacharle
 Al Perú, por sacarle de la tierra;
 Mas no halla manera de enviarle:
 Por dó su voluntad en esto cierra,
 Que dos ó tres procuren de fiarle:
 Con esta condicion no lo destierra,
 Mas suelto el Provisor del crudo lazo,
 Sacude, como dicen, zapatazo. ♦

Teniendo, pues, la causa fulminada,
 Juntaron de mancebos gran canalla,
 Que es gente para todo aparejada,
 De españoles tambien parte se halla,
 A quien noticia fué del caso dada:
 No hace Fray Francisco Ocampo falla,
 Que aunque al principio fué de la otra parte,
 Aquí lleva el guion y el estandarte.

En casa de Segovia se juntaron
 De noche, con secreto sin ruido;
 Entre todos allí se concertaron,
 Y el caso fué de breve concluido.
 Que Cáceres se prenda concertaron,
 Y esperan á que sea amanecido.
 Una vision al punto que amanece
 Encima de la iglesia se aparece.

A mirar la vision los que salieron
 A un patio dó el Segovia reparaba,
 Un Angel relumbrando todos vieron,
 Que parece una espada desnudaba.
 Muchos aquesto mismo me dijeron;
 Y el Angel parecia que anagaba
 Con la espada desnuda quo tenia,
 Y golpes bácia abajo sacudia.

El Cáceres venido pues á misa,
 Entró la turba multa muy derecha,
 Echó á Cáceres mano muy á prisa,
 Y algunos de los suyos no aprovecha;
 Que el negocio seguía ya de guisa,
 Que cada cual á puja mano le echa;
 Y al fin preso le llevan muy de vuelo,
 Sin dejarle llegar los pies al suelo.

Con voz del Santo Oficio y apellido
 Le prenden, y eso suena su proceso:
 En un punto se vé el pobre afligido,
 Con miserable fin del mal exceso.
 ¡Quien duda que estaba arrepentido,
 En contemplar el triste aquel suceso!
 Que el solo conocer su grave culpa,
 Es lo que al pecador mas le disculpa.

Su pompa, presuncion. y bizzarria,
 Fenece con muy vil abatimiento:
 Que cosa cierta es que no podia
 Para siempre durar su ensalzamiento.
 Un negro que este Cáceres tenía
 Habiendo visto aqueste acaecimiento,
 Tened dijo, Señor, la barba queda,
 Que el mundo de esta suerte corre y rueda.

Teniéndole pues preso y arecado,
 Nombrado otro teniente entra en consejo,
 Y tratan quien lo lleve aprisionado,
 A España con presteza y aparejo;
 Que vaya luego fué determinado
 El capitan Rui Diaz Melgarejo,
 Que no se huelga poco de este hecho,
 Y piensa sacar de ello algun provecho.

El Obispo tambien se determina
 Con ánimo de ver á nuestra España:
 Y aunque dicen algunos desatina,
 Y que su ida á la tierra mucho dañá,
 Empero dicen otros que lo atina,
 Porque él preso no use alguna maña,
 Con que se suelte y libre de cadena,
 Y caese al santo Obispo cruda pena.

El teniente que nombran se decía
 Martin Suarez, noble caballero:
 Al Cáceres muy mucho aborrecia,
 A así en le desechar es el primero.
 De presto un navichuelo componia,
 Y puesto brevemente en astillero
 Despacha al preso en este, procurando
 Quedarse por señor, y gobernando.

Tambien en compañía fué ordenado
 Que saliese Garay que lo desea:
 Aqui tuvo principio, y ha probado
 En la guerra muy bien y en la pelea ;
 Mas nunca supo ser considerado.
 Su tiempo le vendrá, cuando se lea
 El fin en que paró su desventura,
 Por quererse seguir por su locura.

Salió de la Asumpcion la caravela
 Con otro bergantin acompañada,
 Izan antenas, dan al viento vela,
 La nave por el sur es gobernada.
 Con el viento y corriente tanto vuela
 Que en breve á S. Gabriel fuera llegada,
 A dó se declaró para Castilla,
 Con Cáceres, Obiapo y su cuadrilla.

Garay el rio arriba se ha tornado,
 Y puebla á Santa Fé ciudad famosa: [51]
 La gente que está en torno ha conquistado,
 Que es de ánimo constante y belicosa.
 Los Argentinos moços han probado
 Allí su fuerza brava y rigurosa,
 Poblando con soberbia y fuerte mano
 La propia tierra y sitio del pagano.

Estando Santa Fé ya bien poblada,
 Garay bajó á Gaboto por el rio,
 Gerónimo y su gente en la llanada (52)
 Estaban, que venian con gran pio
 De hacer en el rio su morada.
 Garay no osa salir de su navio,
 Aunque es de los de Córdoba rogado:
 Del agua y de la tierra se han hablado.

Del una parte y de otra ha habido dones,
 Los ánimos mostrando halagüeños,
 Empero por quitarse de pasiones,
 No salen del batel los paragüeños.
 Partieron sin mostrar los escuadrones,
 A nuestro parecer, torcidos ceños:
 Mas dejan los de Córdoba fijada,
 Por señal una cruz de su llegada,

A Córdoba llegando el de Cabrera,
 La nueva le ha llegado que ha venido
 Abrego á gobernar, que no debiera,
 Pues tan mal á los dos ha sucedido.
 El Abreu como llega le prendiera,
 Y preso su negocio ha fenecido;
 De suerte, que quitándole la vida
 Le deja su memoria obscurecida.

Garay quitó la cruz de aquel asiento
 Dó quedó por Cabrera levantada,
 Que sabe que es su intento y fundamento
 Dejar la posesion allí tomada.
 Con esto: él y su gente con contento
 Se vuelven á su asiento, y su morada,
 Que es dicho Santa Fé, tierra muy llana,
 Y á Tucuman y Córdoba cercana.

El Obispo al Brasil en breve llega
 Con su preso, y la gente, aunque temieron
 En golfo, y alta mar la gran refriega,
 En San Vicente alegres pues surgieron,
 A dó al preso el Obispo da y entrega
 A gentes que encerrado le tuvieron:
 El cual de la prision se ha escabullido,
 Y anduvo algunos dias escondido.

De á poco precediendo excomuniones,
 El Cáceres ha sido descubierto,
 Y puesto en un navio con prisiones,
 Para Castilla sale de aquél puerto.
 De enfermedad, congojas, y pasiones,
 Fray Pedro de la Torre ha sido muerto,
 Dejando grande fama en San Vicente,
 De grande religioso y continente.

Muy público en la costa se deci
 Que al tiempo que murió aqueste prelado
 La pieza y aposento mucho olia, (58)
 Y el sepulcro dó fuera sepultado.
 Aquel en que la mortaja le envolvi
 Con juramento lo ha testificado,
 Y así lo dicen hoy los lusitanos,
 Que muerto, bien le olian pies y manos.

Ya Juan Ortiz de Zárate está dando
 Gran priesa, y que me acuerde que ha partido,
 Me dice, y que ya viene navegando;
 Que cumpla lo que tengo prometido.
 De solo me acordar ya está temblando
 La mano; que en pensar que he padecido
 Calamidad tan grande y tal miseria,
 Temor tengo de verme en otra feri

Y así por no acordarme de tal llanto,
 De tan crudo dolor y triste suerte,
 Quisiera fenecer con este canto,
 Que dudo que mi pluma bota acierte.
 Que puesta la memoria en el quebranto,
 Cuando me ví tan cerca de la muerte,
 Temo se ofuscará; pero digamos
 Las tristes desventuras que pasamos.



CANTO OCTAVO.

Sale Juan Ortiz de Castilla, llega á Canaria, y de ahí á Cabo Verd?, de adonde viene en demanda de la isla de Santa Catalina.

Al tiempo que alas cobra la hormiga
Le viene su remate y perdimiento. (54)
Fortuna á Juan Ortiz ha sido amiga
Desde el origen suyo y nacimiento;
Mas ya le comenzó á ser enemiga,
Al punto de su vano pensamiento:
Que las altivas alas que tenia,
Ya vimos que el francés las abatía.

Fortuna acá y ullá yendo y viniendo,
• En la corte le pone en tal estado,
Que aunque á la sazón está rigiendo,
Le tiene al parecer desbaratado.
Con todo, de sus mañas se valiendo,
Con título y blason de Adelantado
Del puesto de San Lucar se salia,
Y el año de setenta y dos corria.

Con el iban solteros y casados,
 Casadas y doncellas de viage,
 En tres navios mal aderezados,
 Con una zabra mala y de mal trage.
 Al parecer á muerte condenados,
 Con otros quince ó veinte en un patage.
 Mas estos mejor dicha al fin tuviéron,
 Que en tierra del Brasil libres surgieron.

Camina pues la armada algunas leguas,
 Entregada á las ondas de Neptuno,
 Y engolfada en el golfo de las Yeguas,
 Sucede un vendaval tan importuno,
 Que si Dios no pusiera presto treguas,
 De todos no escapara ni solo uno:
 Y viendo andar el mar por las estrellas,
 De temor lloran hombres y doncellas.

La noche muy obscura, la mar brava,
 El viento vendaval muy presuroso
 Soplaba y de temor cualquiera traba
 Del otro por valerse descoso:
 Y mientras esta furia reposaba
 Los pilotos amainan sin reposo.
 Las naves van volando ya sin guia,
 Mientras que cesa el viento su porfia.

Y despues que cesó la furia y viento,
 [Habiendo ya su término corrido],
 La gente alborotada, del tormento
 Temor y desconsuelo padecido,
 Decia con un ronco y flaco aliento,
 "Si habemos del peligro ya salido."
 Allí muchas promesas publicaron,
 Que en el temor pasado á Dios votaron.

Despues, dando lugar el gran Neptuno
 A que fuesen sus ondas navegadas,
 Con muy próspero viento y oportuno,
 A cabo de cien leguas caminadas,
 Descubrimos del bárbaro importuno
 La costa, con sus tierras malhadadas.
 Era una tierra larga, baja y llana,
 Que tiene por renombre Tafetana.

Dejando aquesta costa á izquierda mano,
 Despues de veinte y cinco dias pasados
 De nuestro navegar por el Oceano,
 De vanas esperanzas confiados,
 A la Gomera un dia muy temprano
 Llegamos, los peligros olvidados:
 Que pasado el peligro, olvida luego
 El marchante el voto, prece y ruego.

Aqui estuvo el armada reposando
 Tres dias no cabales, que corria
 Buen viento, que nos iba convidando
 A tener regocijo y alegria,
 Del puerto, pues, á prisa se levando,
 Navega à Cabo Verde recta via:
 Mas el viento y pilotos yerran tanto,
 Que el gozo se volvió muy presto en llanto.

Andaban los navios sin concierto,
 Arando el importuno y largo lago;
 Ya caminan derecho, ya muy tuerto,
 Al fin toman la isla de Santiago.
 Es isla muy alegre con buen puerto;
 Mas yo á mi obligacion no satisfago,
 Si no fuerzo á escribir yo aquí mi pluma,
 Su temple y compostura en breve suma.

T III

El sitio es apacible y deleitoso,
 La gente muy lucida y muy galana,
 Por el ingles cosario y belicoso,
 En ronda suele andar cada mañana.
 Enfermo es el asiento y peligroso,
 Por el calor la gente no está sana,
 Mas viven á placer los lusitanos,
 Contentos, muy alegres, muy ufanos.

A mi posada vino un caballero
 De buena compostura y bien tratado,
 Alegre, conversable y placentero,
 Y con una encomienda señalado.
 Tiene una negra allí mucho dinero,
 Con ella se casó el desventurado.
 ¡Mirad pues el dinero á cuanto obliga!
 Que sufre este en sus ojos una viga.

Partióse de este puerto Santiago
 En breve con un próspero y buen viento;
 Mas entrando á la mar y grande lago,
 Calmó, y todos perdieron el contento.
 Algunos lo tuvieran por buen pago
 A España se tornar, porque el aliento
 Faltaba, desque entienden alargarse
 El tiempo, y la jornada no acabarse.

A la línea en aquesto se acercaron,
 A dó (con aguaceros que tuvieron)
 Al pié de quince dias mal pasaron,
 Y algunos en la línea se murieron,
 Despues de aqueste tiempo la doblaron,
 Y en demanda al Brasil las velas dieron.
 Mas no vieron la costa de sus ojos,
 Huyendo de no dar en los Abrojos. (55)

Los diez eran de Marzo ya pasados,
 Cuando toman los campos nuevo trage,
 Y vuelve por sus pasos compasados
 El gran Apolo á España su viage.
 En este tiempo fueron desviados
 Los uos de los otros, y el patage
 Con viento y aguaceros se apartaba,
 Y en costa del Brasil puerto tomaba.

En San Vicente salta, dó han hallado
 La gente del Obispo y Melgarejo,
 Del armada de Zárata han contado,
 De sus armas, pertrechos y aparejo:
 Rui Diaz les ha á todos convidado,
 Que se vuelvan con él: este consejo
 Algunos del patage lo tomaron,
 Mas otros en el puerto se quedaron.

Pudieran bien decir los doloridos,
 Estando en San Vicente reposados,
 Si nosotros no fuéramos perdidos,
 Por ser de nuestra flota ya apartados,
 O fuéramos de hambre consumidos,
 O muertos de los indios y aeabados;
 Y cierto para haber de guarecernos
 El medio mas seguro fué perdersnos.

El armada con pena navegando,
 A veinte y uno de Marzo una mañana,
 Antes de aquella Pascua, en que llorando
 Buscaba al buen Jesus de Marta hermana,
 La tierra se descubre, y vela dando,
 En breve se llegó, que está cercana:
 Mas no se toma puerto, que buscaban
 A donde le tomar, y no le hallaban.

Andando los pilotos vacilando
En luengo de la costa, cada día
Sus cartas y roteros remirando,
Por ver donde el armada surgiria:
Sus grados y sus puntos cotejando,
Anclaron en Abril tercero día
En una playa y puerto sin abrigo,
Que es dicho por renombre D. Rodrigo.

Su cara mostró Febo muy cubierta
Aquí, cuando se entraba en occidente;
La noche obscurecida como puerta
De muy profunda cueva dó no hay gente.
Neptuno muy sañoso se despierta,
Y á las aguas comienza bravamente
A mandar que se muevan alteradas
Del sur, y en altos montes levantadas.

Ni el Puerto Pico ó Sierra Mariana,
Ni Teide, ó Potosí, ni el Atumare,
Ni el volcan de Arequipa ni Lupana,
Ni el alto monte ó sierra de Lambare,
Ni Viiluerca, ni Sierra Verzocana,
Se puede ya hallar que se compare
A los montes y sierras que formaba
En alta mar el viento que bramaba.

Estaba el Almirante del armada
Con solo un cable y ancla: el porfiado
E importuno sur desamarrada
La lleva habiendo el cable reventado.
La nave por la mar andaba errada,
El piloto no acierta de turbado
A decir ni mandar lo que conviene,
Que en el alma metido el miedo tiene,

Con este temporal tan peligroso
 La nave sobre tierra va volviendo:
 El viento con su ímpetu furioso,
 Las velas en un punto descojendo,
 Hace volver la popa sin reposo
 A tierra, y el mar adentro vá corriendo.
 La gente alborotada sin consuelo,
 Levantan alaridos hasta el cielo.

Quedan la capitana y vizcaína
 En gran peligro surtas junto á tierra:
 Mas luego en un momento muy aína
 La vizcaína el ancla desafierra:
 Agarrando dos leguas ya camina
 En luengo de una costa y de una sierra;
 Mas no se osa meter en la mar brava
 Con el temor de la agua que faltaba.

El Almirante sale al mar sañoso,
 Del importuno viento sacudido:
 La gente clama al Alto Poderoso
 Con voces, gritos, llantos y alarido.
 El sexo femenino mas doloroso,
 Causaba fuese el caso dolorido,
 Que tantos alaridos levantaban,
 Que la tormenta mas acrecentaban.

En demanda del Rio de la Plata
 Se leva de este puerto que he contado
 La flota; mas el sur ya se desata
 Con un furor terrible acelerado:
 Y viendo que este viento desbarata,
 Y hace desandar lo que está andado,
 Procura de tomar puerto la flota,
 Con fin de desistir de su derrota.

Y tanto el bravo viento los aqueja,
Que se siguen tras él desconfiados
De su recto viaje que se deja,
Por ser del vendabal tan contrastados.
La capitana un poco mas se aleja,
Y surge con sus naves á los lados,
Si no es el almiranta, que apartada
Surgió en una bahía no abrigada.

Del almiranta á tierra sale luego
Alguna gente, y halla las pisadas
Del indio, por dó siguen, aunque ciego
El camino, y las yerbas mal holladas,
A la señal, y humo de un gran fuego
Descubren unas gentes congregadas
De nacion Guaraní, que recibieron
A los nuestros muy bien, y les sirvieron.

Las cosas, que tenían ofrecidas
A los nuestros, con ellos se metieron
En la barca con flechas muy crecidas,
Y en trueco de rescates las vendieron.
Sus carnes, de aire y sol ennegrecidas,
Algunos españoles las cubrieron;
Que estima esta nacion mucho cubrirse,
Y á nuestro modo y forma de vestirse.

De aquestos se tomó lengua y aviso,
Mayormente de un indio ya muy viejo;
A Santa Catalina de improviso,
Que vayan les ha dado por consejo,
Y él propio ir á mostrar el puerto quiso.
Y viendo tal recado y aparejo,
Las naves en un punto se levaron,
Y en luengo de la costa navegaron.

Surgieron en el puerto que es llamado
 Ayumirí, que es boca angosta ó chica,
 Del isla hacia el este; al otro lado
 Está la tierra firme en forma oblica.
 La flota procurando lo abrigado,
 Dejando el primer puesto allá se aplica,
 Adonde hace el mar una ensenada
 En forma de la luna de menguada.

Aquí puerto y lugar aparejado
 Para surgir mil naves está bueno:
 Entre la isla y la tierra va ensenado,
 Un golfo de pescados todo lleno;
 De una parte y otra reguardado
 De vientos, todo alegre y muy ameno.
 Empero del armada Zaratina
 Aquí fué la caída y grande ruina.

Aquí reposaremos sin reposo,
 Que mal pueden tenerlo los hambrientos.
 Trataremos del trance doloroso
 De la infeliz armada, y sus descuentos:
 Hambre, muerte, tristeza, lacrimoso
 Planto, suspiros, gritos y lamentos,
 Darán subiecto cierto al nono canto,
 O por mejor decir al nono planto.



CANTO NONO.

En este canto se cuenta la grande hambre de la isla de Santa Catalina, con las desventuras lastimosas que en ella se padecieron.

Oid, las damas bellas, este canto,
A quien ha repartido la natura
De su grande valor, y bienes tanto,
Que se huelga de ver ya su hechura;
Causaros ha á vosotras más espanto,
Por ser de delicada compostura,
Y llorareis con migo un mal tamaño,
De desastrado fin y crudo daño.

El canto vuestro es, pues que contiene
De damas y galanes la caída:
Por tanto el ofrecérosle conviene,
Porque de vuestro ser él tome vida.
Haced con vuestra fuerza que no pene
Aquel que le leyere, pues rendida
De este siglo teneis la mayor parte,
Con vuestra gran belleza, industria y arte.

En el pasado canto recontamos:
 Del puerto que tomó el Zaratino:
 Escuchad pues agora que contamos
 El fin tan desastroso que le vino.
 En esta tierra, y puerto que tratamos,
 El triste Adelantado fué mohido,
 Que bien cierto está, el pobre procuraba
 El bien, mas la codicia le cegaba.

Salió á tierra del isla, deseoso
 De dar remate y fin á su fatiga:
 Su hado le es contrario y envidioso,
 Y fortuna le fué muy enemiga.
 Por el tiempo contrario, le es forzoso
 Tomar aquesta tierra, y aun se obliga
 A echar toda la gente un dia en tierra
 Al pié de una montaña y alta sierra.

Celebraba la iglesia aqueste dia
 Del Corpus, fiesta santa señalada:
 Celebróse con gozo y alegría
 La fiesta del Señor tan celebrada.
 Por esta causa al puerto se ponía
 Por nombre *Corpus Christi*, y es nombrada
 Santa Catalina: es isla sin ventura
 De tantos españoles sepultura.

De á poco se partió el Adelantado
 Con mas de ochenta hombres escogidos,
 Al puerto de Ibiacà que está poblado,
 Dejando á los demas muy desabridos.
 Consejo fué cierto este mal guiado;
 Y así los que quedaron son perdidos,
 Que ni armas, ni comida les quedaba,
 Y la fuerza ya á todos les faltaba.

Quedaron en la isla á buena cuenta
Doscientos y cincuenta, ó mas soldados,
Casadas y doncellas hay cincuenta,
Sujetas á miseria y tristes hados.
En ver que Juan Ortiz de allí se ausenta,
Algunos de temor están turbados,
Y su temor se dicen y publican,
Que cruda muerte y hambre pronostican.

Quedó por capitán aquí nombrado
Un Pablo Santiago; pues camina
Al puerto de Ibiacá el Adelantado,
Que es tierra muy cercana y bien vecina:
Y así el propio día hubo llegado,
Sin suceder desastre ni mohina.
Los indios salen presto á recibillos,
Y danles de comer á dos carrillos.

En el isla no comen tan á prisa,
Que la ración se dá por grande tasa:
Seis onzas de harina solas guisa
El pobre del soldado y las amasa.
A nuestro Adelantado se le avisa
Que la ración es corta y muy escasa:
Mas él que está seguro en talanquera,
Muy poco se le dá que el otro muera.

En este tiempo cinco se han huido,
Gallegos de nación, y un castellano
De su negocio parte hubo sabido,
Segun juró y depuso ante escribano.
Aqueste, en esta culpa convencido,
Alega su inocencia, mas en vano,
Que en una horca luego le pusieron,
Y los cinco isla adentro se metieron.

Un portagues mulato marinero,
Con otros tres grumetes y un soldado,
Huyeron por la isla: mas empero
El piloto mayor cuatro ha hallado:
Entre ellos el mulato es el primero,
Que alega ser de grados ordenado.
A muerte les condenan, mas la muerte
Previéncele primero por su suerte.

El soldado llegó casi ya muerto,
Y así no se le hizo de esto cargo,
Que el dia que llegó en aqueste puerto
El último remate de descargo
Le vino de su bueno ó mal concierto.
El uno de los tres se hizo á largo;
De suerte que jamas hueso ni pelo,
Se supo dél por mar ni por el suelo.

Los otros dos grumetes que quedaron,
Por ser con el mulato en la huida,
Y haber ya confesado la intentaron,
Estando ya su causa fenecida,
A muerte les condenan; y apelaron,
Llamándose menores: concedida
Les fué la apellacion, y que viviesen,
Para que mas trabajos padeciesen.

De los que una canoa habian tomado,
La cual en tierra firme fué hallada,
El uno aqueste puerto se ha tornado,
El otro va siguiendo su jornada.
Habíanse dos meses sustentado.
Entrambos con palmitos; la tornada
Del triste, que llegó muy flaco y malo,
Se celebra, colgántole de un palo.

¡Ay, inhumano juez, justicia dira.
 Que tal justicia quieres sin justicia
 Egecutar agora en quien suspira
 Por solo pan sin otra mas codicia!
 Si aquesto no te mueve, solo mira
 Que no ha pecado aqueste de malicia;
 Que solo por la isla ha caminado
 En busca de comida, y se ha tornado.

Mas ¡ay! que Juan Ortiz dejó un flagelo
 Cortado muy al gusto y su medida,
 Que cierto no hallará en todo el suelo
 Alguna bestia tan descomedida
 Cual esta. ¡O crudo mal, ó triste duelo,
 Tristeza, á mil tristezas sometida,
 Pues vemos que de hambre están muriendo
 Aquellos que en la horca están poniendo!

De los cinco soldados que huyeron,
 Por cuya causa uno fué ahorçado,
 A quien de su negocio parte dieron,
 Al cabo ya de dias se han hallado
 Los dos, y los demas dicen murieron,
 Y el uno de estos dos poco ha durado,
 Que luego se murió; mas tal venia
 Que solo figuraba anatomia.

Pues los que están acá, en crudo llanto
 Están, y tan mudados y trocados,
 Que solo con mirarlos dan espanto,
 Y están de verse tales admirados.
 A muchos el pellejo como manto
 Les cubre aquellos huesos descarnados,
 En otros agua, humor, corrupto viento,
 Entre pellejo y huesos han asiento.

Hoy mueren diez, mañana mueren veinte:
 No basta gentileza y bizarría,
 A contraste el hado, el viento
 Al rústico el hado, el viento
 La galea y el cerrosos.
 Fenece, y el aviseo
 Que la tirana, cruel, rabiosa perra
 A barrisco lo lleva todo á tierra:

Así se van ya todos acabando,
 Que es lástima de ver ruina tamaña;
 Los galanes y damas suspirando,
 En ver la muerte andar con su guadaña,
 Los niños descaecidos sollozando,
 Tragedia representan muy estraña;
 Y las madres maldicen su ventura,
 Por verles padecer tal desventura.

No fuera muy mejor, dicen, hijitos
 Que hubiera yo triste parido,
 O yo yo es parí, que de chiquitos
 El alto cielo os hubiera reci'ido:
 O dejaros allá dando mil gritos,
 Que yo vine á pagar mi merecido:
 Y á vosotros, mi bien, es cosa cierta,
 Que no os faltára pan de puerta en puerta.

Maldito seas honor, y honra mundana,
 Pues bastaste á sacarme de mi asiento.
 ¿No me fuera mejor pasada llana,
 Que no buscar mejora con descuento?
 Viniérame la muerte muy temprana,
 Y nunca yo me viera en tal tormento:
 Mas quiso mi desdicha conservarme,
 Para con crudo golpe lastimarme:

El triste lamentar y las endechas
 Que cada cual cantaba de su modo,
 A la falta de pan iban derechas,
 Que tratar de comer estaba todo.
 Las carnes consumidas y deshechas,
 Los rostros de color de puro lodo,
 Perdió el amor su fuerza aquí de hecho,
 Que cada cual miraba su provecho.

De dos quiero decir un caso extraño,
 (Que solo el referirlo me dá pena)
 A quien el amor hizo tanto daño,
 Cuanto suele á quien prende en su cadena.
 En fama de casados habia un año
 Que estaban, y, se dice, á boca llena
 El galan su muger deja é hijuelos,
 La dama su marido en hornachuelos.

Aquestos á palmitos han salido,
 Como otros lo hacian cada dia,
 Y la montaña adentro se han metido,
 A dó la oscura noche les cogia:
 En esto á nuestro amante dolorido
 Una espantosa fiebre sucedí:
 La dama le consuela, aunque afligida,
 Por verse en la montaña tan metida.

No quiero referir lo que trataron
 Los tristes dos amantes, y su llanto,
 Las voces y suspiros que formaron,
 Porque era necesario enteró canto.
 Al fin su triste noche la pasaron,
 Envueltos en dolor y crudo planto,
 Quien duda que la dama no diría,
 ¡En mal punto topé tal compañia!

Habiendo pues ya Febo caminado
 Su curso en redondez, de la cerea,
 Mostraba el rostro rojo y colorado,
 Cubriendo la montaña de librea.
 El sin ventura amante fatigado,
 El camino buscaba, mas pelea.
 En vano; que no acierta con camino,
 Que el miedo y el temor le quita el tino.

Salieron los dos juntos á la playa;
 Pensando que salieran al poblado:
 La dama sin ventura se desmaya;
 En ver como se habían alejado;
 Al galan le amonesta ella que vaya
 En busca de camino, y que hallado
 Se vuelva á aquel lugar; él ha partido,
 Mas presto el sin ventura anda perdido.

Quedó por esta causa allí la dama
 De dolor, y congoja y pena llena,
 Dó la siguiente noche tuvo cama,
 Triste, sola, llorosa en el arena.
 El pobre por el bosque grita y clama,
 Al aire publicando su gran pena;
 Que por buscar camino, senda y via
 Sin su dama se vé, y sin alegría.

A sí propio se odia y aborrece,
 Que en verse sin su luz y clara estrella,
 A la muerte de veras él se ofrece,
 Que mas quiere morir que estar sin ella.
 La noche no durmió y no amanece,
 En su busca camina por aquella,
 La dama un poco duerme, porque suele
 En ellas aflojar cuando mas duele.

Un pece de espantable compostura
 Del mar salió reptando por el suelo,
 Subióse ella huyendo en una altura
 Con gritos que ponía allá en el cielo:
 El pece la siguió, la sin ventura
 Temblando está de miedo con gran duelo;
 El pece con sus ojos la miraba,
 Y al parecer gemidos arrojaba.

Salió en esto el galán de la montaña,
 Y el pece se metió en la mar huyendo;
 Sus ojos el galán arrasa y baña,
 Con lágrimas, y á ella se viniendo
 Le dice: si la vista no me engaña,
 Camino tengo ya, venid corriendo.
 La dama le responde: á prisa vamos
 Al pueblo, porque mas no nos perdamos.

Allegan al lugar muy destrozados,
 Hambrientos, amarillos, sin sentido;
 Mas uno de otro fueron apartados,
 Que su vivir y trato fué sabido.
 Entrambos de mí fueron castigados,
 Que por suerte el oficio me ha cabido,
 Mas que castigo haber allí podia,
 Igual á aquel que ya se padecia.

En erte tiempo andaba con presteza
 Juntando Juan Ortiz mucha comida:
 El Sargento mayor vá sin pereza
 De los indios buscando la manida;
 Y tanto calor pone, y tal destreza,
 Que la miseria en breve fenecida,
 Que el indio tiene, deja y los buhios
 Barridos de alto á bajo, y muy vacios.

A cual indio le toma la ham
 A cual el pellejuelo que tenia,
 A cual, si le replica, allí le saca
 La manta con que el triste se cubria.
 Al fin, en la pared no deja estaca,
 Que todo cuanto halla, destruia,
 Y no contento de esta tal destroza,
 Enojo dá al que tiene muger moza.

El Juan Ortiz aquí se regalaba,
 Y no tengais temor, pues que le duela
 Saber como su gente lo pasaba.
 Y aunque él de solo el indio se recela,
 Alguna de su gente se alteraba;
 El ardidoso Rocha, el bravo Vela,
 Con otros quince mozos concertaron
 Su remedio buscar, mas no acertaron.

De dó estaba el real ir pretendieron
 Por tierra al Paraguay: determinado
 El caso, con secreto, pues, salieron
 Siguiendo su camino despoblado.
 Al pié de treinta dias anduvieron,
 Al cabo del cual tiempo han acordado
 Volverse dó primero ya salido
 Habian, por pagar su merecido.

Los nécios, pues, traian confianza,
 De conseguir perdon de su delito:
 En vano les saliera su esperanza,
 Que voz horrenda suena y crudo grito.
 De Juan Ortiz la gente con pujanza
 Les prende, y el negocio por escrito,
 Se pone, y á los tres luego cortaron
 Las cabezas, y en alto las fijaron.

Tambien allá en la isla pretendieron
 Llevar de la Almiranta unos soldados
 La barca, con la cual ir se quisieron
 Al puerto San Vicente encaminados.
 En este caso, pues entrevinieron
 Mugerres por huir los tristes hados;
 Mas no pudo quajarse este concierto,
 Que fué por las mugeres descubierto.

Huirse todos bien se lo deseaban,
 Que el temor de morir les incitaba,
 Y algunos ví que allí lo procuraban,
 Aunque el posible á todos les faltaba:
 Sobre esto muchas juntas se efectuaban,
 Y á algunos el juntar vida costaba.
 Era el dolor, tristezas y tormentos,
 El ver poblar las horcas de hambrientos.

Aquellos que el huirse no han certado,
 Juzgaban por no ver camino cierto;
 Y al perro que hallaban desmandado
 Mataban: y aun á peuas era muerto,
 Cuando estando cocido ó mal asado,
 En el hambriento vientre era encubierto,
 Temiendo que si el dueño lo supiera,
 La presa de las manos les cogiera.

Culebras qujen hallaba era dichoso,
 Y de padres y hermanos envidiado,
 Lagartijas pequeñas yo bien oso.
 Decir que las comí mal de mi grado:
 Y sé que me hallaba deseoso
 De tener ábundancia, que probado
 Su sabor ricamente me sabia,
 Y mas que de cabritos parecía.

Algunos en cazar de los ratones
 Tan diestros y tan hábiles estaban,
 Que en trueco de una, ó dos, ó mas raciones,
 Un número tasado concertaban:
 Tambien habia una especie de lirones,
 Que al modo de conejos se guisaban,
 Y aunque faltaba aceite y vino añejo,
 La gran hambre prestaba salmorejo.

Los sapos ponzoñosos ó hinchados,
 Con escuerzos nocivos, por muy sanas
 Comidas se juzgaban; que forzados
 Los hombres de su rabia y fuertes ganas,
 Estando los escuérzos desollados,
 Juzgaban ser en todo puras ranas:
 Y aun el sabor decian que excedi
 A las ranas en grande demasía.

La cosa á tal extremo hubo llegado,
 Que carne humana ví que se comia:
 Hambre canina fuerza allí á un soldado
 Pensando que su hecho nadie via.
 Las tripas le sacará á un ahorcado,
 Y al medio del cocer se las comia:
 Los huesos se roian de finados,
 ¿Quién no llora estos casos desastrados?

Un mozo, que atambor fué de la armada,
 En esta cruda, horrenda y grande ruina,
 Sabiendo se guardaba en la posada
 De Florentina y Doña Catalina,
 El resto de raciones, ya pasada
 La media noche, á priesa va y camina;
 Y entrando en la chozuela le sentian
 Las damas, y al encuentro le salian.

La una **dama** y otra le cogieron,
 Sin que pudiese el pobre escabullirse:
 A piedad ninguna se movieron,
 Que de ellas con verdad no ha de escribirse.
 La oreja de su rostro desprendieron,
 Y al pobre sin curarle dejau irse,
 Y por mas presumir de su mal hecho,
 La oreja abscisa clavan en su techo.

La prenda de este triste ya perdida,
 Y abscisa de su rostro ha recobrado,
 Y en prenda muchas veces de comida,
 A gentes en la isla la ha empeñado;
 Y apartarse del pleito que pedida
 Tenia su justicia el desdichado,
 En trucco de que el reo allí le diese
 Algun maiz ó raíces que comiese.

Las damas que hicieron este aleve,
 Haciéndose justicia sin justicia,
 Eran de bajo ser; que bien se debe
 Aquesto presumir de su malicia.
 Ninguna de valor á tal se atreve,
 Aunque es de las mugeres sin justicia,
 Ingratitud, maldad, lágrimas, lloro,
 Mentiras, y venganzas su tesoro.

Preguntan á Aristóteles que sentia
 De la muger? Pues dice en su escritura,
 A lágrimas, y llanto en demasia,
 Inclineda bien es de su natura,
 Envidia y querimonia la seguia,
 Flojedad, y pereza y detractura:
 Mas dice de ella un bien; que se contenta
 Con muy poco manjar y se sustenta.

Al fin, á aquestas damas el teniente
 Las prende, y les tomó sus confesiones:
 Despues todo se hizo buenamente,
 Aunque hubo de este caso informaciones:
 Al triste sin oreja mal paciente
 Le dieron por concierto diez raciones. [56]
 Decia un mentecato, que mugeres
 Podian mucho mas que los haberes.

Es tanto su poder y maña fuerte,
 Que todo el mundo tienen ya rendido,
 Procuran de tomar primera suerte
 A su gusto del bien mas conocido:
 Hambre, ni desventura, ni la muerte
 Contrastar su poder nunca han podido.
 Mirad lo que en la isla padecieron,
 Y al fin todas con vida escabulleron.

Es cierto de notar su gran ventura
 Con ser un débil ser tan imperfecto:
 Cuanto hoy tiene criado la natura,
 Las mugeres lo tienen muy sujeto.
 Decíd, no es de llorar tal desventura,
 Que rindan las mugeres al perfecto,
 Al sábio, al necio, al pobre y al que es rico,
 Al Rey, y caballero y pastorcico.

Dejémoslas, pues ya que es escusado
 Querer con flacas fuerzas conquistarlas,
 La fuerza el homenaje ya han tomado,
 Será al mundo imposible debelarlas.
 Y pues en su servicio hemos cañtado
 Aqueste canto, yo quiero rogarlas
 Para el siguiente dén favor y ayuda
 A nuestra lengua tosca, torpe y muda.

CANTO DECIMO.

*En este canto se cuenta como vuelto el Adelantado de
Ibiza, fué al Rio de la Plata, y de la venida del
capitan Rui Diaz en su demanda.*

¡O mísero contento de esta vida,
Aguado con sobrados descontentos!
Tras el deleite siempre viene asida
La pena, los disgustos y tormentos:
Que no hace en un ser jamás manida
Fortuna, sin tener mil mudamientos.
Mas qué digo fortuna, la miseria
Del hombre está sujeta á tal laceria.

En tanto que uno es hombre, está obligado
A dos mil infortunios y flaquezas,
Qué del primero padre se ha heredado
Dolor, pena, congojas y tristezas;
Que todas son reliquias del pecado,
Con otros mil defectos y vilezas,
Que juntos en Adam los recibimos,
Cuando por el pecado en él morimos.

En el Ibiaya, pues, se ha recogido,
 Como digimos, maíz y frijoles,
 Y habiendo los huidos convencido,
 Apresta Juan Ortiz sus españoles
 Para salir de allí; y no ha partido,
 Cuando un gran temporal vereis, y díoles
 En medio una laguna que pasaban,
 A donde seis soldados se ahogaban.

Embárcanse en canoas los soldados,
 Y al tiempo del pasar audaba brava
 La mar, que allí desagua dó los rados,
 Y el crudo vendabal que resoplaba,
 Se juntan, y al pasar son anegados
 Delante Juan Ortiz, que los miraba,
 Seis hombres: y mas que estos, se ahogáran,
 Si los indios socorro no prestáran.

Pasada la laguna, se metieron
 Los soldados, y gente que venia,
 Por la montaña adentro, y padecieron
 Trabajo caminando en demasi
 Al fin al puerto, pues, todos vinieron,
 Pasado en caminar el cuarto dia:
 Juan Ortiz por la mar viene, y navega
 Dos dias, y tambien al puerto allega.

Llegado, con placer es recibido,
 Y luego determina de partirse;
 Y á aquellos que digimos, pretendido
 Habian en la barca escabullirse,
 En mas grave prision los ha metido:
 Porque jamas intenten de huirse.
 Con un Sotomayor fenece presto,
 Dejándole en un palo y horca puesto.

Al tiempo que el verdugo ya queria
 Quitarle la escalera, así hablaba:
 "Oí un poco ahora: yo solia
 Una oracion rezar, y acostumbraba
 A questo mucho tiempo cada día,
 Y hoy, por mi desdicha, la olvidaba:
 Dejádmela decir:"—mas no ha acabado,
 Cuando el sayon la escala le ha quitado.

El armada salió de aqueste puerto,
 En demanda del Rio de la Plata:
 Ningun piloto lleva que esté cierto
 A donde seguirá; mas ya desata
 A los vientos Eolo, y bien abierto
 Habiendo sns cavernas, disparata
 Con ellos por el aire de tal modo,
 Que parece acabarlo quiere todo.

La mar sube por cima las estrellas;
 Los cielos hácia abajo se bajaban;
 Las olas parecia que centellas
 Por cima de las aguas arrojaban.
 Lloraban las mugeres y doncellas;
 Los hombres grande grita levantaban;
 De sola contricion ya se procura,
 Que al mar tienen por cierta sepultura.

Anduvo algunos dias el Armada
 Fortuna acá y allá yendo y viniendo;
 Despues, la mar estando sosegada,
 Navega, en breve tiempo descubriendo
 La tierra tan de todos deseada.
 Y sin saber dó están, yendo diciendo,
 ¿Que tierra puede ser la que se via?
 Paró el Armada allí, que anocheçia.

Al tiempo, pues, que Febo matizando
 Venia de colores la mañana,
 Entraron por el rio, costeano
 La banda del Brasil que es mas cercana.
 La via á San Gabriel enderezando,
 Llevando de llegar crecida gana,
 A cabo de tres dias, medio á tiento,
 Tomó puerto el Armada con contento.

Surgiendo en San Gabriel, que así se llama
 El puerto á donde surge aquesta Armada,
 Los indios acudieron á la fama.
 Mas ¡Ay dolor! la noche ya cerrada,
 El viento sur sacude, y hiere y brama,
 Y tanto se embravece, que en nonada
 La Capitana corta árbol y antena,
 Y el Almiranta asienta en el arena.

Al dia de contento y alegría
 El triste corresponde y es veci
 La gente sin ventura, pues tenia
 Contento, mas tristeza sobrevino.
 Dolor, angustia, aprieto y agonía,
 Aguas y huracan, mar, torbellino,
 Las naves traen en torno condenadas,
 Al fondo y en las costas desrumbadas.

Pilotos y maestros, marineros,
 Grumetes, pages, frailes y soldados,
 Mugeres y muchachos, pasajeros,
 Audaban dando voces muy turbados.
 Los gritos y alaridos mensajeros
 Allí son de una nave á otra enviados,
 Y cada cual socorro demandaba,
 Que igual era el dolor que se pasaba.

Librónos nuestro Dios de aquel tormento,
De aquel trance y dolor tan doloroso,
Desistiendo el feroz y crudo viento,
Y viendo bonanza con reposo.
Mas ¡Ay! que en acordarme del tal cuento,
Temblando estoy, confuso y temeroso:
Que tales cosas ví, que parecia
Que el juicio final llegado habia.

¡Quien duda que el demonio no procure
Impedir cuanto puede á los cristianos
A que la Fé no crezca, porque dure
El reino que él obtiene en los paganos?
¡Pues no está claro ya, sin que se jure,
Cuan estendida está entre los indianos,
Y con quanto fervor se han bautizado,
Y sus malditos ritos renunciado?

Pues esta causa tengo yo por clara,
Por donde Satanás tanto procura,
Con su mala intencion inicua avára,
Que nuestra Armada nunca esté segura.
Que en su tantole quita el cetro y vara,
Y viendo su reinado poco dura,
Movido de rencor y crudo duelo,
Con las ondas del mar enturbia el cielo.

¡Gran Dios, Señor inmenso y soberano,
Que permitís azote, como vemos,
Aqueste Satanás con cruda mano!
El secreto tan alto no entendemos;
Sabemos pero bien, que nos es sano
El mal que muchas veces padecemos,
Que son por los pecados cometidos,
Los males muchas veces infligidos.

El freno, que le pone Dios eterno,
 Le hace estar á raya; que si fuera
 En manos del demonio, en el infierno
 Al humano linaje ya tuviera.
 Es tan malo de aqueste su gobierno.
 Que ensus penas á todos ver quisiera,
 Con saber que de aquesto la ganancia
 Que le viene, es tormento en abundancia.

Y así dice San Pedro, que rodea,
 Buscando á quien tragar muy presuroso,
 El adversario diablo, y que pelea
 Contra el linagé humano riguroso:
 Incita, mueve al hombre y le granjea
 Con sus mañas y artes, (que es mañoso)
 Y cuando mas no puede con sus tretas,
 Conténtase en hacerle mil burletas.

¡Qué diremos de aquel gran mariner
 Carreño, que en tres dias vino á Españ
 De las Indias, trayendo mal tempero,
 Huracanes, tormenta muy estraña?
 Ni gente de la mar, ni pasagero
 En pié estaba, y andaba gran compañ
 De diablos, que las velas marinaban
 Y la nave con fuerza se llevaban.

Larga escota, el piloto les decía,
 Y cavan el trinquete y la mesana;
 Y si les dicé, *aiza*, con porfia
 Amanan los traidores con gran gana.
 Y viendo que al contrario se hacia,
 Al contrario mandó: y así fué sana
 Su nave por los diablos marinada:
 ¡Y quien duda que fué de Dios guardada!

Mil cuentos semejantes yo pudiera
 Decir aquí, mas solo por aviso
 A todos doy por cosa verdadera,
 Que si quieren gozar del Paraíso,
 No traten con Satán. Uno dijera,
Descálzame aquí, diablo: de improviso
 Un diablo de la bota le tiraba,
 Y la pierna á las vueltas le arrancaba.

Al Armada volviendo:—habia quedado
 La Capitana en seco, y sin entena,
 Sin árbol, que ya dije fué cortado.
 Un día de bonanza con mar llena:
 Por el consejo, y órden y mandado
 De Juan. Ortiz, zaborde en el arena;
 Y así, quedando hecha fortaleza,
 La gente sale á tierra sin pereza.

El Almiranta en flote estuvo dias;
 Mas torna á dar en seco, y desrumbada
 Ha sido, entrándole agua por mil vias:
 Procúrase que luego sea varada,
 Sus fuerzas conociendo ya ser frias,
 La gente fuera apenas de ella echada,
 Cuando yendo la mar y agua menguando,
 La nave cae, el un lado recostando.

Estando Capitana y Almiranta
 Entrambas al través sale la gente
 A tierra, dó se aloja alegre y planta
 Haciendo sus chozuelas prestamente.
 El Zapicano ejército se espanta,
 De ver tantos cristianos de presente,
 Y acuden con gran copia de venados,
 Avestruces y cábalos, dorados.

La gente que aquí habita en esta parte
 Charrualhas se dicen, de gran brio,
 A quien ha repartido el fiero Marte
 Su fuerza, su valor y poderio.
 Lleva entre esta gente el estandarte,
 Delante del Cacique, que es su tío,
 Abayubá, mancebo muy lozano,
 Y el Cacique, se nombra Zapicano.

Es gente muy crecida y animosa,
 Empero sin labranza y sementera:
 En guerras y batallas, belicosa,
 Osada y atrevida en gran manera.
 En siéndoles la parte ya enfadosa
 Dó viven, la deseeñañ, que de ester
 La casa solamente es fabricada,
 Y así presto dó quieren es mudada.

Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan
 Corriendo por los campos los venados;
 Tras fuertes avestruces se abalanzan,
 Hasta dellos se ver apoderados;
 Con unas bolas que usan, los alcanzan,
 Si ven que están á lejos apartados;
 Y tienen en la mano tal destreza,
 Que aciertan con la bola en la cabeza.

A cien pasos (que es cosa monstruosa)
 Apunta el Charruaha á donde quiere,
 Y no yerra ni un punto aquella cosa
 Que tira; que dó apunta allí la hiere.
 Entre ellos aquel es de fama honrosa,
 A cuyas manos gente mucha muere,
 Y tantas, cuantos mata, cuchilladas
 En su cuerpo se deja señaladas.

Mas no por eso deja de quitarle
 Al cuerpo del que mata algun despojo:
 No solo se contenta con llevarle
 Las armas ó vestidos á que ceha el ojo,
 Que el pellejo acostumbra desollarle
 Del rostro: ¡Qué maldito y crudo antojo!
 Que en muestra de que sale con victoria
 La piel lleva, y la guarda por memoria.

Otra costumbre tienen aun mas mala
 Aquestos Charruhaes, que en muriendo
 Algun pariente, hacen luego cala
 En sí propios, su carne dividiendo;
 Que de manos y piés se corta y tala
 El número de dedos, que perdiendo
 De propincuos parientes va en su vida,
 El Charruaha por órden y medida.

Paréceme que ya me he detenido
 Con esta gente tanto, que olvidado
 Dirán que tengo al campo, que tendido
 Pinté en el arenal desabrigado.
 Con su memoria estoy tan afligido,
 Que temo de me ver en tal estado:
 Espérenme á otro canto de amargura,
 Y ayuden á llorar tal desventura.

Agora á Melgarejo con su gente
 Volvamos: como supo que pasado
 Habia Juan Ortiz, muy prestamente
 La vuelta el Argentino se ha tornado:
 El caso se le cuenta en San Vicente
 Por los que del patax han arribado,
 Con él vienen algunos de su hecho,
 Pretendiendo sacar algun provecho.

Saliendo, pues, en nuestro seguimiento,
 La isla dóestuvimos han tomado,
 En los sepulcros vieron el descuento,
 De la terrible ruina y triste hado:
 La horca dió tambien su documento, .
 Y muestra de temor y mal sobrado:
 Con todo al Ibiaza pasan derechos,
 A donde son de todo satisfechos.

Mas quiero yo contar aqui primero
 De monos una cosa muy galana,
 Qué cierto me contó este caballero,
 Diciendo: que él lo vido una mañana,
 Estando en esta isla muy entero
 Su juicio, y razon muy libre y sana:
 De monos vió juntarse gran canalla,
 Y él púsose á escondidas á miralla.

Un mono grande, viejo como alano,
 Estaba á la cuadrilla predicando:
 Heria y apuntaba con la mano,
 Mudando el tono á veces, y gritando:
 El auditorio estaba por el llaño,
 Atento á maravilla y escuchando,
 Y él subido en un alto y seco tronco,
 De dar gritos y voces está ronco.

A su lado en el tronco dos estaban,
 A la banda siniestra y la derecha:
 Aquestos la saliva le quitaban,
 Que gritando el monazo vierte y echa.
 Concluso su sermon, todos gritaban,
 Y la cuadrilla y junta ya deshecha,^c
 Aprieta cada cual dando mil gritos,
 Y despacio vá el mono y pagecitos.

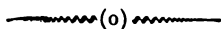
Rui Diaz muy confuso contemplaba
 El bruto razonar de aquel monazo.
 Y como el arcabuz presto llevaba,
 Tirando le mató de un pelotazo.
 Los dos monillos pages que llevaba,
 Oyendo aquel terrible arcabuzazo,
 Aprietan por el monte, dando gritos,
 Mas en breve acudieron infinitos.

Fué tanta multitud la que venia
 De monos á la muerte de aquel viejo,
 Que la tierra dó estaba se cubria,
 Y huye de temor el Melgarejo.
 Un Indio del Brasil que allí venia,
 Con sobrado dolor y sobrecejo,
 Le dice, y embebido en cruda saña:
 “¿Porqué has muerto al Señor de la moutaña?”

Entre los indios era conocido
 Aquel monazo viejo y respetado,
 Y por señor y rey era tenido
 De aquel áspero monte, y despoblado.
 Rui Diaz de esta isla fué partido,
 El rumbo al Argentino enderezado,
 La costa y tierra firme van bojando,
 Y con los Guaranies rescataudo.

En tanto que camina lo que queda
 Al rio de la Plata, quiero agora
 Volver á mi real. ¡Quiera Dios pueda
 Segun el corazon lo siente y llora!
 Quien quisiere saber cual dió á la rueda
 Su vuelta la fortuna burladora,
 Comienze con *requiescant* en la gloria
 El infelice canto de esta historia.

CANTO UNDECIMO.



*Estando en tierra firme poblada la gente, son muertos
y cautivos de indios cien hombres. Retráense los
que quedan á la isla de San Gabriel, donde mueren
muchos de hambre.*



Al enhornar, decimos, que se entuetan
Los panes; y así vemos que parece,
Que cuando en el principio no conciertan
Las cosas con prudencia, que acontece,
Que al fin de todo punto desconciertan;
Y el caso mal guiado en mal fenece:
Lo cual se muestra claro en este canto,
Que bien podria mejor llamarle llanto.

Estaba, como dije, rancheada
La gente sin ventura en aquel llano,
De paja cada cual hecha morada:
La inexorable Parca, con tirano,
Desapiadado curso desfrenada,
Con las tijeras crudas en su mano,
Comienza de cortar las tristes vidas,
Que estaban á la vista mas floridas.

Dijimos, que el Cacique de esta gente,
 Llamada Charruaha, es Zapicano,
 Y que tiene un sobrino muy valiente,
 Abayubá, mancebo muy galano,
 De gran disposicion y diligente,
 Discreto al parecer y muy lozano;
 Valor en su persona bien mostraba,
 Por donde Zapican mucho le amaba.

Al real en mal punto fué traído
 Por ciertos capitanes, y llegado
 El Juan Ortiz le prende, que ha sabido
 Que entre los indios era respetado.
 En su busca veinte indios han venido;
 Un Guaraní, que entré ellos se ha criado,
 Y de lengua servia, ha sido preso,
 Y oid de estas prisiones el suceso.

El un preso del otro no sabia,
 Que así se diera la órden y la traza:
 Mas presto Zapican triste venia,
 Que miedo, ni temor no le embaraza.
 El preso á Juan Ortiz pide, y envía
 A su gente que traiga mucha caza,
 Y él queda con el preso; y mas valiera,
 Que vivo del real jamas saliera.

Consulta Juan Ortiz como le pide
 El Cacique al sobrino: aconsejaba
 Vergara no se dé, y aun que lo impide
 Por causas muy urgentes que mostraba.
 Por sola voluntad suya se mide
 El Juan Ortiz, que á pocos escuchaba:
 Una canoa pide á Zapicano
 Le traiga por rescate y un cristi

Habia á un marinero maltratado,
 Por donde entre los indios se ha huido:
 Aquel y la canoa presto ha dado
 En trueco de Abayuba su querido:
 La caza que los indios han sacado,
 Por precios y rescates la han vendido;
 El tio y el sobrino van ufanos,
 Jurando de vengarse por sus manos.

Los nuestros, por la falta de comida,
 A yerbas como suelen van nn día:
 Los indios al encuentro de corrida
 Les salen, y mataron á porfia
 Cuarenta, y el que escapa con la vida,
 Es porque al enemigo se rendia.
 A pura pata dos se escabulleron,
 Y el caso de esta forma refirieron.

Así como llegaron, los paganos
 En dos alas en torno se pusieron,
 Desmayaron de miedo los cristianos,
 Cuando en medio los indios los cogieron.
 Con los indios vinieron á las manos,
 Que de los arcabuces no pudieron
 Aprovecharse, cosa que la mecha
 Y pólvora que llevan, no aprovecha.

La pólvora mojada, los cañones
 Tenia Juan Ortiz enmohecidos:
 Vencido de sus vanas pretensiones,
 No tiene los soldados guarnecidos;
 Las armas les quitó, y en ocasiones
 Las vuelve, que no son favorecidos
 Con ellas, que no son ya de provecho,
 Que el moho y el orin las ha deshecho.

La mas gente que á yerbas ha salido,
 Sin armas, y sin tuerzas y sin brio,
 Con solos los costales han partido,
 Los mas casi desnudos y con frio.
 Pues llega el Abayuba encrudecido,
 A su lado con él viene su tio,
 Y entrambos tal estrago van haciendo,
 Que las yerbas del campo van tiñendo.

La grita y alarido levantaban,
 Diciendo el capitan echa prisiones:
 Los nuestros defenderse procuraban.
 Los indios vuelan mas que unos halcones;
 Y á cuantos con las bolas alcanzaban,
 No basta á defenderles morriones.
 Al fin muertos y presos todos fueron,
 Sino fueron los dos que se huyeron.

Venidos al real estos huidos,
 Despacha Juan Ortiz á priesa gentes:
 Con Pablo Santiago son partidos
 Diez ó doce soldados diligentes.
 Aquestos en un cerro están subidos
 A vista del real, á dó valientes
 Y astutos en la guerra, y muy cursados,
 Están con el temor acobardados.

El Sargento Mayor Martin Pinedo,
 Con cincuenta soldados ha partido,
 El Pablo Santiago estaba quedo
 Con sus doce, y los mas que han acudido.
 El Sargento Mayor no tiene miedo,
 Segun dice, á Roldan que haya venido.
 Con su gente camina: y llegado
 Dó estaba Santiago, así le ha hablado.

"Conviene que marchemos todos luego,
 Ninguno de seguirme tenga excusa."
 El Pablo Santiago como fuego
 Camina, mas de á poco lo rehusa,
 Diciendo: "alto hagamos aquí ruego."
 Pinedo de cobarde allí le acusa:
 Con estos pareceres discordados,
 Bastó para que fuesen desolados.

El Sargento Mayor dice "marchemos"
 El otro del peligro se temiendo,
 "Hagamos alto, dice, pues que vemos
 Que indios se vienen descubriendo."
 El sargento replica "caminemos,
 Que el indio viene á priesa acometiendo:"
 "Volvamos las espaldas:" "Santiago,
 No es tiempo ya: haced como yo hago."

Embraza su rodela, y con la espada
 Resiste á los cristianos que querian
 Volver atras: mas viendo que de nada
 Les sirve, y que los indios le herian,
 Con solos cinco ó seis de camarada
 Espera; que los otros, que huyan
 Tras el sargento iban tan lijeros,
 Cual suelen ir tras uno mil carneros.

El zapicano ejército venia
 Con trompas y bocinas resonando;
 Al sol la polvadera obscurecia:
 La tierra del tropel está temblando:
 De sangre el suelo todo se cubria
 Y el zapicano ejército gritando,
 Cantaba la victoria lastimosa
 Contra la gente triste y dolorosa.

Los enemigos viendo el campo roto,
 Siguieron la victoria tan gozosos,
 Cual suele el cazador ir por el coto,
 Matando los conejos temerosos.
 Cual indio espada, alfange lleva boto
 De herir y matar, cual los mohosos
 Cañones de arcabuz lleva bañados
 De sangre con los sesos misturados.

Cual toma el alabarda muy lucida,
 Y comienza á jugar con ámbas manos,
 Quitando al que la tiene allí la vida,
 Despues á los demas pobres cristianos.
 El Sargento Mayor vá de corrida,
 Echando la rodela por los llanos,
 Caytua le siguió, indio de brio,
 Y alcázale á matar dentro del rio.

El viejo Zapican con grande maña
 El escuadron y gente bien regia,
 Abayuba el sobrino con gran saña
 En seguimiento va del que huía.
 Su grande lijereza es tan estrañ ,
 Que nadie por los pies le escabullía,
 Cheliplo y Melihon, que son hermanos,
 Pretendeu hoy dar fin de los cristianos.

A Taboba le cabe aquella parte,
 A dó está con los cinco Santiago:
 Aqueste es en la guerra un fiero Marte,
 Y asi hizo este dia crudo estrago.
 A Carrillo por medio el cuerpo parte,
 Un brazo derrocó á Pedro Gago:
 Buenrostro el Cordoves, y un Arellano,
 Fenecen á los pies de este pagano.

El Capitan y el otro compañero
 Habian grande rato peleado,
 Y el Taboba, muy crudo carnicero,
 Estaba muy sangriento y muy llagado.
 Y asi vino á su lado muy ligero,
 Y en esto há disparado un mal soldado,
 Y al capitan la espada atravesaba.
 Aunque su muerte presto él esperaba.

El Capitan cayó muerto en la tierra,
 Benito, segun dice, lo matára :
 Movióle á lo matar la pasion perra
 Que con el capitan este tomára.
 Jurado lo tenia, que en la guerra
 Se habia de vengar que le injuriara:
 Y asi le dió el castigo de este hecho,
 Metiéndole una flecha por el pecho.

Aquí Domingo Larez, valeroso
 En sangre, y en valor y valentia,
 Anduvo con esfuerzo y animoso,
 Reprimiendo del indio la osadía:
 Y viéndole ya andar tan orgulloso,
 Los indios acudieron á porfia,
 Y á puja, á cual mas puede, le hirieron,
 Y quebrándole un brazo le prendieron.

Causados los contrarios de la guerra,
 O por mejor decir, de la matanza,
 Y viendo que la noche ya se cierra,
 No curan de llegar á nuestra estanza.
 Del fuerte se les tira, mas dió en tierra
 Un tiro culébrina, que no alcanza.
 Por eso, y por la noche á los cristianos
 Dejaron de seguir los Zapicanos.

El despojo que llevan son espadas,
 Alfanges, alabardas, morriones,
 Rodelas, salmatinas muy doradas,
 Sombreros, capas, sayos y jubones.
 Las cajas de arcabuces, ya quebradas,
 Llevaban solamente los cañones:
 Con que, dando la vuelta, van matando
 Aquellos que hallaban boqueando.

Y al que hallan en pié ya levantado
 Del sueño de la muerte que ha dormido,
 Del peligro librarse confiado,
 Por ver como ya ha vuelto en su sentido,
 En un punto le tienen amarrado,
 Quitándole primero su vestido.
 Con armas y cautivos van triunfando,
 Y la gente en el fuerte lamentando.

Cual dice: ¡O desventura, ó caso extraño
 O mísero suceso de esta armada!
 Cual dice: “no viniera tanto daño,
 Si fuera aquesta cosa bien pensada”:
 Cual dice, que la causa de este engaño
 Procede de la hambre acobardada:
 Cual dice, que la suerte de esta vida
 Está á aquestas caídas sometida.

Pues, quien perdió el amigo y el hermano
 Levanta hasta el cielo los gemidos,
 Y dice con dolor! “¡Pueblo cristiano
 En manos de los lobos desambridos!
 Volved con piedad, Señor, la mano,
 Doléos de los tristes affigidos,
 Doléos de los niños inocentes
 Que gritan con sus ojos hechos fuentes.

Doléos de las tristes afligidas
 Que quedan sin abrigo y compañía;
 Tambien de las doncellas doloridas
 Que pierden á sus padres y alegría:
 De las madres, Señor, enternecidas,
 Que pierden á quien sombra les hacia,
 De todos os doled, Dios poderoso,
 Y socorred al pueblo doloroso

Mas quiero las dejar, que bien les queda
 Para poder llorar el tiempo largo,
 Mas no al que salié del fuerte veda,
 Que aquesto tomó entonces á su cargo.
 Y quiera Dios consuelo tomar pueda,
 (Que tiene el corazon triste y amargo)
 El buen Capitan Pueyo, que al hermano
 Tendido vido muerto en aqnel llano.

Aqueste Capitan, aunque miraba
 De lejos al hermano que vé muerto,
 Al fuerte á grande priesa procuraba
 Que todos se recojan, que es lo cierto.
 El Juan Ortiz á priesa caminaba
 A donde están los indios sin concierto,
 Y sí el desventurado allá llegára,
 El resto del Armada se acabára.

Pues ido el enemigo ya, y venida
 La triste de la noche temerosa,
 La miserable hacienda ya metida
 En el fuerte con priesa presurosa;
 Nuestra gente sin fuerzas y rendida
 A la tirana muerte dolorosa,
 Por la frígida arena está tendida
 Y de puro desmayo, amortecida.

El Juan Ortiz su ropa con presteza
 Embarca aquella noche; que temia
 No diese Zapican con ligereza
 Sobre el fuerte y real antes del dia:
 Y no tardó que vino sin pereza
 Al punto que la aurora descubria;
 Y piedras á menudo al fuerte tira,
 Mas en tocando al arma se retira.

Pues viendo como al fuerte hubo venido
 El enemigo al ver lo que pasaba,
 En la Capitana todos se han metido,
 Que cerca de la tierra en seco estaba.
 Allí con gran dolor se ha recogido
 El resto sin ventura que quedaba.
 La noche tristemente se ha pasado,
 Y el último remate se ha esperado.

Cuando el Sol aun apenas descubria,
 Un indio por la playa caminando
 Bajaba, y el semblante que traia
 Parece de español: de cuando en cuando
 Paraba; con la priesa que traia:
 A dó estamos se viene ya acercando:
 De su trage y manera bien parece
 Que alguna cosa nueva nos ofrece.

Llegando donde estaba el despoblado,
 Sin tener á las chozas advertencia,
 Contra el navío el paso enderezado,
 Desde la playa hizo reverencia:
 Con un sombrero señas ha formado,
 Con gran placer y grande continencia.
 Saliendo pues por él, viene contento,
 Y dice de su caso el fundamento.

Yamandú, dice el perro que se llama,
 Que arriba ya tratamos su manera,
 Y que Juan de Garay le quiere y ama,
 Por donde le encargó aquesta ligera.
 Que de nuestra venida tiene fama,
 Y que con la respuesta allá le espera,
 Para venir con balsas y comida,
 Sabiendo que el armada ya es venida.

Por señal el vestido representa
 Un sayo de algodón con un sombrero,
 Y à muchos Españoles nombra y menta,
 Por dó su embuste pinta verdadero.
 Aquel que se vé puesto en una afrenta,
 Bien vemos que se cree muy de ligero:
 Con la primera nueva que ha venido
 El ánimo dudoso es compelido.

Con este Yamandú se escribe luego,
 Y à Garay Juan Ortiz dá cuenta larga
 De la pérdida grande, y sin sosiego
 En que lá gente queda, y cuan amârga:
 Y que venga volando como fuego
 Le manda, y de comida traiga carga.
 Mas Yamandú malvado no saliera
 Cuando Zapican viene á la ribera.

Sus indios piedras tiran, aun allegan
 Con ellas á la nave, dó temblando
 La gente está. En la pólvora no pegan
 Las mechas, aunque están mas refregando.
 Los indios por las yerbas se refriegan,
 Motin, perneta hacen muy gritando;
 Al fin dejan el campo ya venida
 La noche horrible, triste, obscurecida.

Apenas amanece, cuando viene
 Un indio de endiablada catadura,
 Y muy poco en la playa se detiene.
 Hasta que el agua llega á su cintura
 De allí dice, que gana grande tiene
 De probar en el campo su ventura,
 Que salga aquel cristiano del navio,
 Que quisiere aceptar el desafio.

“De parte de la Luna á quien adoro
 Está diciendo el indio, yo prometo
 Guardar la fé que diere; que el tesoro
 Que estimare mayor de aqueste rieto,
 Será que en estas tierras donde moro
 De Zapican un indio su subieto,
 Sin otra ayuda alguna en este llano,
 Se atreva á combatir con un cristiano.

Estando aqueste indio razonando
 Con superbas palabras y blasones
 En breve de mi lado retumbando,
 Un tiro le ha acertado sus razones:
 De entre las yerbas salen bojeando
 Del indio Zapican dos escuadrones,
 Que estaban á la mira en emboscada.
 Por dar fin y remate del Armada.

Comienzan á hacer gran alboroto,
 Y luego de la playa ya corriendo,
 Ya al fuerte, que tenia todo roto,
 Las paredes y chozas abatiendo:
 Y viendo á los cristianos como en coto
 Están, aunque gran pena padeciendo,
 Y no pueden hacerles mal alguno,
 Comienzan á acogerse de consuelo.

Con todo aquesto viene cada día
 A vista el enemigo Zapicano,
 Por ver en el estado qué estaria
 El encogido ejército cristiano.
 Entretanto Juan Ortiz á tierra envia,
 Por una media barca que en el llano
 Estaba, con la cual presto es mudada
 Al isla San Gabriel la triste armada.

Despues que aquesta isla se tomaba,
 Un dia noticia cierta se ha tenido,
 Que Zapican su ejército mudaba
 Al Uruguay, que es rio muy crecido.
 Al tiempo que el cristiano reposaba
 Con su gente y canoas ha subido;
 De aquesto dan noticia los cristianos,
 Que se escapan huyendo de sus manos.

Vinieron seis soldados fugitivos,
 Y no pudieron mas, porque los atan
 De noche, y dicen quedan treinta vivos,
 Que despues que una vez prenden, ño matan.
 Con ellos no se muestran muy esquivos,
 Y si les sirven bien, no los maltratan;
 Pero si sirven mal, á rempujones
 Les fuerzan á que salgan de harones.

Aunque esto se le puo por delante
 * Alonso Ontiveros, no aprovecha
 A que deje de obrar cosa que espante,
 Pues no puede tenerse por bien hecha.
 Aqueste en el hablar era elegante
 Mas no lo fué en hacer esta deshecha
 Pues bien claro descubre en el remate
 El ser cualquiera cosa y su quilate.

Estaba en un navio aprisionado,
 Que en parte del delito se hallára
 Por do Sotomayor fuera ahorcado,
 Cuando huirse con él se concertára.
 Habíanle los grillos ya quitado,
 Y créese tambien que se librára:
 Mas él al enemigo va huyendo
 Por mas seguro medio le escojendo.

Del Zapicano fué bien recibido,
 Y luego se mudó el nombre cristiano;
 De las costumbres de indio se ha vestido,
 Usando de los ritos de pagano.
 En confusion aqueste me ha metido,
 Que por amigo túvolé y hermano;
 Huyendo de la muerte ha apostatado,
 Despues se arrepintió de su pecado.

No quiero mas decir que estoy cansado,
 Y temo de cansar á quien me oyere,
 Mayormente que el canto desastrado
 Ha sido, y de llorar: mas quien quisiere
 Saber de Juan Ortiz Adclantado
 Su suerte; si leerla le pluguiere,
 Espéreme á otro canto, que ya sienta,
 Que dá Rodrigo Díaz vela al viento.



CANTO DUODECIMO.

Viene Rui Diaz Melgarejo; múdase el Armada á la isla de Martin Garcia; baja Garay con socorro; sucede la muerte de los dos firmes amantes Yanduballo y Liropeya.

Fortuna, por hablar de esta manera,
O hado, bien tomándolo sin dolo,
Favorece á Rodrigo, porque espera
La sin ventura gente en ese solo.
Ayúdale con próspera carrera,
Y con tus largos vientos, gran Eolo,
Que el zaratino ejército penando
Está, y á Dios suspiros enviando.

Y tú sosiega al mar, viejo Neptuno,
Y haz que su carrera llana sea,
Que toda aquesta armada de consuno
A brazos con la muerte yá pelea:
Y dudo ya que escape ni solo uno,
De hambre no se halla ya quien vea.
Remédielo, pues, Dios, que él solo puede,
Y aquel á quien él solo lo concede.

El capitán Rui Diaz aprestado,
 Salió de San Vicente y tomó puerto
 En Yumirí, que habemos ya tratado,
 Dó vido del Armada el desconcierto.
 Al Rio de la Plata enderezado,
 El rumbo lleva á prisa, que está cierto,
 Que Juan Ortiz padece; con su gente
 Allega, pues, un día prestamente.

El triste lamentar que allí hicieron,
 Dés que en tanta miseria nos hallaron,
 Aquel dolor y pena que sintieron,
 Las lágrimas que todos derramaron,
 No quiero referir: mas que vinieron
 A tiempo que á llorar nos ayudaron;
 Tambien con sus regalos ayudaban
 A muchos, que la vida ya dejaban.

Con su venida todos resucitan,
 Que viendo la miseria tan crecida,
 A dar de lo que tienen bien se incitau,
 Por volver de la muerte á alguno á vida:
 Con esto ya las fnerzas se habilitan
 De aquellos que la muerte de vencida
 Llevaba, y si Rodrigo no viniera,
 Sin duda todo el resto pereciera.

Del isla San Gabriel sale el Armada,
 Con nuestro buen Rodrigo en la demanda,
 De la Martin Garcia, asi nombrada,
 Que está por cima de esta y á su banda.
 En breve y poco espacio fué tomada,
 A dó el Adelantado luego manda
 Salir á tierra á todos, porque quiere
 Poblar en esta isla si pudirc.

El capitán Rui Díaz Melgarejo,
 Porque de la rabiosa se recela,
 A nuestro Adelantado por consejo
 Que le despache dá en la caravela:
 Con ella, y con un mal bergantinejo,
 Se hace el buen Rui Díaz á la vela,
 Al preso Abarorí lleva consigo,
 Que promete guiarle como amigo.

A mi me cupo en suerte esta jornada,
 Que de saber y ver muy deseoso,
 Jamás dejé de entrar cualquiera entrada,
 Aunque fuese el peligro temeroso.
 En una isla muy fértil y poblada
 Abarorí nos metió muy gozoso:
 Entramos por un brazo, no calando
 Los ramos, que las yerbas van tocando.

Salieron á nosotros embijados
 Catorce ó quince indios diligentes,
 Con arcos y con flechas denodados,
 Mostrándose gallardos y valientes. .
 Por tierra entre las yerbas emboscadas,
 Pintados de colores diferentes,
 Andaban levantando vocería,
 Cubiertos de muy rica plumería.

Por este brazo estrecho, y chico río
 Llegamos con favor de la marea
 Á la primera casa, y al buhío,
 Que es dicho Tabobá, de paja y nea.
 Los indios luego salen con gran brío,
 Con arcos y con flechas de pelea,
 Y viendo los rescates acudieron,
 Y mucho bastimento nos vendieron.

De á poco dicen, vamos adelante,
 Que todo lo de aquí ya está gastado.
 Diciendo aquesto muestran tal semblante,
 Que encubren lo que tienen ordenado.
 Estaba el enemigo tan pujante,
 Que dudo del cristiano á cobardado,
 Por su fuerza tener tan consumida,
 Que pueda escabullir libre con vida.

En esto de la casa hubo salido
 Desnudo macilento por el llano,
 Un mozo del Armada conocido,
 Que Vargas se llamaba, trugillano.
 Salió á la baraunda y al ruido;
 Trajéronle al navio por la mano,
 A dó le confesé, y en aquel dia
 Entró al universal camino y via.

Cristoval, indio amigo, que viniera
 De allá del Yumirí en nuestra Armada,
 Cautivo estaba aquí, y cuenta diera
 De la traicion que entre estos está armada.
 De seis cautivos que hay, este dijera;
 Y siéndoles la paga ya entregada,
 Trajéronlos, y fueles prometido
 Que el precio á más traer será subido.

Entre ellos fué este dia rescatado
 El buen Domingo Larez, muy prudente,
 Hombre de gran juicio y recatado,
 De Huete natural, de noble gente.
 Diónos aviso él, que está ordenado
 De hacernos la guerra el dia siguiente:
 Nosotros estuvimos contratando
 Con los indios, y en vela siempre estando.

Salimonos de aquí, que se temia
 Que el indio se pusiese en emboscada,
 Diciendo que á las bocas estaría:
 Y cierto fué la cosa bien pensada:
 Que á no salir muy mal sucedería,
 Pues siendo la mañana ya llegada,
 Los indios á dó estábamos vinieron,
 Y á Mora y á Loria nos trajeron.

En el barco pequeño se ha metido
 El maiz, y captivos referidos;
 En breve á nuestra Armada se ha venido,
 A dó de hambre están desflaquecidos:
 Y á haberse esta comida detenido,
 De hambre fueran todos perecidos.
 Mas Dios remedia el tiempo peligroso,
 Con mano de Señor tan poderoso.

Pues llega la comida y los cautivos,
 Y salen al encuentro luego todos:
 Estaban ya diez menos de los vivos,
 Y aquestos de dos mil suertes y modós.
 Los padres con los hijos son esquivos,
 Los unos y los otros como lodos
 Los rostros; manos, pies, todos temblando,
 Los ojos hácia el cielo levantando.

Algun vigor cobraron desque vieron
 El socorro que viene de comida;
 Con lágrimas los presos recibieron,
 Que su vida juzgaban por perdida.
 En el pequeño barco se volvieron,
 Y dice Juan Ortiz, que por la vida
 Conviene aventurar vida de suerte,
 Que no ponga temor la misma muerte.

Mas visto no conviene se acometa
 Aquello que hacerse es imposible,
 A que el lugar y tiempo nos aprieta
 A tomar el consejo conveniente:
 El buen Rodrigo á todos se sujeta,
 Y dice: "Juan de Ortiz cosa terrible
 Nos manda, mas yo cierto aquí prometo
 De estar á vuestro gusto muy sujeto."

Unánime y conforme es la sentencia
 De todos, que no se entre al Riachuco:
 Que bien se tiene cierta y firme ciencia,
 Que todo ha de acabar con crudo duelo.
 Esto nos enseñó ya la experiencia,
 Por dó se determina, que de vuelo
 A los Timbus se vaya: con contento,
 De aqui tendimos vela presto al viento.

Trabajo no pequeño se pasaba,
 Que la gente sin fuerzas no podía
 Tomar remo, que el viento nos faltaba,
 Y á veces por la proa sacudía.
 El temor de la hambre apresuraba,
 Esfuérase quien fuerzas no tenía
 Navegando una noche á la mañana
 Llegamos á una gente Cherandiana.

Salieron á nosotros prestamente,
 Que en esto del rescate están cursados
 Del de nosotros diligente,
 Pescaba cada cual muchos pescados:
 Ninguno en los vender era inocente,
 Que son en el vender muy porfiados.
 Despues mucho maiz en abundancia
 Trajeron por gozar de la ganancia.

Beguas de la otra banda conocieron
 La cosa del rescate que pasaba,
 A gran priesa á nosotros acudieron,
 Temiendo que el rescate se acababa.
 Rescatan todo aquello que trajeron,
 Y mas, dicen, en casa les quedaba:
 A Gaboto de aquí presto se llega,
 Por dó el Carcarañá se estiende y riega.

Pasando de Gaboto, á poco trecho
 El rio Juan de Oyolas se ha tomado:
 Por él se entró, que es rio muy estrecho,
 De vientos y tormentas resguardado.
 Atraviesa este rio bien derecho
 Al Paraná; y las islas que ha formado
 Habitan los Timbás, gente amorosa,
 Sagaz, astuta, fuerte y bellicosa.

Al Paraná saliendo caudaloso,
 Tres leguas se camina bien cabales:
 El Paraná venia muy furioso
 Los tristes navegantes muy mortales*
 Del soldado pequeño y del grandioso
 Las fuerzas eran todas casi iguales,
 Y aun cierto que á la clara bien se via,
 Que el pequeño mas ánimo tenia.

Del capitan Garay certificaron
 Los indios, que aquí vino con su gente,
 Las huellas de caballos nos mostraron,
 Por dó dimos la vuelta prestamente;
 Y en tierra los soldados que saltaron,
 Cojeron la comida que al presente
 Hallaron, que aun no estaba sazónada,
 Y apenas con la espiga bien formada.

Volver quiero á tratar un poco agor
 Del falso Yamandú, nuestro cartero.
 Salió de San Gabriel con la traidora
 Y mala condicion de carnicero:
 Adonde el Zapicano está de mora
 Se vá, por ser con él partitionero;
 Aunque no se halló en la triste guerra,
 Que al venir se ha tardado de su tierra.

Este indio, ya hemos dicho, que es sabido,
 Astuto, muy sagaz y hechicero;
 En todas las naciones es tenido
 Por lumbre, por espejo y por lucero.
 A mis propios oidos yo le he oido
 Decir á este lenguáz y gran parlero:
 "El sol alumbra á oriente y occidente,
 Asi yo Yamandú á toda la gente."

Pues siendo con las cartas despachado,
 Trató con Zapican, que las tenia
 Guardadas, hasta ver en que ha parado
 Un negocio que arriba pretendia:
 El cual era, que tiene concertado
 Con un indio Terú, el cual vendria
 A dar en Santa Fé con otras manos,
 Queriéndose vengar de los cristianos.

E hizolo el Terú, que con su gente
 Haciendo para aquesto llamamiento,
 Se fué á Santa-Fé: mas de repente
 Volvió huyendo en busca de su asiento.
 Los mancebos pelean fuertemente,
 Los indios llevan de ello el escarmiento,
 Y viendo Yamandú que nada ha hecho,
 Con las cartas se va á Garay derecho.

Del capitán **Garay** fué recibido
 Mejor el mensajero, que lo fuera,
 Si hubiera sin las cartas parecido,
 Aunque él por no culpado se fingiera:
 Mas viendo el Capitan como ha venido,
 Y que puede volver á dó saliera,
 Tratóle bien é lízole gran fiesta,
 Y tórnale á enviar con la respuesta.

Ya vuelve Yamandú con mas cuidado,
 Que tuvo con las cartas, pues pensaba
 Guardarlas para sí: mas ha acordado
 Urdir otra, pues esta no cuajaba.
 En tanto que la urde este malvado,
 Tratemos de Garay, que procuraba
 Bajar con muchas balsas y comida,
 Dejando á Santa-Fé bien guarnecida.

Partio con treinta mozos valerosos,
 Y veinte y un caballos, y servicio
 En balsas: y los mozos deseosos
 De guerra, que la tienen por oficio,
 Procuran, que en los indios enojosos,
 Se ofrezca al crudo Marte sacrificio,
 De aquel Terú vengando la osadia,
 Con triste y carnícera anatomia.

Son islas, por aquí en este parage,
 De grandes bagtimentos abastadas,
 De muy hermosas tierras y bosque,
 Y de indios Gnaranies bien pobladas
 El falso Yamandú de mal corage:
 Aquí tienen sus gentes rancheadas,
 Terú, Añanguazúu, Maracopá,
 Y en otras mas abajo, Tabobá.

Entraron por las islas: entendiendo
 Poder hacer la guerra, los caballos
 Metieron: mas los indios van huyendo,
 Que no pueden los mozos alcanzallos.
 Entre los verdes bosques se escondiendo,
 Se meten, que imposible es el hallallos,
 Sino es al sin ventura, que guardada
 La suerte le está ahora desdichada.

Con gran solicitud en su caballo
 Entre aquestos mancebos se señala
 En andar por las islas Caraballo,
 Y asi por la espesura hiende y tala
 En medio de una selva, y Yanduballo
 Halló con Liropeya, su zagala
 La bella Liropeya reposaba
 Y el bravo Yanduballo la guardaba.

El mozo, que no vió á la doncella,
 En el indio enristró su fuerte lanza,
 El cual selevantó como centella,
 Un salto dá y el golpe no le alcanza.
 Aferra con el mozo, y aun perdella
 La lanza piensa el mozo, que abalanza
 El indio sobre él, por dó al ruido
 La moza despertó, y pone partido.

Al punto que á la lanza mano echaba
 El indio, Liropeya ha recordado;
 Mirando á Yanduballo, así hablaba:
 "Deja, por Dios amigo, ese soldado,
 Un solo vencimiento te quedaba,
 Mas ha de ser de un indio señalado,
 Que muy diferente es aquesta empresa,
 Para cumplir conmigo la promesa."

Diciendo Liropeya estas razones,
 El bravo Yanduballo muy modesto
 Soltó la lanza, y hace las acciones,
 Y á Caraballo ruega baje presto.
 El mozo conoció las ocasiones,
 Y muévele tambien el bello gesto
 De Liropeya, y baja del caballo,
 Y siéntase á la par de Yanduballo.

El indio le contó que un año habia
 Que andaba á Liropeya tan rendido,
 Que libertad ni seso no tenia,
 Y que le ha la doncella prometido,
 Que si cinco caciques le vencia,
 Que al punto será luego su marido.
 El tener de español una centella
 No quiere, por quedar con la doncella.

Mas viendo el firme amor de estos amantes,
 Licencia les pidió para irse luego,
 Dejándoles muy firmes y costantes
 En las brasas de amor, y vivo fuego.
 Dos tiros de herron no fué distantes,
 Con furia revolvió, de amores ciego;
 Pensando de llevar por dama esclava,
 Al indio con la lanza cruda clava.

Yanduballo cayéra en tierra frio,
 La triste Liropeya desmayada;
 El mozo con crecido desvario
 A la moza habló, que está turbada:
 "Volved en vos, le dice, ya amor mio,
 Que esta ventura estaba á mi guardada,
 Que ser tan lindo, bello y soberano,
 No liabia de gozarlo aquel pagano."

La moza con ardid y fingimiento,
 Al cristiano rogó no se apartase
 De allí, si la queria dar contento,
 Sin que primero al muerto sepultase;
 Y que concluso ya el enterramiento
 Con él en el caballo la llevase.
 Procurando el mancebo placer darle,
 Al muerto determinina de enterrarle.

El hoyo no tenia medio hecho,
 Cuando la Liropeya con la espada
 Del mozo se ha herido por el pecho;
 De suerte que la media atravesada,
 Quedó diciendo: "haz tambien el lecho
 En que esté juntamente sepultada
 Con Yanduballo aquesta sin ventura,
 En una misma huesa y sepultura."

Lo que el triste mancebo sentiria
 Contemple cada cual de amor herido.
 Estaba muy suspenso qué haria,
 Y cien veces matarse allí ha querido.
 En esto oyó sonar gran griteria:
 Dejando al uno y otro allí tendido,
 A la grita acudió con grande priesa,
 Y sale de la selva verde espesa.

Aquesta Liropeya en hermosura
 En toda aquesta tierra era estremada:
 Al vivo retratada su figura
 De pluma vide yo muy apropiada:
 Y vide lamentar su desventura,
 Conclusa Caraballo, su jornada
 Diciendo, que aunque muerta estaba bella,
 Y tal, como un lucero y clara estrella.

Mil veces se maldijo el desdichado,
 Por ver que fué la causa de la muerte
 De Liropeya, andando tan penado,
 Que mal siempre decía de su suerte.
 “¡Ay triste! por saber que fuí culpado
 De un caso tan extraño, triste y fuerte,
 Tendré, hasta morir, pavor y espanto,
 Y siempre viviré en amargo llanto.”

Salió pues de la selva Caraballo
 A la grita y estruendo que sonaba,
 Y vido que la gente de á caballo
 A gran priesa en las balsas se embarcaba.
 No curan ya mas tiempo de esperallo
 Que de su vida ya no se esperaba,
 Teniendo por muy cierto que habia sido
 Cautivo de los indios, y comido.

Mas viéndole venir, alegremente
 El capitan y gente le esperaron:
 Allega, y embarcóse con la gente,
 Y á priesa de aquel sitio se levaron.
 Entróse por un rio que de frente
 Está, y á tierra firme atravesaron,
 A dó está de Gaboto la gran torre,
 Por dó el Carcarañá se estiende y corre.

En tanto que Garay aquí esperaba,
 Y en tierra sus caballos saca, y gente,
 El capitan Rui Diaz se levaba
 De donde le dejamos prestamente.
 Volviendo hácia abajo, atravesaba
 Acaso Yamandú que está de frente:
 Allí nos dieron nueva muy entera,
 Que en el Carcarañá Garay espera.

Con esta nueva cierta, á grande priesa
 Bajamos hácia el rio Juan de Oyolas:
 No se tiene temor de la travesía
 Del gran rio Paraná, ni de sus olas:
 Que el bien, que en la tornada se interesa,
 Lo facilita todo: mas no á solas
 Nos vemos, cuando viene anocheciendo,
 Que los Timbues vienen muy corriendo.

Despues cuando ya Febo caminando
 Volvia con sus carros presuroso,
 Lós campos con sus rayos matizando
 De rojo, verde y blanco luminoso,
 Llegan los Timbues pregonando,
 "Comprad de mi, que vendo mas gracioso."
 Y tanto regatean, que en Sevilla
 Podrian imprimir nueva cartilla.

En tanto que la cosa así pasaba,
 Desde el Carcarañá nos ha enviado
 Una carta Garay, en que avisaba
 Que estabá en *Sancti Spiritus* parado.
 Al viento vela en popa se entregaba,
 Y no se ha á *Sancti Spiritus* llegado,
 Cuando Garay por tierra y á caballo
 Asoma, y aquí un poco he de dejallo.



CANTO DECIMO-TERCIO.



Entra Rui Diaz én el Carcarañá, baja á Martin Garcia, pretende Yamandú dar en la isla, padece Garay naufragio en el Uruguay.



Jamás fortuna dió contentamiento
Que no fuese mezclado con dolores;
De á donde el disfavor es fundamento
De todo buen suceso de favores.
Tambien el favorito pensamiento,
Por fin muy cierto tiene disfavores,
Por lo cual Salomon, sigue, decia,
El dia de tristeza al de alegría.

¡Cuanto dolor, tristeza y amargura,
Y cuanto sobresalto ha pasado
La gente zaratina sin ventura!
Pues quien con atencion bien lo ha notado
Verá: que al mayor mal en coyuntura
Un buen suceso ó gusto ha acompañado:
Que no haber de esta suerte sucedido,
Hubiera el resto Zárate perdido.

¡Qué pena, qué dolor no mitigára
 El ver al buen Garay por aquel llano!
 La bárbara nacion que se juntaba,
 No pudiera escaparse de su mano.
 Si el bravo y crudo Marte se hallára
 Con tal gente de guerra, tan ufano
 Y altivo se sintiera, que en la tierra
 A todos los mortales diera guerra.

La trompa y atambor les ayudaba,
 Los caballos calor iban tomando:
 Contento grande, cierto, que causaba
 Aquesta gente allí escaramuzando.
 Rui Diaz con los suyos lo miraba,
 Viniendo su viage navegando;
 Y llegando dó aquesto se hacia
 Mandó soltar lá flaca artilleria.

Al fin tomaron puerto, y recontada
 La cosa de una parte à otra pedida,
 La carga de las balas descargada,
 Garay parte en demanda de comida.
 El Melgarejo sale desplegada
 Con gran placer su vela y descogida.
 En tanto que uno baja y otro queda
 Me fuerza Yamandú vuelva la rueda.

Llegado este tacaño con las cartas
 Al isla, con placer fué recibido;
 El Juan Ortiz le dió cuchillos, sartas,
 Y de paño de grana un buen vestido.
 De dádivas y dones fueron hartas
 Sus manos, por pensar lo ha merecido,
 Y él pretende entregarse á suelta rienda
 En vida del cristiano y de hacienda.

Pues tiene la traicion así ordenada,
 Que dadas estas cartas, vuelva luego
 Al rio Igapopé, que es la morada
 De un indio, que se dice *Grande Fuego*,
 Y de otros que allí viven de coplada,
 Con Aguazó, que es guia de este juego.
 Allí tiene la cosa de ordenarse
 Por dó el cartero dá priesa á tornarse.

Y dice: "volveré yo con comida,
 Que así con mis amigos lo he ordenado,
 Aquesta cosa quiero sea sabida,
 Porque en vernos ninguno sea alterado:
 Que aquesta tierra toda está rendida
 A mi dccion, é yo la he sujetado".
 Con esto Yamandú se suelta en breve,
 Y con mas brevedad volver se atreve.

Con diez ú once canoas esquivadas
 La vuelta dá el malvado, procurando
 Que no estén las personas recatadas,
 Mas antes las ocupa rescatando.
 Nó quiero referir, pues, cuan turbadas
 Lo estaban, segun supe, y cuan temblando:
 Mas con todo se dieron tanta maña,
 Que no quajó el cartero su maraña.

En un fuerte la gente recogida,
 Porque de esta traicion tienen aviso,
 De todo lo posible guarnecida,
 Salió el indio que estaba ya arrepiso.
 De humos gran señal ha parecido
 El rio arriba, y luego de improvisio
 Los indios que en la gente dar pensaban,
 Con gran priesa á su isla se tornaban.

Quedaron los cristianos, como cuando
 Levanta un huracan muy espantoso
 Las olas en la mar, y vá bufando
 El viento con un ímpetu furioso:
 El piloto sagaz está temblando,
 Vencido del trabajo y temeroso:
 Mas viendo que el peligro está pasado,
 Veréisle presumir del esforzado.

O como aquel mancebo que ha cogido
 El toro furibundo entre sus manos,
 Que siendo de la muerte escabullido,
 Huyendo á pura pata por los llanos,
 Blasona de la maña que ha tenido,
 Y hace en talanquera fieros vanos.
 No menos nuestras gentes aquí estaban,
 Y al moro muerto gran lanzada daban.

Rui Diaz, como dije, navegando
 Salió de *Sancti Spiritus*, y viene
 En breve dó le estaban esperando.
 A mi me ha parecido me conviene
 Quedarme con Garay que vá triunfando,
 Y Zárate que hambre siempre tiene.
 Rui Diaz Melgarejo, pues, allega
 Al isla, y la comida les entrega.

Garay de á dó digimos sale á priesa
 Con su gente, y las balsas que llevaba,
 Lo que en esta salida le interesa
 Es el buscar comida que faltaba.
 Tambien se procuraba hacer presa
 En el falso Terú que allí moraba,
 Y oid lo que sucede un dia de Ramos,
 Que de vista es el cuento que contamos.

Por un pequeño río de bosque
 Las balsas y la barca caminaban,
 Cuando vimos venir un gran salvaje.
 La canoa en que viene gobernaban,
 Al parecer, dos ninfas de buen traje;
 En viéndonos á priesa se tornaba:
 Y desde al Paraná grande llegaron,
 En medio de un remanso se pararon.

Allí nos esperaron grande pieza;
 Y así como la barca hubo llegado,
 El salvaje se estira y eudereza,
 Y un escudo grandísimo ha abrazado:
 Por yelmo un cuero de anta en la cabeza,
 El escudo era concha de pescado,
 Y el baston que este bárbaro tenia,
 Servir de antena en nave bien podia.

Hablando con soberbia encrudecida,
 Pregunta por aquel que tiene cargo
 Del Armada, que dice que la vida
 Le tiene de quitar con fin amargo:
 Y dice: "no penseis que fué huida
 La mia, por salir aquí á lo largo,
 Que quise aquí sacaros al anchura,
 Por dar á todos ancha sepultura."

Quería arremeter el can rabioso,
 Y en esto dos pelotas le tiraron;
 La popa nos volvieron sin reposo
 Las faunas, y espantados nos dejaron,
 Que con un dulce canto armonioso
 A priesa de nosotros se apartaron,
 Y á muchos el sentido enternecieron,
 Y en un punto de vista se perdieron.

En esto un bergantin vimos venia,
 El cual á Santa Fé ha descendido,
 Y viendo que Garay bajado habia,
 En seguimiento suyo habia venido,
 Con socorro el Teniente se le envia
 De la Asumpcion, que a questo hubo subido:
 Juntóse con nosotros el navio.
 Y dimos en un hondo y chico rio.

El navio á la boca se ha quedado
 Con toda la mas gente del Armada:
 El capitan con veinte dentro ha entrado
 En la barca de todo pertrechada:
 Por tierra los caballos hubo echado,
 Del gran Terú se busca la morada:
 Hallóse, mas sus indios al estruendo,
 Con mugeres é hijos van huyendo.

Las balsas aquí cargan de comida;
 La gente de á caballo va por tierra
 Siguiendo la victoria conocida,
 Con ánimo y codicia de la guerra.
 Abscóndese la gente dolorida,
 Que el temor del caballo la destierra:
 Saquea el Español allí las casas,
 Y en un punto veréislas hechas brasas.

El capitan de aquí presto saliendo
 Penoso, por no haberle indio parado,
 Sus balsas y su gente recogiendo,
 A Añanguazú acomete, indio afamado.
 Los indios son valientes, y al estruendo.
 Salieron con esfuerzo denodado,
 Y siendo preguntados ¿porqué huyen?
 Con la razon del uno así concluyen.

“Dejadnos ya, que estamos temerosos,
 Y contra vuestras fuerzas no podemos:
 Y vosotros, sobrinos animosos,
 A los mancebos dicen, ¿qué os hacemos?
 Mirad que á nuestros hijos amorosos
 Criar, ni sustentar ya no podemos,
 Pues carga de mugeres tan penosa
 No espera á vuestra diestra poderosa.”

Diciendo aquesto, estaban muy metidos
 En un atolladar y gran pantano:
 Garay no permitió fuesen heridos,
 Que mas de uno probar quiso la mano.
 Causaban gran dolor los doloridos,
 Que mugeres é hijos por el llano
 Sin orden, á gran priesa, iban huyendo,
 Só tierra lo que tienen abscondiendo.

De aquí el rio abajo navegando,
 El Armada se sale á remo y vela: •
 Un temporal se viene levantando,
 Que las yerbas del campo arranca y vuela.
 Del isla grande priesa me están dando,
 Que parece la gente se recela.
 Pues vamos allá agora, que esta Armada
 Aquí queda segura rancheada.

El isla parecia que se hundia,
 Y el Cielo que venia de caida,
 El sud-oste, viento que corria
 Con una fuerza grande desmedida,
 Los árboles y piedras conmovia
 Por dó la gente andaba dolorida:
 Porque tanto ruido levantaba
 El viento, que al infierno figuraba.

De dos naues que había del Armada,
 Nò quicré perdonar esta tormenta
 A alguna; que á la zabra que cargada
 Está de la comida, la revienta,
 Y la abre por cien partes: mas varad:
 Aquesta fué en el isla; la otra avienta
 A tierra firme, y tan metida queda,
 Que dudo en algun tiempo salir pueda.

Pnes dime, Juan Ortiz: ¿no te conmueve
 El ver aquestos trances peligrosos!
 ¡O duro corazon! á quien no mueve.
 El temor de los fines sospechosos.
 No vemos ser prudente el que se atreve
 A perder lo ganado en los dudosos
 Y peligrosos çasos: lo mas cierto
 Es ir siempre á buscar seguro puerto.

A nuestra Armada vuelvo, que metida
 Quedaba en un juncal y una ensenada,
 La cual halló segura su guarida:
 Y el bergantin, tomando una enconada,
 Del otra banda está, que de oaida,
 Allí por se abrigar, hizo parada,
 A dó con Cherandies ha tratado,
 Y el tiempo que allí estuvo, rescatado.

Garay con los Beaguas de otra banda
 Muy gran trato y rescates ha tenido:
 A Caytuá, cacique, dice y manda,
 (Pues, para aqueste fin ha descendido)
 Que diga á los Beguaes, como él anda
 En busca de cristi nos, que ha sabido
 Que tienen muchos ellos en su tierra,
 Habidos de rescate, y no de guerra.

Aqueste Caytuá es comarcano
 Al pueblo Santa Fé, y muy vecino:
 Garay le trata bien como á su hermano,
 Y asi con gran contento con él vino.
 El cacique no anduvo paso en vano,
 Que yendo á los Beguaes de camino,
 Cuatro cristianos trajo rescatados
 Por anzuelos y espejos muy quebrados.

De aqui salió Garay: con el navio,
 Que está de la otra banda, se ha juntado.
 Despáchale á la isla por el rio,
 Que dicen de las Palmas, afamado.
 No vá de bastimentos tan vacio,
 Que al fin le han de decir: "bien seais venido:"
 Que están como los pollos ya piando,
 Y solo por comida suspirando.

El Armada se vá por un estero
 Que llaman de Beguaes, que no lleva
 La fuerza y la corriente del primero,
 A quien él vá á buscar á que le beba:
 Y tanto vá sin él á cual postrero,
 Que en mas de veinte leguas no le prueba;
 Al cabo, porque en breve yo me sume,
 Aqueste el Paraná se le consume.

Yendo por este estero navegando
 Diez dias, que los tiempos no ayudaban,
 Por tierra los soldados van cazando,
 Que muy poco las balsas caminaban.
 De noche están con liñas esperando,
 Pescando de los peces que picaban:
 Aqui pica el Patí, allí el Armado,
 Aquí tambien el Blanco y el Dorado.

En una bella noche muy serena,
 Habiendo el sueño dado ya sus puertas
 A los que nuestra cama era el arena,
 Estando centinelas muy alertas,
 Con grande dulcedumbre una Sirena
 Comenzó de cantar; y cierto, ciertas
 Y humanas parecían sus cauciones,
 Bastantes á mover mil corazones.

Es tan ameno y bello este parage,
 Que las hijas de Pierio bien podrian
 Dejar de Tracia el monte y su bosque,
 Qué aquí mas soledad cierto tendrian.
 Y aquellos que siguiesen su language
 En breve de sus ciencias mas sabrian,
 Y en metro y dulce verso el casto coro
 Al mundo descubriera su tesoro.

Aquí la gran maldad la Filomena
 Lamenta de Teseo, su cuñado,
 Con su lengua arpada bien resuena,
 Y con canto suave y agraciado
 Publica á todo el mundo su gran pena,
 Y dice: "pues la lengua me has cortado,
 Aquesta gran maldad, cruda tirana,
 Labrando contaré toda á mi hermana."

Aquí la sacra fuente cabalina
 Sus cristalinas aguas vierte y riega:
 Aquí la gran Minerva á la contina
 Sus tesoros reparte y los entrega
 A todos con largueza muy benina;
 Y aquí muy de ordinario en esta vega
 La bella y casta diosa se pasea,
 Y con sus compañeras se recrea.

Mas al isla conviene dar la vuelta,
 Dejando aquesta Armada en este punto.
 Pasada la tormenta y revuelta,
 Segun digimos ya en breve trasunto,
 El bergantin que fuera á vela suelta,
 Llegando toma puerto luego junto,
 Y dando de nosotros nueva cierta,
 La cosa de esta suerte se concierta.

En busca de Garay luego volvieron
 Aqueste bergantin y Melgarejo,
 Y aquellos que al presente adolecieron
 Llevaron, y mugeres, y es consejo,
 Que allá en el Uruguay (adonde fueron)
 Se pueble, donde hubiere el aparejo:
 Que para los navios está cierto,
 Que muy cerca hallará seguro puerto.

Llegados á la punta de este rio.
 Quedóse el bergantin grande esperando;
 El otro atravesó, que vá vacio,
 Garay en esto viene navegando.
 En breve se encontró con el navio,
 Que estaba en una vuelta ya esperando:
 La noche se apresura, el viejo Apolo
 Nos huye, y viene airado el grande Eolo.

En un punto vereis que se levanta
 Un ser tan riguroso, que atormenta
 Con su grave furor cualquiera planta,
 Y fuera del lugar propio la abrenta.
 El Armada se afierra bien y planta,
 El bergantin del lado no se absenta,
 Con cabos, guindaletas amarrados,
 Están todos del viento contrastados.

El otro que esperando habia quedado,
 Cargado de mugeres, como vido,
 El cielo todo andar alborotado,
 Camina el rio arriba, y ha tenido
 Ventura en se mudar; que haber tardado,
 La carga hubiera toda sumergido:
 Mas no pudiera ser, que en el Armada
 Jamas vide muger ser mal parada.

En tanto que venia el sur bravo,
 Huyendo con presteza su fiereza,
 El capitan Rui Diaz valeroso
 Caminaba el rio arriba sin pereza.
 Lloraban las mugeres sin reposo,
 Pensando ya fenecía su belleza,
 Y que ha de ser á peces entregada,
 Y en vida só las aguas sepultada.

Garay en una isla empantanada,
 Que dicen por renombre *de la Espera*,
 Tenia ya su gente rancheada;
 Del bergantin no sale gente fuera.
 La enojosa tormenta, pues, pasada,
 Al punto que la noche se viniera,
 Las balsas desamparan este puesto,
 Y oid lo que sucede, pues, de aquesto.

Desta isla dó digo que salieron
 Las balsas, se atraviesa la corriente
 Del rio, que Uruguay, indios pusieron
 Por nombre: tierra firme está de frente;
 Las balsas allá van, mas no pudieron
 Las olas contrastar, que no consiente
 La fuerza del canal remo ni pala,
 Que todo lo abandona y lo deavala.

El sur se há levantado en este punto,
 Y hace que el canal ande alterado,
 El corriente con fuerza viene junto,
 Y el sur, lo que corre encontra, ha hinchado,
 ¡Ay Dios! que en este punto yo barrunto,
 Que el dia de mi fin es ya llegado.
 La barca se nos iba trastornando,
 Las balsas todas siete trabucando.

Al dia del postrer juicio figuraba
 Aquel naufragio nuestro doloroso.
 Cual indio de la balsa se arrojaba
 Por ir nadando á tierra codicioso;
 Cual vuelve dó la balsa se anegaba
 En busca del Señor que está lloroso.
 Las indias dicen todas que llamemos
 A nuestro Dios, pues todos perecemos.

Los caballos ya sueltos van nadando.
 Y no tienen peligro, sino afierra
 El cabo en parte alguna, que volgande
 Le llevan por el agua hasta tierra.
 La barca sale en salvo, y descargando
 La ropa y adherentes de la guerra,
 En busca de las balsas torna á prisa,
 A donde todos andan sin camisa.

El que es buen nadador, aunque con miedo,
 Al agua desnudándose se arroja:
 Quien no sabe nadar estase quedo,
 Y en la balsa metido bien se moja.
 Mas ya yo de nadar hablar no puedo:
 La gente sale á tierra dó se aloja,
 Tendida por la fria y dura arena:
 Dejémosles, que entiendan en su cena.

CANTO DECIMO-CUARTO.

En este canto se cuenta la batalla que hubo entre los de Garay y los Charruas, y como fué herido Garay en los pechos, y su caballo muerto, y muchos indios muertos y heridos.

¿A quien he de llamar que me dé aliento?
O ¿quien podrá acertar, que estoy enseñando
A tratar de tristezas y lamento,
Y poco de placeres he gustado?
Pues esto de la guerra hago á tiento,
Que menos de las armas he probado:
A vos! Señor, favor pido y demando,
Que vuestra ayuda sola voy buscando.

Dejé, si os acordais, en la marina,
Pásado ya el naufragio, á nuestra gente;
El aurora nos viene ya vecina,
Apolo muestra ya su roja frente;
El bergantin navega á la bolina,
Subiendo el rio arriba diligente;
El Zapican ejército marchando
En siete escuadras, viene ya gritando.

El bergantín le vido, mas primero
Le habian descubierto tres soldados,
Aquestos dieron arma muy ligero,
Los arcabuces fueron bien cargados.
No vide que queria ser postrero
Alguno, porque todos aprestados
En un punto salieron muy gozosos,
Por dar fin al Charrua codiciosos.

Doce caballos solos se ensillaron,
El capitán con once compañeros,
(Que muchas de las sillas se mojaron)
Salieron veintidos arcabuceros.
Los bárbaros á vista se llegaron
Con órden y aparato de guerreros,
Con trompas, y bocinas y atambores,
Hundiendo todo el campo y rededores.

El Capitan mandó que se emboscasen
Los once de á caballo, hasta tanto
Que los alegres bárbaros llegasen
A tiro de arcabuz, porque de espanto
De ver á los caballos, no tornasen:
Y el Capitan se puso al otro canto
Con sus arcabuceros, atendiendo
Se fuese el enemigo introduciendo.

Llegado á poco trecho, hacen alto,
El Capitan procura de cebarles,
Un poco retirándose en un alto;
Por mas á su placer escopetarles.
El bárbaro de seso no está fulto,
Que entiende ser aquesto asegurarles,
Por dó hace parar sus escuadrones,
Y dice con gran grita estas razones.

"Estámos de esperaros ya cansados,
 Que há dias que tenémos entendido
 Que sois hombres valientes y esforzados,
 Agora será el caso conocido.
 Salid los mas valientes y alentados,
 Riñendo uno con otro este partido,
 Salid; que tardar tanto es cobardía;
 Veremos vuestro esfuerzo y valentia.

Con solo matar veinte de vosotros,
 Pues sois de tanta fama y nombradia,
 La vida por bien dada de nosotros
 Tenemos todos juntos este dia:
 ¿Podeis ser mas valientes que los otros,
 Cuyo valor poco há que fenecía?
 Salid á los vengar, acobardados,
 Cornudos, mugeriles y apocados."

Mas cosas les oí por mis oidos,
 Que un poco de su lengua ya entendia,
 Gritaban, daban voces, alaridos,
 Con su gríta la tierra estremecia.
 Cual indio la perneta, cual fingidos
 Motines y ademanes, cual hacia
 Que cae en tierra triste y desmayado,
 Y en un punto verísle levantado.

Llamaban con las mantas que traian
 Ceñidas á los cuerpos, no cesando
 De dar voces, diciendo, que querian
 Ponerse nuevos nombres peleando.
 Mas viendo que los nuestros ya salian,
 Al alto se volvian retirando,
 Juzgando por mejor un alto cerro,
 Y el sueño, como dicen, fué del perro.

Saliendo al alto, y siendo traspasado
 Un poco de pantano que allí estaba,
 El Capitan á priesa ha caminado;
 Los once de á caballo que llevaba
 Siguiéron con esfuerzo denodado:
 La trompa con presteza resonaba
 En ellos, *Santiago, Santiago,*
 Y oíd un bello lance y gran estrago.

Seguíanle los once de tal suerte,
 Que juntos se metieron, y mezclaron
 En medio el enemigo, dando muerte
 A todòs cuantos indios encontraron.
 Rompieron una esquadra grande y fuerte,
 En que de setecientòs se pasaron;
 Salieron de otra banda cien flecheros
 Con ánimo gallardo muy lejeros.

Sobre estos nuestra gente revolviendo
 Pelea, y ellos rostro y cara hacen:
 Los otros al socorro muy corriendo
 Acuden, mas los nuestros los deshacen.
 Volvieron á romperlos, y rompiendo
 Los mozos sus deseos satisfacen,
 Que tantos por el suelo van rodando,
 Cuantos caballo y lanza van tocando.

Aquí vereis el indio atravesado
 Por medio la garganta, y allí junto
 El otro todo el casco barrenado,
 Saliéndole los sesos luego al punto.
 Por medio de los pechos traspasado
 Estaba Tabobá, y casi difunto,
 Y tanto de la lanza se aferraba,
 Que ya perderla Leiva imaginaba.

Allega Menialvo con su espada,
 Y dále un golpe tal que desafierra
 La lanza el enemigo, y aun pegada
 La lanza con la mano deja en tierra.
 El indio vé su mano destroncada,
 Y quiere escabullirse de la guerra,
 Mas no le dán lugar, que tras su mano
 Tendido le dejó Leiva en el llauo.

Y como recobró Leiva su lanza,
 Habiendo á Tabobá muerto, con priesa
 Revuelve Abayubá sobre él y lanza
 El mozo un bote tal que le atraviesa
 El ombligo, y el indio se abalanza
 Por la lanza adelante, y hace presa
 Con el diente en la rienda, de tal suerte,
 Que la corta, y fenece con la muerte.

El viejo Zapican, que vé tendido
 A su sobrino en tierra, bien quisiera
 En Leiva se vengar, mas ha acudido
 El bravo Menialvo que le diera
 Un golpe tan terrible, que partido
 Por medio, por encima la cadera,
 En dos partes quedó: fué cuchillada
 De brazo poderoso, y fuerte espada.

Añagualpo, que estaba muy pujante,
 En suerte le ha cabido à Vizcaino:
 El bravo indio se puso de delante
 Con pica que parece un grande pino.
 El mozo le encontró luego al instante
 Con su lanza, y aun hizo tal camino
 Por medio de los pechos de aquel perro,
 Que la espalda pasó su fino hierro.

Su lanza sacó tal y tan bermejá,
 Que el hierro pura sangre parecia:
 Dos pasos de este puesto no se aleja,
 Cuando un indio de fama le seguia:
 A esperarle el mancebo se apareja,
 Que es indio muy gallardo y de valía,
 Al mozo ha acometido Yandinoca,
 Y él métele su lanza por la boca.

Arévalo gallardo va hiriendo
 La gente que jamas fué conquistada;
 El hierro de su lanza va tiñendo
 En sangre con los sesos misturada.
 Con fuerza va Aguilera descubriendo
 Aquí, y acá y allá de una lanzada:
 Al indio deja tal, que parecia
 Que el indio só la tierra se hundia.

El buen Mateo Gil, soldado viejo,
 Con esfuerzo y valor de Trugillano;
 Nacido en el lugar de Xarahicejo,
 Andaba por el campo muy lozano.
 Parecele que mata algun conejo,
 Matando algun soldado Zapicano,¹
 Y asi tan gran estrago va haciendo,
 Que las yerbas del campo va tiñendo.

Hernan Ruiz pelea sin pereza,
 De Córdoba heredando la osadia:
 Acá y allá acude con destreza,
 Con ánimo y esfuerzo y valentia.
 Un indio le encontró con gran fiereza,
 y quitarle la lanza pretendia:
 Camelo le ayudó, perdió la vida
 El indio, con la mano bien asida.

Con gran fuerza por medio Magaluna
 De cinco ó seis soldados se metia:
 Al encuentro le sale Juan de Osuna
 Con su espada, que lanza no traia.
 Al mozo favorece la fortuna,
 Que el indio con su pica tal venia,
 Que si el caballo un brinco no pegára,
 Por medio de los pechos le pasára.

La pica suelta el indio muy corrido,
 Y al pecho del caballo se ase y garra:
 El mozo, que lo vido tan asido,
 La daga de la cinta desamarra:
 Con ella fuertemente le ha herido,
 Y tanto las entrañas le desgarrá,
 Que Magaluna altivo, bravo y fuerte
 Cayo en tierra herido de la muerte. (57)

Tiene el campo Juan Sanchez ya poblado
 De zapicanos muertos con su espada;
 Un indio le acomete señalado,
 Con una espada inserta y enastada.
 Un bote le tiró por un costado,
 Y el mozo le responde de estocada,
 Y aciértale por medio de la frente,
 Y da con él en tierra derrepente.

Rasquin, piensa ya hoy hacer remate
 Del ejército todo zapicano:
 Mas veis otro que viene en el combate,
 Que quiere en general probar la mano,
 De encuentro, de revés, dá jaque y mate
 Al indio sin dejarle un hueso sano,
 Con la fuerza que pone en su caballo,
 El fuerte y animoso Caraballo.

Fortuna, si quisieres estar queda,
 Cuan presto el Charruaha se acabaria:
 Si el capitan Garay viera tu rueda,
 Bien con su lanza audaz la clavaría.
 En un cerro una escuadra estaba queda
 De indios, á la mira que haría,
 El Capitan por ellos va rompiendo,
 Y en él todos á puja rebatiendo.

Rompiólos, y al romperlos fué herido;
 Miráronle los indios si caía,
 Y viendo como en tierra no ha caido,
 Sin orden cada cual allí huía.
 El Capitan tras ellos ha corrido;
 En esto su caballo se tendía,
 Y muerto fenecióse la pelea,
 De que el indio no poco se recrea.

Acuden los soldados, como vieron
 Caer su Capitan con el caballo;
 De presto en otro al punto le pusieron;
 Procuran al real luego llevarlo.
 Los bárbaros al punto se huyeron;
 La tropa á recoger toça: dejallo
 Conviene al enemigo. En estos cuentos
 Murieron, segun ví, mas de doscientos.

Recógese la gente muy gozosa
 De ver quedar el campo muy poblado
 De la soberbia sangre belicosa
 Del indio, en estas partes señalado.
 Era cierto esta gente muy famosa,
 Su fuerza y su valor tan estimado,
 Que toda la provincia la temía,
 Y muy grande respeto le tenia.

El Capitan, que á todos gobernaba,
 Fortísimo y valiente era en la guerra:
 Por aquesta razon le respetaba,
 Sin su gente gran parte de la tierra:
 Y aunque él en estos llanos habitaba,
 Tenia alguna gente allá en la sierra,
 Los cuales á su tiempo le servian,
 Y á su mano y diction siempre acudian.

Con esto estaba el perro tan pujante,
 Que á todo el mundo junto no temia,
 Juzgándose asi solo por bastante
 Contra la tierra toda y monarquía.
 El nombre de cristiano, y lo restante
 Pensaba de acabar solo en un dia,
 Y no le faltaba ayuda de paganos,
 Que vienen de los pueblos mas cercanos.

En tanto que nosotros celebramos
 El triunfo de victoria muy gozosos,
 Y aquel siguiente dia reposamos,
 Los indios despoblado temerosos
 La tierra adentró huyen: despues vamos
 En busca de Rui Diaz muy gozosos,
 Que huyendo del tiempo adverso y duro,
 Tomó en San Salvador puerto seguro.

Adonde en su ribera deleitosa,
 De todos los desastres olvidados,
 Nos tuvimos por gente muy dichosa,
 En vernos ya de asiento allí poblados;
 Con gozo celebrando la famosa
 Victoria de mancebos esforzados
 Contra el soberbio indio belicoso,
 Y en todo el Argentino mas famoso.

A prisa cada cual hace morada,
Que de maderos hay gran aparejo,
Y teniendo su carga descargada,
Por Juan Ortiz se parte Melgarejo.
No siento le da pena la tornada,
Que aunque es el capitán ya cano y viejo,
A trabajos está tan avezado,
Que no se halla bien si está parado.

Aquí, pues, los dejemos, descansando
Los unos y los otros muy gozosos,
El tiempo en regocijos empleando
Por los campos y prados deleitosos:
A Juan Ortiz volvamos, que penando
Está con sus soldados lastimosos:
Al que quisieré ser bien informado,
Será en otro canto relatado.



CANTO DECIMO-QUINTO.

*En este canto se trata de las crueles y terribles muertes
que los indios daban á los cristianos cautivos.*

De aquell● que una vez se hubo estrenado
El vaso nuevo guarda, como vemos,
El gusto y el olor: lo que es usado
Por largo tiempo en hábito tenemos,
Y tanto en natural se ha transformado,
Que siempre con lo tal bien nos habemos:
Y así dejar costumbre muy usada
Es cosa muy difícil y acabada.

Oí, cierto, una cosa muy galana
De un hombre cuartanario, que decia,
Teniendo ya salud entera y sana,
Que sin gusto y contento ya vivia:
Estaba ya tan hecho á su cuartana,
Que por falta su ausencia la tenia.
Mirad qué es la costumbre, y de qué suerte,
Que dicen, que mudarla es par de muerte

Estoy ya tan cursado en esta historia
 En males infortunios y descuentos,
 Que aquello que tuviera otro por gloria,
 Tratar del enemigo y sus lamentos,
 No daba tanto gusto á mi memoria;
 Y así me parecia los acentos
 Faltaban por tratar yo de alegría,
 Por dó vuelvo á cantar como solia.

La gente desdichada zaratin ,
 De la esperanza estaba muy colgada:
 El que esperando está siempre imagina
 La cosa que le está mas apropiada;
 Y cuando vé mudanza repentina,
 Tras ella su memoria vá guiada:
 Que el ánimo dudoso tiene aquesto,
 Que acá y allá se muda muy de presto.

Estaban congojosos, esperando ●
 Que vuelvan los navios al concierto
 Ya viene Melgarejo navegando,
 Dejando la mas gente allá en el puerto.
 El buen capitan entra pregonando,
 Que el perro zapican quedaba muerto,
 Y que iba ya huyendo de corrida,
 Su ejército y su gente de vencida.

Con placer le reciben de alegría,
 Y todos con la nueva se alegraron,
 El roto campo y gente, artilleri
 En la zabra y bajeles embarcaron.
 La zabra el Uruguay entrado habia,
 El cual los pilotos no acertaron:
 Ni basta izar trinquete, ni el antena,
 Que fuertemente encalla en el arena.

Los bergantines suben prestamente
 A descargar el hato que llevaban,
 El Guaraní acudiera diligente
 A ver que los cristianos esperaban.
 Recibidos de paz, y prestamente
 Los indios á su casa se tornaban;
 Y en breve á dos cristianos han traído,
 Y que otros dos traerán han prometido.

Venidos los bajeles, y buen viento,
 La zabra desencalla del bajío,
 Sin recibir de aquesto algun tormento,
 Que piedras por aquí no tiene el río.
 Al puerto se llegó con gran contento,
 A donde el Guaraní volvió con pio
 De haber de los rescates castellanos,
 Y trajo por rescate dos cristianos.

El capitan Garay hecha tenia
 A Juan Ortiz la casa en que viviese,
 Y cada cual la suya se hacia,
 Por tener un rincon dó se metiese.
 El Juan Ortiz en este proveia,
 Que de hoy en adelante se dijese
 Y nombrase *Vizcaya* el Argentino;
 ¡Mirad el ambicion del Vizcayno!

Despues al Paraguay determinaba
 Que vayan á traer mucha comida:
 Al capitan Garay acompañaba
 Rui Diaz, que procuran la manida
 De Cayú, que en las islas habitaba.
 Allá los dos caminan de corrida,
 Primero con Chanaes encontraron,
 Y de ellos, dos ó tres aprisionaron.

De aquí los dos pasaron adelante
 En busca de comida, y en el río,
 Que dije Igeipopé; dó está triunfante
 El indio Guaraní, que es un gentío,
 Como hemos dicho ya, en maña pujante -
 Sin otra presunción ni desafío,
 En los indios asalto dan bravoso,
 Cuando el sol alumbraba luminoso.

Habian estos indios abscondido
 Sus hijes y mugeres, y pensaban,
 En viendo algo seguro su partido,
 En nuestra gente dar, y así hablaban,
 Diciendo, pocos son: mas fué sabido
 El falso que en secreto conegtaban;
 Y así salen huyendo por las vegas,
 Dejando de maiz muchas hanegas-

Tres casas y buhios se dejaron,
 Con doscientas hanegas bien colmadas
 De maiz, y otras cosas que se hallaron;
 Y estaban só la tierra sepultadas.
 Los soldados las casas les quemaron,
 Y fueran con los nuestros ya quemadas,
 De un indio que lo andaba maquinando,
 Si no estuviera Arévalo velando.

El capitan Garay con sus soldados
 Camina á la Asumpcion con mucha prisa;
 El capitan Rui Diaz, [bien cargados
 Los suyos de comida y de la presa,
 Que fueron cuatro indios señalados,
 Y entre ellos de Cayú un hijo], atraviesa
 A donde está el real, y en breve allega,
 Y la comida y presa toda entrega.

La nave vizcayna se me aqueja,
 Que de ella no me acuerdo: está plantada
 Allá en un arenal, á dó la deja
 Juan Ortiz, de gente mal poblada.
 Paréceme que queda como oveja
 A lobos desambridos entregada:
 De cuando en cuando van á visitarla,
 Mas la gente se teme de guardarla.

Y no quiero culparles, pues que tiene
 Cualquiera, acá dó estamos, sobresalto,
 Pensando cada cual que le conviene
 Rogar á nuestro Dios, que de lo alto
 Envie su socorro: que si viene
 A dar el enemigo algun asalto,
 Sin duda perecemos, por que vana
 La guarda es sin la guarda soberana.

Un caso contaré, que manifiesta
 En su tanto y manera esta sentencia,
 De como humana guarda poco presta,
 Si está en contra divina Providencia.
 Sucede á media noche una molesta
 Y triste desventura, diligencia
 No basta á le impedir, porque la casa
 De Juan Ortiz se torna hecha brasa.

Al punto que la gente reposaba,
 Un fuego se emprendió, el Adelantado,
 Segun pareció ser, despierto estaba,
 A prisa sin parar se ha levantado:
 El viento al fuego fuerza acrecentaba,
 La casa y cuanto tiene se ha abrasado,
 Que mientras mas va, el fuego mas se atiza,
 Y vuelve todo en polvo y en ceniza.

¡Eterno Dios! que azotas y castigas
 Los hombres por razones esquisitas,
 Que de tormentas, hambre, sed, fatigas,
 Trabajos, guerras, cosas infinitas
 He visto? Y sé Señor, que mas obligas
 Aquel á quien castigas, y le incitas
 A que ande entero siempre en tu servicio:
 Mas no eonoce el malo el beneficio.

Metióse Juan Ortiz en su navío,
 Adonde su hacienda está guardada;
 No cura de hacer ya mas buhio,
 Que la zabra la tiene por morada.
 La guarda se le hace junto al rio,
 La gente por el campo está poblada
 En sus chozas de paja, sin abrigo,
 Con no poco temor del enemigo.

Al arma un dia se toca: alborotados
 A todos los vereis, porque asomaban
 El piloto mayor y los soldados,
 Que la nave sin guarda la dejaban.
 A todos los vereis amedrentados,
 Las damas y doncellas lamentaban,
 Los hombres desmayados, suspirando
 Andaban por la plaza divagando.

Llegó, pues, esta gente que guardaba
 La nave vizcaina, y en llegando
 Al piloto unos grillos luego echaba
 El Juan Ortiz la cosa exagerando.
 El preso su venida disculpaba
 El miedo por escusa presentando,
 Diciendo: "que en la nave á la ventura
 Estaba, y beneficio de natura."

Aquel Cayú, que dije, que huyendo
 Salió con los demas, y que dejara
 Captivo el hijo, vuelve ya corriendo,
 El rio Uruguay atravesára.
 Algunos de los suyos le siguiendo
 A Juan Ortiz pescados presentara,
 Con lágrimas y ruegos significa
 Lo que con alma y vida le suplica.

Que en rescate del hijo una graciosa
 Mozuela tome, pide; asi pensando
 Cumplir su voluntad tan deseosa,
 Su rostro y hermosura exagerando:
 Y dícele: la tome por esposa,
 Y mientras, él está aquesto tratando,
 El Juan Ortiz la moza recibia,
 Y al indio sin su hijo en paz envia.

En este tiempo ¡O cosa lastimera!
 Flecharon al dichoso Chavarria:
 Aqueste á los Chanaes les cupiera,
 Al tiempo que la presa se partia.
 Ordenado de grados supe que era,
 Versado en natural filosofia,
 Discreto, sábio y muy caritativo,
 De mucha habilidad y seso vivo.

Es justo deste quede gran memoria,
 Que su fin lo merece lastimoso,
 Y pues llevó la palma de victoria,
 Gozoso le nombremos y dichoso.
 Yo espero nuestro Dios le dió la gloria,
 Que yo le conocí por virtuoso,
 Y oidme aquesta grande maravilla,
 Que mas me mueve á envidia que á mancilla.

Sacáronle los indios del poblado
 En un pantano grande anegadizo,
 Y en un palo le ponen amarrado,
 Y flechas dán en él como granizo.
 Quedó en breve tiempo tan cuajado,
 Cual vemos el pellejo del herizo
 De sus agudas puas, tal estaba,
 Y con esfuerzo grande así hablaba.

“Eterno Dios, el alma te encomiendo,
 Que el cuerpo miserable que padece,
 [Aunque está este tormento padeciendo]
 Mayor por mis pecados él merece.”
 Estando estas palabras él diciendo,
 El bárbaro cruel mas se embravece,
 Y Chavarria en Cristo contemplando,
 El *Miserere mei* está cantando.

Cual suelen cazadores por el Soto
 Con perros y sabuesos voceria
 Alzar, así hiriendo á este devoto,
 El crudo barbarismo lo hacia.
 Estaba ya su cuerpo todo roto,
 La sangre hilo á hilo del corria,
 Mas él no deja el canto de consuelo,
 Que espera de tener paga en el cielo.

Y oid, mi buen Señor, aqui otra cosa,
 Que tiene en confusión á estos paganos,
 Por ser á vista de ojos espantosa,
 Segun lo refirieron tres cristiauos.
 Captiva uno esta gente perniciosa,
 Y sácanle los ojos, pies y manos
 Le cortan con malvada y gran fiereza
 Y dicen que está vivo. ¡Qué grandeza!

Juan Gago este cautivo se decia:
 De Guadalupe mozo virtuoso,
 En Logrosan, mi patria, me servia
 Al tiempo que dejára yo el reposo.
 A la Virgen purísima Maria
 De Guadalupe, dice este dichoso:
 "En este punto sed vos mi abogada,"
 Y acude á su costumbre tan usada.

Dios sabe cuanto yo lo he procurado
 Sacar de cautiverio por mil vias,
 Y el trabajo y las hambres que he pasado,
 Andando tras los indios muchos dias.
 En muy grandes trabajos me he arrojado
 Por mi propia persona, y conespias,
 Y nunca he sido en ello de provecho:
 Acaso Dios hará con él su hecho.

Juan Barros de los indios fué cautivo,
 En tiempo de D. Pedro, en los Beguaes:
 Mataron otros, mas aqueste vivo
 Criaron, que era niño, y á Chanaes
 Le venden (aqueste hombre de que escribo
 Algun tiempo traté): Chiriguanaes
 Le cautivan, y tiempo mucho estuvo
 Entre ellos, y muger é hijos tuvo. (58)

Aqueste Juan de Barros cierto vide
 Que hizo gran provecho á los cristianos:
 Que Dios todas sus cosas siempre mide
 Con divinos secretos soberanos.
 No sabe el triste hombre lo que pide,
 Lo mas cierto es dejárselo en sus manos:
 Esta consideracion en verdad hago,
 En el negocio siémpre de Juan Gago.

Estaban, sin los dichos, mas cautivos,
 Que asimismo mataron estos perros,
 Empalando y flechándolos aun vivos,
 Y tambien desgarrándolos con hierros,
 Y por mostrarse crudos y nocivos,
 En vida á muchos meteu en entierros,
 A dó mueren de hambre, cruda, perra,
 Y vivos sepultados só la tierra.

Aqui quiero no quede por olvido
 Un caso que me viene á la memoria.
 Del grande Patriarca enriquecido
 De bienes duraderos en la gloria,
 Seráfico Francisco ha merecido
 Un hijo suyo palma de victoria,
 En tiempo de D. Pedro le mataron,
 Y el caso de esta suerte me contaron.

Estando este bendito religioso
 Hincado de rodillas en el suelo
 Con grande devocion, el envidioso
 Agaz, tirano indio, sin recelo.
 Le flecha, mas al punto un luminoso
 Nublado descender se vé del cielo,
 Y en el subir á todos parecia
 Una doncella, bella en demasia. (59)

Los indios con aquesto se espantaron
 De suerte, que á él con otros compañeros
 Que habian muerto, á todos enterraron.
 Llorando porque fueron carniceros
 De aquel bendito fraile que mataron.
 Y están en su temor hoy tan enteros
 Los descendientes de ellos, que recelo
 Tienen que les venga fuego del Cielo.

A nuestra historia, pues, dando la vuelta,
 Cayú de su hijuelo deseoso,
 Tras el Garay se fué, que á vela suelta
 El río arriba iba sin reposo:
 Y cuenta como el hijo no le suelta
 El Juan Ortiz, y pídele lloroso
 Que le escriba una carta, en que le ruegue
 Que su querido hijo se le entregue.

Es Yamandú en aquesto el trujamante,
 Que es primo del Cayú; muy confiado
 Está, porque poniéndose delante
 De nuestro Juan Ortiz, Adelantado,
 Hará con su saber y buen semblante,
 Que quede Juan Ortiz bien engañado:
 Mas uno piensa el bayo [allá en Castilla
 Se dice] y otro es él que le ensilla.

Con prisa Cayú vuelve en compañía
 Del falso Yamandú, que confiaba
 Que muy presto al sobrino llevaria,
 Que Garay en sus cartas lo rogaba,
 Con ánimo gallardo y alegría,
 Al Capitan el preso demandaba;
 La gente dice toda, pues tenemos
 El pájaro en la mano, ¿qué hacemos?

No quiero referir las opiniones,
 Juicios y pareceres diferentes,
 Que habia en el real, y locuciones,
 Coloquios y corrillos entre gentes,
 Todos daban sus causas y razones,
 Al parecer de muchos suficientes:
 De Yamandú se trata, si conviene
 Se prenda, ó que se vuelva como viene.

El Yamandú, como hombre cauteloso,
 Procurando librar á su sobrino,
 Mostróse muy alegre y muy gozoso,
 Y dice á Cayú vuelva su camino,
 Porque él está ya há dias deseoso,
 De estar entre cristianos, y así vino
 Con fin de bautizarse y ser cristiano;
 Y de esta suerte habla al primo-hermano.

“Cayú, bien véis cual quedo entre cristianos,
 Y tu hijo tambien: tén buena cuenta,
 Que guardes de malicia bien tus manos,
 Y cosa contra aquesto no se sienta:
 Que tratas con los indios Zapicanos,
 Ni Guaraní por piensó en tal consienta,
 Que al punto que haya tal, entrambas vidas,
 De tu hijo y de mí, serán cumplidas.”

“Yo quedo con contento y alegría,
 Asi se lo decid á mis parientes:
 Mirad que mucho há que yo os decia,
 Que habian de venir de lejos gentes.
 Dejados de esa vana fantasia,
 Mirad que no podeis ser tan valientes
 Que deis cabo de tantos: sed ya buenos,
 Poned á vuestras almas duros frenos.”

Con esto y otras cosas que hablaba,
 El falso Yamandú disimulando
 Su pretension fingida procuraba,
 Diciendo desear ser bautizado:
 Y tanto esta ficcion suya duraba,
 Cuanto de la Asumpcion se hubo llegado,
 Como diré despues, que agora sientó
 En Santa Cruz un mal levantamiento.

Tratemos dél agora, que sucede
En tanto que lo pasa el zaratino
Muy mal, y yo aseguro que bien puede
Ponerse él de Toledo ya en camino,
Si no quiere ser causa de que ruede
Don Diego con su gente al Argentino,
Y con su rueda dé tal estampida,
Que el Perú venga todo de caída.



CANTO DECIMO-SEXTO.

Levántase D. Diego de Mendoza en Santa Cruz de la Sierra; sale el Virey D. Francisco de Toledo del Perú, con gran ejército en su demanda.

Con su saber astuto y cauteloso,
Sintiendo la pujanza que Adam lleva,
Y viéndose no ser tan poderoso,
Que pueda entrar con él en lucha y pñueba,
En el jardin de vida deleitoso,
Satan tomó por medio nuestra Eva,
Que vencerle, sabia no pudiera
Si solo la batalla acometiera.

Contra el hombre quedó Satan tan diestro
Que si vencerle quiere con pujanza,
Como viejo, sagaz y gran maestro,
En una muger pone confianza;
Y el caso que no puede muy siniestro,
Por medio de mujer puede y alcanza:
De modo que de diez partes de males,
Los nueve con mujer causa cabales.

Cuan claro aquesto vemos en el cuento
 Del pobre de D. Diego y de Zurita,
 Pues solo por poner muger asiento
 En el iglesia, y que otro se lo quita,
 Se comenzó tan gran levantamiento,
 Que al reino del Perú plata infinita
 Le cuesta, y aun buen triunfo le costára
 Se él de Toledo no lo remediára.

Las mugeres de aquestos dos trabadas,
 Comienzan de sembrar tan gran zizaña,
 Que yendo ya las cosas mal guiadas,
 Se fragua en poco tiempo gran maraña.
 El Zurita tenia desganadas
 Las gentes, y á D. Diego el diablo engañ
 Al Zurita que manda allí, prendia,
 Y al Audiencia Real preso le envia.

Un Diego Gomez, hombre marinero,
 Con su pretension mala le traia
 Al pobre de D. Diego al retortero;
 El Cabildo en aquesto le elegia,
 En el lugar que estaba de primero,
 Zurita, que á los Charcas ido habia:
 Pues veis Gobernador D. Diego alzado,
 Y el propio del gobierno despojado.

Don Diego á los alcaldes prende luego,
 Con otros que condenan su designo,
 Y viendo alborótado andar el juego,
 Los Salazares salen de camino.
 La nueva al Perú vuela como fuego,
 Y el D. Diego con grande desatino
 Mató á los Salazares, procurando
 Quedarse para siempre gobernando.

Don Francisco, virrey de tanta fama,
 Y en servicio del Rey muy estimado,
 Sabido este negocio, echa derrama,
 Y en breve grande ejército ha juntado.
 A gente de valor y suerte llama,
 Y el hecho con presteza concertado:
 La cordillera se entra muy pujante,
 Echando un caballero de delante.

Aqueste es **D. Gabriel**, que de su tierra
 Y sangre hereda esfuerzo Placentino: (60)
 A Santa Cruz le envia de la Sierra
 Con gente de la suerte que convino,
 A que rompa por paces ó por guerra
 Del triste de **D. Diego** su destino,
 Despues dando la vuelta, que pretenda
 En Ibitupúá ganar hacienda.

Don Francisco se vá por otra parte,
 Por Presidente queda el de Quiñones:
 Aqueste caballero con gran arte
 El Audiencia regia y escuadrones,
 Temiendo de su industria el fiero Marte,
 De su sagacidad y discreciones:
 Que tanto era el ardid que allí mostraba,
 Que en la guerra las letras encumbraba.

A Don Diego la nueva llega en esto,
 Que de parte del Rey se hace gente,
 De Santa Cruz se sale muy de presto
 A las horcas de Chaves diligente:
 En llegando despacha muy de presto
 En casa Ibitupúá, indio valiente,
 Diciéndoles, se junten mano armada,
 Y no déñ al Virey paso ni entrada.

Que si el Virey se le entra por la tierra,
 Que vivirá en eterna servidumbre;
 Que habrá de conquistar toda la Sierra,
 Sin dejar lo mas alto de la cumbre:
 Que ahora podrá bien darle la guerra,
 Para librarse de esta pesadumbre;
 Que perfecta prudencia es y cordura,
 Gozar en la ocasion la coyuntura:

El indio le responde, que guardase
 Su tierra, y que jamas no pretendiese,
 Que en cosa con los suyos le ayudase,
 Que allá D. Diego solo se lo hubiese.
 Que no tiene temor que nadie entrase
 En su tierra, por fuerza que trajese,
 Que de ánimos constantes tiene un muro,
 Y fuerza, con que vive muy seguro.

Ibitupuá, ó viento levantado,
 Aqueste indio se llama, es de gran brio,
 Magnánimo, valiente y esforzado,
 De muy grande valor y señorío:
 En grande rectitud tiene su estado
 Sujeto por su esfuerzo y poderío:
 En toda la comarca es muy temido,
 Y muchos favorecen su partido.

Entre los suyos hizo llamamiento,
 Y desde á todos juntos los tenia,
 Les hizo un concertado parlamento,
 Diciéndoles el fin que pretendia.
 "Aquesta tierra, dice, es nuestro asiento,
 A nadie de derecho otro venia;
 Por tanto el nuestro propio defendamos,
 Y la vida por él todos pongamos."

Yo he puesto diligencia en mis agujeros.
Y hallo buen presagio en cuanto veo;
Y espero que saldrán bien verdaderos,
Cortados á medida del deseo.
Y veros tan valientes y guerreros,
Cual sé lo sois, y siempre yo lo veo,
Me pone nuevas fuerzas y me anima
A conquistar los Charcas, Cuzco y Lina.”

“Noticia tengo ya de como viene
 El soberbio cristiano, mano armada:
 En las horcas de Chaves se detiene
 Don Diego con su gente levantada,
 De todos el resguardo nos conviene,
 Y guardar nuestra tierra libertada;
 Que si cualquiera de ellos nos venciere,
 De nosotros hará lo que quisiere.”

Bebiendo de la chicha y del brevage,
 Que habia para ello el aparejo,
 Celebrado con grita y con corage
 De todos fué el acuerdo y el consejo,
 En medio de la junta, de buen trage
 Un indio se levanta, cano, viejo,
 Con manta que parece fina grana,
 Y en el brazo de plata una chipana.

Aqueste con muy grande reverencia
 Al gran cacique dijo, convenia
 Despachase con mucha diligencia
 A Condurillo.—Izoca: “mas valdria,
 Responde muy soberbio, sin paciencia,
 Matar toda la sangre vieja y fria,
 Pues quita á los osados corazones
 La causa de venganza y ocasiones.”

El viejo Tabobá con pecho fiero,
 A Izoca respondió: "mal has hablado,
 Contino la tuviste ser parlero,
 Sin seso, sin vergüenza, deslenguado:
 A ti junto con otro compañero
 Haré entender quien soy en estacado."
 Izoca acude al arco que traía,
 De presto Ibitupúá los despartía.

Las tazas andan tales y los mates,
 Que el acuerdo se vuelve en vocería;
 Allí se disputaban mil debates,
 Y cada cual su caso difería.
 Con borradas razones y dislates,
 El uno al otro dice vencería,
 Aunque traiga consigo por ayuda
 La isla Jamaica y la Bermuda.

Una Iudia que las tazas ministraba,
 Muy vieja lagañosa y colmilluda,
 A todos los mancebos animaba
 Con su lengua mordaz y tartamuda:
 Entre otras muchas cosas que hablaba,
 Aquesta razon dice la barbuda:
 "En medio el Paraguay y Perú estamos
 Aquestos y á los otros resistamos."

Gran grito y alarido levantaron
 Los indios en le oír estas razones:
 El dicho con aplauso celebraron,
 Cesaron diferentes opiniones.
 El consejo con gozo consumaron
 Conformes en el alma y corazones,
 Sujetándose al dicho de la vieja
 Y así cada cual dellos se apareja.

El nuestro Paniagua placentino

Con gente muy lustrosa y muy lucida,
 Con ánimo de fuerte paladino
 Comenzó, como dije, su partida.
 Y tan pujante fué, que de camino
 La tierra á su dición quedó rendida.
 Don Diego de esperarle ya cansado,
 A Santa Cruz, enfermo, se ha tornado.

De manos y de pies Dios le ha tullido;
 Que es lástima de ver al caballero,
 Que aun obras naturales no ha podido
 Sin ayuda hacer de otro tercero.
 A Santa Cruz de vuelta ya venido,
 De D. Gabriel le viene un mensajero
 Con cartas del Virrey, y prometidas
 Del propio, y Gomez y Avila las vidas.

Llegando D. Gabriel á aqueste puesto,
 Que las horcas de Chaves es llamado,
 Halló como D. Diego con el resto
 De su gente ya habia caminado.
 Las cartas despachando muy de presto,
 Con los suyos se queda allí alojado,
 Que adelante pasar no se podía,
 Que la tierra de aguas se cubria.

A Santa Cruz las cartas llegan breve;
 El Avila ha ayudado en esta parte,
 Causando que se haga lo que debe
 Hacerse, aunque siguiera el estandarte
 Contrario: mas agora no se atreve,
 Por ver del de Toledo la grande arte,
 Y que el D. Diego está sin pies y manos,
 Y aquellos que le siguen son tiranos.

El órden que se dió, que desistiese
 Del mando y del gobierno que tenia,
 Y el Cabildo y Consejo se lo diese,
 Que aquestos dicen todos convenia.
 El Gomez, que fué causa que hiciese
 Don Diego la cantada demasia,
 Y fuera al parecer su grande amigo,
 En viéndole sin mando, fué enemigo.

Desiste, pues, D. Diego de su mando,
 Y deja que el Cabildo gobernase,
 Por aquesta manera procurando
 Que el Virrey su delito perdonase.
 Algunos de su parte y de su bando
 Le dicen al Virrey se presentase:
 Que en ver su poca culpa y su inocencia,
 Sin duda que usaria de clemencia.

El Cabildo enviar procura luego
 A D. Gabriel la nueva de este hecho:
 Salgado sale ya sin grande ruego,
 Mas no sin gran doblez de inicuo pecho.
 De Santa Cruz, saliendo como fuego,
 A las horcas de Chaves vá derecho;
 Veinte mancebos lleva arcabuceros,
 Y mas cincuenta infantes muy guerreros.

Don Diego del negocio ya arrepiso,
 Pensando de volver el juego en maña,
 A Salgado le ha dado por aviso,
 Que mate á D. Gabriel con su compañ
 El indio Chiriguana nunca quiso
 Venir en el concierto y la maraña;
 Que si el indio en el concierto consintiera,
 Don Gabriel con su gente pereciera.

El hecho de esta suerte se guiaba,
 Que llegado Salgado con su gente
 A donde D. Gabriel y el campo estaba,
 Seria recibido alegremente,
 Por el socorro y nuevas que llevaba:
 Y que despues, un dia de repente
 Marchando con los suyos el Salgado
 Revuelva sobre el campo descuidado.

Con sus arcabuceros de delante
 Habia de ir Salgado y sus flecheros:
 Paniagua tras él con el restante
 En dos tercios, y que él con los primeros
 Resolviose á traicion, con tal semblante
 Que pensasen ser indios los postreros:
 Hicieran desta suerte todos alto,
 Y así Salgado diera un crudo asalto.

Llegando, pues, Salgado donde estaban
 Paniagua y los suyos alojados,
 De todos con la nueva se holgaban,
 Por ver ir los negocios bien guiados:
 Y con esto de presto se aprestaban
 Para dar en los indios no domados:
 D. Ibitupuá, digo, el valeroso,
 Valiente, astuto, sábio y belicoso.

Salgado se ofreció que con su gente
 Irá en la delantera de contino,
 Recíbese su oferta alegremente,
 Que D. Gabriel no sabe su destino.
 Mas el malvado piensa prestamente
 En efecto poner su desatino;
 Y así para efectuar el crudo hecho
 Descubre con los suyos su mal pecho.

Al tiempo, pues, que ya lo concertaba
 De dar en D. Gabriel que vá marchando,
 El indio guaraní lo revelaba,
 Que con Salgado iba caminando.
 Y aunque el Salgado bien se lo rogaba,
 No quiere el guaraní seguir su bando,
 Que dice, que de andar está cansado
 Tras D. Diego, que siempre le ha burlado.

A D. Gabriel el caso refiriendo
 El guaraní con pecho y osadía,
 Y toda la maraña descubriendo,
 Que trabada Salgado ya tenia,
 Al tiempo que la iba mal tejiendo,
 El hilo conocido descubria
 El triste de Salgado, de tal suerte,
 Que vino á fenecerse con la muerte.

Colgóle D. Gabriel y prestamente,
 Despacha á Santa Cruz de aquel paraje,
 Los indios Guaranies, y la gente
 Que dije que vinieron, y un mensaje
 A D. Diego le envia diligente,
 La palabra le dando y homenaje,
 Que venga, que al Virrey hará servicio,
 Y que él le será en todo muy propicio.

D. Diego en esto, y Avila pensando,
 Que en su negocio hacen mucho hecho,
 A los Charcas caminan, procurando
 Llevar siempre camino muy derecho.
 A D. Diego el temor le vá acusando,
 Aunque Avila le pone alegre pecho;
 Las aguas con gran fuerza le apuntaban
 Y volverse por esto procuraban.

Sabiendo en Santa Cruz como querian
 Volverse, porque el Gomez lo ha tratado,
 Diciendo que las aguas ya venian,
 Y no estaba el camino aparejado:
 A Diego Gomez presto le prendian
 Y al Audiencia le envian á recado.
 Don Diego no desiste del camino,
 Que tullido y enfermo á Mizque vino.

Ibitupúá, que estaba muy pujante,
 Espera á D. Gabriel con peño fiero:
 No viene el Placentino muy triunfante
 Que le quita la fuerza el mal tempero:
 Las aguas tambien mira de delante,
 Y el importuno tiempo venidero,
 Y viendo como todo le adversaba,
 Batalla solamente presentaba.

Y aunque nunca romper ha procurado,
 Con todo, el enemigo se mostrando
 Tan fuerte, que á los nuestros ha apretado,
 Y del todo á romper les obligando
 Algunos rompimientos ha formado,
 En que lo mas seguro se llevando
 El Español, el bárbaro moria
 Cantando la victoria que perdía.

Al fin, porque convino asi hacerlo,
 Retíranse los nuestros, que imposible
 Al bárbaro será en breve vencerlo,
 Que habita en una tierra muy terrible:
 Lo que es mas principal para cogerlo,
 Y es cosa hácedera y muy posible,
 Prenderles las mugeres, que prendidas
 Darán en trueco dellas dos mil vidas.

Es cosa de notar de aquesta gente
 En como á su muger ama el marido,
 Que ni hijos, ni padres, ni pariente
 En tanto tiene: y sé que ha sucedido
 Venir tras su muger muy diligente,
 Y dar en trueco un hijo muy querido
 El indio con tristeza lastimera,
 Por verse sin su dulce compañera.

Zeloso suele ser y recatado
 'El indio con la india que es su amada,
 'Y dó quiera que va la lleva al lado
 En tanto que no ve que está preñada:
 Despues suele decir; ya está ocupado
 El vientre, y ocupada la posada,
 Si mi muger no hubiere de guardarse
 Mi obra ya no puede despintarse.

Salió pues D. Gabriel de entre esta gente
 Sin hacer el efecto pretendido,
 Que el invierno le estaba ya presente,
 Por dó dejar la guerra ha convenido.
 De Chuquisaca en esto el Presidente
 Quiñones con socorro se ha partido,
 En busca del Virrey va caminando,
 Que á Condurillo viene atravesando.

1 Al tiempo que el Virrey entró en la Sierra
 Con cuatrocientos hombres bien armados,
 Con otra mucha gente de la tierra
 De todos aderentes pertrechados,
 Con fin de reducir por paz, ó guerra
 Al indio guaraní con sus estados,
 La tierra considera, y la demarca
 Desde un pueblo que llaman Chalamarca.

De aquí por su mandado á priesa fueron
 Tres hombres con despachos y recados
 A Tucuman, dó en breve se pusieron,
 Que en el camino estaban bien cursados.
 Con esto en Tucuman presto tuvieron
 Noticia de Don Diego y de sus hados.
 Al Paraguay tambien la nueva viene
 Al tiempo que velarse le conviene.

En tal término y punto está la cosa,
 Que si D. Diego á caso allá bajara,
 Hallara nuestra gente deseosa
 De cualquiera revuelta y se holgara.
 Mas quiso con su mano poderosa
 El Alto remediar; que si la alzara,
 El Argentino todo se perdiera
 Y en aprieto al Perú todo pusiera.

Alguna vez oí á mis oidos,
 Que Don Diego venia levantado,
 Y vi que se holgaban los nacidos
 En la tierra del caso relatado.
 Los pechos de estos fueron conocidos
 Cuando despues se hubieron rebelado
 En Santa-Fé, en aquel levantamiento,
 De que yo en su lugar la verdad cuento.

De allí de Chalamarca pues envia
 Despachos el Virrey, como contamos,
 Al Rio de la Plata, que temia
 El mal que en esta historia ya apuntamos.
 A Zárate despacha recta vía,
 En busca de unos indios Comogamos;
 En Condurillo habita aquesta gente,
 Y así es dicho el cacique; muy valiente.

Tambien salió el Virrey á la otra mano,
 Por sierras cordilleras de bosque:
 En partes pocas hay camino llano,
 Que todo es cordillera este parage,
 El asiento de Manso está cercano:
 Seguro estoy si fuera allá el bagage
 Y pueblo, el buen Virrey allí poblára,
 Que mucho á su pretense le importára.

Con gran pujanza vá el Virrey siguiendo
 Su derrota y camino comenzado:
 El indio guaraní se esta riendo,
 Por ver que el aparato es escusado;
 Y en viendo al Español, tira huyendo
 De lejos, el motin haciendò usado:
 Don Francisco y su campo van marchando
 La vuelta del Perú ya deseando.

Aquí quedan cansados los carneros,
 Allí desmaya ya y muere el caballo,
 Desean muchos hombres verse en cueros
 El hato dejan ya por no llevallo.
 A los Charcas salieron mensageros,
 Quiñones se dá priésa, que encontrallo
 Al Virrey con socorro determina
 En el asiento y pueblo de Tomina.

Marucare en aquesto muy furioso,
 Huyendo de su asiento y de su casa,
 Porque en quemarla nadie esté gozoso,
 El propio la ha dejado hecha una brasa.
 Con Taboba el valiente y ardidoso,
 Sus mugeres y chusma presto pasa
 De allí, y tan adentro se ha metido.
 Que no podrá jamas ser ofendido.

El buen Capitan Zárata bajando
 En busca del asiento Condurillo,
 Con tan grande trabajo atravesando
 La tierra, qué temor me dá escribillo,
 Lós días y las noches caminando,
 Al fin el indio hubo de sentillo;
 Y aunque de sobresalto los cogieron,
 Las mugeres é hijos escondieron.

Tres casas y buhios muy crecidos
 Aquí Zárata halla, dó su gente
 Aloja: que los indios escondidos
 Vacios los dejaron prestamente.
 De á poco con cautela son venidos,
 Con cruces en las manos de repente,
 Diciendo, que huyeron temerosos,
 Y de la cruda muerte recelosos.

Al Capitan decian y culpaban,
 Porque nunca avisó de su venida,
 Que dias há que todos deseaban
 A los cristianos ver, que conocida
 Su bondad y valor, determinaban
 La tierra esté al cristiano sometida;
 Y porque ellos esto conocian,
 Las cruces en señal de ello traian.

Al Capitan con esto procuraban
 Entretener los indios, pretendiendo
 Hacer así mejor lo que ordenaban,
 Y andaban con gran priesa y maña urdiendo.
 En tanto que la junta concertaban,
 El Capitan su farsa conociendo,
 Un fuerte ha fabricado muy aina
 De brava palizada, y de fagina.

Apenas está el fuerte fabricado,
 Y las paredes del no medio hechas
 Estaban, cuando el campo se ha cuajado
 De los indios, que vienen por sus trechas,
 Gran grita y alarido han levantado,
 El aire y tierra cubren con las flechas.
 La guerra fué sangrienta y bien reñida,
 Mas huye, al fin, el indio de vencida.

Los muertos y heridos muchos fueron
 De parte de los indios, porque habia
 Ochenta arcabuceros que hicieron
 Como gente española de valía.
 De tres ó cuatro vivos que cogieron,
 Traidos acá al fuerte; se sabía
 Que los indios llevaban en los brazos
 A sus casas los hechos ya pedazos.

De los nuestros quedaron mal heridos
 Algunos, pero pocos de esta guerra:
 Los indios á gran priesa son metidos
 Por la espesura grande de la sierra.
 De á pocos días fueron descendidos,
 Bajando el capitán á ver la tierra;
 Y á quince que en el fuerte se quedaron,
 Las cabras, como dice, acorralaron.

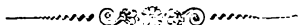
La tierra toda junta se ha juntado
 Haciendo para el caso llamamiento,
 A los quince del fuerte han apretado
 Y puesto en confusion y gran tormento:
 Muy grandes baterias les han dado,
 La cosa andaba en mucho rompimiento,
 Cuando dando la vuelta los cristianos
 Del fuerte se retiran los Paganos.

El Capitán estuvo allí tres días
 Rehaciendo su gente; y como viese
 Que el estar mas allí, por todas vías,
 Dañoso era, ordenóse que se fuese
 En busca del Virrey y compañías,
 Que no se sabe de él á dó estuviese.
 Mas él, tan gran camino va haciendo,
 Que sin poder errar le van siguiendo.

De presto todos juntos se juntaron,
 Y dando ya la vuelta presurosos
 Con el buen Presidente se encontraron,
 De que todos se hallan muy gozosos.
 A sus casas alegres se tornaron,
 Aunque todos venian perdidosos:
 D. Diego de Mendoza también viene,
 Y oíd en otro canto el fin que tiene.



CANTO DECIMO-SEPTIMO.



En este canto se trata de la muerte y justicia que hizo el Virrey D. Francisco de Toledo, de D. Diego de Mendoza en Potosí, y del gran Señor Topamaro en el Cuzco.



Aquel es de valor y grande estima
Que sabe con prudencia gobernarse:
Diremos con razon tener la prima
Aquel que vemos sabe resguardarse
Con gran maña en el arte de la esgrima,
Y á su tiempo procura señalarse:
Aqui apuntando el golpe por lindo arte,
Y al fin haciendo el lance en otra parte.

Aunque el Virrey la causa publicaba
De su salida ser el Chiriguana,
Y al principio de aquesto se trataba,
En D. Diego de dar tiene mas gana.
Y así al punto luego se tornaba,
Sabiedo Santa Cruz estaba llana;
Que no estando la causa sosegada
Allá fuera el Virrey de maño armada.

Bien claro se mostró, pues prevenia
 Al Perú, y á las demas gobernaciones,
 Que á priesa á todas partes escribia,
 De D. Diego las vanas pretensiones.
 La nueva á Tucuman presto venia,
 Que mas vuelan los tres que unos halcones:
 Tambien allega al Rio de la Plata
 Dó Juan Ortiz echaba la bravata.

Responde con soberbia al mensagero,
 Mostrándole desnudo el viejo pecho,
 Que diga à D. Francisco que harnero
 Lo tiene por servir al Rey, bien hecho:
 Y que tiene de ser siempre el primero
 Dó fuere menester ser de provecho:
 Que están muy enseñadas ya sus manos
 A derramar la sangre de tiranos.

Mas no fueran bastantes, si bajára
 Don Diego, sus bravatas y sus fieros,
 Que mucha gente moza le ayudára,
 Que al fin eran antiguos compañeros:
 Y así la cosa acaso le obligára
 A buscar su remedio, y agujeros
 A donde se meter á priesa listo,
 Que no estaba en la tierra muy bien quisto.

Mas no tuvo D. Diego tal desegno,
 Que puso en el Virrey toda esperanza,
 Que habrá de perdonar su desatino,
 Y así sale con esta confianza:
 Y no ha bien concluido su camino,
 Y á Diego Gomez vido que le alcanza;
 Que preso le traian, y á recado,
 De que á Don Diego mucho le ha pesado.

D. Francisco saliendo de la guerra,
 A Potosí se fué, que deseaba
 Juntar los naturales de la tierra,
 Porque esto al Gran Filipo le importaba:
 De los valles los trajo, y de la Sierra,
 Y en breve mucho número ha juntado,
 Y pónelos la tasa en los jornales
 Del trabajo y labor de los metales.

Los indios son en grande muchedumbre,
 Que nunca acabaremos describillos:
 Difieren en los trajes y costumbre,
 Y así se diferencian sus aillos:
 Subidos en los altos de la cumbre
 Del cerro, acá parecen pajarillos:
 Sacando allí el metal de sus mineros,
 Acá al pueblo lo bajan en carneros.

Los ingenios los mueleu muy aina,
 Por muy graciosa traza y artificio;
 Y hecho ya el metal cual pura harina,
 Se hace con azogue el beneficio:
 En breve sale piña y plata fina,
 Y muchas veces hace bien su oficio
 El azogue, quedando tan entero
 Segun y como estaba de primero.

El grande laberinto, que de Creta
 Este dicho, con razon puede llamarse
 El cerro Potosí, á dó una veta
 A muchos enriquece; y engañarse
 A otro fuerza tanto, que se meta
 En ella hasta vivo sepultarse:
 Quedando só la tierra sepultado
 A vueltas de la plata que ha buscado.

Estando aquí el Virrey, D. Diego viene
 Al asiento llamado de Tomina,
 A dó un Corregidor, que el pueblo tiene,
 Al punto que lo vé con él cauína,
 Prendiéndole, que quiere que se suene
 Que él mismo á le prender se determina:
 A Potosí lo lleva diligente,
 Y el pobre de D. Diego vá doliente.

A las casas reales fué llevado
 A dó está la Real Hacienda, y plata:
 Allí lo tienen preso, y á recado,
 En tanto que su causa se vé y trata.
 No estuvo muchos días, que acabado
 En breve su negocio, no dilata
 D. Francisco el castigo que queria
 Hacer; segun entiende convenia.

La villa Potosí alborotada
 Vereis andar la gente dolorosa:
 Sabiendo la sentencia estaba dada,
 Y que la ejecucion era forzoza,
 Decian “¡Ha de ser ejecutada
 La sentencia de muerte rigurosa!”
 Algunos se metieron de por medio,
 Mas nunca pudo darse algun remedio.

Al fin, pues, en la plaza fabricaron
 Un famoso cadalso muy de presto,
 Y al pobre de D. Diego le sacaron
 Subido en una mula muy de presto.
 Al tablado llegando, celebraron
 Su muerte, con dolor y luto puesto;
 Sintiendo pena de ello y gran mancilla
 Los galanes y damas de la Villa.

'Tambien á Diego Gomez, el que habia
 Al triste caballero aconsejado,
 Colgaron; y lo mismo aqueste dia
 Al Avila hicieran, que sacado
 Con estos tambien fué, y ya queria
 El verdugo colgarle: encaramado.
 Estuvo en los postreros escalones,
 Y á grande priesa viene el de Quiñones.

A no llegar con priesa y diligencia
 Perdiera sin falta Avila la vida;
 Que el verdugo ejecuta la sentencia
 Si no viene Quiñones de corrida.
 Por señal el bordon de Su Excelencia
 Traia, que es señal muy conocida;
 Perdonan al que está medio difunto,
 Y parece nacer en aquel punto.

En su túnica y sogá muy revuelto,
 Pensando ser vision y que soñaba,
 A la cárcel ha sido luego vuelto
 En tanto que su causa se trataba:
 Al fin salió de á poco libre y suelto,
 Y de gozo y placer no se hallaba;
 Que es burla muy pesada y que espanta
 Verse un hombre la sogá á la garganta.

Si solo imaginar un sentenciado
 Que habia de morir al otro dia,
 Le hizo que el cabello sea tornado
 De negro, blanco, luego encanecia: (61)
 Quien se vido en la escala levantado,
 Y al verdugo que echarle ya queria,
 Diremos que ha probado el trago fuerte
 De la descomunal y cruda muerte.

¡O muerte, cuan amarga es tu memoria!
 Al hombre que en sus varios bienes fia,
 De Reyes, y no Reyes has victoria.
 De noche nos combates y de dia,
 En esta vida triste transitoria,
 Que al tiempo mas florido se desvia.
 Habíamos de tenerte por espejo,
 Por regla, por medida, y por consejo.

Aquel santo consejo celebrado,
 Que dice, del morir nos acordemos
 En todas nuestras obras bien notado,
 Seguro que *in æternum* no pequemos,
 En nuestro cristianismo consagrado,
 Creido, y aun sabido bien tenemos,
 Que ataja la memoria del tormento
 Y muerte, y gloria al malo pensamiento.

No finjo santidad ni hipocresía,
 Que sé soy pecador desconocido:
 Mas digo que en el tiempo que tenia
 La muerte al ojo, siendo muy sabido,
 Que de hambre morian cada dia,
 En la parte que arriba he referido,
 Tenia la conciencia tan medida;
 Cual nunca jamas tuve yo en mi vida.

La muerte de si tiene dar tristeza,
 Por no saber el hombre el paradero:
 Que si deste se tiene la certeza
 Alegre es aquel trance y placentero:
 Dejar un mundo tal, y tal vileza
 Habia de dar gozo muy entero,
 Y en lugar de tristeza gran consuelo.
 Pues vemos que salimos de este suelo.

Una generacion muestra contento
 Al tiempo de la muerte, y hace fiesta,
 En lugar del funesto sentimiento,
 Que hace la española gente mesta.
 Si se tuviese el buen conocimiento
 De aquesta triste vida tan funesta,
 Con la muerte contento se tenia
 Tomándola por gozo y alegría.

Julio Solino cuenta una costumbre
 De aquellos hiperbóreos tan nombrados;
 Empero estos carecen de la lumbre
 De Fé: aquestos, dice, que cansados
 De vivir, y teniendo pesadumbre
 De ver tardar la muerte, muy untados
 Con cierta uncion, habiendo bien comido,
 Pecando así, se dan fin dolorido.

En Tomahavi vide una estrañeza,
 Que es digna de contarse de camino:
 En un pantano grande de llaneza
 De tierra, está templando de continuo,
 A dó llegando perros, sin pereza
 Bailanda como recio torbellino,
 Se arrojan en la fuente dó se cuecen,
 Y vivos con su baile allí perecen.

Parece que el morir les dá contento,
 Y asi muestran querer aquella muerte,
 Y vemos frecuentarse aquel asiento
 De perros, y morir de aquella suerte.
 Yo vide aquesto propio que aquí cuento,
 Que por juzgar el caso yo por fuerte
 A verlo fuí, y los perros que allá fueron
 Bailando vi, en la fuente perecieron.

El cisne, blanco, bello, dicen; suele
 Cantar cuando la muerte le es vecina,
 Que dejar esta vida no le duele
 Teniéndola por triste y por maligna.
 Razon es, pues, mas justa se consuele
 El hombre racional, que á Dios se inclina.
 A quien, si vive bien, tiene guardada
 Allá en el cielo Dios mejor posada. (62)

Pues vemos que no es cierta y duradera
 La ciudad que habitamos sin firmeza,
 Búsqüemos la que es firme y verdadera,
 Que dure para siempre en gran alteza.
 La muerte viene á priesa muy ligera,
 No es justo espante al bueno su fiereza.
 Temerla es natural, mas sea de suerte
 La vida, que no pese de la muerte.

Sabía bien la vida que habia hecho
 El vaso de eleccion, y deseoso
 De ver á Jesu-Cristo satisfecho
 Que muriendo tenia gran reposo:
 Pedia con instancia ser desecho,
 Y disuelto del cuerpo trabajoso,
 Creyendo gozaria en guadio eterno
 A Cristo, sumo bien, con fin superno.

Pero, aquel que no sabe ni está cierto,
 Mas antes con razon muy temeroso
 Lo que ha de ser de sí despues de muerto,
 Con la vida se halla muy gozoso.
 Asi lo experimenta quien concierto
 No tiene en su vivienda: el virtuoso.
 No huyé de la muerte, cuando entiende
 Que en ella hallará lo que pretende.

Pregunten á los mártires gloriosos
 De los falsos tiranos afligidos,
 Se iban á la muerte muy gozosos
 En verse por Jesus ser perseguidos.
 No estaban de su premio recelosos,
 Mas con firme esperanza guarnecidos,
 Creian les estaba aparejada
 La corona de gloria consumada.

Esta hizo al pastor, aunque primero
 Por divino secreto fué librado
 De la cárcel, que esté como cordero
 Humilde á aquel nerónico mandado:
 La misma á su querido compañero
 Le convida á que sea degollado;
 Y como acá en su vida ellos se amaron
 En la muerte tampoco se apartaron.

Esta á Bartolomé hizo que diese
 Por su señor la vida y el pellejo:
 Esta al buen Andres hizo muriese
 En una cruz con ser ya cano y viejo:
 Esta hizo á Santiago que volviese
 Otra vez á Judea, donde aparejo
 Halló de conseguir la merecida
 Corona que tenia prometida.

Aquesta á los Apóstoles gloriosos
 Les hizo que sufriesen con contento
 La muerte, y á los monges religiosos
 Hacia se privasen del sustento.
 ¡Qué de santos están ahora gozosos
 Que por esta sufrieron gran tormento!
 Que dá muy gran esfuerzo á la buena alma
 Tener allá en la gloria prémio y palma.

El indio Topamaro no sabia
 Despues de muerto el fin de su jornada,
 Y tanto de la muerte se temia,
 Que diera al de Toledo sujetada
 La vida á servidumbre, aunque tenia
 En otro tiempo fuerza señalada.
 Mas el proverbio, y vulgo dice y grita,
 Que viva la gallina con pepita.

Aqueste en Vilcabamba residia
 Con Incas, y valientes compañeros;
 Y como por Señor él se tenia,
 Formaba allá sus leyes y sus fueros.
 A cristianos jamas él ofendia,
 Ni supe que hiciese desafueros:
 En sus tierras se estaba retirado,
 Y de los suyos era respetado.

Algunos de los cuales acudian
 Al reino del Perú y sus poblados:
 Con ellos muchos indios se metian,
 En Vilcabamba, siendo maltratados
 De aquellos españoles que servian:
 Que muchos suelen ser desatinados
 De tal suerte en mandarles lo que quieren,
 Que hacen que los indios desesperen.

D. Francisco, que siempre procuraba
 En el real servicio señalarse:
 Como supo que este indio se jactaba
 De ser Señor, acuerda de tornarse
 De Potosí, y al Cuzco se bajaba;
 Y sabiendo podia confiarse
 De Loyola, esta empresa le ha nombrado,
 Y en breve mucha gente le ha entregado.

Martín García Loyola, caballero
 Era del hábito de Calatraba,
 Discreto, afable, sábio, compañero:
 En cosas de justicia se mostraba
 Con grande rectitud muy justiciero;
 De remiso ninguno le notaba,
 Porque, de mas de ser sábio y prudente;
 Es vivo como azogue y diligente:

Saliendo á la conquista há padecido
 Grandísimos trabajos y fatigas:
 En gran tiempo no hubieron parecido
 Los indios, aunque son mas que hormigas:
 Loyola, porque vé el campo affligido, (63)
 Siguiendo aquestas gentes enemigas,
 Con solos dos soldados parte un dia,
 Con un esfuerzo grande y osadia.

En luengo un grande rio candaloso
 Con sus dos compañeros fué bajando
 Tres dias, y en un prado verde umbroso
 Que el rio con sosiego va bañando,
 Metido en una choza al valeroso
 Topamaro le ha hallado reposando,
 Sin gente, que no saben la venida
 Del capitan Loyola á su guarida.

Una cadena le echa á la garganta
 De fino oro, muy rica y bien labrada:
 El Inca luego al punto se levanta,
 Sintiendo de esto pena muy sobrada:
 Loyola con sus dos victoria canta,
 Juzgando por dichosa tal entrada:
 Rio arriba se vuelve placentero,
 Triunfando del cautivo y prisionero.

Salió de Vilcabamba victorioso
 Y en la ciudad del Cuzco entra triunfando
 Del triste Topamaro doloroso,
 Que su miseria viene lamentando.
 Hallóse él de Toledo tan gozoso,
 Y el caso de tal suerte exagerando,
 Que al licenciado Polo, su teniente,
 Le dice le degüelle prestamente.

El licenciado Polo le responde,
 Que no quiere él hacer esta torpeza:
 Que no halla derecho ni por donde
 A aquel Inca cortarle la cabeza;
 Y que si causa él tieñe, y no la absconde,
 Se la muestre, y harálo sin pereza:
 Mas sin otro recado, que no quiere
 Ponerse al riesgo y mal que le viniere.

El Virrey replicó, que lo hiciese
 Como justicia suya, y su teniente
 El Polo se resume en que escribiese
 De su mano el mandato, y que se asiente;
 Que nõ quiere algun tiempo le pidiese
 Del Inca aquella muerte algun pariente.
 El Virrey ordenó luego un escrito
 Del Inca publicando su delito.

Al punto que se supo de su muerte,
 Que ejecutarse manda, se juntaron
 En breve tanta gente de su suerte,
 Que toda la ciudad alborotaron.
 Y aunque fué rogado, estuvo fuerte
 El Virrey, que con él no aprovecharon
 Los frailes, y un Obispo que decia,
 Que á España á Topamaro llevaria.

Al fin en una mula le sacaron,
 Con un pregon su culpa publicando,
 Que los indios por él se levantaron,
 Aquesto iba el verdugo pregonando.
 Tantos indios en esto se juntaron,
 El Cuzco de tal suerte alborotando,
 Que necesario fué que le rogasen
 Al Inca que mandase que callasen.

Allá en el cadalso pues subido,
 El Inca en alto levantó la mano,
 Al punto el alboroto y el ruido
 Cesó: porque veais si aquel pagano
 De sus indios seria bien temido.
 En esto determina ser cristiano:
 Bautízale un Obispo que está al lado,
 Y al punto la cabeza le han cortado.

Fué tanto el alarido y vocería
 Que los indios entonces levantaban,
 Que el mundo parecia se hundia
 Y las cosas ya todas se acababan.
 En tanto este negocio sucedia,
 Los tristes zaratinos lo pasaban
 Allá en nuestro Argentino de tal suerte,
 Que el mal alli menor era la muerte.

• De su hambre y desastres trataremos,
 Siquiera porque alguno haga memoria
 De piedad; y á Dios le rogaremos,
 Que tenga á los finados en su gloria;
 Y en esto dé esta hambre hablaremos,
 Como á quien cupo parte de la historia;
 Que tal me vide á veces, que rabiaba
 Por comer, mas comida no hallaba.

Y así probé manjares, y guisados
Jamás de hombres humanos conocidos.
Allí fueron los monos celebrados
Por capritos, y más enternecidos,
Tigres, osos, leones, desusados
Manjares, de la hambre convencidos,
Comíamos: empero tal me vía
Que con la hambre pura no dormía.

Viniendo de la iglesia una mañana,
Que había sacrificio celebrado,
Una comadre mía, Mariana,
De su pequeña choza me ha llamado,
En una isla dó antes la tirana
Le había á su marido sepultado,
Y oid lo que me dice muy gozosa,
Aunque del hecho suyo recelosa.

Un solo perro había en el Armada
De gran precio y valor para su dueño.
Llamado entró ese día en su posada,
Mas nunca más salió de aquel empeño;
Porque ella le mató de una porrada,
Al tiempo del entrar, con un gran leño;
Mostrándolo me dice: “¿qué haremos?”
Yo dije: “asad, Señora, y comeremos.”

Comímonos el perro con secreto,
Aunque ella su negocio exageraba
Por malo: mas yo dije, que el precepto
De no hurtar, jamás se quebrantaba
En casos semejantes; que el concepto
Muy bien en la escritura se explicaba;
Que entre los sabios es muy ordinario
Carecer de la ley lo necesario.

CANTO DECIMO-OCATVO.



En este canto se trata cuan mal lo pasaba la gente de Juan Ortiz en San Salvador, y como, ido al Paraguay, murió, dejando por Gobernador ú su sobrino Diego de Mendieta.



Pobreza, dice el vulgo, no es vileza,
Ni menos hambre ó de otros bienes falta
Mas hace vengá el hombre en tal bajeza,
Y mas cuando la gracia de Dios falta,
Que no basta el valor y la nobleza,
Que sobre el bajo cobre mal se esmalta:
El pobre jamas halla en cosa abrigo,
Y así dice el refran, no tiene amigo.

¿Quien vido bizzarria y gentileza,
Crianza, policia y buen donaire
De galanes, y damas tal belleza,
Postrada por el suelo coñ desaire?
Al fin todo este mundo, y su braveza,
Su vana presumpcion, es humo y aire,
Y todo es burlería prestamente,
Sino servir á Dios Omnipotente.

La gente sin ventura zaratina,
 Que digimos estaba rancheada,
 La muerte cada paso por vecina
 Tenia con la vida muy tasada.
 Seis onzas dan escasas de harina
 Hedionda, sin virtud y mal pesada:
 Así se vá la gente consumiendo,
 Hoy diez, mañana veinte, se muriendo.

Sin esto Juan Ortiz daba baldones
 A todos, con denuestos en la cara,
 Al tiempo del partir de las raciones,
 Por dó era la racion doblada cara.
 "Malditos, endiablados comilones,
 Tragones, apocados, gente avara,
 Que os trage yo de España á sustentaros,
 ¿Que os debo? estoy á punto por dejaros."

¡Oh! cuantas veces, dijo un tesorero,
 (Hernando de Montalvo se decia)
 Si Dios llevase aqueste vocinglero,
 El miserable pueblo quedaria
 Alegre, muy contento y placentero,
 Y luego nuestro mal se acabaria:
 Mas suelen durar mucho aquestos tales,
 Para enmienda y castigo de mortales.

Con esta falta estando de comida,
 Llegó del Paraguay socorro y gente,
 Que habiendo allá llegado de corrida.
 Garay, la despachó muy prestamente.
 Celebróse con gozo tal venida,
 Porque era necesaria de presente,
 Que á tal punto llegó nuestra miseria,
 Que vide á un religioso en tal laceria.

Al bosque yendo un día desganado,
 Muy falto de consuelo y de alegría,
 Encontré con un fraile muy honrado,
 Fray Alonso La-Torre se decia.
 De letras y virtud era dotado,
 A su padre Seráfico servia:
 Preguntándole yo ¿Qué estais haciendo?
 Al punto este me dice respondiend.

“Entiendo que en muy breve he de acabarme
 Y he salido á cortar, y no aprovecho,
 Madera: si os plugiese de ayudarme
 Haré para morir un candeicho,
 Que no espero jamas de levantarme,
 Segun estoy sin fuerzas y deshecho.
 Aquesto me diciendo, hácia el cielo
 Los ojos levantando, dió en el suelo.

Yo viendo su fatiga, muy lloroso
 Y triste, que le amaba en sumo grado,
 De presto de aquel prado, verde, umbroso,¹
 Corté para su lecho buen recado.
 Del suelo se levanta algo gozoso
 Por verme á mí, de varas bien cargado;
 Llevéselas á cuestas que el tal iba,
 Que ya no figuraba cosa viva.

Algunos otros vide en este estado,
 Soldados, sacerdotes, religiosos:
 Que no tiene respeto al esforzado
 La vil hambre, ni teme poderosos;
 Ni mira al que es filósofo ó letrado,
 Ni menos á los nobles generosos;
 Que al Papa, Rey, y bajo zapatero,
 A todos los iguala por rasero.

El socorro que digo, pues, venido
 Alegre nuestro ejército hambriento,
 Y en gozo y en placer es convertido,
 El pasado dolor y gran lamento:
 Mas nuestro Yamandú ya arrepentido,
 De estarse con nosotros tan de asiento,
 En una tenebrosa noche y prieta,
 Sin nadie lo sentir, huyendo aprieta.

No se tiene esperanza que parezca,
 Ni que vuelva á nosotros de su grado,
 Sino es para causar alguna gresca
 Conforme á las demas que él ha forjado.
 Roguemos, pues, á Dios que no se ofrezca
 En que el haga su oficio tan usado,
 Porque él en hacer mal está tan diestro,
 Que puede en el infierno ser maestro.

Gran priesa Juan Ortiz para partirse
 En este tiempo tiene, el rio arriba:
 Mas no podrá aqui Trejo escabullirse,
 Pues materia nos dá que de él se escriba.
 Por cierto que él que no sabe medirse
 En su lengua, no siente en que se estriba:
 Hablar, muy muchas veces ha pasado
 A muchos; mas callar nunca ha dañado.

En el Perú sabemos que acontece
 Perder por el hablar muchos la vida,
 Y él que á hablar se atreve, mal padece;
 Y escapa quien obró, y merecida
 La muerte bien tenia, que se ofrece
 A veces tropezon en la corrida.
 Gran cosa es el secreto y de gran precio,
 Pues vemos no le tiene el hombre necio.

A Trejo, Juan Ortiz bien respetaba,
Y por vicario puesto le tenia,
En tanto que de arriba se enviaba
El recado que en esto convenia:
Es cierto (que yo lo ví) le regalaba,
Con ser la falta grande en demasia,
Al Trejo no faltó jamas comida,
Mas él suelta su lengua desmedida.

En público está un dia entre soldados
Hablando de las cosas que hacia
El Juan Ortiz: trató descompasados
Negocios este Trejo en demasia;
De suerte que ya tuvo amotinados
A muchos con las cosas que decia:
Entre ellas, dice, aqueste es mal cristiano,
Conviene muy en breve echarle mano.

Hacer informacion que roba á todos,
Que nunca hace cosa en buenos puntos,
Habiéndonos robado por mil modos .
A cada uno por sí, y á todos juntos:
Que trata á todos mal, y por los lados
A todos echa; y de esto los trasuntos
A nuestro Rey envien en proceso,
Y á vueltas en cadenas, él, y preso.

El Juan Ortiz, que supo esta maraña,
Comienza de hacer informaciones;
Conviértese el amor en pura saña,
Y dice del vicario mil baldones:
Al fin se dá en la cosa tanta maña,
Que sube Trejo arriba con prisiones,
Dejando en este puerto mal parada
La gente que ha quedado de la Armada.

Partido Juan Ortiz, y comenzando
 A caminar por brazos, por esteros
 Que el rio por allí lleva, formando
 Mil islas de onzas, tigres, osos fieros
 Pobladas: mas no salen rescatando
 Los indios, como suelen, con sus cueros
 Ni carnes, ni pescado; que es indicio,
 Que quieren intentar otro ejercicio.

Sospéchase de cierto, pues no vienen
 Los indios al rescate acostumbrado,
 Que guerra concertada alguna tienen,
 Y el falso Yamandú la habrá forjado:
 Pues ya seguro estoy, por cierto, suenen
 Muy pocos arcabuces, que el soldado
 Desnudo, desarmado y desambrido,
 Cansado de remar, está dormido.

Al fin á Santa-Fé, tiempo gastando,
 Se llega, dó poco antes los yecinos
 Salieron á nosotros navegando
 En balsas, y canoas los Calchinos,
 Mepenes, Chiloazas voceando;
 Tambien salen por tierra á los caminos,
 Celebrando con gozo la venida
 A quien quitar quisieran alma y vida.

Estaba esta ciudad edificada
 Encima la barranca, sobre el rio,
 De tapias, no muy altas, rodeada,
 Segura de la fuerza del gentío.
 De mancebos está fortificada:
 Procura el indio de ellos el desvío,
 Que son diestros y bravos en la guerra
 Los mancebos nacidos en la tierra.

Subiendo, pues, el Rio de la Plata,
 Al Paraguay se llega muy ameno,
 El cual con menos furia se desata,
 Y en su corriente viene mas sereno.
 Por sus riberas caza bien se mata,
 Que el campo de venados está lleno,
 Y en él muchos dórados y patíes,
 Corbinas, palometas, y mandíes.

Con esto á la Asumpcion llega la gente
 Con gran placer, contento y alegría,
 Y con mucho socorro, que el teniente
 Al camino enviado nos habia.
 La gente paraguense alegremente
 A nuestro Adelantado recibia,
 El cual de á poco tiempo que ha llegado
 Abajo bastimentos ha enviado.

Holgó la gente, en ver que el bastimento
 Llegase á tan buen tiempo, que tenian
 Gran falta de comida y de sustento,
 Y mucha hambre todos padecian:
 Dejémoslos ahora en su contento
 Pues ha tan poco tiempo que plañian
 Que no durará mas el alegría,
 Que suele, al que es tahir, en su porfia.

La nao vizcayna, que plantada
 Dejamos en la tierra á su aventura,
 Habiendo sido de indios visitada,
 Con fuego la consumen su hechura.
 Mirad si fué la cosa bien pensada,
 En no dejar en ella criatura.
 Que allí fuera del fuego consumida,
 Sin poder escapar libre la vida.

El Juan Ortiz arriba con presteza
 Su oficio de justicia gobernaba,
 Con gran solicitud, y sin pereza,
 Quimeras nunca oidas inventaba.
 Aquel haberse visto en gran riqueza,
 Y verse de ella ageno, le cegaba
 Su razon de manera, que tropieza
 Por esto, é hiere siempre de cabeza.

No quiere sugetarse á otro consejo;
 El suyo, dice, que es el mas seguro.
 Un dia le hallé con sobrecejo,
 Pregúntole, que hace? Dice, juro
 Por Dios, que si me viesse en aparejo,
 Y á punto de perderme, y un maduro
 Me diese algun consejo, mas querria
 Perderme, que hacer lo que él decia.

Los reyes, yo le digo, que tomaban
 Consejo y parecer de sus letrados,
 Las ciudades tambien se gobernaban,
 Por hombres en las cosas mas versados:
 Y que solos aquellos acertaban,
 Que de consejo bueno son guiados.
 Antes, dice, querré se pierda todo,
 Que no tomar consejo de un beodo.

Vivió en el Paragúey algunos meses,
 Poniendo á muchos malos duro freno:
 Mas tuvo mil dislates y reveses,
 Que fué de caridad quito y ageno.
 De ver por cierto es, tucumánese
 Nunca gobernador hallaron bueno;
 Los nuestros Paragúenses cosa mala
 Jamás confesarán que hizo Irala.

Y no lo tengo cierto á maravilla,
 Que aquesto del gobierno está en ventura,
 Y mas quando no acierta la cuadrilla
 A ser de buena masa y compostura;
 Que no basta razon para regilla,
 Pues que carece della y de cordura:
 Bien claro está que mal será regida
 La cosa que no tiene en sí medida.

Lcs soberbios y vanos, los altivos,
 Muy mal vemos que dejan gobernarse;
 Los hombres zahareños, los esquivos,
 Que no quieren á yugo sugetarse;
 Aquestos son muy malos y nocivos,
 Y no puede con ellos bien tratarse.
 ¿Pues qué hará quien manda con tal gente
 Que de toda razon es careciente?

Habrà de armarse el tal con un escudo
 De gran paciencia y grande sufrimiento;
 Pedir á Dios fàvor muy á menudo;
 Mostrar con un sagaz contentamiento
 Amor á cada cual, por torpe y rudo
 Que sea, procurando que su intento
 Con el divino sea regulado,
 Con que en el gobernar será acertado.

En la Escritura vemos claramente
 Constar esta verdad muy á la larga,
 Quando para regir Moisés su gente
 Ayuda pide á Dios, y le descarga
 De la carga pesada; en consiguiante
 A aquellos buenos viejos se la encarga:
 De Moisés y su espíritu quitando
 Aquello que á los viejos Dios fué dando.

Aunque el Adelantado procuraba
 Guardar cuanto podia la justicia,
 Y al malo con presteza castigaba,
 Se veia que pecaba de malicia:
 Con todo en gran manera le cegaba
 Al tiempo el menester, mas su codicia:
 Por donde vimos todos claramente,
 Que estaba muy malquisto entre la gente.

El vulgo, en general, mal le queria,
 Y su vivir les daba grande pena;
 Y viendo que en la cama adolecia
 Lo tuvieron los mas á dicha buena.
 El Santo Sacramento recibia
 En un dia, y estando casi agena
 El alma de su cuerpo, por gran ruego
 Testó, y apenas firma, y muere luego.

Murió con mucho ánimo y con brio,
 Diciendo, ¡si podremos con la muerte!
 Yo mismo se lo oí, ¡y desafío
 Haceis, entonces dije, con el fuerte?
 Mas ella dió con él al traves frio,
 Tomando contrayerba de esta suerte
 En el caldo deshecha, por huylla,
 Y hállala mas presto en la escudilla.

Habia Pedernera, un hombre viejo
 Rogádole la tome, que seria
 Remedio saludable y aparejo
 Para sanar del mal que padecia.
 Pues quiere aprovecharse del consejo
 Al punto que su vida fenecia,
 Quien de consejo en vida no curaba,
 Segun él poco antes blasonaba.

Dejó en su testamento declarado,
 Que sea su legítimo heredero
 La hija que en los Charcas ha dejado,
 Y aquel que fuere esposo y compañero
 Suceda en el gobierno y el estado,
 Segun como lo tuvo el de primero:
 Y mande y rija, en tanto que ella viene,
 Su sobrino Mendieta que alli tiene.

El cabildo y ciudad le han recibido,
 Comienzan á llamarle *Señoria*;
 Es mozo que veinte años no ha cumplido
 Y en seso mayor falta padecia.
 Désque se vé en su trono ya subido
 A todos hace agravio y demasia:
 Al tio yo le oí pronosticarlo,
 Y harto duro estuvo de nombrarlo.

Nombróle coadjutor que le ayudase,
 Que fué Martin Duré: mas el Mendieta
 Dice á Martin Duré no le pasase
 Por pensamiento tal, ni se intrometa
 En cosa que hiciese él ó mandase;
 Que en el punto que tal cosa acometa,
 Sin duda le hará tan crudo juego,
 Que tenga menester ageno ruego.

Quedando con poder solo absoluto,
 Comienza de enfrascarse en desatinos,
 En obras y palabras disoluto,
 Haciendo mucho agravio á los vecinos.
 Por verle en sus costumbres tan corrupto
 Buscaban todos ya nuevos caminos,
 Y yo quiero buscarle en canto nuevo,
 Que ya en este decir mas no meatrevo.

CANTO DECIMO-NONO.



Trátase del mal gobierno de Diego de Mendieta, y de como fué preso en Santa Fé, y de como salió Garay al Perú, y volvió huyendo, y en su seguimien- to el capitan Valero.



Refran es muy antiguo y muy usado,
Que el malo que tras otro sucediere
Hará bueno al que fuere ya pasado.
Al que el presente canto bien leyere
Serále aquesto bien manifestado:
Que si notarlo un poco bien quisiere,
Verá que Juan Ortiz era un bendito,
Mendieta, su sobrino, muy maldito.

Al tiempo que la muerte le apretaba
A Juan Ortiz le oí que conocia
Que el pueblo su salud no deseaba:
"Yo soy malo, mas cierto que algun dia
Me haga alguno bueno." Si rogaba
La vieja por aquel que mal regía
En Roma, si á Mendieta conociera,
Mentarlo un solo punto no quisiera. (64)

Subido ya en la cumbre de su gloria,
 De toda cosa buena descuidado,
 Juicio, voluntad, y la memoria,
 En solas sus pasiones ha fundado.
 Y aunque esto demandaba nueva historia,
 Irá tan solamente aquí cifrado,
 Que no quiero contar por las parejas
 Sus cosas, que ofendiera las orejas.

Comienza, pues, Mendieta de cegarse,
 Vencido de zelillos y locura,
 De malos procurando acompañarse,
 Hallando en ellos corte á su hechura.
 No osaba de los buenos confiarse,
 Por ser de diferente compostura:
 A cuatro caballeros aprisiona,
 Y con mil vituperios los baldona.

En grillos y colleras los ponía,
 Y así los desterró por malhechores:
 Y el pobre no conoce que se vía
 Que todo lo causaban sus amores.
 A cumplir su destierro los envía,
 Mas oye Jesu-Cristo sus clamores:
 Volvieron del camino, y así presos
 Están en tanto que hay nuevos sucesos.

Vicencio á esta sazón, dicen, dijera:
 "Mal hace de prender Mendieta gentes
 Sin culpa, y sin razón." Mas quien lo oyera
 Denuncia con palabras diferentes.
 Al fin vino la cosa en tal manera
 Que encarta á los que estaban inocentes.
 Vencido del tormento, y engañado,
 Por dó fué luego á muerte condenado.

Al tiempo que en la horca está subido,
 De su conciencia y alma temeroso,
 Publica como en todo había mentido
 Por medio del tormento riguroso.
 A voces testimonio fué pedido
 De aquello que allí dice, y el furioso
 Verdugo le colgó, que está compuesto
 Que hiciese el oficio muy de presto.

Garay, que en Santa-Fé está teniente,
 Con la muerte de nuestro Adelantado
 Al Perú se salió con Pedro Puente,
 Aunque Abrego impedirlo ha procurado.
 A los Charcas llegando incontinente,
 Habiendo su negocio relatado,
 Procuran Doña Juana se casase
 Con persona que bien les gobernase. (65)

Por suerte á Doña Juana le cubia
 El Licenciado Vera por marido:
 Por Oidor en los Charcas residía;
 La misma plaza en Chile hubo tenidõ;
 Y en su tiempo el Arauco le temía,
 Que á vueltas de las letras ha servido
 A nuestro gran Felipe con la espada,
 Andando tras la gente rebelada.

D. Francisco el Virrey, dicen, quisiera
 Casar á Doña Juana de su mano:
 A Garay le escribió que á Lima fuera.
 Las cartas del Virrey fueron en vano,
 Que el Licenciado Torres y de Vera
 Habia madrugado mas temprano;
 A Juan Garay hace su teniente,
 Y vuélvele á enviar muy brevemente.

Matienzo en este tiempo presidia,
 Y tiene del Virrey ya mandamiento
 Contra Garay, que á priesa residía,
 Temiéndose de algun impedimento.
 Tras él el Presidente al punto envía
 A Valero, que sale como un viento,
 Y con las provisiones le requiere,
 Mas él, obedecerlas nunca quicre.

El buen Torres de Vera como entiende
 Aquesto, determina de partirse
 Al Rio de la Plata, que pretende
 Del Virrey y su ira escabullirse.
 Tras él saliendo Céspedes, le prende,
 Que no le aprovechó con priesa el irse.
 Triunfo Loyola de él con mucha estima,
 Y luego le despacha para Lima.

D. Francisco le tuvo aprisionado,
 En él ejecutando puras zañas;
 A cabo ya de dias se ha librado,
 Que el tiempo vemos cura mil marañas.
 A su plaza despues que se ha tornado,
 A cabo ya de dias tuvo mañas;
 Como se vuelve á estar, aunque le quita
 D. Diego cuando vuelve á la visita. (66)

Mendieta pensará ya que le olvido,
 Por ver que en el Perú ando olvidado ;
 Habiéndole yo mismo prometido
 Decir aqui cuan mal se ha gobernado.
 Andaba el sin ventura tan metido,
 Y en fuego del amor tan abrasado,
 Que las brasas de amor y vivo fuego
 Le tienen convertido en niño ciego.

Antiguos, que á Cupido celebràstes
 Por Dios de amor, con arco y con saeta,
 Y niño rapacejo le pintàstes,
 Con venda que la vista bien le aprieta;
 No dudó sino que nos acordastes
 Que habia de nacer este Mendieta:
 Que si es ciego el amor y sin sentido,
 No teneis que buscar otro Cupido.

Aunque á muchas mugeres requestaba,
 Y á su gusto y mandado las tenia,
 A una mas que á todas él amaba,
 Que en hermosura á todas excedia.
 Por esta de muy muchos se celaba,
 Por esta á todo el mundo aborrecia,
 Por esta tuvo origen su locura,
 Por esta feneció su desventura.

Por esta muchas fiestas se hicieron,
 Por esta se jugó sortija y cañas,
 Por esta toros bravos se corrieron,
 Por esta se hicieron mil hazañas:
 Por esta algunos justos padecieron,
 Por esta vide yo muchas marañas,
 Por esta andaba el pueblo alborotado,
 Por esta se han los cuatro desterrado.

Por esta, una muger que fué nacida
 En el Brasil, muy vieja, con gran saña
 Me dijo: "Ay, mi señor, como perdida
 En otro tiempo, dice, que fué España
 Por la Cava, esta tierra dolorida
 Por esta lo será; y pues que daña
 La tierra tanto esta, procuremos
 Que salga presto délla y sus extremos."

Y aunque al Mendieta á veces sucedian
 Disgustos, pesadumbres á manojos,
 Y á él por esta causa aborrecian
 Algunos, y le daban mil enojos,
 Muy poco aquestas cosas le empecian,
 Que mas amaba aquesta que á sus ojos.
 Y asi buen rostro á todos males hace,
 Y en su gusto á su gusto satisface.

En una noche un page hubo hallado
 Un papel bien cerrado, en que decia,
 Que mal á todas gentes ha tratado,
 Y agravia con molestia en demasia;
 Y que no siendo en esto moderado,
 El pago le dará Dios algun dia:
 El pobre con enojo loco y ciego
 Publica lo que dice el papel luego.

Comienza de hacer informaciones,
 Y prende á los que estaban inocentes,
 Y con algunas falsas relaciones,
 Con prision atormenta á muchas gentes.
 No sale con sus vanas pretensiones,
 Aunque pone calor y grandes dientes;
 Y asi confuso deja la pesquisa
 Del libello, diciendo que era risa.

Tambien prendió á una dama, porque habia
 De la cárcel sacado á su marido,
 Con crudo corazon y tirania,
 En muy brava prision la hubo metido.
 La triste con dolor asi decia,
 Su rostro de llorar muy consumido:
 "Adonde estás, Filipino ¡Ay desdichada!
 Doliórnate de verme maltratada."

“Sabráslo, pues, Rey mio, si plugiere
 Al alto Rey de reyes, y sabido
 El castigo harás que mereciere,
 Quien con tanta crudeza me ha oprimido.”—
 “En tanto yo haré lo que quisiere,
 Mendieta la responde embravecido,
 Y vos prestad los pies á aquestos grillos,
 Que habeis, por mas que os pese, de sufrillos.”

Su marido de aquesta preso estaba,
 Con dos pares de grillos y cadena,
 Y aunque el Mendieta culpas publicaba,
 La mayor no pesaba como avena :
 Y como la muger se recelaba,
 El alma de temor y miedo llena,
 Al marido á sus cuestras ha sacado,
 Y en la iglesia y sagrado lo ha enceftrado.

A personas muy muchas oprimia,
 A viejos Españoles muy honrados,
 Que á los mozos traviesos consentia
 En sus vicios andar muy desmandados.
 Con esto y otras cosas que hacia,
 Estaban los juicios ofuscados
 De todos, el remedio no esperando,
 Si no morir con pena suspirando.

Andaba la Asumpcion tan temerosa,
 Que padres á los hijos no hablaban,
 La muger del marido recelosa,
 Las madres de las hijas se guardaban.
 Justicia del Señor muy rigorosa,
 Las cosas de Mendieta figuraban
 Castigo en recompensa de pecados,
 De los presentes vivos y pasados.

Los Españoles viejos muy ancianos,
 Con su cabello blanco y barbas canas,
 A la inoportuna muerte ya cercanos,
 Cansados de sufrir cosas tiranas,
 Echaban á monton juicios vanos,
 Y fingiendo esperanzas muy cercanas,
 Formaban el remedio deseado,
 Y asi crecia la pena y el cuidado.

Los clérigos y frailes muy á prisa
 Avisos para España despachaban.
 Mendieta en esto pone gran pesquisa,
 Las cartas en zapatos despachaban:
 El falso mensajero se lo avisa,
 Y como en los zapatos se hallaban,
 En callar se resumen suspirando,
 Que el hablar se juzgaba por nefando.

En esto á Santa Fé quiso bajarse
 Con vana presumpcion y bizarría,
 Que es vispera cercana de acabarse
 Sus quiméras y loca fantasía.
 De mucha gente hizo acompañarse,
 Que á fuerza de su grado le seguía,
 Apenas, como dicen, ha llegado,
 Y vése de prisiones rodeado.

La causa no pensada cierto ha sido.
 Que no pudo hallarse fundamento,
 Sino solo sentir como ha venido
 De arriba del supremo firmamento.
 Con Francisco de Sierra hubo tenido
 Palabras, atencion pido á mi cuento,
 Que no fué aquesta cosa fabulosa,
 Antes la juzgo yo por milagrosa.

Aqueste **Sierra** era muy honrado,
 Y de los naturales muy querido,
 Hombre de presumpcion y muy soldado,
 Por donde era de todos muy temido.
 Despues que las palabras han pasado,
 Mendieta le llamó, mas no ha querido
 A su mando ir, que se recela,
 Que Mendieta le llama con cautela.

A la iglesia se vá huyendo luego,
 Que al fin bien vale mas salto de mata,
 Que no de los amigos, buenos ruego,
 Segun el comun dicho diçe y trata.
 Mendieta sale al punto como fuego,
 Y cuando nuestro Sierra nose cata,
 De la iglesia le sacan sin recelo,
 Sin dejarle llegar los pies al suelo.

Como sacan del templo consagrado
 A Sierra con aquella pesadumbre,
 El pueblo todo junto alborotado
 Acude, y de mancebos muchedumbre.
 Salió gritando á voces un soldado
 Sin saber lo que es; que de costumbre
 Tenia de gritar; sueltan á Sierra,
 Y á Mendieta la gente toda afierra.

El pobre desque vió como aferraba
 La chusma de él, procura escabullirse
 Con una poca gente que llevaba,
 Que con él determina de huirse.
 Como Sierra sintió que le dejaba,
 Apenas acabó de desasirse,
 Cuando con furia echó mano á la espada,
 La chusma le acudió de mano armada.

Juntóse el pueblo todo con él luego,
 Y viendo que Mendieta fué huyendo,
 Cercáronle la casa, y pegar fuego
 Querian; mas sintiendo el gran estruendo
 Mendieta, con temor pide á gran ruego
 Le dejen: la canalla le está oyendo,
 Que dice, "por amor de Jesu-Cristo
 Cesad, que de mandar yo me desisto."

El pueblo sosegó de aquel bullicio,
 Y piden que dé fé un escribano
 Como Mendieta cede de su oficio
 Que aquesto dicen ser á todo sano.
 Nuestro Rey lo tendrá por gran servicio;
 El pueblo dice que este es un tirano;
 Hágase aqui de todo buen proceso,
 Y vaya este traidor á España preso:

Con él se habian, huyendo, retraido
 Galiano de Meira, el bullicioso,
 Y Ochoa vizcaino, su querido;
 No sé cual de ellos era mas vicioso.
 El pueblo con instancia le ha pedido
 Que si quiere tener algun reposo
 Aquestos eche fuera de la casa,
 Sino que le harán en breve brasa.

Su perdicion el pobre conocida,
 Hablándoles está de esta manera:
 "Muy bien sabeis, amigos, por la vida
 Se ha de aventurar cosa cualquiera:
 Salid, porque pasada esta corrida,
 Y vuelto yo á me ver en talanquera,
 Yo os juro que de aquestas opresiones
 Muy largo vengareis los corazones.

Salieron, que el salir era forzado:
 Los alcaldes los prenden. A Mendieta
 Dejéronle salir acompañado
 De guardas, porque temen no acometa
 Hacer apellidando mal recado,
 Que alguna gente viene, aunque secreta.
 Que le puede ayudar; mas el famoso
 De Tebas, contra dos no es provechoso.

Con las guardas salia á pasearse
 Al campo, por tomar algun consuelo:
 No deja con lamentos de quejarse
 De su triste ventura, y crudo duelo.
 "¡Habrà algun tiempo, dice, de acabarse
 Mi pena, mi dolor y desconsuelo!
 Tendrán cabo mis males algun dia,
 Pues lo tuvo mi gozo, y mi alegria!"

¡A que duro diamante no ablandára!
 ¡A que leon cruel no conmoviera!
 ¡A que hircana tigre no amansára!
 ¡A que pecho mortal no enterneciera,
 Si el principio y el fin considerára
 De aqueste sin ventura, su quimera!
 Aquel verle en su trono colocado.
 Y ahora por el suelo derrocado.

Maldita seas, Fortuna, loca, insana,
 Ingrata, desleal y fementida,
 Cruel, injusta, pérfida profana,
 Invida, desleal, desconocida,
 Traidora, sin verdad, perra, tirana;
 Mudable, sin compás, descomedida;
 Seguid de la Señora sus preceptos
 Que mas tiene de aquestos epitetos.

Anduvo, pues, el triste y afligido
 Mendieta algunos dias de esta suerte,
 Confuso, sin favor, y aborrecido,
 Y aun temeroso mucho de la muerte.
 En esto su proceso concluido,
 Echándole en prision segura y fuerte,
 Con fin de despacharle preso á España:
 Y oid de aqueste hecho una maraña.

Despáchanle con gente y marineros
 En una muy hermosa caravela:
 El alcalde Espinosa con mil fieros,
 Con su gente le hace centinela:
 Sin pasar veinte dias bien enteros
 A San Gabriel llegaron, porque vuela
 La nave, como un vivo pajarito,
 Tambien con Espinosa su barquito.

Espinosa se vuelve desde que habia
 Llegado con Mendieta á aquel parage;
 Su gente le ha rogado convenia,
 Que un poco retorciese su viage,
 Y que á San Salvador lleve la via;
 Hiciéronlo: Mendieta con corage
 Bajaba por el rio suspirando,
 Y á Dios venganza de esto demandando.

Garay, que del Perú viene huyendo,
 Habiéndole Valero con presteza
 Seguido, y estorbarle pretendiendo
 La entrada, al Argentino sin pereza
 Camina: mas Valero le siguiendo,
 Sentido ha sido dél. ¡Cuanta tristeza
 El pobre de Valero ha recibido,
 Por ver que de Garay fuera sentido!

Valero una jornada atras camina .
 Garay envia por él con tres soldados.
 Preso delante dél se determina
 De un árbol le colgar; apiadados
 Los que con él están, de aquella ruina,
 Y de aquellos negocios mal guiados,
 Rogaron á Garay le perdonase,
 Y vivo por entonces le dejase.

La vida le concede muy rogado,
 Aunque muerte civil allí le diera,
 Habiéndole de boca deshonrado,
 Que mucho mas, decia, lo sintiera
 Que haberle dado muerte y ahorcado.
 Aquesto á mí Valero me digera,
 Tambien Garay del hecho se jactaba,
 Y en la Asumpcion á mí me lo contaba.

Dejóle allí llorando su ventura,
 Y para que no pueda ir adelante
 La cosa asegurar así procura.
 Arrebata un agudo pujavante,
 Y jurando cumplió luego la jura.
 Despálmale la mula en un instante:
 La mula con dolor está gimiendo,
 Y Garay con los suyos vá riendo.

• Allega á Tucuman de mano armada:
 El Abrego que estaba gobernando,
 Nunca supo de aquesta melonada,
 Pasóse en breve á priesa caminando:
 Que si la cosa fuera revelada,
 El Abrego papeles ordenando,
 Al Perú á Garay preso enviára,
 De que el Virrey muy mucho se holgára.

Aunque es verdad Garay se defendiera
 Y así con sus soldados lo ha tratado;
 Con todo, yo bien creo no pudiera,
 Que habia de quedar muerto ó ligado.
 A cencerros tapados sale fuera,
 Y con razon se juzga bien librado:
 A Santa-Fé endereza su camino;
 Valero á Tucuman en esto vino.

De lo pasado dando larga cuenta
 Al Abrego, que estaba arrepentido,
 Con ansias y dolor casi revienta,
 Perdiendo la memoria y el sentido.
 Por escrito muy largó, bien lo asienta;
 Y á los Charcas el caso ha referido,
 A dó Matienzo en breve ha despachado
 Y al Virrey el negocio ha recontado.

En gran manera siente la huida
 De Garay el Virrey; y se sonaba
 Que corriera peligro de la vida
 Si el Virrey le cogiera, y procuraba
 Vengar la desvergüenza cometida,
 Que por tal, se decia, la juzgaba:
 Que quieren los Señores, segun veo,
 Los sirvan á medida del deseo.

Garay á Santa-Fé llegó contento,
 Y en breve á la Asumpcion ha procurado
 Subir á remo y vela con el viento;
 Salió de mucha gente acompañado:
 Que esto de estar un hombre en grande asiento,
 Y próspera fortuna colocado,
 Aumenta los amigos y los criados;
 Los pobres luego son desamparados.

Camina el río arriba diligente,
 Que fué muy ayudado de los vientos,
 Y así bien se venecía la corriente,
 Por dó se satisfacen sus intentos.
 La ciudad le recibe incontinente,
 Y algún tiempo estuvieron muy contentos:
 Mas presto de otra suerte sucedía,
 Que no puede durar el alegría.

Mendieta, que bajaba navegando,
 Antes de salir al mar ha procurado
 Tomar tierra en la gente confiando
 Que tiene el postrer pueblo allí poblado.
 Por bajo Santa-Fé vá atravesando,
 Por medio de la tierra ya llegado;
 Quirós, que allí mandaba, le recibe,
 Mas luego al Espinosa se lo exhibe.

Espinosa le vuelve con presteza
 A embarcar desde allí en la caravela;
 El triste de Mendieta con tristeza,
 En demanda de España dá la vela:
 El Piloto, que fia en su destreza,
 Con muy grande esperanza le consuela
 Diciendo, que darán en San Vicente,
 De á dó podrá volver con fuerza y gente.

Con temporal deshecho, ó de su grado
 La costa del Brasil luego tomaron,
 Y habiendo todos ya desembarcado
 En el Rio Janeiro dó aportaron,
 Mendieta su negocio recontado,
 Los Lusitanos todos le ayudaron:
 Determina volver, y fué de suerte.
 Que de ello no sacó menos que muerte.

Rehechos, pues, de pocos adherente
 Salieron del Brasil en su navio,
 Al Ibiáza llegaron diligentes,
 Con vana presumpcion y desvario.
 Juicios, pareceres diferentes,
 Dividen todo el reino y señorío;
 Pues esto fué la causa feneciese
 Mendieta, y su soberbia perciese.

Así como tomaron puerto aína,
 Mendieta en tierra salta, procurando
 Á todos maltratar con su maligna
 Y brava condicion tiranizando.
 La gente comarcana allí, y vecina,
 De ver su crueldad está temblando,
 Y los que con él vienen lo aborrecen,
 Que sus cosas y hechos lo increcen.

Habíase con él desembarcado
 Alguna de la gente que venia
 En el navio á vueltas: un soldado,
 Por no sé que temor, de él se huia:
 Por engaño y palabras ya tornado,
 En dos partes por medio le partia,
 Y cuelga la mitad con la cabeza
 En un palo, y en otro la otra pieza.

El piloto mayor, y marineros
 Al viento dan las velas, temerosos
 De ver aquestos locos desafueros,
 Y al Paraná se vienen recelosos.
 Dejándole con siete compañeros,
 Entre indios bautizados y amorosos.
 En el navio dando vela al viento,
 A Santa-Fé llegaron á contento.

Garay, que en la Asumpcion estaba, arruina
 A todos por el suelo, sin derecho
 Guardar, si no lo que él solo imagina
 Que puede convenir á su provecho,
 Y con una soberbia cruel, maligna
 Encumbra su negocio hasta el techo,
 Y pobre del que él hiere con su mano,
 Que no hay pollo á quien hiera así el milano.

En esto se acordó hacer conquista
 Al Nuara, que es indio muy mentado;
 Hizo de los soldados una lista,
 Y al pié de ciento treinta se han juntado.
 Garay con mucha priesa pues se alista,
 Que piensa en la conquista ser medrado;
 Y el fin que se publica es, hacer guerra
 Al indio levantado por la tierra.

Los indios Guaranés rebelados
 No acuden á servir como solian,
 Y siendo, como son, ya bautizados
 En ritos y abluciones se metian.
 Serán aquestos cuentos relatados
 En su lugar, y cosas que hacian:
 Con este calor salen, pues, ligeros
 Garay, y ciento treinta arcabuceros.

El rio arriba yendo navegando
 Al Jejuí, muy hondo, rio pasaron;
 Despues la tierra adentro van cortando,
 Y al Ipaneme grande atravesaron.
 En luengo del arriba caminando,
 A la Fuente de Lirios allegaron;
 Dó nace el Ipané tan afamado,
 A quien el indio llama *Desdichado*.

El piloto mayor con el navío,
 Llegando à Santa Fé, salió gozoso:
 Alaban los de allí su desvario,
 Diciéndole que ha sido venturoso.
 Mendieta quedó allá sin el navío;
 Dó presto feneciò, triste y lloroso:
 Estotros placenteros con contento
 De Santa Fé salieron con buen viento.

A la Asumpcion llegaron victoriosos,
 Pensando que hicieron grande hazaña,
 A donde los recibe muy gozosos,
 Como si vueltos fueran ya de España.
 En referir su cuento están dudosos,
 Que no saben cuèl cosa es buena ó daña;
 Mas poco les costó, que es cosa usada
 En las Indias costar lo malo nada.

El bueno allá padece cruda pena,
 Y siempre le vereis andar corrido,
 Y tiénelo á ventura, y dicha buena
 Estarse en su rincón solo metido.
 Al malo, mal suceso no le pena,
 Que si hoy dos mil desastres le han venido,
 Mañana le vereis con triunfo y gloria,
 Perdida de sus males la memoria.

La causa de este mal es el anchura,
 Y libertad tan grande permitida,
 Que vemos una grande desventura,
 Que la muy baja gente es tan tenida,
 Como la que es mas noble de natura.
 Es esta cosa allá tan conocida,
 Que el zapatero vil y el calcetero
 Se iguala con el noble caballero.

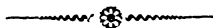
Pregunto un caballero Trugillano,
 Llamado Luis de Chaves, ceceoso,
 A Hernando Pizarro, cuyo hermano
 Vencido fué de Gasca, el gran mañoso:
 Que si allá en el Perú, al que es villano
 Y al que es hidalgo y hombre generoso,
 Les daban sus medidas bien cabales;
 Pizarro respondió, que eran iguales.

Buen siglo, dijo el Chaves: allá tenga
 En el Cielo mi padre, que ha dejado
 Hacienda en esta tierra; allá se avenga
 Aquel que por la plata allá ha pasado;
 Que en mas estimo yo se desavenga
 Conmigo aquel que en sangre no ha igualado;
 Que la plata con esas confesiones
 No es para quien tiene presumpciones.

Dejemos esto ahora, y revolvamos
 A Garay, que se siente con pujanza:
 Y porque por extenso lo digamos,
 Hagamos aqui fin de aquesta estanza:
 Y mas que en la siguiente recontamos
 Del furioso arcabuz y de la lanza,
 Conviene cosas nuevas y de espanto
 Comenzar á contar en nuevo cauto.



CANTO VIGESIMO.



Cuéntase en este canto como un indio llamado Obera se intitulaba hijo de Dios, y á un hijo suyo, Papa, y á otro emperador; y como Garay entró en los Nuarras, y de vuelta rompió la palizada de Yaguatati.



El abeja convierte, como vemos,
Las flores en la miel dulce y sabrosa,
Del araña y la víbora leemos,
Que en ponzoña las vuelve ponzoñosa.
En nuestra santa fé bien conocemos
Que pasa desta suerte aquesta cosa;
Pues el herege y malo, de las flores
Del Escritura torna en sus errores.

• Cuanto deba tratarse con llaneza
A los indios la Fé, vemos muy claro,
Que no se le ha de dar pan con corteza,
Al niño, dice Pablo muy preclaro.
Y pues que se conoce la rudeza
Del indio, y su juicio tan avaro,
Conviene como á niños darles leche,
Porque en ellos la fé santa aproveche.

Martin Gonzalez, clérigo idiota,
 Que á *musa* solamente no sabia,
 Al indio predicaba que fué rota
 La torre de Babel, y que vencía
 David al gran Goliath con su cota,
 Con solo una hondilla que traía.
 Sin esto otros misterios, altos, bellos,
 Que al indio no se sufre tratar dellos.

Un Obara quedó tan doctrinado
 De los sermones deste; que fué parte
 Por donde el Paraguay arrinconado
 Estuvo mucho tiempo, y de mal arte.
 Despues que aqueste indio levantado,
 En sus tierras ha sido, luego parte
 Con mucha gente é indios que traía
 A sembrar los errores que tenía.

Con este la nacion ruda, indiscreta
 Del Guaraní andaba perturbada,
 Que introducir pensaba nueva seta
 Este indio que la tiene levantada.
 La espantosa señal y gran cometa
 Que se vido al ocaño levantada
 Les dice, quando fué desaparecida,
 Que la tiene en un cántaro escondida.

Y que á su tiempo habia de sacarla,
 Con fin de destruir á los cristianos;
 Que á aquesta causa él quiso fabricarla,
 Teniendo compasion de sus hermanos.
 Tenia aqueste perro grande garla,
 Y como son los indios tan livianos,
 Y amigos de seguir nuevos caminos,
 Forzóles á creer sus desatinos.

Obera, como digo, se llamaba,
Que suena *resplandor* en castellano:
En el Paraná Grande este habitaba,
El bautismo tenia de cristiano:
Mas la Fé prometida no guardaba,
Que con bestial designo á Dios, tirano,
Su hijo dice ser, y concebido
De Virgen, y que Virgen lo ha parido. .

La mano está temblando de escribillo,
Mas cuento con verdad lo que decia
Con loca presumpcion aquel diablillo,
Que mas que diablo en todo parecia.
Los indios comenzaron de seguillo
Por todas las comarcas dó venia,
Atrajo mucha gente asi de guerra,
Con que daños hacia por la tierra.

Dejando, pues, su tierra y propio asiento,
La tierra adentro vino predicando:
No queda de indio algun repartimiento,
Que no siga su voz y crudo mando.
Con este impio pregon y mal descuento
La tierra se va toda levantando,
No acude ya al servicio que solia,
Que libertad á todos prometia.

Mandóles que cantasen y bailasen,
De suerte que otra cosa no hacian,
Y como los pobretes ya dejasen
De sembrar y cojer como solian,
Y solo en los cantáres se ocupasen,
En los bailes de hambre se morian,
Cantándoles loores y alabanzas
Del Obera maldito y sus pujanzas. (67)

Un hijo que este tiene, se llamaba
 Por nombre Guiraró, que es *palo amargo*.
 Del nombre Papa aqieste se jactaba.
 Con este el padre, dice, "yo descargo
 La grande obligacion que á mí tocaba,
 Con darle de pontífice el encargo."
 Aqieste es el que viene bautizando,
 Y los nombres á todos trasmutando.

No quiero mas decir de sus errores
 De que andaba la tierra alborotada
 En todo el Paraná, y sus rededores;
 Y así se fué tras él de mano armada.
 Mas como este tenía corredores,
 Y gente puesta siempre en grau celada,
 En viendo la pujanza conocida
 Del enemigo, pónese en huida.

Aqieste fué la causa que estuviese
 La tierra levantada, como estaba,
 Y que á servir al pueblo no viniese.
 Tambien Garay, digimos, publicaba
 La guerra contra este, aunque tuviese
 Otro designio, al fin, pues, caminaba,
 Cuando Fuente los Lirios ha tomado,
 Dó nace el Ipaneme desdichado.

Tomando los soldados esta fuente,
 Sus tiendas y sus toldos asentaron;
 Entorno de la cual, alegremente
 Del prolijo camino descansaron.
 De un bosque muy cercano de repente
 Dos indios salen fuertes, y llegaron
 Do estaba nuestra gente reposando,
 Y de los dos, el uno está hablando.

"A tan activo, dice, atrevimiento
 No habia de ofrecerse desafio,
 Mas castigo hacer para escarmiento
 De vuestra presuncion y desvario.
 ¿Porqué os osais meter en este asiento,
 Con tan flaca pujanza, y poderio?
 Salid, con lanza, espada, y con escudo,
 Que me basta esta pica, aunque desnudo.

"Pudiéramos traer arcos y flechas,
 Mas quiere el gran Cacique sean probadas
 De vosotros ahora estas derechas,
 Que tienen mil cervices quebrantadas.
 Por tanto apagareis tambien las mechas,
 Que son armas al fin aventajadas,
 Y con lanza y espada, ó á los brazos
 Hagámonos de presto aquí pedazos.

"Dos somos, salgan dos, tres, cuatro, luego
 De aquellos que presumen ser valientes,
 Que por temor ó miedo, ni por ruego
 No habemos de afrentar á los parientes."
 Al punto que esto oyeron, como un fuego
 Saltaron dos mancebos diligentes,
 Inciso y Espeluca, sus espadas
 En las bravosas manos empuñadas.

Pitum y Corací, como los vieron
 Salir con tal esfuerzo y gallardia,
 Con rabia y con furor arremetieron,
 Y las picas calaron á porfía.
 Los gallardos mancebos acudieron
 Con tal ardid y maña y osadia,
 Que traban en un punto tal batalla
 Que Marte no cansára de miralla.

Al Inciso Pitum le cupo en suerte,
 Que en el aire parece salta y vuela,
 Con su pica tostada, grande y fuerte
 Por cien partes le rompe la rodela:
 Y aunque parece darle ya la muerte,
 De tal suerte el cristiano se desvela,
 Que pierde Pitum toda su esperanza,
 Que el cristiano le corta media lanza.

El bravo Corací al Espeluca,
 Con ánimo bestial encrudecido,
 Le tiene á mal traer, y á la boruca,
 El suelo su tropel ha ennegrecido.
 Con fuerza con la pica le trabuca,
 El cristiano con maña, guarecido
 Se tuvo, porque estando de rodillas
 A Corací ha herido en las megillas.

Inciso, como vé que le faltaba
 La media de la pica á su enemigo,
 Con ánimo mayor mas se arrojaba,
 Y un golpe le tiró junto al ombliigo.
 Pitum, del corazon fuerzas sacaba,
 Que no las tiene todas ya consigo,
 Y viéndose sin fuerzas y acosado,
 A los brazos venia denodado.

El cristiano, que siente lo que quiere,
 Por ver como se estira y endereza,
 Con fuerza de alto abajo bien le hiere;
 Y aunque el golpe arrojaba á la cabeza,
 La mano le cortó. Si no huyere
 Pitum, ha de morir en breve pieza;
 Mas él está tan ciego en no huirse
 Que mas quiere morir que escabullirse.

Al fin, como se vé sin una mano,
 Y el dolor que padece le atormenta,
 Volviendo las espaldas al cristiano,
 El resto de la pica al suelo abienta.
 Huyendo vá á gran priesa por el llano,
 Que ya no se le acuerda del afrenta;
 El otro, que se vió sin Pitum, solo,
 Aprieta con mas fuerza que el Eolo.

Inciso y Espeluca, mal heridos
 Quedaron, y confusos de este trance,
 Por ver los enemigos ya huidos,
 Sin que ellos puedan irles en alcance;
 Que el capitan prohíbe sean seguidos,
 Diciendo que bastaba el bello lance,
 Y que del hecho suyo, fama y gloria
 Merecen, pues quedaron con victoria.

Pitum y Corací van sin pereza
 Huyendo como suelen, de los lazos
 Las zorras escaparse, con destreza,
 Haciendo los cordeles cien pedazos.
 A no tener tal maña y ligereza,
 Quedáran hechos piezas, pies y brazos:
 Mas juzgan por mas sana la huida,
 A trueco de escapar libre la vida.

Llegados á su estancia relataron
 La batalla, y reencuentro que tuvieron;
 A su cacique bien representaron
 El peligro notable en que se vieron.
 Los golpes y heridas demostraron,
 La mucha roja sangre que vertieron,
 Pitum, perdí mi mano la derecha,
 Dice, y estotra nada me aprovecha.

El Coraci, con ansia dolorosa,
 Echad, dice, Señores, en remojo
 Las barbas, pues que veis cual vá la cosa,
 Que me cuesta el reencuentro el diestro ojo:
 No he visto gente yo tan bellicosa,
 Les dice: no penseis que esto es antojo,
 Que son hijos del Sol estos varones,
 Y mas bravos que tigres y leones.

El gran Tapuy Guazu con pecho fiero
 Soltando la voz triste y lastimera,
 Mí fin, dice, se llega ya postrero,
 La hora se me acerca postrimera:
 Mas conviene la vuestra aquí primero
 Se cumpla y encendida una hoguera
 A Corací y Pitum, porque tornaron
 Con tal nueva, allí vivos los quemaron.

Y junta luego al punto allí su gente
 Y desta forma á todos ha hablado:
 "Amigos, cosa es muy conveniente
 Que aqueste caso sea bien mirado;
 Que las cosas tratadas de repente
 No suelen suceder en buen estado:
 Por tanto el parecer de cada uno
 Es justo que se escuche de consuno."

Primero á Urambia dijo que hablase,
 Y aunque él con discrecion lo rehusaba,
 Porque Tapuy Guazu no se enojase,
 Al fin con ronca voz así hablaba:
 "Antes que nuestras tierras ocupase
 El español soberbio, se sonaba
 Que habia de perderse nuestro estado,
 Y ser de nuevas gentes conquistado."

“Yo puse en este caso diligencia
 Mirando las estrellas y planetas;
 También tuve gran cuenta y advertencia
 En ver andar errando los cometas,
 Y enséñame también ya la experiencia,
 Por ver otras naciones ya sujetas,
 Que no han de bastar fuerzas ya de manos
 Contra el poder soberbio de cristianos?”.

“Así que, me parece, que conviene
 Con gozo recibir al enemigo,
 Y pues que con poder y fuerza viene
 Tomémosle por fiel y buen amigo.
 Y es justo que en la tierra no se suene
 Que al español no damos buen abrigo,
 Que al punto le darán contrarias gentes,
 De á dó resultarán inconvenientes.

Muy duro les parece este consejo
 A todos los que estaban congregados;
 Mas tienen reverencia al cano viejo
 Y á sus hechos heróicos y afamados.
 Curemo, con muy grande sobrecejo,
 Se sale con sus hijos á los lados
 Oyendo esto, y no dice cosa alguna,
 Y con su gente entró en una laguna.

• Tapuy Guazú mandó, pena de muerte,
 • Que de la junta nadie se saliese,
 Y que todos hablasen por su suerte,
 Y el caso con amor se decidiese.
 Berú, de gran valor, indio muy fuerte,
 Al cacique le dijo le plugiese
 A Curemo llamar, pues conocia
 Su suerte, su valor y valentia.

Dos indios á llamarlo se partieron
 Por orden del cacique y mandamiento:
 Por la laguna adentro se metieron,
 A dó el padre á los hijos juramento
 Les toma (de cumplirlo prometieron)
 Que mueren en defensa de su asiento,
 Les dice, pues mejor es buena muerte,
 Que vil, y desastrada y triste suerte.

Los mensageros dieron su recado,
 Curemo respondió modestamente,
 Que estaba en la laguna ya alojado,
 Y que quiere meter allí su gente,
 Por no dar ocasión á que el soldado
 Le haga mal: que luego incontinentemente
 Irá al consejo y junta con presteza;
 Y su gente recoge sin pereza.

Sus mugeres é hijos ha metido
 En la laguna adentro, y gran pantano,
 Y como los demas lo han entendido
 Juzgaron su consejo por muy sano.
 Y en tanto todos ya se han resumido,
 Que de paz recibiesen al cristiano;
 Mas que mugeres, hijos se metiesen
 A donde los cristianos no los viesén.

Curemo allí salió disimulando
 El juramento hecho que tenia:
 Garay se llega á priesa camiónando
 Con gran estruendo, grita y vocería.
 Los indios que le estaban esperando,
 Vencidos de temor y cobardía,
 Tras la chusma se fueron, mas Curemo
 Mostrado ha su valor por gran extremo.

Al español espera, y con gran brio
 Le dice, que no pare en este asiento;
 Que veinte leguas mas, hay gran gentio
 • Dó satisfacer puede bien su intento.
 Pasado el Yaguarí, famoso rio,
 Los soldados irán con gran contento,
 Y á veinte leguas, poco mas ó menos,
 Los campos hallarán de gente llenos.

Curemo, que esto dice, les ofrece
 La guia, que les guie bien derecho;
 Su consejo tomar bien les parece,
 Sintiendo que vendrá de ello provecho.
 El indio se retira, que anochece,
 Y vuelve á la mañana con despecho,
 Porque al alma le llega á este pagano
 De ver nuestro real en aquel llano.

Gran priesa dá á Garay para que salga,
 Diciendo, que la priesa le conviene,
 Que della cuanto pueda bien se valga,
 Que corre gran peligro si detiene
 La partida; y en viendo que cabalga
 Garay, nuèstro Curemo placer tiene,
 Y dice á voces altas, la victoria
 Espero que ha de ser con grande gloria.

• Los cristianos saliendo caminaron
 Llevando guias, dadas por Curemo:
 El rio Yaguarí atravesaron,
 Que entre otros rios vemos ser supremo.
 A los Tapuí Miries allegaron
 De que placer reciben por extremo;
 Asalto dan al tiempo que amaneece,
 Por dó la triste gente mal padece.

Estaban estas gentes con contento:
 De cristianos no piensan la venida;
 El súbito temor y sentimiento
 Les hace huyau todos de corrida.
 Oblígalos á muchos el lamento
 De hijos y muger á perder vida;
 Acude cada qual al arco y flecha,
 Con ver venir la muerte muy derecha.

Al fin, en cuatro pueblos que se ha dado,
 Algunos que defensa procuraban,
 La vida entre las lanzas han dejado.
 Aquellos que á prisiones se entregaban,
 Por ver ya su negocio mal parado,
 Con vida por cautivos se quedaban,
 Quinientas y mas piezas fué la presa,
 Que viuo desta vez cautiva y presa.

La vuelta dá Garay, con gran recelo
 Que venga el enemigo con pujanza:
 Lamentan los cautivos aquel duelo,
 Y suerte miserable y mala andanza,
 Al gran Tapai Guazú llega de un vuelo
 A dó sale de viejas una danza,
 La victoria con cantos celebrando,
 Y la gente vencida lamentando.

Alegre y apacible y muy graciosa
 La tierra por aquí vimos, poblada
 De frescas arboledas, y abundosa
 De caza, y nunca ha sido conquistada.
 La gente es labradora, y codiciosa,
 De guerra, y es en ella muy versada;
 Mas tómalos Garay muy descuidados,
 Y así pudieron ser desbaratados.

Tapui Guazú holgó de la venganza,
 Que vido en su enemigo aherrojado:
 Mas pone con los suyos vigilancia,
 Que no les haga mal algun soldado:
 Al fin de paz quedó con la esperanza
 Que dió, con prometer que de su grado
 Quería al Español ser repartido,
 Por no ser de otros indios ofendido.

Urambía y Curemo se han asido
 En esto, y mal revuelto que decia;
 Urabía la causa solo ha sido,
 Que sin hacerles mal Garay salia.
 Curemo le ha sobre esto desmentido,
 Remítese este caso, y la porfia
 A la prueba mas cierta en estacado:
 El campo les fué á entrambos señalado.

Urambía las armas señalaba,
 Que son pica, macana y palometa, (68)
 A cada cual padrino acompañaba:
 Con Urambía sale Urambieta,
 Xiantombia á Curemo se llevaba,
 Y al son de una ronquísima corneta,
 Metidos en su fuerte palizada,
 La batalla feroz fué comenzada.

• No creo año se llevan los guerreros,
 Que entrambos son muy viejos y muy canos
 Los golpes que se dan terribles, fieros,
 No dejan, donde aciertan huesos sanos:
 Andan sanguinolentos carniceros,
 Como de Irlanda suelen los alanos,
 Y mas que hircanos tigres espantosos,
 Y en ver su propia sangre muy gozosos.

De ver era los dos con el concierto
 Y ánimo feroz que combatian;
 Sin falta, á cada cual dellos por muerto
 Los que mirando estaban, le tenian.
 Estaba cada cual de ellos tan cierto
 En el herir, que entrambos parecian
 Ser uno: mas Curemo hubo perdido
 La pica, que en dos piezas se ha partido.

La macana con furia fuerte afierra,
 Y espera con esfuerzo al eumigo:
 Urambía la pica cala y cierra,
 Y diérale por medio del ombligo;
 Mas Curemo dió un salto de la tierra,
 Y con tan grande maña dió consigo
 A un lado, que pasó la pica en vano,
 Y asi quedó Curemo de esta sano.

Con la pica le lleva gran ventaja
 Urambía: mas es tan animoso,
 Que los golpes y botes le baraja,
 Con un ardid y esfuerzo valeroso.
 De sangre el verde prado ya se cuaja,
 El Sol encubre el rostro luminoso,
 Viniendo ya la noche obscurecida,
 Y no vemos victoria conocida.

Los Jueces los ven á la mañana,
 Y por igual los hallan mal heridos:
 De combatir entrambos tienen gana,
 Y defender con fuerza sus partidos.
 Juzgóse por mejor cosa y mas sana,
 Que fuesen por sentencia convencidos,
 Que cierta es á los dos ambos la muerte,
 Volviendo á la batalla cruda y fuerte.

Contra alguno juzgar nadie se atreve;
 Y siéndoles juez ya señalado,
 A entrambos, dice, honra igual se debe,
 Y que es cualquiera dellos buen soldado.
 Ninguno hay que el decreto desaprobe,
 Y así dice el Juez muy denodado,
 "Lo que he dicho, pronuncio y lo sentencio,
 Y pongo al caso fin aquí y silencio."

En tanto que esto pasa, presuroso,
 Juntando en Ipaneme mucha gente,
 Andaba Guayracá muy valeroso,
 Astuto, sábio, artero y muy valiente.
 En un espeso bosque, deseoso
 De librar del cristiano bien su gente,
 Compuso una terrible palizada,
 De aguas y comidas abastada.

El fuerte fué con maña fabricado;
 A los lados con muchos torreones
 Estaba á todas partes resguardado
 Con sus trincheas, fosas y bastiones.
 Sin duda Satanás ha revelado
 A Guayracá el modelo é invenciones,
 Que nunca estuvo en Africa ni Italia.
 Ni menos en Castilla ni Vandalia.

• Juntó para este fin toda la tierra,
 E hizo grande junta y llamamiento,
 Publica á fuego y sangre cruda guerra,
 Celebra del cristiano el finamiento,
 Ofrece en sacrificio una becerra,
 Y las cenizas della por el viento
 Desparce, por señal y por memoria,
 Que contra el Español habrá victoria.

Yaguatati de presto se le ofrece
 Con mas de dos mil indios de su mano:
 Por alfercz, le nombra, y lo merecc.
 Con mil indios acude Tanimbano,
 El gran Cayapey no desfallece;
 Ibiryú, tambien mozo galano,
 Acude aquel con mil menos ochenta,
 Estotro con doscientos y cincuenta.

Yacaré y Tapucagn no se quedaron,
 Que cada uno trescientos y cincuenta
 Traia: de esta suerte se juntaron
 Al pié de cinco mil á buena cuenta.
 En la estacada y fuerte se encerraron,
 Sin que salir alguno se consienta:
 Y si salen algunos, muy aína
 Acuden á la trompa y la bocina.

Asi con gran contento deseaban
 Que venga el español para probarse;
 El tiempo, noche y dia lo gastaban
 En su estacada, y fuerza y repararse
 La flecha, pica y dardo ejercitaban,
 A sus solas procuran ensayarse.
 El maracá, bocina, y atambores
 Resnenan por el bosque y rededores. [69]

Garay, que caminaba desde que llega
 Dó se siente esta grita y alboroto.
 Atraviesa por medio de una vega,
 Hasta dar en un verde y grande soto.
 La gente guayracana estaba ciega,
 En un momento el campo les fué roto,
 Mas viendo las mugeres les llevaban,
 Con fuerzas defenderlas procuraban.

De temor de la trompa que sonaba,
 Y el tropel y ruido del caballo,
 La chusma el fuerte ya desamparaba,
 Que al español no quieren esperallo.
 El Guayraca á los indios animaba,
 El español comienza á escopetallo;
 Mas tiene tal destreza el perro viejo,
 Que á su defensa halló buen aparejo.

Desde un tronco muy grande desembraza
 El Guayraca una flecha, y la ha fijado
 En un árbol, pensando que hizo caza
 En Garay: una voz ha levantado,
 Diciendo, Capitan, desembaraza
 El campo, pues ya ves que te he clavado;
 Mas Inciso dió al perro por la frente,
 Y cae Guayraca luego derepente.

Yaguatatí en uu punto embravecido
 Como toro muy bravo de Xarama,
 Entre los españoles se ha metido,
 Y sálele al encuentro Valderrama,
 Y Osuna, de los cuales mal herido
 Los dientes rechinando, bufa y brama,
 Y dice: por matarme satisfechos
 No vais; y mete el dardo por su pecho.

• Luis Martín, con ánimo lozano
 Encuentra á Mayrayú, y de estocada
 Por los pechos le hiere y dá en el llano
 El indio, y al caer quebró la espada;
 Que no pudo sacarla el trugillano,
 Segun estaba fija y enclavada;
 La macana del indio toma presto,
 Con que piensa vencer á todo el resto.

Castillo, con su espada, y la rodela,
 A diestro y á siniestro va hiriendo;
 Cuyapei en herirle se desvela,
 Y viendo que le acierta, vá huyendo.
 Asi como lo vido Valenzuela,
 Tras el indio con furia fué corriendo:
 El trucco le dió luego del flechazo,
 Y en tierra le tendió de un pelotazo.

Bañuclos de esta hecha, y Espinosa,
 El infierno poblaron de paganos,
 Y viendo que la gente temerosa
 Discurre sin consuelo por los llanos,
 Viniedo ya la noche tenebrosa,
 Volvieron al real libres y sanos;
 Empero de la sangre que han vertido
 Teñido el rostro, manos y vestido.

Este dia ví un indio que llegaba
 A mi: con uua cruz viene en su mano;
 Con muy grandes sollozos me hablaba.
 “Por Dios que murió en esta Soberano,
 Me dice, ya me val, pues te obligaba
 El ser tu mi Señor Arcediano.”
 Diciendo estas razones se me llega,
 Y al caballo y estribo se me pega.

Aqueste en la Asumpcion habia servido
 A Bartolomé Barco de Amarilla;
 Despues con otros indios se ha huido
 Al Obera siguiendo su cuadrilla;
 Y viéndose en peligro, ya vencido,
 A mi lado se pega y á la silla.
 Valióle el escogermé por padrino,
 Que el tiempo le enseñó lo que convino.

El Obara, maldito, dado habia
 La cruz á aqueste indio y deputado:
 Por sacerdote, y santo le tenia;
 Despues de aqueste fuí bien informado
 De aquellas ceremonias que hacia
 Aquel maldito indio y endiablado;
 Y como Papa á un hijo intitulaba,
 Y al otro Emperador y Rey nombraba.

El uno bautizaba, trastrocando
 Los nombres que los indios ya tenian:
 El otro los delitos castigando
 Andaba, que los indios cometian:
 El Obara, su padre, predicando,
 Yo ví que unos mestizos le seguian,
 Y puse gran calor yo por haberlos,
 Y al fin hube con maña de cojerlos.

Con un muchacho mio, conocido,
 Ladino en gran manera y ardidoso,
 Enviando á decir como habia ido
 De remediarlos estando deseoso:
 De Logroño un mestizo fuí creido,
 Y á mi toldo se vino muy gozoso;
 Traté de perdonarle si traia
 Los otros dos, y al punto lo hacia.

Otro mestizo andaba levantado,
 De nacion portugues, y publicaba
 Contra el Misterio Santo consagrado
 Formadas heregias, que hablaba.
 Oyéndole, le dijo otro soldado
 Que mirase muy bien lo que trataba,
 El cual me dió noticia de este caso,
 Y yo salí de casa muy de paso.

De blanco me vestí, y con sombrero
 De paja, en mi caballo á la gineta,
 Llevando solamente un compañero,
 Y cada cual á punto una escopeta:
 Espias yo le puse, tan ligero,
 Que venida la noche muy secreta,
 En un bosque le prendo, y amarrado
 A la ciudad le traigo á buen recado.

El que fingía ser Papa, y compañeros,
 Jamas nos esperaron en la guerra;
 Que aunque suele traer muchos flecheros
 Y sale muchas veces de su tierra,
 Por saber ya que son arcabuceros,
 En los bosques, y montes bien se encierra.
 El Guayraca, que hizo palizada,
 Quedó muerto, y su tierra desolada.

Doscientas, ó mas piezas se sacaron
 De aqueste asalto, y guerra Guayracana;
 Algun tanto con esto reposaron
 Los indios de la tierra comarcana:
 Los nuestros con contento celebraron
 El triunfo de victoria tan galana,
 Y á la Asumpcion volvieron victoriosos,
 Alegres, placenteros y gozosos.

Mas no puede durar el alegría,
 Que nunca puede haber gozo cumplido:
 Pues vemos que al placer dolor seguia,
 Y al dolor el placer se le ha seguido.
 Decir quiero un motin que sucedía,
 De mestizos malvados mal urdido.
 Descanse pues un poco aquí mi pluma,
 Y luego lo pondrá en muy breve suma.

CANTO VIGESIMO-PRIMERO.



Puebla Garay á Buenos Aires: levántanse en Santa-Fé los Mestizos y eligen por su General á Cristoval de Arévalo; el cual alumbrado de Dios, cortó las cabezas á los principales del motin, y restituyó al Rey su tierra.



Mi ronca voz desmaya, desde que siento
El bravo laberinto en que me meto,
Habiendo de escribir el alzamiento
De la gente soberbia; que prometo,
Que si durára aquel levantamiento
Un mes, todo el Perú fuera sujeto
A la dición y mando de tiranos,
Con solo la ocasion de estos livianos.

Habiendo de la guerra descendido,
Poblar á Buenos Aires fué acordado:
De la Asumpcion Garay hubo salido,
De todos adherentes aprestado;
Con él muchos soldados han venido,
Y habiendo en Santa-Fé desembarcado,
Allí estuvieron dias esperando,
Los caballos, que vienen caminando.

Rehecha en Santa-Fé aquesta armada,
 Camina á Buenos Aires por el rio,
 Tambien por tierra vá gran cabalgada
 De gente, que no teme sol ni frio:
 Y siendo ya la cosa bien guiada,
 . Apesar de la tierra y su gentío,
 Los unos y los otros allegaron
 Al puerto Buenos Aires, y poblaron.

El guaraní penoso está mirando
 La cosa como pasa, y determina
 En él, pasado tiempo, imaginando
 El pueblo deshacer con cruda ruina,
 La guerra por la tierra pregonando,
 La gente se juntó circunvecina,
 Y dieron á los nuestros grande guerra,
 Los unos por la mar, otros por tierra.

En el puerto el navio surto estaba,
 Con balsas y canoas á los lados;
 La parte por aquí bien se guardaba,
 Que todos bien estaban aprestados.
 La gente que por tierra caminaba,
 A media noche llegó: los soldados,
 Que estaban sobre aviso en centinela,
 Salieron, y escuchad la escarapela.

Al punto que los indios grita dieron,
 Soltaron mucha fuerza de flechazos
 Con fuego, y las flechas encendieron
 Las tiendas de algodón y cañamazo.
 Con presteza los mozos acudieron,
 Tirando tan terribles cañonazos,
 Que cierto figuraba por el llano
 Andar furioso y listo el dios Vulcano.

Tabobá, el valiente y animoso,
 Por General venia de esta gente;
 Andaba por el campo muy furioso.
 A caballo salió muy de repente
 Inciso, que en amores venturoso
 Ha sido, y en la guerra muy valiente:
 A su suegro imitando, en breve pieza
 A Tabobá ha cortado la cabeza.

Los indios, como vieron que faltaba
 El capitan que fuerzas les ponía,
 Y que el cristiano mucho mas ganaba,
 Y su partido de ellos fallecía,
 Al son de una bocina que sonaba,
 En orden cada cual se retraía:
 Mas viendo que los nuestros les seguían
 Sin orden, y con priesa, ya huían.

Habiéndose los indios, pues, huido,
 Los nuestros han quedado sesegados;
 Las tierras entre sí han repartido,
 Contentos de se ver que están poblados.
 A Castilla el navío se ha partido,
 Llevando de estas cosas los recados;
 De muchos sus maldades y sus tratos
 Allá fueron metidos en zapatos.

• La nave se partió muy presurosa,
 De cueros y de azucar bien cargada;
 La gente que vá en ella, va gozosa
 Con fin de dar la vuelta apresurada.
 No vá de ingles corsario temerosa,
 Que en el aire parece que es llevada:
 Con viento sur en popa navegando,
 Por cima de las aguas va volando.

La gente, con su pueblo, que ha poblado,
 Está contenta, alegre y placentera;
 El fuerte tienen hecho torreado,
 Muy cerca de la playa y la ribera.
 Alegre está este sitio, acomodado,
 De vista y parecer en gran manera;
 Las cosas se dan todas de Castilla,
 Que el temple se semeja al de Sevilla.

Estando la ciudad así poblada,
 La Trinidad por nombre le pusieron,
 Y la gente en cabildo congregada,
 Alcaldes ordinarios eligieron.
 En esto en Santa Fé gran melonada
 Se junta de mestizos, y escribieron
 A Tucuman, al Abrego, diciendo
 Lo que entre ellos andaban mal urdiendo.

Noticia los mancebós han tenido
 De aquellas provisiones con que vino
 Valero á Cotagayta, cuando ha sido
 Despalmada su mula en el camino.
 Pues esto, y otras cosas que han sabido,
 Les mueven á emprender un desatino,
 Tan fuera de razon y tan tirano,
 Urdido de un juicio muy liviano.

Venialvo, Gallego, Ruiz Romero,
 Y el gallardo de Leiva, muy valiente,
 Villalta con Mosquera, compañero,
 A su opinion trageron mucha gente;
 El camino, decian, carretero
 Es atajar el mal é inconveniente,
 Que estamos de Garay muy oprimidos,
 Conviene abrir los ojos y sentidos.

Servicio al gran Virrey, dicen, haremos
 En prender á Garay malo y travieso,
 Y libres deste caso quedaremos,
 Si al Virrey le enviamos presto preso.
 Del caso á Tucuman avisaremos,
 Que no puede venirnos mal suceso:
 A Villalta y Ruiz por mensageros
 Al Abrego despachan inuy ligeros!

Por dos veces ó tres se han carteadado,
 Y en breve se ha forjado la maña:
 Lo que Abrego con ellos ha tratado
 No sé decir, que usó siempre de maña.
 Una noche con cartas han llegado,
 Y al punto con tirana y cruda saña
 Perdieron al teniente, y á Olivera
 Alcalde, y á un sobrino del buen Vera.

En casa de Venialvo se juntaron
 Con cotas, arcabuces, morriones:
 A la gente plebeya convocaron,
 Con sus fingidas causas y razones.
 Su maldito designo confirmaron,
 Vencidos de livianas pretensiones,
 Su muger al de Leiva le decia,
 Que su pescuezo á esparto ya le olia.

• El dice: "como Reyna, espera bella,
 Muy rica, muy contenta, y gran señora,"
 "Al menos no seré, dice la bella,
 Contra nuestro Filipo yo traidora,
 Muger de traidor, sí: maldita estrella
 La vuestra, y desdichada y triste hora,
 En que fuistes conmigo desposado,
 Pues contra nuestro Rey sois levantado."

Estando de esta suerte rebelados,
 Eligen capitan que gobernase,
 Y mandan que saliesen desterrados
 Los españoles luego, sin que osase
 Quedar alguno, términos pasados:
 Y el que tiene muger se la llevase,
 Que solos poscer quieren la tierra,
 Pues solos la ganaron en la guerra.

Arévalo por todos fué elegido
 Por General, caudillo desta heccha ;
 Y aunque lo recusaba, no ha podido
 Dejar de lo aceptar. Si fué desecha,
 No sé: mas ví que, el cargo recibido.
 Un bando general y pregon echa,
 En que manda que todos se juntasen,
 Y municion con armas registrasen.

Acude Venialvo, que lo oyera,
 Y con soberbia grande y arrogancia
 Al General hablando, asi dijera:
 “En eso pongo yo gran vigilancia,
 Por ser cosa que à mi pertenciera,
 Pues soy Maese de campo, y la ganancia
 O pérdida del campo se me fia,
 Como á quien, bien sabeis pertencia.”

El General responde: “aquel que tiene
 Tal cargo, hacer todo lo posible;
 En su tanto y manera le conviene.”
 “Haráse lo que fuere conveniente,
 Le dice Venialvo, y no le pene ;
 Y pues que es cortesano y apacible
 El vulgo popular, en paz me tenga,
 Que contra el Taborlan bastó que venga.”

En su falso contento mal habido
 Estaban estos tristes, procurando
 Sustentar el tiránico partido
 Contra quien lo impidiese, batallando.
 El inmenso Señor ha socorrido
 Con su favor, en muchos inspirando
 A conocer el yerro y el engaño
 De su gran perdición y triste daño.

El General con otros, de secreto
 Conciertan, y cualquiera bien le ayuda,
 Que el remedio se busque mas perfeto,
 Con que al real servicio bien se acuda:
 Santa Cruz, un hombre muy discreto
 Ramirez, Aguilera, gran ayuda,
 Con Juan Martin, y otros compañeros,
 En este caso fueron muy lijeros.

De dos en dos, á un punto, concertaron,
 Que acudan á herir á cada uno
 De aquellos mas valientes que forjaron
 Aqueste rebelion tan importuno:
 Y todos juramento se tomaron
 Sobre un libro misal, muy de consuno,
 De morir, ó matar con propias manos
 Al bravo Venialbo, y los tiranos,

• Allega el General á la posada
 De Venialbo, que estaba descuidado,
 Y sale sonriendo á la parada:
 Acude Santa Cruz muy denodado,
 Y en el cuello le dá una puñalada:
 Palabra Venialbo no ha hablado,
 Que volviendo los ojos hácia el cielo,
 Al punto se tendió muerto en el suelo.

La voz del Rey sonó muy prestamente:
 Gallego con temor dice á Aguilera,
 "Ayúdame, compadre, diligente."
 Responde, ayudará de esta manera:
 La cabeza le hiende por la frente;
 Los sesos salen fuera la mollera;
 Y dice: "no no hay compadre en tiranía,
 Que el Rey es mi compadre en demasia."

Ramirez acudió y la parentela
 Al bravo Leiva: el jóven que dormía
 En camisa salió, que á estar en vela
 Mostrára su valor y valentía.
 El hilo le cortaron de la tela
 Que el triste sin ventura mal tegía.
 Su esposa con dolor está llorando,
 Y sus rubios cabellos arrancando.

Diego Ruiz, que estaba descuidado,
 Oyendo la gran grita y el mormollo,
 A la plaza salió, y despedazado
 En un punto le ponen en el rollo.
 Era, cierto, valiente y esforzado,
 Y bello sin ventura este criollo:
 Dañóle al fin la mala compañía,
 Que natural muy bueno le tenía.

A Romero en aquesto mal herido,
 Al pié del rollo estaban confesando,
 Y en breve fué del rollo suspendido,
 Y á priesa á todos juntos cuarteando.
 Por el campo y caminos repartido
 Los cuartos sean, la causa publicando
 Las letras que en los palos se ponian,
 Que bien los que pasaban las leían.

El General soltó luego los presos,
Y al teniente le entrega la bandera,
Y hácele, que forme los procesos,
De como sucedió de esta manera.
Mosquera, como vió tales sucesos,
A Córdoba camina á la lijera.
Rubira á la sazón allí mandaba
Y préndele, y muy presto le soltaba.

Villalta vide yo que se ha escapado,
El que hizo oficio de cartero;
Acójese á los pies, y en emboscado
Dejó pasar el tiempo carnicero:
Después en San Francisco se ha encerrado
Tomando al Guardian por su tercero;
Su causa entre compadres fenecida,
Escapa por entonces con la vida.

Algunos mas mancebos presos fueron
Que en aqueste motin fueron culpados;
Procesos contra todos se hicieron,
Mas fueron sobre peine fulminados.
Mosquera, y el Villalta, que huyeron
A Santiago, en mal punto ya llegados,
De su triste desastre dieron nueva,
A á Lerma de su intento dieron prueba.

• El Licenciado Lerma en este punto
Entraba á gobernar en Santiago.
Su venida no saben, y está junto
Con su gente haciendo grande estrago.
De amigos, y favor está disjunto
El Abrego en aqueste fuerte trago,
Y el Lerma pretendía así cojerle
Porque intencion traía de prenderle.

En el Perú la fama habia volado,
 Con falsa presumpcion, ó verdadera,
 Que aqueste Abrego estaba medio alzado;
 Por tanto viene Lerma á la ligera.
 Tomóle de improviso y descuidado,
 Que no sé de otra suerte lo que fuera;
 Envia seis soldados con su hermano
 Antonio Mirabal, el sevillano.

De parte de su hermano le decía,
 Que viene á le servir ya proveido
 Por mandado del Rey, que acá le envía
 Por su Gobernador. Mal lo tra sentido
 El Abrego, que á Lerma conocía:
 En cólera los dos se han encendido,
 Y mientras algun tiempo se gastaba,
 El Lerma con su gente ya llegaba.

Sintió, como llegó, que andaba estruendo,
 Sonido de arcabuces y gran grita,
 Al Abrego prenderle pretendiendo,
 El Mirabal, vereis tanto se incita:
 El Abrego la fuerza resistiendo,
 Que se mete ya en cólera infinita;
 Estaba el sin ventura ya tan ciego,
 Que poco aprovechaba con el ruego.

El Lerma le prendió, y puso prisiones,
 Y á aquellos que al presente le ayudaron;
 Que poco aprovecharon las razones,
 Que en su defensa al Lerma presentaron.
 De aqueste trance, bregas, y pasiones,
 Algunas pesadumbres se inventaron:
 Hernan Mézia y Sotelo aprisionados
 Aquí fueron, que dicen ser culpados.

A tal punto, sazón, y coyuntura,
 [Que cierto es de notar] llegando nueva
 Del motin paragueño y su locura,
 Tomó Lerma el principio de su prueba.
 Movióles á venir su desventura
 A Villalta y Mosquera. Cuanto deba
 Huir de la ocasion quien ha pecado,
 A todos la esperiencia ya ha mostrado.

Para huir la pena del delito
 Que dá Dios al que peca en la otra vida,
 Conviene al pecador esté contrito,
 Su culpa en confesion sacra plañida
 Mas suele otro castigo: ser inflito
 Por temporal justicia la huida,
 Y salto de la mata es el remedio
 Mejor, que no meter buenos en medio.

Mosquera se escapó bien de la ira
 Y furioso tropel de sus parientes;
 Y el triste de Villalta de la dira
 Y brava confusion é inconvenientes:
 Mas ninguno de aquestos ambos mira,
 Que huye el peregil, y que en las frentes
 De entrambos nacerá con tal cogollo,
 Y presto se verá puesto en el rollo.

De Lerma no huyeron la presencia,
 Pensando recibir merced cumplida;
 El pone en los guardar gran diligencia,
 Y su causa y su culpa conocida,
 Contra los dos pronuncia tal sentencia:
 Que luego les privasen de la vida,
 En el rollo fijando sus cabezas,
 Y los cuerpos en palos hechos piezas.

Por indicios y causas que no cuento,
 Que de estos los procesos están llenos,
 Al Abrego dá Lerma gran tormento
 Con otros que no estaban muy ajenos
 De saber sus secretos: mas no siento
 Los secretos si malos son ó buenos,
 De Santa-Fé el motin bien impidiera,
 El Abrego, se dice, si quisiera.

Murió á cabo de dias, y no habia
 El Lerma su negocio fenecido;
 Despues que muerto fué, se fenecia,
 Y el negocio á los Charcas ha salido,
 El Audiencia lo hecho recindía.
 Hernan Mesia y Rubira han recibido
 Contento con Sotelo, y se holgaban,
 Por ver como por libres ya les daban.

Yo, cierto, que entendí de esta reyerta
 De Santa-Fé algun tanto, y de aquel hecho
 Por cosa averiguada tengo y cierta
 Que hizo Lerma en ir grande provecho:
 Que en ver allá que estaba allí á la puerta,
 Quien guardar procuraba el fil derecho;
 La canalla Argentina reposaba,
 Y el nombre de Filipino celebraba.

Verdad es, que hay tambien otros quejosos,
 Que dicen, por se ver muy afligidos,
 Negocios de este Lerma escandalosos;
 Mas eran enemigos conocidos,
 Y á veces suele haber casos forzosos,
 Que obligan á los hombres entendidos
 A dar en Scyla de ojos, procurando
 A Caribdis huir, que está esperando. (70)

Victoria en esto viene, por prefado
 Envía á su Dean que administrase,
 (En tanto que él entraba) el obispado,
 Y á Lerma le encargó le regalase.
 El hácelo. ¡Cuan poco que ha durado!
 Que no quiso el Dean mucho durase ;
 Que cierto el Lerma bien le regalaba
 En su casa, y con honra le trataba.

En breve comenzaron de trabarse
 Con chismes, y otras muchas niñerías;
 El Dean deseaba señalarse
 Con grande presumpcion y boberias:
 Mas no le deja Lerma aventajarse:
 “No es justo que suframos demasias,
 Le dice: Padre, teuga sufrimiento,
 No haga salga el hombre de su tiento.”

Y luego, dice: “muestre los recados,
 Que ticue por dó firma Licenciado,
 Y de Dean tambien, pues prebendados
 Nombrar solo á sí el Rey se lo ha dejado.”
 Estando sobre aquestos muy trabados,
 La cosa á tal extremo hubo llegado,
 Que por fuerza el Dean se determina
 Partir para el Perú, y ya camina.

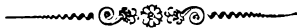
* A Esteco se partió con gran enojo,
 Que á su partir la fuerza le obligaba;
 El Bachiller García diera ún ojo
 En trueco, por no ver lo que pasaba.
 La barba, como dicen, en remojo
 Echó, por ver la de otro se quemaba;
 Con el Dean se vá, porque temía
 Que lo propio será de él otro día.

Dejémoslos hacer, que yo bien fio,
Que presto pagarán cierto el escote,
Que es gente aparejada á desvarío,
Y andan, como vemos, muy de trote:
Y tratemos ahora del gran brio
Del capitan Francisco, crudo azote,
Que viniendo siguiendo su camino,
Del estrecho ha tomado el Argentino.

Y pues se han de contar maravillosas
Hazañas del cosario mas grandioso
Que escriben las historias mas famosas,
Y mas determinado y venturoso,
Conviene que pongamos tales cosas
En un canto por si maravilloso,
Pues puso en maravilla á nuestra España
El capitan Francisco y su hazaña.



CANTO VIGESIMO-SEGUNDO.



Viene y atraviesa el Estrecho el capitan Francisco Drake. Prende Lerma al Dean y religiosos en Tucuman. Tiembla, y húndese Arequipa. Sucede la dolorosísima muerte de Gil Gonzalez en Mizque.



No es justo al enemigo que tenemos
Celarle sus hazañas y sus hechos,
Ni dejar decir lo que sabemos,
Que envidia es quitarle sus derechos:
Y mas que en esta historia pretendemos
A la verdad mirar, no á los provechos,
Ni vanas pretensiones; pues la nuestra
Es daros, mi Señor de verdad muestra.

• Y así justo será que por olvido
No deje yo á Francisco y su gran hecho,
Pues que en aquestos tiempos ha venido
Al Perú de su tierra muy derecho,
Y como el Argentino conocido,
La vuelta vá siguiendo del Estrecho;
Contando en breve suma esta hazaña,
Que es digna de contarse por estraña.

Aqueste ingles y noble caballero
 Al arte de la mar era inclinado,
 Mas era que piloto y marinero,
 Porque era caballero y buen soldado.
 Astuto era, sagaz y muy artero,
 Discreto, cortesano y bien criado,
 Magnánimo, valiente y animoso,
 Afable, y amigable y generoso.

Mas, como lo mejor y necesario
 Le falta, que es amor de Jesu-Cristo,
 Emprende de hacerse gran cosario,
 Y fue lo tal cual nunca se hubo visto.
 De su tierra salió este adversario
 Con armada muy fuerte, y vino listo
 Por nuestra mar del norte navegando,
 El Magallano estrecho demandando.

El Argentino toma, pretendiendo
 En él hacer aguage de camino:
 Del Estrecho la vuelta va siguiendo;
 Un temporal deshecho sobrevino,
 Con fuerza sus navios sacudiendo:
 El huracan, tormenta, torbellino,
 A la costa una nave sin antena
 Entregan desrumbada en el arena.

Tomando, pues, su gente el Luterano
 En una sola nave, con osado
 Y valeroso pecho, y viento sano
 Al puerto de los Leones ha llegado.
 Sintiendo en su favor su suerte y hado,
 El Estrecho embocó con buena mano,
 Y en breve al mar del sur sale triunfando,
 La tierra firme en Chile costeando.

La costa y tierra toda estremecia,
 Las nuevas por los aires retumbaban,
 La gente de los indios se temia,
 Que muy mal se sonaba que hablaban.
 Francisco con gran gozo y alegria
 Navega, que los vientos le ayudaban:
 A dos navios pequeños ha encontrado,
 Y aquello les quitó que le ha agradado.

En Arica llegando placentero
 A Roca le tomó su navichuelo;
 Al triste que perdiera su dinero
 Yo le ví lamentar con grande duelo.
 El navio del Rey salió primero
 Con la plata, á Arequipa va de vuelo,
 Pues á Valencia, Arica cupo en parte;
 Y oid del Trugillano su buen arte.

En Arica regia este la costa,
 Dó viendo que el Ingles viene con brio,
 A Arequipa despacha por la posta,
 A que saquen las barras del navio.
 Si no hacen aquesto entraré en costa,
 Que Francisco llegó con grande pío,
 Y entrando en el navio no ha hallado
 Las barras, que en el agua se han echado.

El navio de Arica habia partido
 Con las barras del Rey: con el aviso,
 De Valencia en el agua se ha metido,
 De que el Ingles se halla allí á repiso:
 Y como en el secreto no ha caido,
 De Arequipa se parte de improviso,
 Al viento dando velas porque estima
 En gran precio tomar puerto de Lima.

A Lima se despacha mensajero
 Por tierra á Arequipa: mas allega
 El Ingles al Callao de primero,
 Sin combate de mar y sin refriega :
 El puerto reconoce placentero,
 Y á las naves y barcos bien se pega,
 A vista se nos pone y hace fieros,
 Y en tierra algunos buscan agujeros.

En breve se conoce ser cosario.
 Don Francisco Manrique á caso estaba
 Aquí con su muger; el adversario
 A media noche en punto se llegaba
 Al puerto, donde fué muy necesario
 Un caso, que diré que allí pasaba,
 Que mechas de sus tocas ví hicieron
 Las damas, y en lo alto las pusieron.

Doña Maria Cepeda con Mencia,
 Su bella hermana, dicen á Manrique,
 Que mechas encendidas convenia
 Se muestren, y campana se repique.
 El buen factor lo hace, y luego envia
 Persona que al Virrey lo signifique,
 Que tienen enemigos en el puerto,
 Sin saber quienes son cosa de cierto.

El de Toledo á priesa hace gente,
 Tocábanse las cajas y campanas,
 Y con temor y miedo al mas valiente
 Vereis cargar de hierro y partesanas.
 El súbito temor tan de repente,
 Causaba andar las gentes como insanas:
 Y como de este caso en duda estaban,
 Con pequeño momento vacilaban.

La turbacion y priesa yo decilla,
 Aunque quiera hacer un largo canto,
 No podré: cabalgaba uno sin silla,
 El otro aunque con silla con espanto,
 El otro iba sin freno en su baquilla
 El pecador temia, y el mas santo:
 Al fin todos estaban temerosos,
 Y de futuros males recelosos.

Los negros la ocasion consideraron,
 Y acuerdan entre si un ardid famoso:
 Los frenos á sus amos les hurtaron,
 Ardid sutil de guerra y peligroso.
 Entre ellos el concierto fabricaron,
 Con ánimo maldito y alevoso,
 Pensando que Francisco alli viniera,
 Y en libertad á todos les pusiera.

Sus amos los caballos ensillaban
 A gran priesa, de miedo todos llenos,
 Y las espuelas calzan, y tomaban
 Las lanzas en las manos, mas los frenos
 No hallan, aunque mas los procuraban;
 Que fué concierto hecho de morenos,
 Que al blanco tienen tantos desamores,
 Cuanto son diferentes las colores.

San Juan de Onton, navio muy nombrado,
 Con la plata del rey habia salido;
 En breve el Luterano le ha alcanzado,
 Y como de improviso le ha cogido,
 Y el viento en aquel punto le ha faltado,
 De su fuerza escaparse no ha podido:
 A su dicion y mando le sujeta,
 Y tomando la plata luego aprietta.

Aquesta fué la presa mas famosa,
 Y robo que jamas hizo cosario:
 Su hambre, tan canina y tan rabiosa,
 De plata bien hartó aqueste adversario.
 Que es cosa de decir muy mostruosa,
 El número de plata, y temerario
 Negocio nunca visto ni leido,
 Que á cosario jamas ha sucedido.

Sin aquestos navios que he contado
 De Chile, y en Arica al de la Roca,
 Otros tomó tambien, que hubo encontrado
 En los puertos sin gente y fuerza poca.
 Despues à los Malucós engolfado,
 A Tidore y Ternate presto toca,
 Y junto á Gilo Gilo toma puerto,
 Que llena su navío todo abierto.

En una isla pequeña despoblada
 Saltando, un fuerte hace derepente:
 La gente Lusitana congregada
 Le envía á ofrecer alegremente,
 Que de ellos ha de ser muy regalada,
 Que lleve donde están toda su gente.
 No quiere sus regalos, les responde,
 Y la plata só tierra bien la esconde.

El Rey de Gilo Gilo, el de Ternate,
 Y Tirode con otros comarcanos,
 Tuvieron con Francisco gran rescate:
 De Seta aquestos son Mahometanos,
 Tenian por entonces gran combate
 Y guerra contra nuestros Lusitanos:
 Ayuda les ofrece el Luterano,
 De allá de la Inglaterra por su mano.

Con esto en breye pone en astillero;
 En esta isla que he dicho, un buen navío:
 Salió recio, veloz y muy velero,
 En todo le ayudando aquel gentío.
 De como allí llegó, al mes tercero
 Dió velas á su nave con gran brio;
 La costa de la India va bojando,
 Y al mar del norte el rumbo enderezando.

En él entrando rico y poderoso,
 En sí mismo pensando su ventura,
 Con ánimo gallardo y valeroso,
 Que cierto le tenia de natura,
 Navega muy alegre y muy gozoso,
 Sin miedo que le venga desventura,
 Que va de su ventura confiado,
 Y el navío de barras bien lastrado.

Sarmiento en este tiempo se ha ofrecido
 A embocar el Estrecho hácia España,
 De Don Francisco fué favorecido,
 Que se juzga esta cosa por estraña.
 En su lugar y tiempo referido
 Será aqueste nogocio, y la maraña,
 Que sin concierto y orden mal urdia,
 Por donde mucha gente se perdía.

Volver á Lerma quiero. Tiene aviso
 Que en Esteco el teniente mal se habia
 Con el Dean; por tanto de improviso
 A Mirabal su hermano luego envía,
 El Mirabal áquesto solo quiso
 Por achaque tomar, que aborrecía
 Al pobre del Dean, de quien es fama,
 Que toda la revuelta forja y trama.

En la Merced estaba recogido
 El Dean Don Francisco de Salcedo,
 De dó con dos ó tres hubo salido
 En busca del teniente. No está quedo
 El bachiller García, que ha venido
 Con grita, barahunda, y mal denuedo;
 Mas no hallando en casa al Benavente,
 A la Merced se vuelve aquesta gente.

De los de la revuelta un conocido,
 Que por nombre Felipe se decia,
 A quien la justicia hubo querido
 A Castilla enviar, pues convenia;
 La culpa principal aquí ha tenido,
 Que por costumbre vieja lo tenia;
 Y de su mal vivir quiera dolerse
 Nuestro gran Redentor, y él condolerse.

Al de Toledo aqueste falseado
 La firma, dicen, hubo con gran maña;
 Y siendo su negocio comprobado,
 Embarcarle quisieron para España.
 A galeras estaba condenado,
 Que fué su culpa en forma muy estraña:
 Mas tuvo tal industria este mestizo,
 Que el juego, como dicen, maña hizo.

Al Audiencia de Charcas despachados,
 Por Lerma fueron presto ya los presos,
 Con papeles y causas y recados,
 Formados á la larga los procesos.
 Tambien salieron otros condenados
 A galeras, por ser hombres traviosos:
 Hernan Mesia, Sotelo con Rubira;
 Su causa en el Audiencia bien se mira.

De ver gra en la Plata las dicciones
 Que habia de este caso, y pareceres: -
 Aqui vereis juntar conversaciones
 De toda suerte de hombres y mugeres,
 Soldados y vecinos en cantones,
 Ni se trata de plata ni de haberes,
 De solo Lerma ví tantas sentencias,
 Cuanto eran de cabezas diferencias.

Tardéme yo en venir algunos dias,
 Y estaba ya el negocio reposado,
 Con todo algunos tienen sus porfias,
 Que no les era el caso bien contado.
 Que aunque hubo en el negocio demasias,
 En parte fué muy bueno y acertado,
 Que obligan los delitos muchas veces
 A salir de medida á los jueces.

En Arequipa en esto ha sucedido
 Una cosa muy triste y repentina,
 Y tanto, que yo vide conmovido
 Al Perú con dolor de tan gran ruina.
 Y pues de lamentar tanto ha sabido
 Desde su fundacion nuestra Argentina,
 Lamente aqueste caso lastimero,
 Que por famoso aqui contar le quiero.

Habia un gran presagio sucedido,
 Que oyeron por los aires tintinando
 De cajas y atambores gran ruido,
 Que en concertado son iban sonando.
 Cometas por el cielo han parecido,
 Que acá y allá contino andan errando:
 El aire obscurecido y tenebroso,
 Promete fin horrible y espantoso.

Estando el pueblo alegre y descuidado,
 En sus casas comiendo cada uno,
 Con un furor horrible desfrenado,
 Se forma un tal temblor tan importuno,
 Que sale cada cual desatinado,
 El remedio buscaban oportuno:
 Y huyen, no esperando el hijo al padre,
 Ni al hijo su querida y dulce madre.

Amigos á otros fueron muy propicios
 En este aprieto, dándoles ayuda:
 Caíanse los fuertes edificios,
 Que muy poco el cimiento les ayuda.
 Con la puerta, que queda sobre quicios,
 Aquel que mas no puede bien se escuda,
 En tanto que el umbral no se hundia,
 Y viene todo allí de Romania.

El triste, que procura de la tienda
 Librar lo que ha ganado con trabajo,
 Perece con su mísera hacienda,
 Quedando por sacarla de debajo.
 Muy larga se le hace aquí la senda
 Al que es gordo y pesado, y tiene bajo;
 Que el mas suelto y ligero mas corria,
 Y de su ligereza se valía.

Trescientas y mas casas se cayeron,
 Y templos muy lucidos y labrados,
 Y mas de treinta hombres perecieron,
 Sin indios só la tierra sepultados.
 De espanto y miedo algunos se murieron,
 Cayendo de su estado desmayados;
 Que viendo se huadía tierra y suelo
 Pensaban se venia abajo el cielo.

A mediodía sucede ; que si fuera
 De noche aquesta ruina dolorida,
 Sin duda mucha gente pereciera
 Sin poder escaparse con la vida.
 De su casa salir nadie pudiera,
 Que le fuera imposible la salida:
 Pues era tan dificil con luz clara,
 ¿Qué fuera, si de noche les tomara ?

Una boca terrible y espantosa
 Está junto á Arequipa, ¡ó Dios Eterno!
 Que vos hicisteis cosa tan monstruosa,
 Que bien se dice boca del infierno.
 Aquesta dicen fué causa forzosa
 De aqueste terremoto, y que el caverno
 Con furia levantó la gran tormenta;
 Aquel volcan azufre y fuego avienta.

Pues no bastó el temblor tan espantoso
 Para que una mestiza se enmendase,
 Que fraguando tenia un mal famosò,
 Que quiso de su mal fama durase.
 La triste, no pudiendo ver su esposo
 El Diabolo la aconseja le matase,
 Pensando desposar ella consigo
 A un mozo que tenia por amigo.

• Al cual de su propósito maligno
 La moza le dá parte placentera:
 El mozo en el concierto luego vino,
 Que amaba á la mestiza en gran manera.
 En una huerta está junto á un camino,
 En medio de un vallado, una higuera:
 Aquí, despues de muerto, le han colgado,
 Fingiendo que murió desesperado.

La moza le aliegó, cuando dormía,
 Con un lazo y cordel muy corredizo:
 Con ella está presente, que lo veía,
 El nuevo sucesor, y mal mestizo,
 El cual al muerto luego suspendía.
 El ruido que forman es hechizo,
 Celando, y encubriendo su contento
 Con un fingido y falso sentimiento.

Al tono de este caso doloroso,
 Diremos otro aquí más lamentable:
 En Mizque, valle fértil, provechoso,
 Dó Baco tiene asiento favorable,
 Estaba Gil Gonzalez, hombre honroso,
 A su esposa y muger muy amigable:
 Al parecer también ella le amaba,
 Y como á su marido regalaba.

Catalina, verdugo sin consejo,
 Ingrata á tanto bien como tenía,
 Habiendo muerto el padre, como viejo,
 Con el marido á veces mal se había.
 Matarle determina: el aparejo
 En un mozuero halla, á quien quería
 En un supremo grado; de tal suerte,
 Que á todos tres causó su querer, muerte.

En casa le tenía hospedado,
 Nacido era en la villa de Oropesa;
 Del pobre Gil Gonzalez regalado,
 Comiendo de ordinario en propia mesa;
 Empero de sus padres mal criado,
 Y así de condición mala y aviesa,
 Por sus grandes delitos y malicia
 Desterrado le había la justicia.

Conciertan, pues, los dos quitar la vida
 Al pobre, que vivía sin recelo:
 El Juan Rodriguez dióle una herida,
 De que cayó el Gonzalez en el suelo.
 La maldita verdugo, luego asida
 Del triste que la pide á ella consuelo:
 "No es tiempo ya, le dice, perro perro."
 Y el mozo por la llaga mete hierro.

Espira el sin ventura sollozando,
 Diciendo: "¡muger mia, qué os he hecho?"
 La verdugo cruel le está arañando
 El rostro y el pescuezo con el pecho.
 Fingiendo que se duele, está gritando,
 Y su marido, dice, que del lecho
 Cayó, con un dolor crudo muy fuerte,
 Con ansias revolcando de la muerte.

Los lutos se sacaron con contento,
 Las lágrimas son risas de heredero.
 Y muy de presto ordenan casamiento,
 Por mas presto venir á pagadero.
 Apenas se acabó el enterramiento
 Despósanse los dos: el paradero
 Fué muerte acabadora de contentos,
 De bienes y de males, y tormentos.

• ¡O cruda ingratitud, tan celebrada
 De hembras por el mundo, como vemos:
 Es posible que, siendo tan usada,
 Jamas de su rigor huir podemos!
 La culpa nuestra bien está probada,
 Pues de muger sabido ya tenemos,
 Que no puede regirse por consejo,
 Pues tiene de razon poco aparejo.

Vercis que al parecer muy tiernamente
 Os aman por extremo sin medida,
 Y al contrario vereis muy de repente,
 Que sois la cosa mas aborrecida
 Que se puede hallar entre la gente.
 Aquesta usanza bion es conocida.
 Por dó decir podremos, de la hembra
 Mudanza cojerá quien amor sienbra.

Fiad de la mujer, por vida mia,
 Vereis cuan mal acude la fianza.
 Si acaso es principal y de valia,
 Contino está pensando en su mudanza:
 Siendo de baja suerte, noche y día.
 Pues ¿quién tendrá en muger ya confianza,
 Sabiendo que en su pecho está estampada
 Y al vivo la mudanza retratada?

Y si alguna excepcion hallar queremos,
 No es justo la busquemos en la tierra,
 Que no se hallará, aunque trabajemos,
 Que á firmeza interés presto destierra.
 En el Perú aquesto bien podemos,
 Probar, que árbol alguno no sotierra
 Sus raices, aunque sea de grandeza;
 Pues, ¿como la muger tendrá firmeza?

Católica y beata gran corona
 De ejemplo y de virtud, Reina Isabela,
 De quien su eterna fama bien pregona,
 Que sobre el candelero fué candela:
 Dijistes, gran Señora, á una persona
 (Quien hay que de tal cosa no se duela)
 De firmeza no habrá solos matices,
 A dó el árbol no cubre sus raices. (71)

No es justo ya tratar mas de firmeza,
Mayormente de damas, pues por gala
Ya tienen la mudanza, y por bajeza
Entre ellas ya se juzga, y cosa mala
Guardar la fé al galan, que es gran proeza,
Echarle al mejor tiempo en hora mala:
Que en remedio de amores han leido,
Que al amor, nuevo amor ha socorrido.

Y porque disgustadas mas no sean
Las damàs de este canto y de mi rima,
El siguiente les pido yo que lean,
Que en él he de tratar cosas de Lima.
A vueltas del Concilio quiero vean,
Que hay en el Perú damas de estima;
Que no es en esta historia mi designo
Quitarde su valor al rubí fino.



CANTO VIGESIMO-TERCIO.



Trátase del Concilio que se congregó en Lima, y de las galas de aquella ciudad, y de dos temblores gravísimos que en ella sucedieron.



Quisiera que el estilo de mi rima
Subiera de repente de su punto,
Al Cielo levantando bien la prima
En solo este brevísimo trasunto.
Por poder escribir lo que ví en Lima,
Al tiempo que el concilio estaba junto,
De siete Obispos graves de consejo,
Y el Arzobispo Alfonso Mogrovejo.

• Como por nuestro Rey se desease
El bien de la República Cristiana,
Por que el negocio bien se reformase
En este nuevo orbe, y tierra indiana,
Ordénó que concilio se juntase,
Premisa autoridad, santa, romana,
De tierras muy longincuas los prelados
En breve tiempo fueron congregados.

El muy docto Lartaun ha venido
 Del Cuzco, y de Quito el sábio Peña;
 De Santiago de Chile, uno nacido
 En Mendellin, lugar, tierra estremña.
 El grave San Miguel, muy entendido,
 De la rica imperial ciudad Chilena;
 De Tucuman, Victoria lusitano,
 A quien fortuna dió en breve su mano.

D. Alonso Granero, muy prudente,
 Que de antiguos Toledos descendia,
 Tambien se halla en Lima, aunque doliente,
 Que listado de gota, se sentia.
 Del Paraguay electo de presente
 Obispo está, que Guerra se decia:
 En este consistorio congregado
 Preside el Arzobispo ya nombrado.

Edictos se publican, que viniesen
 A pedir su justicia todas gentes,
 Y que en Concilio luego pareciesen
 Cualesquiera que fuesen delincuentes,
 De estado eclesiástico, si fuesen,
 Y tuviesen también inconvenientes,
 De religion dejada, ó dimisoria,
 A todos se despacha compulsoria.

Parecen en Concilio, demandando
 Del Cuzco, con algunas ocasiones,
 Contra el Obispo algunos, informando
 De su justicia, causas y razones.
 Ibase este negocio encadenando
 Por muchos que los guian sus pasiones:
 De aquí nace discordia entre prelados,
 Y falsas opiniones de letrados.

Un Lucio, en los derechos graduado,
 Amigo mas del tuerto que el derecho,
 Al Arzobispo trajo alborotado,
 Con su mala intencion y duro pecho.
 Del Cabildo del Cuzco es abogado,
 Y piensa mejor hacer así su hecho:
 El Concilio rescinda, le decia
 Al Arzobispo, que así le convenia.

Con este parecer muy conmovido,
 Procura el Arzobispo que cesase
 El Concilio, diciendo que ha perdido
 Al Virrey, que esperaba le ayudase.
 Don Martin en aquesto fenecido
 Habia, que Dios quiso que llegase
 Su fin, digno de lágrimas y lloro,
 Porque perdió el Perú grande tesoro.

Tenia en el Virrey gran confianza
 La gente, que al del Cuzco perseguia;
 Temiendo del de Cuzco la pujanza,
 Al Arzobispo el Lucio le traia.
 Muy ciego, por tener de él confianza;
 Y así cuanto le dice lo creia.
 Por su mal parecer y mal consejo,
 Al Concilio no viene Mogrovejo.

Los Obispos aquí le requirieron,
 Que al Concilio presida, como suele,
 A la iglesia los cuatro se vinieron:
 Al Lucio le conviene ahora que vele;
 Entre él y el Arzobispo respondieron.
 El alma y corazon á todos duele,
 Por ver tal disencion así trabada
 Entre Obispos, por Lucio encadenada.

En contra á San Miguel bien se mostraba
 Del parecer de todos los prelados:
 Al Arzobispo él solo se juntaba;
 Mas á aquellos que fueron congregados,
 El Arzobispo presto excomulgaba,
 Y en tablillas los pone declarados.
 En aquesto el de Quito muerto habia,
 Y Granero de gota padecia.

Quien vido la ciudad alborotada,
 Metida en pareceres diferentes,
 Al Audiencia la causa fué llevada,
 Pare cortar el hilo á inconvenientes.
 El Audiencia Real, bien informada,
 Y letrados famosos y sapientes,
 Rescindieron los autos actuados,
 Y así presto ya han sido congregados.

Tornárouse á juntar como solian,
 Haciéndose Concilio cada dia:
 En tanto que negocios fenecian,
 La ciudad del comer se encarecía,
 Porque de todos partes acudian,
 Según á cada cual le convenia:
 Los unos, sin llámarles, son venidos,
 Los otros á mal grado son traídos.

Las damas vi que estaban muy quejosas,
 Diciendo, que con ellas se ha mostrado
 El Concilio con leyes rigurosas,
 Que el uso de rebozos ha quitado.
 En Lima vereis damas muy costosas
 De sedas, tramasirgos y brocados
 En las fiestas, y juegos arreadas,
 Mas los rostros y caras muy tapadas.

Por las calles y plaza á las ventanas
 Se ponen, que es contento de mirarlas;
 Con ricos aderezos, muy galanas,
 Y pueden los que quieren bien hablarlas,
 No se muestran esquivas, ni tiranas,
 Que escuchan á quien quiere requebrarlas,
 Y dicen só el rebozo chistecillos,
 Con que engañan á veces á bobillos.

De aquesta libertad y gran soltura
 El Limense Concilio fué informado:
 Queriendo reformar esta locura,
 Y abuso tan pestífero y malvado,
 Publica con rigor una censura
 Só pena de la cual les fué mandado,
 A las damas sus rostros descubriesen,
 A al menos á las fiestas no saliesen.

No fué poca la pena que sintieron
 Las damas, de se ver así privadas
 Del rebozo, por donde se estuvieron
 En sus casas algunas encerradas.
 Al fin de aquesta suerte obedecieron
 Las unas, mas las otras destapadas
 Salieron á las fiestas muy costosas:
 Pulidas, y galanas y hermosas.

• Tan bien aderezadas y vestidas,
 Y con tanto primor y bizzarria
 En Lima andan las damas, y pulidas,
 Que en corte de Castilla se tenia
 En estima, basquiñas guarnecidas
 De mucho oro, y de fina pedreria.
 Doña Bernarda Niño una bordada
 Sacó, que en tres mil pesos fué apreciada.

Aquesta sobre todas se señala
 En costoso aderezo de vestido,
 De Aliaga, Beatriz, lleva la gala
 En discrecion, aviso y buen sentido:
 Tambien la que no tiene cosa mala,
 Ni menos bueno que ella, su marido,
 Dá lustre, con su lustre en toda Lima,
 Doña Maria Cepeda, de alta estima.

Estaba con la lírica Diana,
 Doña Mariana bella, muy gozosa
 La corte de los Reyes, y aun ufana;
 Mas la muerte con ella fué envidiosa.
 Dejónos otra ninfa, tan galana,
 Discreta, buena, rica, y tan hermosa,
 Que puede allá en el cielo ser lucero,
 Doña Juliana es Puerto Carrero.

Doña Beatriz la Coya en esto ha ido
 A Lima, dó se halla gran Señora,
 Por haber el bautismo recibido:
 Bien muestra ser del Inca sucesora.
 Al muy sábio Loyola por marido
 Lé cupo, de quien es merecedora.
 Doña Luisa estaba cerca de ella,
 De Ulloa compañera, clara estrella.

Dejemos de contarlas una á una,
 Porque era menester un largo canto,
 Y mas que en todas ellas no hay alguna,
 Que no tenga mil gracias; y esto tanto,
 Que pára á media noche alli la luna,
 Y el sol á medio dia, tanto quanto
 Por cobrar nueva luz y resplandores
 De las damas de Lima y sus primores.

Pues oigan los galanes amorosos, .
 Y templen su contento. En Chuquiago
 Sucedió en estos tiempos tan gozosos,
 Un extraño prodigio y gran estrago.
 Por cima de unos cerros barrancosos,
 Arrancando del todo un grande lago,
 Un terremoto súbito lo avienta,
 Y en otro lugar nuevo lo aposenta.

La tierra, por tres partes diferentes,
 Se abrió con espantable fortaleza,
 Y por las aberturas y vertientes
 Salía con furor gran espeseza
 De polvo, y de pedrisco, que á las gentes
 Mataba sin piedad esta maleza:
 Un indio se salvó de este pedrisco,
 Quedando sin lesion encima un riscó.

Por una parte y otra el terremoto
 Con gran furia pasó, quedando aislado
 El indio de rodillas, muy devoto,
 Sin ser del terremoto maculado.
 Cual suele temeroso por el soto
 La huida buscar siervo ó venado
 Cuando oye el arcabuz, así buscaba
 El indio por donde ir, mas no lo hallaba.

Libróle al fin el riscó y el barranco,
 O por mejor hablar el Poderoso ;
 De la muerte á la vida dió un gran tranco,
 Contándose despues por muy dichoso.
 Mas un pueblo que llaman Anco Anco,
 Aquí hizo su fin muy lastimoso,
 Que un cerro encima dél vino cayendo,
 Y debajo la gente de él cogiendo.

Murieron cuatrocientos naturales
 En solo aqueste pueblo, en despoblado:
 Murieron otros muchos, y animales
 Silvestres, y doméstico ganado,
 Con estos terremotos y señales,
 Al pueblo y Perú ví desconsolado,
 Y muchos dicen, ya quiere acabarse
 El mundo, y el juicio apresurarse.

Y no se quedó Lima sin su suerte
 De pena en este tiempo semejante,
 Que un terremoto grande, crudo y fuerte
 Sucede una mañana en un instante:
 No hay hombre que á salir de casa acierte,
 Y aquel que corre mas sale delante;
 No espera la muger á su marido,
 La madre deja al hijo muy querido.

De casa había salido muy temprano,
 Porque en diciendo misa me ocupaba
 En concilio, por ser Arcediano.
 Mi mula de repente apresuraba,
 Corriendo, y en pararla me era en vano,
 Que el miedo del temblor la desquitaba:
 Corrió con las orejas aguzadas,
 Y ainas me quebrára las quijadas.

Un ruido el temblor causó tamaño,
 Que los cabellos todos se erizaban:
 Negocio de contarse por extraño,
 Que las paredes ví se meneaban;
 Y sin que recibiesen algun daño,
 Temblando de tal suerte, al fin quedaban
 En su ser, aunque algunas se cayeron,
 Y á sus dueños debajo los cogieron.

Un caso contaré yo verdadero,
 Que casi me reí, que aqúeste día
 Corriendo por la calle ví un barbero,
 Que al punto del temblor sangrado habia
 A un hombre, que tras él salió ligero,
 Aunque la sangre roja le salia:
 El barbero perdió aquí su lanceta,
 Y al enfermo el temblor la vena aprieta.

De ver era mirar como saliau,
 Con mil disfraces hombres y las danias,
 Que aquel punto los indios se vestian,
 Los otros aun se estaban en sus camas.
 Algunas sus afeites se ponian,
 Sirviendo estaban mozas á sus amas,
 Y dejarlas huyéndose á la calle
 A dó salen tras ellas de mal talle.

Las unas en camisa, desgreñadas,
 Las otras dando gritos, mal cubiertas;
 Las otras medias caras afeitadas,
 Caidas, desmayadas á las puertas:
 Las otras con sus hijos abrazadas,
 Vencidas del temor, y miedo muertas.
 Al fin pasó el temblor, aunque turbada
 Quedó la gente toda y espantada.

En este tiempo, día señalado
 De la Asumpcion sagrada de María,
 El Sínodo Limense, que ha durado
 Un año, que se cumple en este día,
 Con gran solemnidad ha publicado
 Una sesion, que en suma contenia,
 Que el Sínodo pasado se tuviese
 Por rato, y como tal se obedeciese.

Y que los indios todos, doctrinados
 Con gran solicitud y diligencia,
 De aquí adelante fuesen, y enseñados
 Aquello que conviene á su conciencia.
 Los sacramentos sean ministrados
 Segun capacidad é inteligencia;
 Al indio procurando dar comida,
 Que pueda conformar con su medida:

Tambien otra sesion fué publicada
 En el mes de Setiembre, octavo día,
 En que fué la desorden reformada
 De tratos y contratos que ante habia.
 Aquesta sesion toda fué apelada,
 Que aquesto, y otras cosas contenía,
 Que no daban buen gusto á los granjeros
 Que escuecen los negocios verdaderos.

A veinte dos del mismo publicaron
 Otra sesion de cosas provechosas,
 Tambien de todas ellas apelaron,
 Diciendo ser sus penas rigurosas.
 Mil dares y tomares se pasaron
 En este tiempo, y cosas trabajosas.
 Que el pueblo deseaba se acabase
 El Concilio, y mas tiempo no durase.

En el siguiente mes fué rescindido
 El Concilio, que gran tiempo ha durado.
 Apelado por todos luego ha sido,
 Que contra sí lo guzgan agravado:
 Y pues que á nuestra España fué venido,
 No quiero mas decir que estoy enfadado,
 Dejando sus sesiones y conceptos
 Al juicio de buenos intelectos.

Gran consuelo recibe Lima toda
 En ver que ya el Concilio se acabase,
 Que dó quiera la gente se acomoda
 Mejor, si menos es, y que faltase
 Temian cada rato, como en boda
 Dó mucha gente hay, y se gastase
 El pan, y vino y carne, que mil gentes
 Acuden al Concilio diferentes.

Y no holgué yo menos de esta féria
 Salir, que me cabia mucha parte,
 Y así en el Concilio mi miseria
 Gasté con mi pequeña industria y arte:
 Por dó me ví en pobreza, y gran laceria,
 Mas nunca jamas pude yo olvidarte
 España, dulce amiga, cuyo hipo,
 Me trajo sin sosiego, y el Filipo.

Y viendo mi pretenso se alejaba,
 Por no tener con que volver á verte,
 De mi poca ventura me quejaba,
 Y á veces deseaba ver la muerte.
 Cuando mas descuidado y triste estaba
 De ver algun remedio de mi suerte
 La Inquisicion me hizo comisario,
 Y el Obispo de Charcas su Vicario.

Con esto subo arriba, do veremos,
 Lo que en el Argentino ha sucedido,
 Y á nuestra musa ruda lo diremos
 No diga le entregamos ya al olvido.
 Del buen Sotomayor recontaremos,
 Como con Don Diego Flores ha venido,
 Del su ventura pobre de Sarmiento,
 Y de su vano y loco pensamiento.

GANTO VIGESIMO-CUARTO.



En este canto se cuenta de la ida de Sarmiento á Castilla por el Estrecho de Magallanes, y de la venida de Diego Flores al Brasil, y D. Alonso de Sotomayor á Chile por el Argentino; y de la muerte del capitán Garay, y del Gobernador Mendieta.



De escarmentados, dicen los arteros
Se hacen: nuestra madre la experiencia
Nos presenta los casos verdaderos,
Que muchos no alcanzaron por su ciencia.
Pilotos, y muy buenos marineros
Tenian entre sí gran diferencia;
Del Magallan Estrecho el Perú estaba
Seguro de pensar se navegaba.

- Francisco, como dije lo atraviesa,
Y en Lima dió rebate al de Toledo:
- El descuido no dió lugar á priesa;
Causó tambien su parte el grave miedo
De aquella gran desdicha tan aviesa:
Si lo que se sonaba decir puedo,
Francisco allá la vida bien dejára,
Si de otra suerte el caso se guiára.

Pues ido de las manos el conejo,
 Tomando de Francisco el escarmiento,
 Juzgóse por maduro y buen consejo
 Del Estrecho hacer descubrimiento:
 Ofrécese, que dándole aparejo,
 A Castilla por él irá derecho:
 Despáchale el Virrey, que no debiera,
 Movido de Sarmiento y su quimera.

Al fin Sarmiento sale pertrechado
 De Lima, de lo que era necesario,
 De su saber y estrellas confiado,
 Sin temor ó recelo de corsario.
 El Magallan Estrecho ya embocado,
 Con un ánimo cierto, temerario,
 Al mar del norte sale temeroso,
 Teniéndose en aquesto por dichoso.

Trató con los gigantes de Pancaldo,
 Que están por cima el Puerto de Leones.
 Acuérdomé yo ahora que Givaldo,
 Soldado genovés, entre razones
 Que conmigo trataba, y con Grimaldo
 De su nacion, discretos dos varones,
 Me dijo muchas veces que los viera
 Desde el navío llegar á la ribera.

Pancaldo fué el primero que los vido,
 Un genovés, astuto marinero:
 Uno de ellos, decia, que metido
 Habia por dentro del garguero
 Una muy larga flecha, y no rompido,
 Segun que la sacaba: hechicero
 El Pancaldo le usga, y Pier Antonio
 Decia ser por arte del demonio.

A este Pier Antonio, que de Aquino
 Se llamaba, le oí aquestas cosas;
 De buen entendimiento, buen latino
 Era, y me contaba milagrosas
 E increíbles cosas del camino
 Que Pancaldo llevó, cuando preciosas
 Y ricas joyas dió á mal despecho,
 Pensando de pasar aquel Estrecho.

Mas venturoso fué nuestro Sarmiento
 Con llevar una pobre navecilla;
 En atravesar, digo que lamento
 Tendrá despues al fin con su cuadrilla.
 Llegó Sarmiento en paz, rico y contento,
 Del orbe nuevo al viejo de Castilla,
 Y dió cuenta de sí, y de su camino,
 Y la causa motriz de su desigño.

Holgáronse en España con la nueva
 De ver que ya el Estrecho navegaban,
 Y que hay sin Magallanes quien se atreva.
 Con esto la tornada procuraban;
 Y queriendo hacerse de esto prueba,
 Las cosas de esta suerte se trazaban,
 Que salga Diego Flores con Armada,
 Que vaya á nuestro Estrecho enderezada.

Muchas armas se juntan y pertrechos,
 Proveyéndose todo el necesario,
 Que estaban los autores satisfechos
 De dar en la cabeza al adversario.
 Mas vemos que los fines y los hechos
 Succeden las mas veces al contrario:
 Al fin Diego de Flores há partido,
 Y á Sarmiento consigo se ha traído.

Tambien Sotomayor á Chile viene,
 Con orden de pasar á Magallanes:
 Y tanto aquesta armada se detiene,
 Pasando mil fortunas y desmanes,
 Que á la costa brasílica conviene
 Venir el general, y capitanes.
 Al rio de Janeiro han aportado;
 Y oid aquesta Armada en qué ha parado.

Salen de aquí contentos los que cuento,
 Diego Flores, Valdés y el Trugillano,
 El buen Sotamayor, por cognomento
 Chaves, y de la madre voz Mediano.
 Con ellos, como digo, vá Sarmiento,
 Cuya quimera vana salió en vano;
 Al Yumirí llegaron, boca angosta, (72)
 Y del reino argentino tierra y costa.

Tomaron la una boca de la banda
 Del norte, que la otra se endereza
 Al sur, como se diera suda y tanda
 Allí; y aun le quebráran la cabeza
 Al Ingles, que en la boca del sur anda,
 Y estuvo allí surgido grande pieza.
 Sucesos son de mar, y aun de la tierra,
 Que vemos que suceden en la guerra.

Al fin salió el Ingles de allí primero,
 Sin que de nuestra Armada fué sentido.
 Un navio, en aquesto del Jenéro
 Al Rio de la Plata hubo partido.
 Encuéntrale el Ingles, por prisionero
 Un piloto llevó muy conocido,
 Robando lo que halla en cóyuntura,
 Dejó el navio y gente á su aventura. (73)

Del Yumirí saliendo nuestra Armada,
 Con los del navio encuentra, que dijeron
 Lo que el Ingles les hizo: la tornada
 Procura Diego Flores, dó salieron
 A dar carena, dice, maltratada
 Que vá la Armada, presto se volvieron;
 Que á seguir el Ingles yo cierto creo,
 Que en él satisficieran su deseo.

El Ingles su derrota y su camino
 Siguió, sin que persona le impidiera:
 Despues Diego de Flores tras él vino,
 Y viendo ser ya tarde se volviera;
 Tomó Sotomayor el Argentino.
 Sarmiento caminó, que no debiera:
 Al Estrecho llegó dó pretendia,
 Mas poco le ha durado su alegria.

Tomando el Argentino el Trugillano,
 La mas gente que trae es estremeña,
 Salieron con gran gozo en aquel llaño:
 La gente les recibe paragüeña
 Con placer y contento soberano,
 Que es gente muy afable y halagüeña:
 De allí atraviesa á Chile alegremente,
 Aunque se le ha quedado alguna gente.

Alegre está Garay con la venida
 De aquesta armada al puerto paragüeño,
 Y puede por aquí ser socorrida
 La gente y el gobierno del Chileño.
 De ser esta carrera mas seguida
 La gloria se le debe al Estremeño,
 Que aunque en lengua de muchos esto estaba,
 El fué quien á la obra mano echaba.

Garay de Buenos Aires ha salido
 El río arriba, dicen, con mal pecho:
 Que desque uno se ve en gloria subido,
 A tuerto ha de subir su casa al techo.
 Y como en todo bien le ha sucedido,
 De su ventura estaba satisfecho;
 De guarda ó centinela no se cura,
 Que fué causa de triste desventura.

• Así estando una noche descañando
 En tierra el capitán con mucha gente,
 Algunos de temor se recelando,
 Temían el suceso subsecuente:
 Y el ánimo presago adivinando,
 En lo futuro mal inconveniente,
 El capitán el sueño prometía,
 Como en Madrid, seguro en demasia.

Mas al revés sucede de su voto,
 Que el Mañuá, sin nombre ni valía,
 Salió con poca fuerza de un gran soto,
 Al tiempo que el aurora descubría.
 Vereis en breve espacio el campo roto,
 Y á Garay, que el seguro prometía,
 Envuelto le dejaron en olvido
 Del sueño que el había prometido.

Garay fué de prudencia siempre falto,
 Y así por no tenerla, feneciendo
 En esta desventura y triste asalto,
 Fué causa de este caso tan horrendo.
 Los Mañuaes descienden por un alto
 Con gran solicitud y sin estruendo,
 Al capitán mataron el primero,
 Que nadie ha de fiar de buen tempero.

Comienzan de hacer cruda matanza,
 En los que en sueño estaban sumergidos.
 ¡Maldita sea la loca confianza!
 ¿Quien soldados en guerra vió dormidos?
 Desde que el indio sintió su gran pujanza,
 Levanta grandes voces y alaridos,
 Y á diestro y á siniestro va hiriendo
 Al cristiano que al rio va huyendò.

Con bolas, flechas, dardos y macanas,
 La guerra aquí se hizo lacrimosa:
 El cristiano que vé sus fuerzas vanas,
 Y ser la resistencia peligrosa,
 Dejando su miseria en las sabanas,
 Los pies pone el que puede en polvorosa,
 Y al bergantin se acoge de corrida,
 Por escapar si puede con la vida.

Murieron con Garay justo cuarenta
 De la gente escogida paragueña;
 Los indios eran solos ciento y treinta:
 Iba con el Garay gente estremeña,
 Y entre ella algunos iban de gran cuenta.
 Aquí murió Valverde, bella dueña,
 Que en quitarla la muerte, al mundo quita
 Tesoro, y el contento á Piedra Hita.

Llore mi musa y verso con ternura
 La muerte de esta dama generosa,
 Y llórela mi tierra Extremadura,
 Y Castilla la Vieja perdidosa:
 Y llore Logrosan la hermosura,
 De aquesta dama bella, tan hermosa
 Cual entre espinas, rosa y azucena,
 De honra y de virtudes tambien llena.

Las Argentinas ninfas, conociendo
 De aquesta Ana Valverde la belleza,
 Sus dorados cabellos descojendo,
 Envueltas en dolor y gran tristeza,
 Están á la fortuna maldiciendo;
 Las flechas, y los dardos, la crueza
 Del indio Mañuá, que así ha robado
 Al mundo de virtudes un dechado.

Aquí Miguel Simon, el Logrosano,
 Mostrado ha su valor y grande brio,
 Librando de la muerte por su mano
 A su mujer, que en brazos al navio
 La trajo. Mas herido del pagano,
 Está para ahogarse ya en el rio,
 Vereis á Cuevas triste y doloroso,
 Por salvar su muger muy congojoso.

En el agua cayó, cuando subia
 El bergantin arriba la cuitada,
 Y viendo que ya casi se hundia,
 Su marido la juzga ya ahogada.
 “¡O Virgen, ella dice, en este dia,
 Valedme, mi Señora y abogada
 De Guadalupe, en este gran aprieto,
 Que servir esta obra yo prometo.

La turbacion que habia, no refiero,
 Las lágrimas, los gritos, el lamento:
 El enemigo andaba carnicero,
 Por la cristiana sangre muy sediento.
 Al bergantín afierra crudo, fiero:
 El cristiano que vido tal descuento,
 Sacando vivas fuerzas de flaqueza,
 Resiste al enemigo su fiereza.

Pero Alonso de Cuevas ha ayudado
 Muy bien al bergantín en el combate,
 Como valiente, fuerte y esforzado,
 Temiendo su muger el indio mate.
 Al fin nuestro Señor los ha librado,
 Huyendo el bergantín de este dislate.
 Nació en la tierra un bravo atrevimiento,
 Y oíd con atención el alzamiento.

El Mañuá, quedando victorioso,
 Aunque era indio sin cuenta y no valiente,
 Mas de ganar gran nombre codicioso,
 Levanta al Guaraní muy de repente,
 Y al Querandí, que es indio belicoso.
 Acude cada cual muy diligente,
 Juntándose gran parte de la tierra,
 Alegres en oír cosa de guerra.

El Yamandú, que arriba su memoria
 Tenemos muchas veces celebrada,
 Es el que lleva aquí la palma y gloria;
 Por él vá aquesta cosa gobernada:
 Su voz despacha á guerra citatoria,
 En toda la comarca publicada,
 En breve muchos indios se han juntado,
 Y en su junta la guerra concertado.

Dejamos de contar cosas graciosas
 Que en este ayuntamiento han sucedido,
 Que á muchos les serán dificultosas:
 Mas no puedo callar de qué han reñido
 Dos indias de unas fuerzas espantosas,
 Que á espanto en este tiempo han conmovido;
 Que en ser de dos mugeres la pelea,
 Placer dará al discreto que la lea.

Tupaayquá, la primera se decia,
 De gran valor y esfuerzo y animosa;
 La segunda se llama Tabolia,
 Astuta, muy gallarda y belicosa.
 Entre estas dos se traba una porfia
 En la junta, por cierto muy graciosa:
 Tupaayquá su marido mas bebiera
 A Tabolia que el suyo, le dijera.

Sobre esto entre las dos se han desmentido,
 Y á los arcos la mano luego echaron:
 Mas entremedias muchos se han metido,
 Y el caso de esta suerte concertaron;
 Que en un palenque fuerte, muy fornido,
 Con dos padrinos, que ámbas señalaron,
 De buena á buena riñan la pendencia,
 Con que cese el rencor y diferencia.

De ver era las dos fuertes, membrudas,
 De solas sus macanas arreadas,
 Que no tienen mas armas, que desnudas,
 Al fin en el palenque ya encerradas,
 Comienzan de herir sus carnes crudas,
 Y dándose muy brayas cuchilladas,
 En sangre convertian tierra y suelo.
 Y sus golpes sonaban hasta el cielo.

Los dos maridos, vista la hazaña,
 Y el peligro presente de sus vidas,
 Metidos en furor y cruda saña,
 Con voces y palabras doloridas,
 Que cese, piden ámbos, la maraña:
 Por los padrinos fueron despartidas,
 Y dándoles del vino y del brevage,
 Cesó la diferencia y el corage.

En la junta concluyen, que conviene
 Que guerra á Buenos Aires hagan luego,
 Que si un punto la guerra se detiene,
 Sujetos quedarán á pecho y ruego.
 El Yamandú les dice, porque suene
 En España la fama, á sangre y fuego,
 "Perezca la memoria del Cristiano,
 Sin que dejemos dél un hueso sano."

De aqueste parecer es Querandelo,
 Con el valiente viejo Tanimbalo,
 Ayuda les ofrece Taboledo,
 Yaguatátí, Terú con Manoncalo.
 La grita y alarido hasta el cielo
 Levantan, y nombrando á Guazúialo
 Por general, del campo se han partido,
 Y en breve á Buenos Aires descendido.

La gente que aquí baja es en gran suma;
 Chiloazas, Beguaès, Querandies
 Vienen creciendo siempre como espuma:
 La flor de todos son los Guaranies;
 Mil galas y lindezas de bel pluma
 Encima traen de sí: mas no confies
 En gala, gentileza y hermosura,
 Que la verdura fresca poco dura.

Al puerto y fuerte llegan voceando,
 Con trompas, y bocinas y atambores;
 Las centinelas andan rodeando
 El fuerte, y el poblado y rededores.
 Tocan arma; en un punto peleando
 Con esfuerzo vereis los pobladores;
 Rodrigo Ortiz de Zárate es teniente,
 Hombre de presumpcion y muy valiente.

No quieren que se suelte artillería,
 Que el una escuadra y otra anda mezclada;
 Parece resonar calderería,
 O la fragua vulcana tan nombrada.
 El tiempo la victoria entretenía;
 La gente desflaquece de cansada:
 A prisa viene ya aquella doncella,
 Que á Titon dió su queja, siendo bella.

El enemigo viendo que amanece,
 Temiendo la pujanza del Cristiano,
 Y que su gente toda desfallece,
 Procura retirarse por el llano.
 El General Guazuialo perece.
 Con parte del ejército pagano;
 Nuestra gente se queda victoriosa,
 Y la contraria huye muy medrosa.

Acá los de Garay, viéndole muerto,
 Siguieron su viage comenzado:
 Llegando á Santa Fé, seguro puerto,
 El caso con dolor es celebrado.
 La causa déste mal y desconcierto,
 Los mas dicen Garay haber causado:
 Perdónele quien puede, que provecho
 Sabemos que en la tierra mucho ha hecho.

Al Paraguay camina aquesta gente
 En tres barcas, dejando allí el navío.
 Una barca, vencida del corriente,
 Que lleva muy veloz el ancho rio,
 Perdido el gobernalle, de repente
 Se vuelca, no bastando poderío
 Humano á remediarla. Peticieron
 Cuarenta, y solos cuatro escabulleron.

De aquestos cuatro, dos, el uno Luna,
 El otro Cosme, juntos han salido
 A tierra, y travesando una laguna,
 Al fin á la Asumpcion Luna ha venido.
 De rabiosa cruel hambre importuna,
 El Cosme sin ventura ha perecido:
 Al Luna, que escapó de aquesta suerte,
 Un caballo le dió despues la muerte.

Mendieta, que dijimos, fué dejado
 Del piloto mayor y marineros,
 Como era mozo mal considerado,
 Causó la muerte á sí, y sus compañeros.
 Un mestizo, que estaba amancebado
 Con una india, por celos mensageros
 Del falso Dios de amor, que mal aprieta,
 A siete dió la muerte con Mendieta.

Del cacique Martin, un indio tuerto,
 Era hija la india, y muy hermosa:
 Por muger se la dió, que andaba muerto
 Por ella: ¡A quien no mata aquella Diosa?
 El mozo, como siente el grave tuerto
 De Mendieta, que es burla muy penosa
 El cuerno al ojo, hizo á los paganos
 Matasen á Mendieta, y sus cristianos.

De Sarmiento tratar no quiero agora,
 Que, como referí, pobló el Estrecho.
 Poblando, la fortuna burladora,
 No fué muy favorable de su hecho;
 Que habiendo de crecer siempre en mejora,
 Menguó muy de repente á su despecho:
 Comienza á perseguirle de tal suerte,
 Que nunca le dejó hasta la muerte.

Mas paréceme que es historia ajena:
No quiero mas decir, ni del famoso,
Y buen Sotomayor, que enhorabuena
Le cupo por marido y por esposo,
Aquella que, de todos bienes llena,
Procede de un linage generoso.
No conviene yo trate, pues Arcila
En Chile con primor se despabila.

Y pues que á Chile cupo tal belleza
De pluma, de valor, de cortedia,
No es justo, que se atreva mi rudeza
Decir de Chile cosa, que seria
Muy loca presumpcion y gran simpleza
Meter hoz en la mies, no siendo mia.
Volver quiero al estilo Chiriguana,
Y á su costumbre perra y muy tirana.



CANTO VIGESIMO-QUINTO.



En que se trata de la junta que hizo Ibitupue, y asaltos que los suyos dieron en tierra del Perú: del acuerdo del Audiencia de los Charcas, y de un temblor terrible en Lima.



No vemos ser seguro á lo presente
Curar de proveer sin advertencia
A lo futuro y tiempo subsecuente;
Mayormente que vemos en presencia
Pronosticarse el caso que está ausente:
Y así mirarlo todo es providencia
A nuestro Dios Eterno atribuida,
Que de un fin toca al otro sin medida.

El de Toledo, dije, como habia
Por coger á D. Diego hecho guerra
Al indio guaraní, que residia
Metido en la aspereza de la sierra.
Saliendo con su intento se volvia,
Sin dejar sosegada aquella tierra,
Mas antes con razon mas levantada,
Por ver aquosta parte acobardada.

Ibitupue, el astuto y cauteloso,
 Con ánimo feroz junta, pregona,
 Y manda, como hombre poderoso,
 Que venga en general toda persona.
 El ser tenido ya por dadivoso,
 Y que á trabajo alguno no perdona,
 Le hace al guaraní venga contento
 A la presente junta y llamamiento.

Con gente acompañado, y pecho fiero
 A la junta ha venido Condurillo,
 El viejo Tabobá, gran carnicero,
 También alegre viene con su aïllo:
 Marucaré, su antiguo compañero,
 Procura con sus fuerzas de seguillo
 Con toda la demas canalla fiera,
 Que vive por la Sierra y Cordillera.

En un prado apacible y muy aneno,
 Ibitupue tenia aparejado,
 De flores olorosas todo lleno,
 Y de muy frescas aguas rodeado.
 Tendidos por la yerba, y por el heno,
 Se comenzó el convite, y ha durado
 Desde el hora de prima, hasta nona;
 Mas ninguno escapó sin maza y mona.

Habia mucha caza regalada,
 Perdices, pavas, aves muy sabrosas,
 Venados, avestruces, que salada
 Su carne es buena y sana, muy gustosa;
 Y dulces frutas, que hay una apropiada
 A guinda, yaracaes olorosas,
 Guembes, ivaviraes en gran suma,
 A rodo los pescados, como espuma.

El vino de maiz y de algarroba,
 De molles, y de murta bien obrado,
 Seguro que bebían casi arroba,
 Que media á cada cual le estaba dado.
 Uno habla en latin, el otro troba,
 Otro habla español y vascongado;
 Mas todos para un fin se concertaban,
 Y aunque borrachos, todos atinaban.

Ibitupue habló de esta manera,
 Aunque hecho botija y grande cuero:
 “Metidos en la fuerte Cordillera,
 Ni Rey, ni Roque hay, por muy guerrero
 Que sea, que nos pueda echar afuera:
 Yo solo, con un solo compañero,
 Me atrevo á defender siempre la entrada,
 Aunque venga el Perú de mano armada.”

“Lo que conviene agora que se haga,
 Pues que el Virrey se puso á darnos pena,
 Que cada cual por sí se satisfaga,
 Segun su coyuntura fuere buena.
 Quien muerte dar pudiera no de llaga,
 Y salga cada cual con buena estrea
 Al camino, á vengarse por sus manos,
 Matando estos soberbios castellanos.”

“Yo tengo nueva ciertâ como viene
 Doña Maria de Angulo, y Da. Elvira:
 La muerte merecida bien la tiene.”
 El arco demandó, una flecha tira,
 Diciendo: “Justo es mi fama suene.”
 A dâ cae la flecha el indio mira:
 Agüero es: que si cae bien derecha,
 Su cosa tiene el indio ya por hecha.

Al punto que tiró, viendo en el suelo
 La flecha estar en alto levantada,
 Los indios levantaron hasta el cielo
 La voz, que es su costumbre muy usada:
 Ibitupue, ya libre de recelo,
 Con muy soberbia voz apresurada,
 "Perezca, dice, luego la memoria
 Del cristiano, y conózcase mi gloria."

Aun no acababa bien estas razones,
 Y un indio cano viejo se levanta,
 Que aunque en la junta estaba, y escuadrones,
 Su vida es diferente y aun espanta.
 El caso que diré yo sin ficciones
 Será, que aunque mi musa en verso canta,
 Escribo la verdad de lo que he oído,
 Y visto por mis ojos y servido.

El viejo con modestia así decía,
 Pidiendo que atención le sea prestada.
 "Sabed, hermanos míos, que venia
 Una hija que tengo, muy amada,
 De guardar mi ganado el otro día,
 Con una cruz muy bella agraciada;
 Y yo le pregunté ¿qué cruz es esta?
 Y oíd de la doncella la respuesta."

"Estando recogendo yo el ganado,
 Ya que la obscura noche se acercaba,
 Mi corazón en alto levantado,
 En el criador de todo contemplaba,
 Y habiéndole en mi pecho gracias dado,
 Por ver como doncella me guardaba;
 Un hombre se me puso por delante,
 De bella compostura y bel semblante."

"El hombre me habló desta manera:"
 "Doncella, pues qué á Dios con pecho llano
 Adóras, determina estar entera
 En tú virginidad, que el Soberano
 De tí se acordará en la hora postrera."
 "Diciendo esto tendió su diestra mano,
 Y dióme aquesta cruz, de quien yo creo,
 Que es don de mi descanso y mi deseo." (74)

"Esta mi hija dice por momentos,
 Que Dios se ha de enojar, si á los Cristianos
 Hacemos mal, y damos descontentos,
 Y que antes los queramos como á hermanos,
 Recibiendo sus Santos Sacramentos."
 Apenas ha hablado, y los insanos
 Vencidos de sus malas pretensiones,
 Al viejo dieron muchos bofetones.

El gran cacique, dice en su tiana
 Que al viejo dejen yá, porque delira,
 Y su hija es doncella muy liviana,
 Y que á invenciones tales siempre aspira.
 Cesóle de herir el Chiriguana,
 Que estaba ya encendido en pura ira,
 Que no dudo yo cierto, sino fuera
 Por el cacique, en breve allí muriera.

Al fin, por loco viejo le dejaron,
 Y su junta con la fiesta celebrada,
 A sus tierras y casas se tornaron,
 Con la cosa en la junta concertada.
 Y luego en los caminos asecharon
 La gente que pasaba desmandada,
 Y crudo sacrificio cada día
 De la gente española se hacia.

A frailes y soldados, que salian
 De Santa Cruz, mataron crudamente,
 A chácaras y valles se venian,
 Adonde cautivaban mucha gente:
 De suerte que el estrago que hacian
 Causaba gran temor al mas valiente.
 Hernandó Salazar entrar procura,
 Y oid una desdicha y desventura.

Despues de aquel dislate y alzamiento,
 Que en la Asumpcion, digimos, fué imputado
 A Méndozza, se hizo un casamiento,
 En que con Doña Elvira (degollado
 Su padre) un caballero de talento
 Casó, Nuflo de Chaves fué llamado:
 Hombre feroz, valiente y animoso,
 Y nada de peligros temeroso.

Aqueste á Santa Cruz pobló primero,
 Y á los Charcas salió, dó la obediencia
 De lo poblado dió este caballero,
 Al Presidente, Oidores de la Audiencia.
 Entre los indios era carnicero,
 Por donde le pagaron su impaciencia
 En Boitimí, que el púeblo asi se llama,
 Al pié de un alto cerro de gran fama.

Añapureytá el carro tiene nombre, [75]
 A donde el Diablo canta, decir quiere.
 No osa en él subir cualquiera hombre,
 Que el que sube, de espanto, dicen, muere.
 Y porque, si mas digo, no se asombre
 Quien cosas de admirar aqui leyere,
 No quiero mas decir de aqueste perro,
 Y creo que en callarlo pecco yerro.

Viuda Doña Elvira, pues, y sido
 De Don Diego el dislate ya contado,
 Con su madre al Perú hubo salido,
 Que así por el Virrey les fué mandado.
 A España el de Toledo siendo ido,
 A Santa Cruz volver han procurado:
 Hernando Salazar lleva la guía
 De los treinta que van en compañía.

En un paso se ponen peligroso
 Los indios Chiriguano en celada:
 El español del daño receloso
 No fué, que si supieran la emboscada,
 No fuera el mal suceso tan dañoso.
 Mas no siendo la cosa bien pensada,
 Sucede contra el voto, y lo pensado,
 Y luego se atribuye al triste hado.

El buen hado es Divina Providencia,
 Servir el hombre á Dios con mucho tino,
 Poner en todas cosas diligencia,
 Y no faltar en medio del camino.
 Si Salazar tuviera la advertencia
 Que aquí digo, bien cierto yo imagino
 Que no murieran nueve, que pensando
 No haber peligro, iban caminando.

La gente va marchando, pero viendo
 Que los tristes, que fueron delanteros,
 Murieron, del negocio se temiendo,
 Quisieran hallar todos agujeros.
 Salazar desmayó que va rigiendo;
 Desmayan los soldados compañeros,
 Que tantas flechas ven venir lloviendo,
 Que la tierra con ellas van cubriendo.

Fenece aquí la triste su triste hora,
 Cubierta de mil flechas y arpones:
 Doña Maria de Angulo, causadora
 De motines, revueltas y pasiones,
 Amiga de mandar, y tan Señora,
 Que con todos tramaba disensiones:
 Su-nieta Doña Elvira, mal herida,
 Quedaba entre las yerbas escondida.

Doña Elvira su madre con recelo
 Procura por su hija; pero viendo
 Que no parece, grita hácia el cielo,
 Sus dorados cabellos descogiendo.
 Soletto resolvió con grande duelo,
 Y entre los Chiriguanas se metiendo,
 Sacaba á la doncella, aunque llovian
 Las flechas ya sobre él que le cubrian.

Tras ellos la victoria van gozosos
 Los bárbaros, siguiendo grande trecho:
 Como corderos mansos temerosos,
 Los nuestros el huir por gran provecho
 Juzgaban: mas los indios codiciosos
 Del interés, curaron muy de hecho
 A partido venir con los cristianos,
 Y así se les hinchieron bien las manos.

Doña Elvira en aquesto el todo ha sido,
 Que con dulces palabras les hablaba,
 Y como en la Asumpcion hubo nacido,
 La lengua Guaraní bien pronunciaba.
 Al fin con interés se han convencido,
 Y el rescate con sobra se les daba,
 De suerte que cesaron de la guerra,
 Y ayudan á pasar el agra Sierra.

Sabido acá en los Charcas, fué acordado
 Hacer guerra cruel al Chiriguana:
 El caso de esta suerte se ha ordenado,
 Que el Presidente tiene buena gana
 Y así con grande ardid al que es soldado,
 La voluntad en esto bien le gana
 Y hácele merced en cuanto quiera,
 Porque entre en la jornada y cordillera.

Don Lorenzo Suarez Figueroa
 Salió de Santa Cruz, que es de la Sierra:
 Hombre de grandes prendas, y de loa,
 Y que merece mas que aquella tierra.
 Con gran solicitud pone la proa,
 Queriendo al Chiriguana hacer guerra.
 Es General de toda la campaña
 De Córdoba la Llana en nuestra España.

El Conde del Villar en esto viene
 Por Virrey, y pensaron que hiciera
 La guerra; empero, dicen, le conviene
 Dejarse de esta guerra y cordillera,
 Que nuevas de Francisco Drake tiene,
 Que viene muy pujante en gran manera.
 Diráse en su lugar, porque es flagelo,
 Que por castigo envía Dios del Cielo.

Con esto estaba el Conde tan medroso,
 Que solo de escribirlo tengo miedo.
 Parece aqieste caso milagroso,
 Que estaba el Perú todo, decir puedo,
 Sin contento, sosiego, ni reposo,
 Y estábase el ingles allá muy ledo.
 Juicios son de Dios muy encumbrados,
 Y no de todos hombres alcanzados.

El Virrey al Callao va, y se aplica
 A hacer á gran priesa un grande fuerte:
 Con muchos el negocio comunica,
 Mas no responden todos de una suerte;
 Por esta causa el Conde no fabrica,
 Que tiene gran deseo que se acierte;
 Y toma en la consulta allí la mano,
 Y habla de esta suerte un Trugillano.

Don Luis Sotomayor "¿de que aprovecha
 El fuerte, dice, en tierra, donde puede
 Tomar el enemigo cualquier trecha,
 Sin que en manera alguna se le vede
 Del fuerte? Lo mejor es, que bien hecha
 Le sea, con la gente que aquí quede,
 La guerra al enemigo, si viniere,
 Con fuerza lo mejor que ser pudiere."

Estando desta suerte recelosos
 De Francisco, sucede ¡O cosa extraña!
 Un caso entre los casos temerosos,
 De Dios castigo, y muestra de la saña
 Que tiene con los hombres flagiciosos.
 La mar salió de curso, y así baña
 El puerto del Callao, y la marina,
 Y gran parte del pueblo eae con ruina.

Bramaba con bramidos la mar brava,
 La obscura y triste noche entristecia,
 Las crines y cabellos erizaba,
 El alma y corazon amortecia;
 El sexo femenil que lamentaba,
 En aprieto y angustia mas ponía,
 Lágrimas, y sollozos, y gemidos,
 Suspiros, gritos, llantos, alaridos.

En poco estuvo el Conde de perderse,
 Y al fin salió, huyendo el aposento,
 A Santo Domingo vá á refugiarse,
 Dó llevan de la iglesia el Sacramento;
 Despues por mas seguro guarecerse,
 En el campo la noche hizo asiento:
 Y oid lo que pasaba en esto en Lima
 Que solo referirlo causa grima.

Es Lima una ciudad, bella, galana,
 De edificios hermosos y graciosos,
 Apenas vereis casa sin ventana,
 Los altos por de fuera no vistosos,
 Que cubiertos están á estera vana;
 De dentro empero son maravillosos,
 Que como nunca llueve por semejanzas
 No curan de poner sobre ellos tejas.

Con quietud se vive, y en consuelo,
 Sin pena, sin dolor y sin tristeza,
 Que no dura jamas el triste duelo,
 Que es Lima del Perú flor y belleza.
 Sereno está, apacible y claro el cielo,
 En un ser uniforme y gran firmeza,
 Y aunque ha habido temblores muchas veces,
 Mas ha sido el ruido que las nueces.

• Empero en este trance tan terrible
 Exceden ya las nueces al ruido:
 Negocio al parecer muy increíble,
 Que hace salga el hombre de sentido.
 A muchos pareció ser imposible
 Haber por natural acontecido,
 Sin que causa secreta interviniere,
 Y con rigor la mano intrumetiere.

A prima de la noche muy obscura,
 La ruina sucedió con temblor crudo;
 No está ni puede estar casa segura,
 Ni el hombre defenderse con escudo,
 Si Dios, que es propia guarda, no procura
 Guardarnos; pues aquesto solo pudo
 Dejar de aquesta suerte castigada
 A Lima con su gente amedrentada.

Cayéronse las casas mas lustrosas,
 Los templos, y las mas ricas capillas,
 Que allí muestra las manos poderosas,
 Y hace muy mayores maravillas.
 El alto donde hay fuerzas belicosas,
 En freno quebrantando las mejillas
 De aquellos que procuran alejarse
 De su divino bien, y no acercarse,

A Lucifer-soberbio, jactancioso,
 Que á la mañana fresca relucía,
 Al infierno en tinieblas temeroso,
 Condenado en perpetuo Dios le envía.
 Aquel rico avariento codicioso,
 Allá desea gustar del agua fria:
 El poderoso Rey fué convertido
 En bestia, y heno y yerbas ha pacido.

A la bendita Virgen soberana,
 Espejo de humildad y de pureza
 La vemos por la fé como mañana,
 Y aurora, coronada de belleza.
 A Lázaro se dió de buena gana
 El premio de su pobre y vil pobreza,
 Al manso Rey David dió Dios el cielo,
 Que manso fué, aunque Rey, en este suelo.

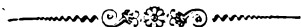
Al fin pues el temblor que voy contando
 Las casas desbarata mas fornidas.
 Echando por el suelo, y derrocando
 Las torres muy hermosas y lucidas;
 A las calles se salen suspirando
 Las damas, de temor amortecidas
 Quedaban, que era lástima mirarlas,
 Y mas que no hay quien pueda consolarlas.

Quedó de este temblor tan arruinada,
 Y tan perdida Lima, que ponía
 Espanto nuevo en verla mal parada.
 Que piedra sobre piedra no tenía.
 Hallábase en la calle sin posada
 Quien bella casa antes poseía,
 Y todos, como dicen, á la luna
 Quedaron en la prueba de fortuna.

Cual hizo habitacion con una estera,
 El otro con un toldo pone tienda,
 Y con una tristeza lastimera,
 Recoge lo que puede de su hacienda;
 A todos parecia la hora postrera.
 Madeja muy revuelta era sin cuenda,
 Y el cabo no se halla, aunque se busca,
 Que todos andan hechos *chacorrusca*.

El Visorrey se vá con los Oidores
 A San Francisco, y hacen el Audiencia
 En toldos, que aposentos los mejores
 Tuvieron muy menor la resistencia.
 Dejémoslos aquí, frailes menores,
 Metidos en clausura y obediencia,
 Que Candish andaba agora muy envuelto
 En el Estrecho y sur, y el diablo suelto.

CANTO VIGESIMO-SEXTO.



Como el Capitan Tomas Candish, señor de Mitiley, salió de Inglaterra, y atravesó el Estrecho de Magallanes, y tomó tierra en la Puna y Paita en el Perú, y de vuelta tomó un navio que venia de la China.



La pérvida de sí misma olvidada,
De la insigne y famosa Inglaterra,
Isabela, la Reina depravada
En la Fé (que con Cristo nos encierra
En el aprisco y choza consagrada)
Procura en tanto grado hacer guerra
A nuestro gran Filipino, que cuajado
El mar trae de corsarios su mandado.

A un Tomas Candish, muy orgulloso,
Con armada despacha, pretendiendo
Que fuese como Drake venturoso:
A tiempo fué, que vide estremeciendo
De temor al Perú, y receloso.
De Chile vá la nueva discuriendo;
Pensábamos ser Drake el que venia,
Y tal era la fama que corria.

Entre soldados, gente desalmada,
 Por trisca se decia, que sabido
 De Drake, sea la nueva bien llegada :
 Quizá que mudaremos el vestido,
 Que nuestra profesion no está estimada,
 No andando el enemigo embravecido;
 Viniendo, pues, aqúeste Luterano,
 Podrános suceder dichosa mano.

Yo vide en Chuquisaca alborotada
 La cosa, y el Audiencia despachando
 A Lima van correos; resguardada
 La costa, presto fué gente juntando,
 El Conde del Villar, de mano armada,
 Con muchas prevenciones, procurando
 Guardar al gran Señor su tierra sana,
 Aunque venga la Reina Luterana. [76]

Aquí dejar agora yo no puedo
 De decir, y tocar muy brevemente
 Una maldad diabólica y enredo
 Que el demonio fragó entre aquella gente
 Indiana; que en pensarlo solo quedo
 Confuso, y agenado de mi mente:
 Que una carta á los ingleses escribieron,
 Y en ella estas razones le dijeron.

“Ilustres mis Señores Luteranos,
 Venid, porque os estamos esperando,
 Que queremos serviros como á hermanos,
 Vuestras cosas contino sustentando.”
 Estas cartas vinieron á las manos
 De la justicia, el caso procurando :
 Los indios que hallaron ser culpados,
 Públicamente fueron castigados.

Tomas Candish pasó bien el Estrecho
 Mas no tomó jamás en Chile puerto,
 Que piensa de hacer mejor su hecho
 Hallando algun navio sin concierto.
 Guiado de interes en su provecho,
 De la costa el camino lleva cierto
 Al puerto Arica, mal fortalecido;
 Y oid como la cosa ha sucedido.

En este tiempo estaba gran riqueza
 De barras en la playa, y por el llano
 La gente acude luego con presteza,
 Y viendo que surgia el Luterano,
 Sacaron fuerzas, todos, de flaqueza,
 Pensando de probar allí la mano:
 Los hombres con las armas acudieron,
 Las mugeres tambien allí salieron.

De sus paños y tocas las banderas (77)
 Al aire desplegan á menudo:
 Las mismas que salían las primeras
 Tornaban á salir, y nunca pado
 El Ingles entender estas quimeras;
 Que guarda Dios, si quiere, sin escudo,
 Y donde él no envia sus favores,
 Enbalde son humanos guardadores.

A no caer el Ingles en el engaño,
 Que causau con banderas y alboroto,
 Hiciera en aquel puerto mucho daño,
 Y fuera el miserable puerto roto.
 Milagro fué, sin duda, y caso extraño
 Estarse el enemigo algo remoto
 De tierra por tres dias, contemplando
 Lo que está nuestra gente maquinando.

Al cabo de tres dias, receloso
 De que la gente está fortalecida,
 Levó ferro con furia deseoso
 De hallar dó pillar en su corrida.
 Por el parage pasa, presuroso,
 De Lima dó la cosa conocida,
 El Conde del Villar á Pedro Arana
 Tras él envía con gente muy lozana.

El enemigo yendo navegando,
 Y tomando un navio en el camino,
 Aquello que le agrada mas robando,
 Al piloto llevarle le convino.
 A la Puná su rumbo enderezando,
 Que allí lleva su proa, y su designo,
 Llegó estando todos descuidados,
 Por donde fueron presto saqueados.

En Guayaquil en arma se pusieron,
 Sabiendo que el Ingles allí ha llegado;
 A la Puná en breve descendieron:
 Tambien en Quito el caso relatado,
 Capitan y soldados proveyeron;
 Y habiendo á la Puná todos llegando,
 Las dos cabezas mal se concertaban,
 Por donde mas erraban que acertaban.

De Guayaquil Reinoso habia salido,
 El cual por el Virrey allí mandaba;
 De Quito el que salió ha pretendido
 Mandar aquí, diciendo, que llevaba
 Del Audiencia poder, dó fué elegido:
 Así la cosa á tuerto se guiaba.
 Tengamos, dice, el uno aquí sosiego:
 El otro, dice, marchen todos luego.

Con toda su tardanza al fin llegaron
 A la Puná, dó estando descuidada
 La gente inglesa ellos comenzaron
 A darles una grande rociada;
 Mataron veinte, dos les cautivaron,
 La gente inglesa así desbaratada,
 Recógese huyendo á una montaña,
 Los nuestros se están quedos en campaña.

De los navios jugando artilleria,
 El enemigo á los nuestros daño hace,
 Con su grave, importuna bateria,
 En breve nuestro campo se deshace.
 A lo alto de un cerro se subia,
 De lo cual al Ingles mucho le place,
 Que viendo á los cristianos retirarse,
 En su lancha procuran embarcarse.

Quemó aquí un navio el Luterano
 De los tres que traia, y á gran priesa
 Se leva á la mañana muy temprano,
 Y á Paita sin parar presto atraviesa.
 Al Piloto echa en tierra de su mano,
 A los de Paita enviando su promesa
 De seguro, mas ellos no quisieron
 Concierto, sino al monte se huyeron.

Saltó el Ingles en tierra, y al poblado
 Llegó con furia cruel y repentina;
 Y como le ha hallado despoblado,
 Con su rábía diabólica y maligna
 A una Santa Cruz ha escopetado,
 Robando lo que halla allí, camina.
 El piloto quedó allí abscondido,
 Que al alto con los nuestros se ha subido.

Arana, que venia muy pujante
 Con dos fuertes y bellos galeones,
 Con una veloz lancha de delante,
 Allega á Manta. Salen escuadrones:
 [Pensando ser ingles] en un instante
 Cien soldados estaban chapetones,
 Cincuenta vaqueanos, que Alvarado
 Al punto los ofrece de buen grado.

Arana le responde, que su mano
 Y diestra sola basta con su gente
 Contra el poder y fuerza del tirano,
 Que no quiere socorro de presente.
 La costa corre toda el Euterano,
 Arana se volvió muy diligente
 Aunque de nueva España se le envia
 Aviso de que está en una bahia.

Candish, muy á su gusto á dar carena
 Se mete en la bahia, que le place,
 Sin temer de que cosa le dé pena,
 Refreseo toma, y agua y leña hace.
 Su gente de dolor quita y agena,
 Con la ocasion presente se rehace,
 Y en la primera al viento vela dando,
 La costa de la China va bojando.

De vuelta de la China, muy cargada
 Encuentra una nave de tesoro:
 A su dicion y mando fué entregada
 Con suspiros, y lágrimas y lloro.
 En breve ha sido toda despojada
 De sedas, brocateles y fino oro.
 Un clérigo allí viene enriquecido,
 Que en verse así robado, está afligido.

De su plata y tesoro codicioso,
 Con ánimo tambien de hacer hecho
 De memorable fama y honroso,
 Al peligro constante puso el pecho:
 A sus amigos dice: "poderoso
 Con vosotros me siento y satisfecho,
 Si quereis ayudarme mis hermanos,
 Contra aquestos soberbios luteranos."

"Probemos, si os parece bien la mano,
 Y en tiempo que del sueño estén vencidos,
 Acuda cada cual á su tirano,
 De suerte que la muerte adormecidos
 Los coja, con favor del Soberano:
 Pues son sus enemigos conocidos,
 Favor nos dará Dios, pues que bien puede,
 Para que con la vida nadie quede."

No pudo ser secreto este concierto,
 Alguno al capitan lo ha revelado,
 Y como fué en fuerte hora descubierto,
 Al clérigo de un mastil ha colgado.
 Volvióse sin tomar Candish mas puerto,
 Habiendo todo el Orbe rodeado,
 Y entró en Inglaterra poderoso,
 Muy rico, muy contento y muy gozoso:

La Reina luterana, como vido
 El valor de Candish y su ventura,
 Y el Diabolo que tambien su tela ha urdido,
 Despachan á Candish, el cual procura
 De la ocasion ya ser favorecido:
 Parécele gozar la coyuntura.
 Salió de Inglaterra con pujanza;
 Diré lo que sucede en otra estanza.

CANTO VIGESIMO-SEPTIMO.



En este canto se trata de la toma y robo del puerto de Santos y San Vicente, y de los insultos y maldades que allí hizo el Capitan Tomas Candish, Señor de Mitiley, y Capitan General de la Reina de Inglaterra.



Si solo viene el mal, decir se suele
Bien vengas mal; mas siendo acompañado,
Mas grave es el segundo, y aun mas duele
El golpe, cuando viene redoblado.
La carne mas machuca, y mas la muele,
Por hallar el lugar ya maculado;
Y al fin duran las penas y cuidados,
Cuando los males son mas frecuentados.

La presa de Candish ya recontada,
Que hizo en el navio de la China,
Tuviéramos por bien, si de llegada
En su tierra parára; mas camina
De vuelta, con muy gruesa y bella Armada;
La línea atravesando, determina
Tomar tierra brasílica, y llegando
La costa toda iba demarcando.

Tomó algunos navios en la costa,
 Y entre ellos á un Marquina, que ha venido
 De Potosí con plata, por la posta,
 Por gozar de la nata, que ha tenido
 Aquel trato, aunque á él le entrára en costa,
 Que mucha mercancía le ha cogido
 Candish: con solos negros le dejaba,
 Con que viviendo, rico se juzgaba.

Aquí tomó un piloto, que le guia:
 Jorge Luis se llama. Como vido
 El Ingles, que piloto ya tenia
 A su gusto, y la tierra ha conocido,
 Y que tomarla bien le convenia,
 A su almirante Gallo ha cometido
 Con el piloto el caso; los dos fueron
 A Santos, y en el puerto se metieron.

Paz, paz, entran diciendo con voz alta,
 El nombre Don Antonio, y apellido
 Invocan, que no hizo alguna falta
 A su negocio: luego el afligido
 Y triste pueblo, viendo como falta
 La fuerza, á su dición quedó rendido.
 Un mancebo murió, que resistia:
 Machado lo causó, bien se decia.

Era juez entonces un Machado,
 Y dicen, que bien pudo, si quisiera,
 Que del Ingles no fuese saqueado
 El pueblo, y el mancebo que saliera
 Con arco y flechas de otros ayudado
 Bien fuera, si Machado no impidiera,
 Y en breve mucha gente se juntára,
 Con que el Ingles victoria no cantára.

Mas viéndose el Ingles favorecido
Con palabras de amor y fingimiento,
Despues de haber el mozo mal herido,
Caido muerto, dice muy contento.
“Ninguno quiero sea aquí ofendido,
Ni tal me pasára por pensamiento,
Que solo proveernos de comida
Pretendemos pasando de corrida.

Con esto aquella gente miserable
En la iglesia se estaba; el adversario
La cerca, ya es el caso irreparable:
Entrando, matar quiere allí al vicario,
Y á un fraile, caso horrendo y detestable,
Que el templo profanando el temerario,
Imágenes, reliquias de consuelo,
Con irrisión echaba por el suelo.

Prendió los principales, desnudando
A todos cuantos pudo aquella hita,
Las casas por el suelo derribando,
Las tablas, y madera y palos quita :
Y luego por la tierra caminando,
En San Vicente se entra, dando grita;
Asuévalo tambien en un momento,
En esto entra Candish con gran contento.

Estando en esta isla apoderado,
Procura embarcacion muy conveniente
Hacer, porque tenia buen recaudo,
Y aparejo hallaba entre la gente.
No habia el mes tercero bien pasado,
Y acaba su bajel cumplidamente,
Veinte remos por banda le ha metido,
Con que Candish se halla enriquecido.

Aquesta embarcacion deja entenderse
 El fin con que Candish la fabricaba,
 Para poder con ella bien meterse
 En puerto: que tomar imaginaba
 Alguna tierra, dó pueda valerse,
 Y a questo su desigño le guiaba;
 La fama por la costa se estendia,
 Que para el Argentino la hacia.

Del rio de Genero ha despachado
 A priesa Salvador de Sá Correa,
 Diciendo, como á Santos ha tomado,
 El Ingles: que la cosa se provea
 Allá en el Argentino con cuidado,
 Que vá nuestro enemigo de pelea :
 Allega un navichuelo y dá el aviso,
 Y vuélvese á Genero de improviso.

Vereis en Buenos Aires discernirse
 El caso con diversos pareceres,
 Procura cada cual escabullirse,
 Llevándose consigo sus haberes.
 Al fin han procurado convenirse
 En que salgan los viejos y mugeres,
 Y frailes y muchachos del poblado,
 Y que á la mira quede allí el soldado.

La mísera hacienda recogida
 A priesa, de tropel y sin concierto,
 En carros y carretas fué metida,
 Que huir, todos dicen, es lo cierto.
 La tierra adentro salen de corrida,
 Dejando los soldados en el puerto,
 En centinela están de noche y dia,
 Y cada cual igual temor tenia.

. Llegué yo á esta sazon en mi navio
 De allá de la Asumpcion con poca gente;
 El pueblo se holgó y tomó brio,
 Y á sus casas volvieron de repente.
 Candish con su pujanza y poderío
 De Santos sale un dia alegremente,
 Y acá en el Argentino hacen vela,
 Que mucho su venida se recela.

Mas él parte de Santos recta via,
 El Magallan Estrecho demandando,
 Y tanto el Sud'le sigue y combatia,
 Que vuelve popa via ya arribando.
 El Almiranta el árbol dá y rendía
 En frente el Argentino, procurando
 Las fuerzas contrastar del fuerte viento,
 Mas él no le ha dejado con su intento.

A mi los naturales, preguntados
 Sobre esto, muchas veces me dijeron,
 Que vieron dos navios anegados,
 Y en un punto de vista los perdieron,
 Con lenguas fueron bien examinados,
 Los indios que esto á mi me refirieron,
 Y dicen, que escapó solo una nave,
 Que vucla por los aires como un ave.

. Esta fué de Davis, muy entendido,
 Que á vuelta del Estrecho se ha quedado
 Con tres naves, las dos se han sumergido
 Que cosa alguna dellas no ha escapado:
 De su saber Davis bien se ha valido,
 Y del temor las fuerzas ha sacado,
 Escapa con la maña mas que pudo
 De aquel contrario tiempo, fuerte y crudo.

Aquel barco que dije, de Généro
 Aviso habia traído al Argentino,
 Tornar ha procurado de ligero,
 Queriendo aprovecharse en el camino:
 Que es grande la codicia del dinero,
 Y al hombre fuerza haga desatino:
 Salió del Rio Généro, mas la hada
 A priesa corta el hilo á su husada.

En él iban algunos pasajeros,
 Que llevaban su pobre mercancia:
 Don Pedro y D. Francisco, caballero
 De Estepa, que es lugar de Andalucia.
 Piloto, con maestre y marineros,
 Mas no como en tal caso convenia,
 En tomar se engañaron el altura,
 Principio cierto de su desventura.

Comienzan á virar, pues, engañados,
 Pensando que embocaban por el rio,
 Mas iban muchas leguas apartados
 Vencidos de su loco desvario.
 En costa y tierra dieron derrumbados,
 A la fuerza entregados del gentio:
 Una ola á D. Pedro le ha volado,
 Y el mar profundo y bravo le ha tragado.

Los demas pasajeros han salido
 A tierra, su miseria lamentando.
 La gente indiana, luego como vido
 Que se iba este negocio aderezando
 En su pró, al encuentro han acudido,
 Y en breve á los Cristianos se acercando,
 Comienzan á prenderlos, y mataban
 A los que defenderse procuraban.

Charruas es la gente que aqui habita,
 Que ha hecho grande estrago en los cristianos:
 Es gente muy cruel y muy maldita,
 Tambien ha hecho presa en luteranos.
 Esta de estos Charruas otra mita
 De indios de este nombre, mas cercanos;
 En Buenos Aires tratan y contratan,
 Y allá nos llevan cosas que rescatan.

Aquestos nos digeron que tenian
 Los otros tres cristianos por cautivos,
 Y que ellos del rescate tratarian
 De aquellos que hállasen estar vivos,
 Y que luego á nosotros los traerian.
 Nosotros en aquesto compasivos,
 De cosas les henchimos bien las manos,
 Deseando librar nuestros hermanos.

El cobertor quité yo de mi cama,
 Porque un cacique bien se ha aficionado:
 Echamos por el pueblo una derrama,
 Y en breve gran rescate se ha juntado.
 Entre los indios corre bien la fama,
 Que el rescate es muy rico y muy preciado,
 Los cautivos trageron á gran priesa,
 Por gozar del rescate y la promesa.

¡A quien no ha de causar esto mancilla,
 Si tiene de cristiano sentimiento,
 Que no quedó de toda la cuadrilla
 Alguno, mas que tres; pues el tormento
 Que pasan, y la pena, quien decilla
 Podrá? que á mi en pensarla ya el aliento
 Me falta y la pluma desflaquece,
 Y mi lengua turbada, se entorpece.

Tragéronnos los tres en carnes puras,
 El uno sacerdote, y dos soldados; (78)
 A todos se les dieron vestiduras,
 Y fueron lo posible reparados.
 Contáronnos sus tristes desventuras,
 Juzgándose por hombres bien librados,
 En haber escapado con la vida,
 Habiéndola tenido por perdida.

En que trabajos mete la codicia,
 Y el procurar ganar la plata y oro,
 Y mas cuando fortuna le es propicia:
 Aquel que vá juntando gran tesoro
 No siente el sin ventura la malicia,
 Los males, sobresaltos, pena y lloro,
 Que le es fácil lo que es dificultoso,
 Con fin de conseguir su fin gustoso.

Está el Señor de Mitiley en esto
 Tan triste, que mil vidas cierto diera,
 Por no ver el suceso tan funesto
 Del Armada lucida que él trajera:
 Pues vuelve de arribada muy de presto
 A donde estuvo ya la vez primera,
 Pensando rehacerse y no ha podido,
 Segun en lo siguiente es referido.



CANTO VIGESIMO-OCTAVO.



En este canto se cuenta la gran victoria que tuvieron los portugueses contra el Sr. de Mitiley, y de la pérdida y desbarate de su Armada.



Tener bravos encuentros de fortuna,
Contrastes, baterias y debates,
Estar con esperanza el alma alguna
De conseguir victoria en sus combates,
Efectos son que causa la importuna
Con sus revoluciones y dislates,
Que no puede fortuna estar estable,
Que consiste su ser en ser mudable.

• ¿Quien libre podrá ser de esta señora,
Sin que obligado sea de ordinario
Como cautivo, Reina Emperadora,
A serle de contino tributario?
Ya dándole las gracias de hora en hora,
Por el bien recibido, ya al contrario
Juzgándola por loca y por insana,
Ingrata, fementida, cruel, tirana.

Tomas Candish, que estaba tan pujante,
 A la rueda pensaba que tenia
 De aquesta gran tirana, mas constante
 Que á su poca fijeza convenia:
 Mas ella se le vuelve en un instante
 Tan contraria á su vana fantasia,
 Que causa que su vano pensamiento
 A las vueltas se vaya con el viento.

Vinicndo, como dije, de arribada,
 Pensando entrar en Santos, toma tierra
 Tres leguas mas atras: siendo avisada
 La gente sale á priesa de la sierra:
 En la falda formaron emboscada,
 Ardides necesarios en la guerra.
 El Luterano viené descuidado,
 Pensando que será bien hospedado.

Salieron yeinte y cinco en una lancha,
 Con fin de que podrian refrescarse
 En tierra, por la playa grande y ancha,
 Para de su fatiga repararse:
 Empero nuestra gente los desmancha,
 Y al tiempo que volvian á embarcarse,
 Comiéndanles á dar gran bateria
 Con fuerte y muy espesa flecheria.

Un mancebo á la lancha acude luego.
 Y por la mar adentro la metia,
 Nadando por el agua, y pega fuego,
 Que en breve por la lancha se encendia.
 El Luterano está de miedo ciego,
 El Cristiano con fuerza acometia;
 Rodaban los ingleses por el suelo,
 Que ayuda á los cristianos Dios del Cielo.

Cebáronse los indios de tal suerte;
 Que no se contentaban dar flechazos,
 Y así dan al Ingles muy cruda muerte,
 Matándole con crudos macanazos.
 Aquel que se mostraba ser mas fuerte,
 En un punto le hacen mil pedazos,
 De veinte y cinco, dos solos vivieron,
 Que viéndose perdidos se rindieron.

El uno de ellos era cirujano,
 Grandísimo filósofo y latino,
 Mostraba ser en obras muy cristiano,
 Que yo traté con él muy de contino.
 El otro era mancebo cortesano,
 En mi nave de Santos este vino;
 Entrambos se quedaron en la costa,
 Que les hace en comer el Rey la costa.

Los indios á los muertos les cortaron
 Las cabezas, y viéradés la grita
 Con que la fiesta alegres celebraron .
 De su victoria santa y muy bendita.
 A Santos con su triunfo se tornaron,
 Un dedo lleva un indio, que le quita
 A un ingles, que anillo en el tenia
 De fino oro, con piedra de valía.

· Víspera de San Pedro ha sucedido
 El suceso jocundo y placentero
 Candish, que está del heçho entristecido,
 Presume de vengar el desafuero:
 Escribe en una carta, que el partido
 Que quiere, es que le den un caballero,
 Si es vivo, de valor y noble sangre,
 Sino que tomará al pueblo por hambre.
 TIII

Entre los veinte y tres ha sido muerto
 De un conde el hijo amado que tenia:
 A questo allí se supo en aquel puerto,
 Y que á Candish volver no convenia
 Sin él, porque el morir le estaba cierto,
 Segun el padre, conde, le queria.
 Por esta causa allí cartas escribe,
 Y á fuego y sangre á todos apercibe.

Mas viendo que sus retos son en vano
 La vela dá Candish desconfiado.
 San Sebastian, que es isla allí cercano,
 Tomar por rehacerse ha procurado:
 No está lejos de allí un Lusitano,
 Salvador de Correa, muy honrado,
 En nombre de Filipo en el Género:
 Y oidme lo que hizo el caballero.

Al punto que se supo que surgido
 Habia en esta isla el enemigo,
 Con un pecho y valor ennoblecido.
 (Que de servir al Rey es muy amigo,
 Segun yo siempre en él he conocido
 Y soy en muchas cosas buen testigo)
 A su hijo despacha por la posta
 Con gente, por la mar y por la costa.

Tan bien lo hizo el hijo, que llegando
 Dó estaba el enemigo descuidado,
 En un punto le cerca, escopetando
 De suerte, que á gran priesa se ha embarcado.
 La vuelta de la mar iba tomando,
 Y treinta y cinco muertos le han quedado.
 Con que queda Correa, el mozo, ufano,
 Y mas con ver que huye el Luterano:

Salió **Candish**, de aquí con crudo duelo,
Cubierto de dolor y grande llanto.
 Con priesa procuraba de ir de vuelo:
 Al **Almiranta** llega con quebranto,
Que viene desmanchada y sin consuelo:
 Al puerto van, llamado **Spiritu Santo**;
 Con lanchas y bateles echa gente,
Y él quédase en la mar acá de frente.

Al tiempo del entrar, gran batería
 De los fuertes les dieron y flechazos:
 La gente indiana armaba gritería,
 Los nuestros, sin parar, arcabuzazos.
 Vencidos de la espesa flechería,
Y de los fuertes tiros y balazos,
 Huyen los ingleses que quedaron,
Que ciento y diez los nuestros les mataron.

Del un fuerte los nuestros han salido,
 Metiéndose en un grande y alto mato:
 Los ingleses al fuerte han acudido,
 Del otro fuerte vienen al rebato.
 Del mato vuelven ya con alarido;
 Duró la cruda guerra grande rato,
 Cayendo los ingleses luteranos
 Sin muerte, ni herida de cristianos.

• De aquellos que se huyen en llegando,
 El General **Candish** cuatro ha ahorcado,
 Otros cuatro se vienen, que velando
 Estuviesen las boyas ha mandado.
 Huyéronse á nosotros, procurando
 Escapar con la vida; que enojado
 Está **Candish**, por ver el desbarate
 Que hicieron, por dar aquel combate.

No les mandó Candish que acometiesen
 Los fuertes; que sondasen solamente
 Les dijo, y que luego se volviesen,
 Porque él despues entrára con su gente
 Y como lo contrario ellos hiciesen,
 Y de ello sucediese el mal presente,
 Estaba en pura cólera metido,
 Y ageno de juicio y de sentido.

No hay quien le consuele; porque estaba
 Cualquiera de ellos tal, que no sabia
 Si aquello era verdad ó lo soñaba,
 Si fuese vana ó loca fautasía:
 Así que cada cual por sí lloraba
 Y á solas cada cual por sí plañia.
 Candish, que mas lo siente, sus pasiones
 Pregona, publicando estas razones.

“Maldito sea aquel dia en que nacido
 Yo triste fuí, que nunca yo naciera,
 O yá, que yó nací, que perecido
 Al punto que nací luego yo fuera:
 O ya que no lo fuí, el encrudecido
 Y hondo mar en sí me recogiera,
 Y no viera yo aquesta desventura,
 Teniendo tan dichosa sepultura.”

“¿Qué tengo de hacer, triste, mezquino,
 Como podré soldar yo quiebra tanta?
 Si allá á Inglaterra yo camino,
 Habrálo de pagar esta garganta:
 Pues ¿dó puedo tomar otro camino?
 Que tierra, mar y cielo ya me espanta:
 Porque no vienes muerte cruda ingrata,
 Si darme quieres vida, aquí me mata.”

Alzando á priesa el ancla mar afuera,
 De un bordo y otro anda entristecido:
 La noche sobreviene muy ligera;
 El almirante, viéndose perdido,
 No curando de seguir mas su bandera,
 Dispara como ha sido anochecido,
 Y viéndose Candish desamparado,
 Las velas popa via ha velejado.

Davis, dije, volvia de arribada
 En su nave; las dos fueron abriendo,
 Y á pique fué la gente sepultada,
 En el fondo al infierno descendiendo.
 Al Isla Grande viene, así llamada,
 Davis, que cruda sed ya padeciendo
 Venia con su gente: aquí ha surgido;
 Y oid lo que en la isla ha sucedido.

Aquí saltaron quince á refrescarse,
 Con fin de meter agua en el navio,
 La gente que allí está, cura emboscarse,
 Con ayuda tambien de algun gentío.
 En ellos dan, al tiempo que emboscarse
 No pueden, ni huir del poderio
 De los nuestros; de suerte que murieron
 Los trece, y á los dos vivos cogieron.

Davis se retiró y va huyendo,
 Sin saber de Candish ni la Almiranta.
 Así se fué esta Armada deshaciendo:
 La costa la victoria bella canta,
 Las gracias siempre á Dios de ella haciendo;
 Que tal victoria admira, y aun espanta;
 Que bien parece ser de Dios venida,
 Por el Glorioso Pedro merecida.

¿Quien duda que San Pedro, como vido
 Su templo de los malos profanado,
 Pues fué de su Señor el elegido
 Por cabeza y pastor de su ganado,
 Que no dijo:—“¿Señor, porque has querido
 A tu pastor dejar desamparado?
 Mira que está en oprobio tu rebaño,
 Remedia, buen Jesus, tan crudo daño.”

De aquellas once mil, una cabeza
 Los ingleses tambien en aquel dia
 A mal echaron! ¡Santa y rica pieza!
 ¿Quién duda á Dios la Virgen le diria,
 “La injuria á vos, Señor, bien se endereza,
 Y contra vos el mal se cometía,
 Pues sois para vengarla poderoso,
 Destruya vuestra diestra al flagicioso.”

La figura de Dios crucificado,
 Que en la iglesia y altar devota estaba,
 A quien el enemigo ha desgarrado,
 Y de ella con oprobio se burlaba,
 Pues representa á Dios Verbo Encarnado,
 ¿Quién duda al Padre Eterno se quejaba,
 Y dice: “aunque Cordero muy benigno,
 Perezca ya este espíritu maligno?”

Tambien los viejos claman, suspirando,
 Los mozos alli miran hácia el cielo,
 Las damas y doncellas lamentando,
 Cubrian con sus lágrimas el suelo:
 Los tiernos muchachuelos sollozando,
 Publican su dolor y desconsuelo,
 Por esto fué Candish desbaratado:
 Que el justo nunca fué desamparado.

Al corazon humilde y doloroso,
 Envuelto en contricion, nunca aborrece
 El Alto; y al que vé menesteroso
 De su socorro, bien le favorece:
 Pues ¿quién no habia de estar allí lloroso
 En Santos, dó la causa tantõ crece
 Con robos, destruccion y cautiverio,
 Flagicios, tiranias, improperiõ?

Por mis ojos yo ví, de á pocos dias,
 A Santos, con su isla, que robada
 Por este Candish fué, y las vacias
 Y pobres casas, gente lastimada,
 Me daban á entender por muchas vias
 Aquella tirania celebrada
 Allí, contra dos pueblos lusitanos,
 Cuando de ellos triunfaron luteranos.

Allí vide las fuerzas derribadas,
 Las torres y los altos edificios;
 Allí vide las casas derrocadas,
 Y sacadas las puertas de los quicios:
 Por madera en el fuego son quemadas,
 Y tuvieron por grandes beneficios
 Los que enhiestas en pié hallan sus casas.
 Porque las mas estaban hechas brasas.

No me hizo admirar aquesta ruina,
 Que el cazador que entra por un coto,
 La caza mata, toda cuanta atina;
 Y el soldado que vé al campo roto,
 Del alto abajo todo desollina:
 Mas pena me dió el ver que aquel piloto
 Que tengo referido, lusitano,
 En el puerto á Candish metió de mano,

Aqueste merecia ser quemado,
Y el Capitan, que preso le tenia
En Santos, donde estuvo á tal recado,
Que huyendo se fué donde ha querido:
Mirad lo que hará aqueste pecado,
Pues le tiene el Demonio pervertido,
¡Y no querrá, mi Dios, que tal delito
Lo ponga yo en memoria por escrito!

Aquí quiero dejarlo, prometiend
En otra parte cosas muy gustosas,
Que estoy en mi vejez yo componiendo
Del argentino reino. Hazañosas
Batallas, que el Dios Marte vá tegendo,
Conquistas y noticias espantosas.
Lo que he dicho y dijere en mi escritura,
Sumito al Santo Oficio y su censura.

NOTAS DE LA ARGENTINA.



(1) Cosa muy sabida es de todos la riqueza del Perú, y del famoso cerro de Potosí, que es á la manera de un monton de trigo mirándole de lejos: y es grima mirar los socavones que se han hecho para desentrañarle y sacarle la riqueza de metales que tiene dentro de sí.

(2) Tucuman es una provincia abundante de comida. Chile es la mas parte floresta y jardin, tiene oro, y en particular Santiago de Chile. Es tierra de mucho recreo.

(3) El capitan Francisco Drake, que fué azote de Dios en el mar del norte y la del sur, pues saliendo de Inglaterra que está hácia el polo ártico, y pasando el Estrecho, hizo tanto daño debajo del polo antártico.

(4) Notoria cosa es, á los que tienen lumbre de fé, el diluvio, y como Noé hizo el arca, en que se salvó con los suyos; y como habiendo cesado el diluvio, le dijo Dios *signum ponam inter me & te*, que fué el Arco Iris, *signum fæderis*: y como Tubal, hijo de Japhet, y nieto de Noé, pobló primero la España, de donde los Portugueses derivan Setubal, casi *Sedes Tubal*.

(5) Ricinos, en la comarca de Trujillo: vivian en tiendas.

(6) La torre de Mambrós, es Placencia.

(7) La gente de Portugal, esto es, *Portus Gallicus*,

(8) *Castrum Julii*, de Julio César, fué dicho Trujillo, y segun otros, de Juliano Merida, que en otro tiempo fué la Roma de las Españas.

(9) Estas sierras de Altamira, segun algunos, son las sierras de Magacella, y segun otros, la de Santa Cruz, tres leguas de Trujillo.

(10) Cosa comun es quanto acopió el mar Atlántico: quedaron las islas de Canaria y Cabo Verde libres, y así son hoy en dia llamadas Fortunadas, esto es, casi felices y dichosas. En tiempo del rey Gerion, á quien venció y mató Osiris, que fué el famoso Hércules, antes de la famosa seca de España, que fué mil años antes de nacer Cristo, se poblaron estas islas.

(11) Navegando por la mar del norte, se han visto por debajo de agua vestigios de edificios antiguos.

(12) *Pedro de Medina* en el libro de "Grandezas y cosas memorables de España cap. 34."

(13) Los dos cabezas que salieron de España eran hermanos, Tupí y Guaraní, eran casados, la muger del uno pidió á la del otro un papagayo, y no dándoselo, hubo pendencia entre los dos hermanos.

(14) Este rio Pilcomayo corre de la provincia de los Charcas, y entra á cuatro leguas de la Asumpcion, en el Paraguay, y toma nombre de *Araquai*. El rio Guapay pasa doce leguas de Chuqui-

saca, quiere decir *bebo todas las aguas* y es el mismo que llámase en Chuquisaca, el Rio Grande.

(15) *Guaraní* significa una mosca muy importuna, que hay en aquella tierra, á la manera del tábano, que chupa la sangre, y por serles tan importuna la guerra á los indios, la llaman del nombre de esta mosca.

(16) El *Gaan-zapainga*, que significa *solo Señor*, les puso este nombre á los Guaranies, diciendo, que á gente que venia desnuda, de donde nace el sol, que es tierra cáliente, hácia aquellas partes y cordilleras, que es tierra fria, el frio, que es *chiri*, les escarmentaria, que es *guana*: de donde vino Chiriguana: como que diciendo: dejadlos, que el frio les escarmentará.

(17) Muy trillada cosa es el descubrimiento del Perú, y lo que los Pizarros hicieron. Dice, pues, que el corazon pedia la venganza, *idest*, que los Chiriguanas movidos de resentimiento, en pensando que los Pizarros eran procreados en aquella tierra. Estremadura, de donde sus antepasados habian sido echados, se alegraban para hacer el truco que entre ellos dicen, matando á quien mató cosa mia. Pero fué tanta la fama de los Pizarros entre los indios, que aun los Chiriguanas, sin experimentar su valor, los temieron, y así cesaron por aquel tiempo de sus conquistas, y pararon en las cordilleras de Chuquisaca, de donde hoy primero de octubre de 1592, aun hacen daño, y matan á los que van á Santa Cruz de la Sierra.

(18) Usan los Chiriguanas muchos embustes en la guerra; son grandísimos traidores en la paz, son de suyo animosos, crueles y vengativos. Dice que les vió hacer cosas estrañas así en la guerra como tratando entre ellos; y que, quien no le quisiese escuchar vaya á preguntarlo al Toledo, ó al Virrey D. Francisco de Toledo, hermano del Conde de Oropesa, que gastó en los ir á conquistar, 800,000 ducados de la caja, sin mucho otro dinero de particulares, y salio de la cordillera derrotado.

(19) Magallanes, por quien tomó nombre el Estrecho, que lo eternizará hasta el fin, descubrió aquel pasage. Llevaba en su compañía á un D. Juan Diaz de Solis, el cual de vuelta pidió al

Emperador D. Carlos Señor nuestro, la conquista del Rio de la Plata; y dándosela, fué con armada al Rio de la Plata, llamado *Paraná*. Entró, y subiendo y atravesando un riachuelo, le mataron los indios á traicion en aquel rio, que se llama el *Rio de la Traicion*. Este puso por nombre al *Paraná*, Rio de la *Plata*, porque al tiempo que lo descubrió, halló indios con planchas y corona de Plata.

(20) Dice, que no fué sin causa de buen agüero, porque se hallan grandes muestras el dia de hoy de oro y plata, y el autor las ha visto, y trajo á estos reinos de Castilla, y la causa de no haberse beneficiado los metales, han sido los Gobernadores, porque desean perpetuarse én sus gobiernos en vida, y saben que habiendo plata han de ser visitados por la Audiencia, y acabar su señorío, que es mayor de lo que se puede decir, como en tierras apartadas del Rey y Señor propio, á donde primero que llegan las quejas, son acabados los agraviados, y se quedan sin castigo las agraviantes.

(21) Sebastian de Gaboto era tambien piloto: pidió la conquista, dióselo el Emperador nuestro Señor, fué al Rio de la Plata, subió 80 leguas por arriba Buenos Aires, y edificó una fortaleza cuyas tapias están hoy en pié.

(22) El rio Argentino, ó Rio de la Plata es llamado por los indios *Paraná*, que quiere decir "mar" por su grandeza. Corre del norte al sur, aunque hace muchas vueltas: cuando entra en la mar, entra al este, por manera que el viento sur es sobre la tierra de Buenos Aires y el norte sobre la banda del Brasil, aunque despues dá vuelta la corriente al norte. Tiene velocísimas corrientes, pero reina allí el sur bravamente, y donde es su vuelta córre el navio, como dice la octava, *placidamente*. Tiene este rio mas de 30 leguas de boca, porque la punta de Santa Maria, que es la de la banda del Brasil, está en 34 grados y medio, y la de Buenos Aires está en 34; y aunque los grados de norte á sur son de 17 leguas y media, y se vendria á sumar por esta razon mas cantidad de agua, no se le echa á la boca del rio mas de 35, porque las dos puntas salen muy á la mar. Son estas dos costas peligrosas, por ser la una muy baja, y la otra muy combatida del viento sur, y ámbas sugetas á los

enemigos indios belicosos, y por esto habla de *futuros casos portentosos*. Por la mayor parte los navios que se han perdido, han sido de la banda del Brasil, que es donde llamamos San Gabriel, así de cristianos como de ingleses, y todos han sido acabados por los indios.

(23) Hay en este parage, que dista 80 leguas de la mar, aunque menos del agua salada, 7 islas despobladas, pero muy hermosas de palmas y laureles: tienen pesqueria y puertos fondables. Hasta estas islas hay mucho fondo, aunque hay dos ó tres bajos, como es un arrecife arriba de la isla de Maldonado, donde se perdió el navio de Dos, y otro frontero la isla de Juan de Ortiz, donde se perdió Guitian con mas de 40,000 pesos de plata. Pero desde estas islas adelante el rio está lleno de bajos. Por aquí tiene 9 leguas de ancho, y estas islas de San Gabriel están apartadas de tierra, de la banda del Brasil, legua y media: casi todas están á 8 leguas de Buenos Aires. Suelen verse de Buenos Aires en las tardes, cuando hace el dia sereno.

(24) La isla de Martin Garcia tiene de longitud legua y media, y de latitud media legua. Es muy poblada de arboleda, y tiene en él mucha tierra buena para sembrar. Aquí estuvo la gente de D. Pedro poblada, y despues la de D. Juan Ortiz de Zárate. Aquí llegó Eduardo Fontanes, ingles, año 1582, estando yo en Lima en concilio, y habia dos años que habíamos poblado á Buenos Aires, donde si llegara hubiera hecho mucho daño.

(25) El rio *Hum*, que quiere decir rio Negro, porque su agua es negra, por atravesar lagunas y pantanos de tierra negra. Corre muy manso, y es muy fondable: tiene gran número de peces, los mas de ellos gambaros. En este rio es cosa muy cierta que hay peces que tienen figura humana en alguna manera, porque si fuese en todo serian hombres y no pecés, y por eso dice la octava *pescados semejantes*.

(26) La yerba viva llamada *caycobé*, ca significa yerba, ycobé, que vive.

(27) Es la bolsa á la manera de unos sacos con puerta, que usaban antiguamente los labradores.

(28) El tigre es canino movido: pues el Yumirí, por instinto natural, en viendo venir al tigre, abrázase con él, y déjase caer en tierra; y teniéndole apretado por mucho tiempo, desmaya el tigre de hambre y muere.

(29) La culebra llamada *Curiyú* es de doce varas de largo, y del grosor de un bucy. Tiene en la cola una navaja de hueso, que abre por el seso á los animales que coje, por fuertes que sean, y se los traga, chupándolos enteros: hánse hallado en su vientre artes enteras venados grandes cargados de huesos. Por instinto natural vá á lugares húmedos, y échase de barriga, y pudriéndose su cuero, salen los huesos que ha tragado, y así descargada, vá entre unas yerbas, donde refregándose sana, y se cierra el abertura.

(30) *Acai* en lengua Guaraní suena tanto como en lengua castellana: *Válgame Dios y que maravilla es esta*; y así llaman como con espanto á la laguna, por oír aquel estruendo, y alarido *Acai*: de á donde dijo un poeta, hablando del misterio de la Encarnacion, "*Acai que me espanta tan grande secreto.*"

(31) El carbunclo es un animal, llámase este animal en lengua guaraní *Oñánge-pita*: ó diablo, porque reluce como fuego.

(32) Envidia combate á lo mas alto, y así el envidioso es cobarde.

(33) Pobreza no es vileza, empero sin Dios causa vileza, y entre los hijos del siglo es gran bajeza, y cosa odiosa y aborrecible.

(34) *Rubicha* en la lengua Cariu: ó guaraní, quiere decir "principal capitan y cabeza."

(35) Irala fué en la armada de D. Pedro de Mendoza como soldado, y con su ardid y maña vino á mandar la tierra mucho tiempo. Levantáronle los que prendieron á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Persiguió á Diego de Abreu, caballero de Sevilla; el cual sustentaba la opinion de los leales, como llamaba á los que no consintieron en la prision de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

(36) Despuéblase Buenos Aires, y sus habitantes júntanse con los de la Asumpcion.

(37) *¡O vida segura la mansa pobreza!* Juan de Mena en sus trecientos.

(38) Oro es, lo que oro vale, dice el proverbio castellano.

(39) Cosa muy sabida es como el Emperador Carlos V, nuestro Señor, padre del invictísimo Felipe II, se desposeyó é hizo dejacion de todos sus reinos, y se retrajo á Juste, monasterio de frailes Hieronimos, que fué el mas singular y mayor triunfo que él obtuvo entre los grandísimos y dignos de eterna memoria, que él alcanzó en este mundo.

[40] *Ni boda pobre, ni mortuorio rico*, así en los descubrimientos de las Indias. El *comentador griego* sobre las trecientas de 10 de Mena; y otros muchos antes de él, como fué *Ptolomeo*, &c., lo contrario de lo cual vemos y sabemos.

[41] Doblada la línea está casi hecha la jornada, porque si no se acierta á doblar, no se puede tomar la costa del Brasil, antes habrán de ir á la de Cartagena, ó dar en Santo Domingo.

[42] Envidia combate lo mas alto.

[43] La casa del gran Moxo en una laguna.

[44] Cortan la cabeza á D. Francisco de Mendoza, en la Asumpcion, por mandado de Diego de Abreu.

[45] Hizo asiento con el Rey Juan de Sanabria, año de 1547, como dice Gomara. *Historia de Indias, cap. 89. y Herr. dec. 8, lib. 4.*

[46] Hízose el asiento con Zárate por Julio de 1569.

[47] Buen dicho para letrado y Presidente de una Audiencia real. Bien parece había gustado poco de los flechazos de los indios Guaranís, segun la razon que daba.

[48] Quien en mal anda en mal para.

[49] Dr. Fray Alonso Guerra, Obispo del **Paraguay**.

[50] Esta era una muger casada con Juan de Saldiva, vizcaíno, é hija de Antonio Tomas, portugues.

[51] De arenal.

[52] D. Gerónimo Luis Cabrera, Gobernador del **Tucuman**, á quien cortó la cabeza Gonzalo de Abreu.

[53] A mi me lo dijo en Santos el padre José Anchieta, teatino de la compañía de Jesus, hombre de gran fama y crédito, que se habia hallado en su muerte. Que olia con gran fragancia su cuerpo, pies y manos, y la sepultura; y es entre los portugueses del Brasil muy válido que este Obispo murió santo.

[54] Cuando la hormiga se ha de perder, alas le han de nacer.

[55] Los Abrojos son un peligro en la costa del Brasil, á manera de arrecifes y bajíos que hace alli la mar.

[56] Era una racion seis onzas de harina de trigo.

[57] Por mis ojos ví a queste dia á este indio que abrazándose con el caballo, cortó con los dientes la una rienda del caballo, y asi murió con la rienda en la boca, á puñaladas que le dió Juan de Osuna.

[58] Juan de Barros fué cautivo de niño; crióse entre los indios: casáronle y tuvo hijos: cuando fuimos se vino á nosotros, trayendo su muger é hijos: yo se los bauticé, y á el le casé con su muger.

[59] Muerte maravillosa de un religioso de San Francisco.

[60] D. Gabriel de Pamagua, natural de Placencia.

[61] En Valladolid aconteció esto á un caballero, por lo que fué perdonado de los Reyes Católicos.

[62] Como cuando el Cisne siente llamarle su fin, que muera; dijo Dido á Eneas.

[63] A este caballero casó el Virrey D. Francieco de Toledo con Doña Beatriz Lacoya, hija del Inca, y prima hermana de este Topamaro que él prendió.

[64] Comun es aquello cuando la vieja en Roma rogaba por la vida de Commodo, que preguntaba por la razon de ello, respondió: que porque habia conocido á sus antecesores, y que iba la cosa de mal en peor, y que asi entẽdia, que si moria Commodo que vendria otro peor.

[65] El Licenciado Torres de Vera y Aragon, siendo Oidor en Chile, fué Capitan General en la guerra.

[66] Visitando D. Diego de Zúñiga la Audiencia de los Charcas, prendió á Juan Torres de Vega, Oidor, y al Doctor Barros, Presidente, y al Licenciado Contreras, Fiscal: quedó solo en la Audiencia el Doctor Peralta.

[67] Entre otros cantares que les hacia cantar, el mas celebrado y ordinario, segun alcancé á saber, era éste: *Obera, obera, obera, paytupa, yandebc, hiye, hiye, hiye*, que quiere decir: "Resplandor, resplandor del padre, tambien Dios á nosotros, holguémosnos, holguémosnos, holguémosnos:" y yo les hice entrometiesen entre aquellas dos palabras *paytupe*, y la otra *yandebc*, que quiere decir "tambien el dulce nombre de Jesus;" por manera que de allí adelante cantaban asi: *Obera, obera, paytupa Jesus, yandebc, kiye, hiye, hiye*.

[68] Macana es una arma que usan los Chiriguanos de vara en largo, de un palo recio, y á manera de espada, y en lugar de punta, tiene al cabo pala.

[69] Maraca es un calabazo lleno de chinás, muy compuesto con plumeria, con el cual tañen á compas, formando su manera de son para cantar.

[70] Lerma, Gobernador y Capitan General en Tucuman, y que pobló á Salta, y tuvo gran triunfo y poder: vino despues á morir en cárcel de corte en Madrid, tan pobre que entre indianos le enterraron por Dios.

[71] Esto dijo la Reina Isabel á Juan Fernandez de Luciso. En su Crónica general del mismo se refiere.

(72) *Yumiris*, un estrecho que hace la mar entre la tierra firme y la isla de Santa Catalina, como tiro de cauto. Es allí la corriente velocísima al henchir y vaciar de la marea. A la banda del norte está una ensenada grande, que llaman el puerto de Vera, y á la de sur, el puerto de *Corpus Christi*. En el primero estuvo D. Pedro de Mendoza, en el segundo, Juan Ortiz. Llámase *Yumirí*, esto es "Boca Chica."

(73) El Padre Fray Juan de Ribadeneira habia venido del Perú por el Argentino, adonde volvió por orden de S. M. con doce frailes.

(74) Cosa muy comun es entre los Guaranies, que antiguamente anduvo entre ellos predicando un santo hombre, á quien ellos llaman hoy en dia *Paysumé*; ó Santo Tomé. Yo he visto por propios ojos una piedra, cosa de nueve pies de longitud, y cuatro de latitud, en que están formadas señales y vestigio de pisadas de pié humano: y no son de indios porque son conocidas las señales de sus pies, por ser tan diferenciadas, como son, de las señales de los pies del cristiano, aunque el pié del uno y del otro esté descalzo: porque los indios tienen los dedos desparramados, y el cristiano juntos, y lo mismo se vé en el negro de Etiopia.

(75) *Añapureitá*, quiere decir cerro donde el diablo canta: Yo he oido decir á indios, que allí se les aparece el diablo y les canta, y enseña cantares, que ellos rezan y cantan á manera de alabanzas: y á esta causa llaman aquel cerro *Añapurey á*, casi como decir donde el diablo canta, porque *añá* significa diablo, y *pureytá* es cantar, y todos los que suben aquel cerro mueren de espanto, excepto los payees ó hechiceros, porque tienen concierto y pacto con el diablo y son sus conocidos.

(76) En este tiempo gobernaba el Conde del Villar, y despachó muchos capitanes al puerto de Arica, y por toda la costa de la mar del Sur, guarneció al Callao, é hizo saber á los vecinos de la tierra, á que acudiesen con sus armas y caballos, las lanzas y con sus arcabuces, los que tienen este cargo: porque tiene Su Mage-

tad dos géneros de soldados asalariados, unos que llaman lanzas, y otros que llaman arcabuces; gana una lanza ochocientos pesos ensayados, y un arcabuz seiscientos, y esto aunque no haya guerras, porque estas situaciones están apuntadas en la Caja Real, para lo que puede suceder, y así comen estos honradamente, y asisten en la Ciudad de los Reyes.

(77) Gran valor y ardil de las damas de Arica, que de sus tocas hicieron banderas y gallardetes, y de las cañas y bordones, lanzas; con que fingiendo grande aparato, y fuerza de gente, bastaron á lanzar el enemigo del puerto, engañado de la fingida reseña y muestra que ellas hicieron.

(78) Son rescatados de poder de indios D. Diego de Portugal, clérigo, y D. Rullo de Mendoza, y Gonzalo Garcia, á quien yo traje en mi navio por marinero.



INDICE.

Dedicatoria del autor, al marques de Castel Rodrigo.....	5
Canto Primero—En que se trata del origen de los Chiriguanas ó Guaranís, jente que come carne humana, y del descubrimiento del Rio de la Plata.....	7
Canto Segundo—En este canto se trata de la grandeza del Rio de la Plata, del Paraguay, y de las islas, peces, aves que hay en ellos.....	19
Canto Tercero—En que se trata de la calidad de la tierra, animales, reptiles, y espantosísimas vívoras y serpientes; de la sirena, del carbunco, de unas mariposas, que se tornan en gusanos, y despues en ratones, y otras maravillas.....	33
Canto Cuarto—En que se trata de la mas cruda hambre que se ha visto entre los cristianos, la cual padecieron los de D. Pedro de Mendoza en Buenos Aires, y como se pobló el Argentino.....	45
Canto Quinto—En este canto se dice como vino Alvar Nuñez Cabeza de Vaca al Rio de la Plata, y de su prision y trabajos que de ella sucedieron, y del gran Moxo, Sr. del Paytití.	59
Canto Sexto—Viene Obispo al Paraguay. Muere Domingo de Irala. Eligen por Gobernador á Francisco Ortiz de Vergara, y sale con el Obispo al Perú.....	75
Canto Séptimo—Llegan á la Asumpcion el Obispo y General. Prende el General al Obispo, y despues el Obispo al Generál, y llevándole á Castilla, muere el Obispo.....	84
Canto Octavo—Sale Juan Ortiz de Castilla, llega á Canaria, y de ahí á Cabo Verde, de donde viene en demanda de la Isla de Santa Catalina.....	95
Canto Nono—En este canto se cuenta la grande hambre de la isla de Santa Catalina con las desventuras lastimosas que en ella se padecieron.....	105

- Canto Décimo**—En este canto se cuenta como vuelto al Adelantado de Ibiaya, fué al Rio de la Plata, y de la venida del capitán Rui Diaz en su demanda..... 119
- Canto Undécimo**—Estando en tierra firme poblada la gente son muertos y cautivos de indios cien hombres. Retráense los que quedan á la isla de San Gabriel, donde mueren muchos de hambre..... 131
- Canto Duodécimo**—Viene Rui Diaz Melgarejo; múdase el Armada á la isla de Martin Garcia; baja Garay con socorro; sucede la muerte de los dos firmes amantes Yanduballo y Liropeya..... 145
- Canto Décimo-tercio**—Entra Rui Diaz en el Carcarañá, baja á Martin Garcia, pretende Yamandú dar en la isla, padece Garay naufragio en el Uruguay..... 159
- Canto Décimo-cuarto**—En este canto se cuenta la batalla que hubo entre los de Garay y los Charruas, y como fué herido Garay en los pechos, y su caballo muerto, y muchos indios muertos y heridos..... 173
- Canto Décimo-quinto**—En este canto se trata de las crueles y terribles muertes que los indios daban á los cristianos cautivos..... 183
- Canto Décimo-sexto**—Levántase D. Diego de Mendoza en Santa Cruz de la Sierra; sale el Virrey D. Francisco de Toledo del Perú con gran ejército en su demanda..... 197
- Canto Décimo-septimo**—En este canto se trata de la muerte y justicia que hizo el Virrey D. Francisco de Toledo, de D. Diego de Mendoza en Potosí, y del gran Señor Topamaro en el Cuzco..... 216
- Canto Décimo-octavo**—En este canto se trata cuan mal lo pasaba la gente de Juan Ortiz en San Salvador, y como, ido al Paraguay, murió dejando por Gobernador á su sobrino Diego de Mendieta..... 229
- Canto Décimo-nono**—Trátase del mal gobierno de Diego de Mendieta, y de como fué preso en Santa Fé, y de como salió Garay al Perú, y volvió huyendo, y en su seguimiento el capitán Valero..... 241
- Canto Vigésimo**—Cuéntase en este canto como un indio lla-

- mado Obera se intitulaba hijo de Dios, y á un hijo suyo, Papa, y á otro Emperador; y como Garay entró en los Nuevas, y de vuelta rompió la palizada de Yaguatatí..... : 261
- Canto Vigésimo-primero—Puebla Garay á Buenos Aires: levántanse en Santa Fé los Mestizos y eligen por su General á Cristóval de Arévalo; el cual, alumbrado de Dios, cortó las cabezas á los principales del motin, y restituyó al Rey su tierra..... 281
- Canto Vigésimo-segundo—Viene y atraviesa el Estrecho el capitán Francisco Drake. Prende Lerma al Dean y religiosos en Tucuman. Tiembla, y húndese Arequipa. Sucede la dolorosísima muerte de Gil Gonzalez en Mizque.... 295
- Canto Vigésimo-tercio—Trátase del concilio que se congregó en Lima, y de las galas de aquella ciudad, y de dos temblores gravísimos que en ella sucedieron..... 311
- Canto Vigésimo-cuarto—En este canto se cuenta de la ida de Sarmiento á Castilla por el Estrecho de Magallanes, y de la venida de Diego Flores al Brasil, y D. Alonso de Sotomayor á Chile por el Argentino; y de la muerte del capitán Garay, y del Gobernador Mendieta..... 323
- Canto Vigésimo-quinto—En que se trata de la junta que hizo Ibituque, y asaltos que los suyos dieron en tierra del Perú: del acuerdo del Audiencia de los Charcas, y de un temblor terrible en Lima..... 337
- Canto Vigésimo-sesto—Como el Capitán Tomas Candish, señor de Mitiley, salió de Inglaterra, y atravesó el Estrecho de Magallanes, y tomó tierra en la Puna y Paita en el Perú, y de vuelta tomó un navio que venia de la China..... 351
- Canto Vigésimo-séptimo—En este canto se trata de la toma y rumbo del puerto de Santos y San Vicente, y de los insultos y maldades que allí hizo el Capitán Tomas Candish, Señor de Mitiley, y Capitán General de la Reina de Inglaterra.. 359
- Canto Vigésimo-octavo—En este canto se cuenta la gran victoria que tuvieron los portugueses contra el Sr. de Mitiley, y de la pérdida y desbarate de su armada..... 367
- Notas de la Argentina..... 377

